AURORA EGIDO

DON QUIJOTE DE LA MANCHA O EL TRIUNFO DE LA FICCIÓN CABALLERESCA

CÁTEDRA

AURORA EGIDO

DON QUIJOTE DE LA MANCHA O EL TRIUNFO DE LA FICCIÓN CABALLERESCA

CÁTEDRA

Aurora Egido

Don Quijote de la Mancha o el triunfo de la ficción caballeresca

CÁTEDRA

CRÍTICA Y ESTUDIOS LITERARIOS

Índice

Prefacio

CAPÍTULO PRIMERO. El juego del torneo y las justas de lucimiento

CAPÍTULO 2. Las ordenes militares y el Quijote

CAPÍTULO 3. Caballeros santos. Todo por san Jorge

CAPÍTULO 4. Al calor de las imprentas de Zaragoza y Barcelona

CAPÍTULO 5. Cambio de destino

CAPÍTULO 6. Orillas del mar. Entre caballeros, damas y muchachos

CAPÍTULO 7. Gigantes y caballitos cotoneros

CAPÍTULO 8. Caballeros con espejos «armados a la antigua». El Paso Venturoso

CAPÍTULO 9. Desafíos caballerescos y poéticos. La aparición de Periandro

CAPÍTULO 10. Cervantes y los dominicos. Las justas por san Jacinto y san Raimundo

CAPÍTULO 11. Justas de armas y letras en el gran teatro caballeresco

CAPÍTULO 12. Del Paso Honroso al Paso Venturoso. Los ancestros de Alonso Quijano

CAPÍTULO 13. El triunfo de la ficción. Don Quijote en el espejo cóncavo de la caballería

CRÉDITOS

Y una mañana, saliendo don Quijote a pasearse por la playa armado de todas sus armas, porque, como muchas veces decía, ellas eran sus arreos, y su descanso el pelear, y no se hallaba sin ellas un punto, vio venir hacia él un caballero, armado asimismo de punta en blanco, que en el escudo traía pintada una luna resplandeciente.

(Don Quijote de la Mancha II, LXIIII)

Prefacio

Contrahaciendo unos conocidos versos de Cervantes en El rufián dichoso, tal vez podríamos decir que «añadir a lo inventado es dificultad notable». Sobre todo, si se trata del Quijote, la obra más leída y tal vez más imitada y comentada. En el presente libro, hemos tratado, en primer lugar, de leer de nuevo la obra cervantina a la luz de los torneos y las justas caballerescas y literarias, situándolos en el contexto histórico en el que surgieron [1] .

Su análisis se ocupa de la distinción entre las dos partes del Quijote, pues ambas corresponden a reinos con características diferentes, como fueron el reino de Castilla y el reino de Aragón. El lector podrá apreciar que dedicamos una mayor atención a la segunda, surgida por el cambio de trayecto que supuso la aparición previa del Quijote apócrifo. Pero, más allá de esa circunstancia especial, partimos de los ideales alimentados por una caballería internacional, extendida desde la Edad Media por Europa y trasladada posteriormente a América, que encarnó los ideales monárquicos, aristocráticos y eclesiásticos.

En ese aspecto, destacamos la tradición de los encuentros caballerescos, concebidos tempranamente como espectáculo y que se expandieron con holgura durante la época de Carlos V y Felipe II. Ellos ofrecieron una doble cara, militar y festiva, que se iría impregnando de tintes burlescos, rayanos a veces con la inversión del carnaval y la parodia. Esa parte lúdica de los pasos de armas, vinculados a la corte y a las entradas reales, nació al abrigo de una milita Christi que, sin embargo, Cervantes aplicó de manera muy distinta a los sueños de su héroe. Pues el Quijote no solo separó cuanto pudo lo divino de lo humano, sino que sometió sus códigos y leyes a la prueba de la realidad, al igual que hizo con las novelas de caballerías.

En el capítulo dedicado a las órdenes militares de Calatrava,

Alcántara, Santiago y Montesa, destacamos en particular cuanto representó la Cofradía de san Jorge en el reino de Aragón, íntimamente ligada al destino frustrado de don Quijote en Zaragoza y a su última meta caballeresca en la ciudad de Barcelona. No en vano el espíritu de dichas órdenes, cuyo código conocía muy bien el hidalgo manchego, corrió en paralelo con el de las novelas de caballerías, fundiendo la realidad y la ficción en muchas de sus manifestaciones.

Los valores caballerescos de las órdenes militares y de las novelas de caballerías se asumieron en el imaginario colectivo no solo a través de la literatura escrita, sino de la transmitida oralmente o de la vivida de forma teatral y ficticia en los espectáculos públicos. Ello se hizo posible a través de la afloración de cofradías, cuyos miembros asumieron las formas de un mundo caballeresco en transformación. Este se proyectaría, más allá de la exaltación de la monarquía y de la nobleza, para convertirse en un espectáculo abierto al público en plazas y cosos dispuestos para el torneo, la sortija, el faquín y el estafermo, imitándolos a lo vivo en procesiones y alardes.

Todo ello se reprodujo, teatral y literariamente, en el ámbito de las justas poéticas que, en su protocolo y en las relaciones que las describían, adoptaron las formas y el lenguaje de las justas caballerescas, extendiendo su radio de acción en fechas próximas a la salida de las dos partes del Quijote. Este fue, en cierto modo, no solo producto de cuanto la imprenta reflejó sobre las novelas de caballerías, el romancero o la épica en prosa y verso, sino de las relaciones que describían, a través de libros, carteles o pliegos sueltos, los triunfos de la monarquía, la nobleza y la Iglesia en sus manifestaciones públicas, haciendo partícipe de todo ello al pueblo llano.

El arco se amplió considerablemente con los festejos dedicados a la beatificación o canonización de los santos, que asumieron en buena parte los predicados caballerescos, transformándolos a lo divino dentro de unos parámetros religiosos que no implicaron sin embargo merma alguna respecto a la jocosidad. De ahí que prestemos particular atención a los elementos hagiográficos que se insertan en el matraz caballeresco y cervantino, sobre todo en los

vinculados a las órdenes militares más significativas.

En ese sentido, nos centramos también en la relación de Cervantes con la Orden de Predicadores y cuanto se deduce de su participación en las justas zaragozanas por san Jacinto en 1599, así como de su posible conocimiento de las fiestas barcelonesas, celebradas en 1601 por la canonización de san Raimundo de Peñafort. Estas, como prueba la Relación que publicó ese mismo año fray Jaime Rebullosa, ofrecen un amplísimo panorama festivo de la ciudad pocos años antes de la aparición de la primera parte del Quijote e ilustran sin duda las últimas aventuras de su héroe.

Barcelona, centro neurálgico de comunicaciones entre el resto de España, Europa y el Mediterráneo, representaría en la obra cervantina una situación nueva, al enfrentarse el hidalgo manchego con la primera ciudad que pisó en su singular andadura, ofreciendo además la riqueza inherente a las lenguas en contacto.

Por otro lado, el mundo de las imprentas, al que Cervantes rindió culto en el conocido episodio de la segunda parte del Quijote, creemos ofrece cierta consideración. Sobre todo, en lo que atañe a las prensas zaragozanas y barcelonesas, que se dedicaron a editar novelas de caballerías y espejos de príncipes y nobles, entre otras obras que llenarían la imaginación del hidalgo manchego. La ciudad del Ebro presenta al respecto una riquísima muestra de material caballeresco que corrió en paralelo con cuanto significó para Cervantes la Cofradía de san Jorge. Ello permite valorarla como el lugar propicio al que decidió inicialmente que se dirigiera su héroe, aunque luego cambiara radicalmente su destino.

Pero esos y otros datos relacionados con la Corona de Aragón deben ser entendidos no solo en el contexto de las celebraciones de la corte, sobre la que se operaba frecuentemente por emulación en toda la península, sino en el de las fiestas caballerescas del resto de Europa y en las que se trasladaron al otro lado del Atlántico y hasta del Pacífico, repitiendo de forma inmediata sus modos y modas. A su vez, el careo con el Quijote apócrifo, que ofrecemos en varios capítulos, nos permite ampliar la perspectiva con la que Cervantes se distanció de Avellaneda, silenciando, cribando o transformando los aspectos festivos y ridículos de su émulo.

La impostación fabulosa del modus vivendi de la nobleza ociosa corrió en paralelo con la fantasía desplegada en recibimientos, procesiones y paradas militares que se celebraron en toda España. La Barcelona caballeresca y festiva que Antonio de Lofraso o Lofrasso recreó literariamente en su Fortuna de Amor tuvo una continuidad real en los años previos al Quijote, recreando en sus plazas, calles, galeras y conventos, la cara más lúdica de los pasos honrosos y venturosos medievales, que todavía permanecerían vivos más allá de 1615.

La ciudad ofreció al respecto la celebración de justas caballerescas en la plaza del Born, así como el desfile procesional de caballitos cotoneros, mulazas y gigantes armados de cartón piedra, que fueron un modelo pintiparado a la contrahechura caballeresca de don Quijote. Sus trazas se asemejaron también a las de muchos caballeros vestidos a la antigua o de forma ridícula, que salieron en procesión, con su vestimenta y armas obsoletas, en otras capitales de España y América.

Las tradicionales fiestas del Corpus Christi, cuyos elementos simbólicos se trasladaron a otras fechas señaladas, incluida la de san Juan, son, en ese aspecto, un asunto a considerar. De ahí que dediquemos particular atención a los gigantes que procesionaron con vestimenta caballeresca, transformando en espadas sus antiguas mazas hercúleas. Ellos, como los infantes y niños, que imitaban en sus trazas y movimientos a los caballeros andantes en el espacio cortesano o en los desfiles callejeros, nos permiten situar a don Quijote en unas coordenadas que rebajaron los hechos heroicos al territorio del juego infantil y del festejo ciudadano. Por no hablar de las variantes folclóricas que pervivieron en las batallas de moros y cristianos, justicias y ladrones, duelos y ballestas.

Esos juegos bélicos, cuya impronta educativa se plasmó también en las piezas teatrales de corte caballeresco representadas en los colegios de la Compañía de Jesús, tuvieron una vertiente literaria que se deleitó frecuentemente en la locura fingida. Sin olvidar la locura real, presente en la aparición de mentecatos y locos en las procesiones o en la corte. El mismo teatro universitario barcelonés recrearía, en latín, catalán y castellano, el rebajamiento épico a través de piezas representadas dentro y fuera de sus aulas, al igual

que se hacía en los momos y entremeses de la corte o en los vejámenes de grado.

Los llamados géneros menores, en su letra o en la acción que los llevaba a escena, son desde luego un elemento indispensable a la hora de analizar las obras mayores. Pues la parodia caballeresca terminó por cubrirlo todo mucho antes de que apareciera el Quijote, sancionada en los entremeses, máscaras, tutilimundis, títeres y mojigangas de baratillo.

Pero lo sustancial en la obra cervantina, más allá de las imágenes visuales que la alimentaron, es sin duda el lenguaje. Este rebajó tempranamente la vida caballeresca al terreno del cuento risible, la facecia, el chiste, el disparate, la ensalada, la cuchufleta, la bufonada, la chimenea, la farsa y el sermón jocoso. Por no hablar de la carta burlesca, como aquella de don Francesillo de Zúñiga que apelaba, en tiempos de Carlos V, a las «quijadas de congrio ahumado de Juan de Astudillo», o que se deleitaba contando cómo desfilaron por Burgos doscientos labradores disfrazados de soldados con armas y sábanas blancas, llevando calderas y majaderos en las manos. Todo ello serviría a Cervantes a la hora de tejer el tapiz caballeresco desde el rebajamiento de la épica, aunque lograra asombrosamente que su protagonista no perdiera por ello dignidad alguna.

Las mencionadas fiestas de 1601, descritas por Jaime Rebullosa, nos permiten además relacionar su Paso Venturoso con el Paso de la Fuerte Ventura vallisoletano de 1428, mostrando hasta qué punto la efeméride barcelonesa se enlazaba con una antigua tradición caballeresca que se fue transformando con el decurso del tiempo. Sus encuentros en la plaza del Born nos ofrecen además la figura de un inusitado caballero catalán, que se hace llamar Periandro y que no deja de ser un predecesor curioso del protagonista de los futuros Trabajos de Persiles y Sigismunda.

La consideración de los pasos de armas, las fiestas cortesanas, nobiliarias y populares, así como la de los tratados militares, los espejos de príncipes y el trasfondo caballeresco plasmado en las crónicas, las novelas de caballerías, los pliegos sueltos, la moda de los «habiti» de diversas naciones y la tradición oral, nos permiten componer un prisma en el que esas y otras caras se entrecruzan de

forma poliédrica en el Quijote.

Cervantes libó en numerosos géneros para producir su propia miel escrituraria a través de un ejercicio máximo de imitación compuesta. Este le permitió sin embargo correr por cuenta propia, añadiendo a lo inventado un personaje que lo transformaría todo en el panal de la locura. Claro que a don Quijote, también se le pueden adjudicar las palabras de Polonio respecto a Hamlet, «Though this be madnes, yet there is method in it».

La genealogía de burlas, en la que ingresó don Quijote de la Mancha con todo derecho, tuvo su reverso en la vuelta final a su ser como Alonso Quijano el Bueno, cuya entidad no dejó de tener sin embargo ramificaciones caballerescas. Ello amplía, como veremos, la relación del héroe manchego con los miembros de la familia Quijada que acudieron al Paso Honroso leonés en 1434 y justifican en parte la razón por la que don Quijote quiso descender de esa estirpe.

Esas y otras consideraciones relacionadas con las dos partes del Quijote ofrecen un amplio panorama histórico y literario, visto a través del espejo cóncavo de la locura de su héroe, que transformó lo leído en sustancia propia. Sus ideales y sus aventuras nos devuelven con ello el significado de limpiar, pulir y lustrar que espejar y despejar tuvieron en su tiempo. Pero, sobre todo, el de complacerse con las gracias o acciones de alguien.

Al término de nuestro trabajo, desearíamos agradecer a la profesora María del Carmen Marín su lectura atenta y sus buenos consejos, emanados de quien tanto sabe sobre los libros de caballerías que alimentaron el magín de don Quijote.

■

[1] Proseguimos, con este, nuestros trabajos: Cervantes y las puertas del sueño. Estudios sobre «La Galatea», el «Quijote y el «Persiles», Barcelona, PPU, 1994 y 2005 ; En el camino de Roma. Cervantes y Gracián ante la novela bizantina, Zaragoza, Universidad de Zaragoza, 2005; El discreto encanto de Cervantes y el crisol de la prudencia , Vigo, Academia Editorial del Hispanismo, 2011; Por el

gusto de leer a Cervantes, Sevilla, Fundación José Manuel Lara, 2018; El diálogo de las lenguas y Miguel de Cervantes, Zaragoza, Prensas Universitarias de Zaragoza, 2019; y los artículos: «El archipiélago cervantino», ÍNSULA, 901-2, 2022, págs.38-42; y «De ínsulas y buen gobierno. Nuevos espejos clásicos y bizantinos en la Ínsula Barataria», Janus , 11, 2022, págs. 1-43. A ellos, cabe añadir, entre otros, la coordinación de las monografías: Lecciones cervantinas , Zaragoza, Caja de Ahorros y Monte de Piedad de Zaragoza, 1985; La invención poética de la novela moderna , Anthropos 98-99, Barcelona, 1989; Los rostros de don Quijote , Zaragoza, Caja de Ahorros y Monte de Piedad de Zaragoza, 2004; y El universo de las citas y Miguel de Cervantes , Parole Rubate/ Purloined Letters. Rivista internazionale di studi sulla citazione. Speciale Cervantes, 8, 2013.

CAPÍTULO PRIMERO

El juego del torneo y las justas de lucimiento

Como es bien sabido, Cervantes no fue la causa directa de la desvalorización de los libros de caballerías, que ya contaba con precedentes y tardaría en desvanecerse, aunque contribuyera a ello [1] . Su lectura libre y la mezcla que hizo de ese y otros géneros en el Quijote marcaría una perspectiva singular sobre un asunto como el caballeresco, que ya se había convertido en espectáculo festivo en los siglos XV y XVI . Este perduraría por algún tiempo no solo en la corte, sino en las entradas reales y en las fiestas que se celebraban fuera de ella, popularizando, en las plazas y cosos de España y América, unas gestas militares que corrieron en toda Europa a la par que la tradición caballeresca escrita.

Maurice Keen, a la zaga de las obras de Gautier y Huizinga, trazó los orígenes de la caballería y su relación con la Iglesia, ateniéndose a cuanto supusieron los torneos, las justas y los pasos de armas en un arco que abarcó, desde sus orígenes en el siglo x, hasta comienzos del siglo XVII [2] . A su juicio, la caballería era «un ethos en el que se fundían los elementos guerreros, aristocráticos y cristianos», y que fue transformándose con el auge creciente de la infantería [3] .

Pero antes de entrar en la historia concreta de las justas y los torneos caballerescos que ilustran la lectura del Quijote, conviene distinguir entre el torneo celebrado en grupo y la justa que lo precedía como lucha singular de hombre a hombre. El Diccionario de Autoridades definiría torneo en el siglo XVIII como «Combate de acaballo entre varias personas, puestas en quadrillas, y bandos de una parte, y otra, en que barallan, y se hieren sangrientamente, dando vueltas en torno, para perseguir cada cual à su contrario». Pero acogería también otra acepción de interés para el tema que nos ocupa, al considerar que «se llama también la fiesta pública, que se executa entre Caballeros armados, unidos en quadrillas, que

entrando en un circo dispuesto à este fin, escaramucean, dando vueltas alrededór à imitación de una reñida batalla».

El término torneo servía así para definir tanto el combate real como el ficticio, además de ser equiparable a justa, pues ese diccionario especificaba a continuación que la palabra torneo «Es mui parecida à las Justas, y solo se diferencia, en que en estas es el combate singular, y en el torneo aquadrillados». Es más, el paso de lo real a lo festivo daba un salto añadido al definirse torneo como «Danza, que se executa à imitación de las Justas, llevando varas en lugar de lanzas, en cuyo juego consiste lo especial de ella» [4] . Así las cosas, tanto el torneo como la justa, «batalla de acaballo con lanzas», era un «juego ò exercicio festivo de Caballeros armados de punta en blanco, en que à modo de alarde, executan las acciones del combate con lanzas». De este modo, ambos tenían una clara proyección festiva ya consolidada en el siglo XVIII , que había convertido el uso de las lanzas en simulacro guerrero y, finalmente, en palos de danzar [5] .

Pero lo más interesante tal vez sea comprobar que el área semántica de Autoridades, concerniente al torneo y a la justa, se amplió a la definición de certamen, que, en su primera acepción, equivalía a «Desafío, duelo, peléa, batalla entre dos o más personas», haciendo sinónimos ambos términos. Pero especificaba también el nivel significativo en el que ello se verificaba: «Certamen. Metaphoricamente. Vale contienda, dispúta, controversia, lid de ingénios, que se suele tener pública ò privadamente sobre varios asuntos controvertibles, que los más comunes son Poéticos».

Si los nombres son consecuencia de las cosas, el diccionario académico ilustrado sintetizaba, en sus definiciones, cuanto habían supuesto el torneo, la justa y el certamen en su evolución histórica, pasando de lo real a lo ficticio a través de un viaje que, desde el siglo XVI, había terminado por conferir la parcela metafórica de la justa caballeresca al certamen poético.

La crueldad inicial del torneo fue transformándose con el uso de armas y armaduras que lo volvieron menos peligroso. Aun así, no contó con la aprobación de la Iglesia, pues el torneo fomentaba otros vicios, aparte del derramamiento inútil de sangre [6] . A pesar de ello, su celebración continuó como un espectáculo teatral sin

fronteras en el que se alcanzaba fama internacional, conformando una cultura visual y literaria a través del lenguaje parlante de la heráldica y del simbolismo de blasones y colores [7] . El gusto de la nobleza por la ostentación se convirtió, a finales de la Edad Media, en un espectáculo exhibicionista, que rozaba en ocasiones la vulgaridad [8] .

De ahí que Cervantes, andando el tiempo, pusiera en la picota de la risa la ostentación supuesta por una heráldica que tendría en la aventura de los rebaños un serio revés, al describir don Quijote la vestimenta de unos caballeros imaginados con armas de colores simbólicos (DQ I, XVIII, pág. 208). Recordemos al temido caballero Micocolembo, gran duque de Quirocia, que portaba en el escudo las armas de las flores de oro con tres coronas de plata en campo azul [9] . O el escudo de Brandabarbarán de Boliche, señor de las tres Arabias, armado de cuero de serpiente y llevando por escudo una puerta del templo que derribó Sansón. Por no hablar, entre otros, del jamás vencido Timonel de Carcajona, príncipe de la Nueva Vizcaya, con un escudo en el que figuraba un gato de oro en campo leonado, con un lema que decía «Miau», seguido por otros caballeros de semejante guisa, a los que don Quijote «les dio sus armas, colores, empresas y motes de improviso, llevado de la imaginación de su nunca vista locura» (DQ I, XVIII, pág. 209).

Al compás de la evolución de las justas caballerescas, que habían ido transformando los ideales bélicos de antaño en materia festiva e incluso alegórica, las justas o certámenes poéticos asimilarían el lenguaje y los símbolos bélicos de aquellas. Y otro tanto hicieron las órdenes militares con los ideales y los símbolos de las novelas de caballerías. Algo, en definitiva, natural, pues las justas y los torneos ya habían participado en origen de un alto componente lúdico, que además se manifestaba literariamente en las crónicas que los describían [10] . Respecto a la escritura del torneo, la cronística cortesana de Aragón y Castilla supuso un modelo íntimamente ligado a la celebración de la justa bélica entre caballeros, corriendo esta a su vez en paralelo con la ficción caballeresca [11] .

El modelo de ese mundo cargado de resonancias militares siguió vigente como ideal estético de la realeza y de la aristocracia, mostrando la jerarquía de las fortunas y de los rangos con la

exhibición de lujosos y extravagantes trajes y armaduras que se lucían en pasos, justas y torneos [12] . La Iglesia los sancionó en el siglo XV , contribuyendo así a la sacralización de la caballería, lo que también se reflejó en los torneos espirituales de las novelas caballerescas y más tarde en la propia literatura mística. Bastará recordar al respecto la batalla interior y exterior que supuso la Vida de santa Teresa o «la tela» del «dulce encuentro» amoroso en el Cántico Espiritual de san Juan de la Cruz.

Aunque los juegos cortesanos de la Edad Media no alcanzaran en España la magnificencia de los portugueses, como los celebrados en Évora en 1490, cabe señalar que el reinado de los Reyes Católicos fue también exponente de su espectacularidad, según se puso de manifiesto en la boda de la infanta Isabel con el príncipe Alfonso, hijo de Juan II en los alcázares de Sevilla. A ella acudieron nobles del reino de Aragón y de otros lugares, participando en torneos, juegos de cañas, corridas de toros, banquetes y bailes, además de en momos y entremeses, representados por la noche con el complemento de los fuegos artificiales [13] .

A su vez, la llegada de Carlos V supondría una nueva concepción del torneo, que proyectó la imagen del príncipe como caballero andante [14] . Convertido en deporte de reyes durante el Renacimiento, el torneo se mezcló con las entradas triunfales, los actos religiosos, las corridas de toros y los bailes de palacio, generando una amplia proyección literaria y artística en toda Europa [15] .

El torneo se transformó en un género político y religioso sin fronteras en la época del emperador y en la de su hijo Felipe II, que llevó a cabo un tour por Europa como caballero errante, cruzado defensor de la Iglesia y representante del Santo Oficio [16] . Algo no totalmente nuevo, si tenemos en cuenta el primer torneo caballeresco de 1274 entre los monarcas Jaime I de Aragón y Alfonso X de Castilla, que se llevó a cabo en Valencia [17] .

Lo cierto es que se estableció un hilo de continuidad entre los juegos caballerescos de la nobleza medieval y los practicados en los siglos XVI y XVII. Prueba de ello es el interés de doña Luisa de Padilla, condesa de Aranda, al destacar en la «Exemplar vida del marqués de Santillana», incluida en su Idea de nobles y sus

desempeños en aforismos (Zaragoza, 1644), el perfil de don Íñigo López de Mendoza como justador. No en vano el esposo de la condesa, don Antonio Jiménez de Urrea, que reeditó en 1642 el mencionado Diálogo de la verdadera honra militar (1566) de su antecesor Jerónimo Jiménez de Urrea, patrocinó tales lides celebrando una justa en Zaragoza [18] .

El asunto estuvo íntimamente ligado al género de los regimientos de príncipes y nobles practicado por doña Luisa, que mostró en el marqués de Santillana unos afanes caballerescos que permanecían vivos en el Aragón de mediados del siglo XVII. Recordemos que, en la magnífica biblioteca de don Íñigo se encontraba el Tratado de la caballería de Leonardo Bruni d'Arezzo [19] . A su vez, el De militia de Bruni, traducido al español, sería, en ese sentido, una obra esencial en la Questión caballeresca planteada por la carta que el marqués de Santillana escribió en 1444 al obispo Alonso de Cartagena y en la amplia respuesta de este [20] .

La caballería no solo fue «un producto nacional, sino supranacional, europeísta, derivado del legado carolingio común» [21] . En ella, se resucitó el belicismo inherente a los libros de caballerías, algunos llenos de referencias al «fragor de los tiros de pólvora», como ocurrió en Don Florindo , una obra de Fernando Basurto escrita en homenaje a Carlos V [22] .

María del Carmen Marín señaló cómo el éxito de los libros de caballerías en Europa se prolongó hasta finales del siglo XVII, ofreciendo una supranacionalidad consecuente con el espíritu caballeresco [23] . Ya en los inicios del Espejo de caballerías (Sevilla, Herederos de Juan Cromberger, 1545) se ve la «gran copia de cavalleros assi extranjeros como naturales que para las honrar fueron ayuntados» durante las fiestas organizadas por Carlomagno en París» [24] .

Todo ello sería fundamental para la rápida recepción del Quijote, que trastocaba un género y unos ideales caballerescos bien conocidos tanto en Europa como en América. Pues, cuando hablamos de la internacional caballeresca o de su universalidad, no debemos olvidar su impronta americana, reflejada no solo en la conocida imitación de las novelas de caballerías, sino en los torneos, fiestas y certámenes celebrados en la otra orilla del

Atlántico al igual que en España, como veremos.

La corte de los Habsburgo mostró, entre 1504 y 1604, un despliegue de torneos por España y Europa, que fue un fiel testimonio de su proyección internacional [25] . El tour de Felipe II y veintitrés caballeros, con torneos en Trento, Bruselas, Gante y otras ciudades, fue una buena muestra de ello. En el encuentro de Milán (1548), el rey apareció como el Beltenebros del Amadís, encubriéndose el simbolismo de los nombres de los aventureros que le acompañaron bajo los de Caballero del Sol, de la Luna, de las Estrellas, de la Muerte, del Basilisco y hasta del de Caballero Sin Nombre con el que se encubrió don Francisco de Ávila, marqués de Pescara [26] . Felipe II se anticipaba así a la imitación de los modelos que don Quijote expondría desde idénticos presupuestos en Sierra Morena (DQ I, XXV).

El desarrollo de justas y torneos y su configuración festiva mostró, en ese y otros aspectos, la estrecha relación entre literatura, historia y vida; algo que fue común a los diversos géneros que conformaron el específicamente caballeresco. En su repetición secular, estos no estuvieron sin embargo a salvo de recrearse en clave de burlas. Por otro lado, cabe recordar cómo el ámbito del corral de comedias y el palaciego también se impregnaron de la temática del torneo y de la justa en sus manifestaciones teatrales [27] .

Don Quijote, singular heredero de la tradición caballeresca, ofreció sin embargo una imagen muy distinta. Y no me refiero únicamente a la perspectiva paródica y risible o a su inmersión en el territorio de la locura, sino a la doble faz de su aproximación seria y festiva al historial bélico de los caballeros, así como a su distanciamiento religioso, aunque se moviera siempre dentro de los márgenes de la ortodoxia [28] . Algo que se observa claramente si comparamos sus actitudes con las de los caballeros pertenecientes a las órdenes militares y a las cofradías de la época, que exaltaron a los santos organizando justas y procesiones en fechas concretas del calendario festivo. El héroe manchego fue además un caballero andante, que cabalgó a lo libre luchando siempre en solitario junto a su singular escudero.

Además, salta a la vista el alejamiento de Cervantes respecto a la carga religiosa que Alonso Fernández de Avellaneda imprimió a su

Quijote, convirtiendo a su héroe en lector del Flos Sanctorum y de los evangelios o asistiendo a misa. El apócrifo no dudo, además, en añadir milagros en los capítulos XIX y XX de su obra, o en divinizar las empresas caballerescas en el XI; algo que Cervantes ya había evitado en la primera parte de 1605.

El espíritu de cruzada, la defensa de la Iglesia y el modelo de miles christianus, patentes en las figuras de los Austrias desde Carlos V, como se evidenció en los torneos de Trento, se atenuaron considerablemente en la figura del héroe cervantino, que los contrahizo a su manera. No en vano este fue un caballero que se movió por los caminos de España cuando el torneo y la justa se habían convertido ya en una vía de escape para la nobleza, que exhibía ante todos, en la plaza pública, los valores de un mundo imaginario [29] .

Don Quijote supondría, en ese sentido, el reverso de un emperador que había encarnado a Carlomagno y que fue portador de hazañas y mitos de raigambre clásica y bíblica, como los de Hércules, Sansón o Jasón. Así lo constató, entre otros, Juan Cristóbal Calvete de Estrella al describir las fiestas de Binche en 1549, donde no faltó un torneo con rapto de doncellas y salvajes atacando un castillo [30] . El uso de arquitecturas efímeras y tableaux vivants consagraría, en ese evento, la figura del futuro Felipe II con un torneo de invención, un viaje simulado y otros ingeniosos artificios [31] .

La figura del emperador estuvo unida a la del Buen Pastor y su iconografía se vinculó también a la de san Jorge en numerosas esculturas y relieves, al igual que ocurrió con la de Maximiliano I, que lo encarnó en un grabado de 1508 [32] . Se trataba de un simbolismo extendido por toda Europa, que transmitía un ideal plasmado en la edición latina de 1525 y en la castellana de 1526 del Enquiridión o manual del caballero cristiano de Erasmo de Róterdam [33] . El conocido cuadro de Tiziano, representando el triunfo de Carlos V en Mülberg como miles Christi , recogió toda una tradición medieval asimilada por el emperador y vinculada a la guerra y a los modelos caballerescos [34] . Pero ese soldado cristiano, que luchaba en Europa por la libertad religiosa, supuso, en realidad, un duro golpe para el viejo caballero errante, como lo sería más tarde don Quijote, que triunfaría paradójicamente en el fracaso.

El manuscrito Res/254 de la Biblioteca Nacional de España es un buen ejemplo al respecto, pues sus miniaturas, ricamente coloreadas, ofrecen el esplendoroso triunfo del emperador Maximiliano I, rey de Hungría, Dalmacia y Croacia, archiduque de Austria y emperador del Sacro imperio Romano-Germánico. Acompañado de su familia y de numerosos caballeros portando banderas, oriflamas y carteles, en su rico cortejo, no faltaron las carrozas alegóricas, los bufones y los músicos que lo amenizaron o el desfile de cazadores [35] .

El reflejo del esplendor caballeresco en las entradas y paradas reales, se reflejó igualmente a través de las imágenes de príncipes, reyes y emperadores, que trasladaron el mundo caballeresco a los tapices, pinturas y esculturas. En estas, aparecen caballeros con armaduras «a lo romano» propias del siglo XVI, como las que lucen Carlos V y Felipe II en las estatuas de Leone Leoni y de su hijo Pompeo en el Museo del Prado [36] .

La tapicería de esa época ofrece al respecto una rica muestra del uso alegórico, tanto religioso como profano, de la vestimenta caballeresca y cortesana en la serie titulada «Los Honores», que Pieter van Aelst realizó cuando Carlos V fue elevado a la dignidad de emperador y coronado un año más tarde. En uno de esos tapices, aparece la rueda de la Fortuna rodeada de los atributos imperiales, llenos de reminiscencias del mundo clásico, al igual que en otros donde se recreó la historia de Escipión [37] .

En ellas, se plasmó el uso de las armaduras a la romana, que contaron con una holgada presencia en las colecciones reales españolas. Recordemos que fue Felipe II el que instaló en 1565 la primera de ellas, donde conservó la armería de su padre, siguiendo una moda comenzada en Francia por Luis XII en 1502 y que en el caso de España, continuarían Felipe III y sus sucesores [38] . En sus medallas y plaquetas, se marcaron las huellas de las glorias de la Antigüedad, caso de la espada atribuida al Gran Capitán, convertido en un nuevo Hércules y en un nuevo Jano. La riqueza de la armadura de los caballeros se correspondía además con la de sus cabalgaduras, hechas de piezas metálicas ricamente adornadas en las que no faltaban las historias del Antiguo Testamento, como la de David y Goliat en la del caballo de Carlos V, obra de Kolman

Helmschmid [39] . Téngase en cuenta, por otro lado, que Barcelona tuvo sus propios fabricantes de armas, como muestran los Llibres de Passantíes, donde se reproducen los diseños de espadas ricamente ornamentadas por Antonio de Valdés o Rafael Ximenis [40] .

Las relaciones de la época ofrecieron a su vez una rica descripción de cuanto supusieron las efemérides vinculadas a la Corona en los traslados de la realeza. Calvete de Estrella, en El felicísimo viaje d'el muy alto y muy poderoso príncipe don Filipe, hijo (Anvers, Martin Nucio, 1552), describió su estancia en Barcelona, donde se le agasajó con magnificencia y largueza en un jardín lleno de naranjos, con un banquete, fiestas y máscaras antes de partir hacia distintos lugares de Europa. Esa relación sería un modelo fundamental para futuras entradas reales, llenas de festejos, torneos y saraos, que hicieron revivir el mundo de las novelas de caballerías. Este, sin embargo, no fue ajeno a las fiestas religiosas, que, como veremos, se impregnaron posteriormente de ese mismo espíritu festivo.

La Edad Moderna mostró la pervivencia de la caballería como imagen sublimada y como tópico literario e iconográfico dentro de los parámetros militares y religiosos que la impulsaron [41] . En ella, la aludida imagen renacentista del rey como soldado de Cristo se extendió también a los personajes de la aristocracia, que recrearon la figura simbólica medieval de la guerra uniéndola a un espíritu de cruzada, ligado ya a las novelas caballerescas en la época de Fernando el Católico [42] .

Por otra parte, conviene tener en cuenta que, como señaló Claude Chauchadis, las leyes del duelo y el código del honor estuvieron unidos íntimamente en la España de los Siglos de Oro, sujetándose a un modelo caballeresco que había ido evolucionando desde el siglo XV siguiendo distintos modelos [43] . En tan rico panorama, cabe distinguir entre el tratadismo europeo, que se ocupó de la historia y las leyes del duelo, en consonancia con las obras de Puteo, Castillo de Villasante, Alciato, Muzio o Possevino, y su proyección en los diferentes géneros literarios, incluidas las novelas de caballerías. Estas ofrecieron a su vez perspectivas diversas, como ocurre en el Amadís o en el Tirant lo Blan c [44] .

Se trata de una larga historia, que afectó sensiblemente al tema del

honor y que fue asunto de letrados y moralistas. Cervantes estuvo al cabo de las leyes del duelo, al igual que muchos soldados que intervinieron en las batallas de Italia, sobre las que trató de forma ambigua en distintos capítulos del Quijote [45] . La Iglesia tuvo en todo ello un papel esencial, suscitando numerosos debates que tendieron a su prohibición. El libro de Juan Antonio Lozano, Destierro y azote del libro del duelo (Zaragoza, Cristóbal de la Torre, 1640), es bien significativo al respecto, pues abarcó un arco temporal que posteriormente llegó hasta su prohibición por Felipe V en 1716 [46] . Cervantes recogió esa tradición en el Quijote , transformándola en ficción, como luego veremos, en la derrota del héroe manchego por el Caballero de los Espejos.

Jerónimo Jiménez de Urrea, en su Diálogo de la verdadera honra militar (Venecia, Ioan Grifo,1566), dirigido a la infantería española, ofreció, mucho antes del Quijote, el crisol de unos valores bélicos sustentados en la tradición clásica, medieval y humanística, además de en la religiosa [47] . Estos se proyectaban tanto en las escaramuzas del rey Fernando por el reino de Granada, en las lanzadas del maestre de Calatrava o en los lances de los Nueve de la Fama y de los Caballeros de la Tabla Redonda, como en los desafíos italianos o en las cartas cruzadas entre Carlos I de España y Francisco I de Francia [48] .

Al igual que hiciera Ramón Muntaner en su Crónica o Jerónimo Zurita en sus Anales, Urrea proponía en su obra un heroísmo auténtico que huyera de la fabulación, se ajustara a la verdad de los hechos y se basara en los valores militares sustentados desde la época de Augusto. Y no es asunto menor, cara al futuro destino de don Quijote al final de la primera parte, que el escritor aragonés se refiriese a las justas del arnés, que se celebraban habitualmente en Zaragoza con motivo de la festividad de san Jorge.

Jiménez de Urrea presentó un heroísmo llevado a cabo con prudencia, sosteniendo que «el buen cavallero no debe tomar las armas contra razón» [49] . Su Diálogo de la verdadera honra militar terminaba precisamente con un canto a esa virtud cardinal que don Quijote trastocaría de principio a fin a lo largo de sus andanzas caballerescas [50] . Téngase en cuenta además que locura y prudencia se mostraban tradicionalmente como antagónicas. Así lo plasmó

Hernán López de Yanguas en sus Triumphos de locura, tal y como aparecen en un pliego suelto basado en el dicho «Stultorium infinitus est numeros». Este venía ilustrado además con un grabado en el que aparecía precisamente la nave de los locos [51] .

El libro de Urrea debe contextualizarse, no obstante, en el seno de una familia que contaba con un precedente digno de consideración y que ha permanecido oculto hasta fechas recientes al haber sido prohibido por la Inquisición. Me refiero a la Peregrinación de las tres casas sanctas de Jherusalem, Roma y Santiago del poeta Pedro Manuel de Urrea, que creemos de interés a la hora de estudiar el Quijote y, en particular, los Trabajos de Persiles y Sigismunda [52] .

Jerónimo Jiménez de Urrea hizo además en su Diálogo un alegato contra el duelo llevado a cabo imprudentemente; tema en el que entró de lleno don Quijote al aludir al reto de don Diego Ordóñez de Lara contra todo el pueblo zamorano en el capítulo XXVII de la segunda parte [53] . El ingenioso hidalgo era consciente de que no se podía retar a los muertos, a las aguas, a los panes y a los que están por nacer, aparte de que un caballero solo no puede afrontar a un pueblo entero. Para él, las armas únicamente debían alzarse por razones mayores, como la defensa de la fe católica, la vida propia o la honra de la familia y de la hacienda, sin olvidar la guerra justa y la defensa de la patria (DQ I, XXVII, pág. 939). Palabras mayores que difícilmente podía cumplir don Quijote en su azaroso e imprudente peregrinaje caballeresco, pese a que, en opinión de Sancho, su amo llevara las leyes del duelo en la uña (DQ II, XXVII, pág. 940) [54] .

Aunque el diálogo de los personajes Franco y Altamirano de Jiménez de Urrea surgiese a orillas del Ebro, lo cierto es que su espacio se circunscribió a Europa, mezclando tiempos y lugares además de géneros literarios. A su juicio, los valores de la milicia surgían tanto de los romances viejos y de las novelas de caballerías como de los hechos llevados a cabo por las órdenes militares, lo que no dejaba de ofrecer paralelismos con el caldo de cultivo en el que surgió medio siglo después el Quijote.

La obsesión por lo verdadero y la verdad histórica que vemos en el Diálogo de Urrea apareció también en numerosas obras del Renacimiento, y Cervantes fue sin duda exponente máximo de toda

una tradición que no solo hay que vincular a las crónicas, sino a la literatura. En ese sentido, la obra El gallardo español, basada en la defensa de Orán en 1581, ya había sido, como señaló Stanislav Zimic, no solo fruto de las lecturas caballerescas por parte de su autor, sino de su afán por la verdad y la autenticidad históricas [55] .

El salto geográfico que sufrirán las aventuras de don Quijote en la segunda parte de la obra cervantina ofrecería sin duda un testimonio de la impronta que los torneos y otras fiestas caballerescas tuvieron en la Corona de Aragón. En ella, como ha señalado Jimena Gamba Corradine, pesó sin duda su vinculación con Italia, ofreciendo además una mayor presencia de torneos que en el resto de la península [56] .

La adaptación de la corte a la democratización de la fiesta caballeresca favoreció sin duda una permanencia en el tiempo que plantearía una nueva perspectiva en el Barroco, haciendo que fueran compatibles los valores del torneo medieval y el ejercicio de las armas como espectáculo [57] . Cervantes no solo parodió los libros de caballerías, sino las prácticas caballerescas cortesanas de quienes se divertían haciendo justas, torneos, sortijas y faquines sin comprometerse con los ideales de la caballería andante, como ocurría en los llamados torneos de invención [58] .

Pero ese tipo de parodia estaba ya en la calle, según muestra la doble cara, seria y lúdica, que siempre tuvieron los torneos y que se iría intensificando con el tiempo en los certámenes literarios y en las fiestas religiosas. Así ocurrió en 1601, como veremos más adelante, con las celebradas por la canonización de san Raimundo de Peñafort en Barcelona, según la mencionada Relación de fray Jaime Rebullosa, obra que muy posiblemente conoció Cervantes.

Ya Francisco López Estrada señaló varios filones que engarzaban el Quijote con las fiestas literarias, mostrando la cara risible que aparecía en ellas y que también estuvo presente, como decimos, en los torneos desde fechas tempranas [59] . La relación entre la justa caballeresca y la literaria se plasmó a lo largo de la segunda mitad del siglo XVI y durante todo el siglo XVII en el uso de letras y motes de tradición medieval, así como en las referencias a la épica y a los libros de caballerías. Pero también se dio en la presencia de elementos risibles o simplemente festivos, que se hacían presentes

en las procesiones de gigantes y cabezudos o en las luchas de moros y cristianos. Esa perspectiva lúdica e incluso cómica fue conocida por Cervantes, que pudo ver las fiestas que se celebraban por distintos motivos en Alcalá, Madrid, Andalucía, Valladolid, Barcelona, Lisboa o Italia, siendo partícipe directo en varias de ellas por lo que afecta a los certámenes poéticos.

Cuestión aparte es la consideración de varios personajes del Quijote presentes en las fiestas, como los que aparecieron en San Juan de Aznalfarache (Sevilla, 1606) o en las de Valladolid, Salamanca y Zaragoza, a las que nos referiremos, dando a su vez muestra de la influencia de la literatura caballeresca en las justas literarias [60] . José Manuel Lucía Megías señaló al respecto la recreación que de don Quijote y Sancho Panza se hizo con motivo del nacimiento de príncipes y herederos, nombramiento de virreyes en América, entradas de los monarcas y celebraciones religiosas [61] . Pero esa es otra historia que además tiene que ver con el ámbito de los gallos universitarios, que tuvieron a los personajes cervantinos como asunto esencial en los vejámenes de grado en España y América [62] .

Al describir Nicolás Antonio las obras de Cervantes en su Biblioteca Hispana Nova, constató que don Quijote de la Mancha «festinísima invención de un héroe, nuevo Amadís a lo ridículo, agradó tanto, que oscureció todas las bellezas de las antiguas invenciones de esta clase, que, por cierto, no eran pocas» [63] . Su éxito rotundo se debió sin duda a haberse nutrido de unos ideales caballerescos bien conocidos por todos y que ya habían sido objeto de burlas con anterioridad.

■

[1] Silvia Roubaud, «Los libros de caballerías», en Miguel de Cervantes, Don Quijote de la Mancha , ed. de Francisco Rico et alii , Madrid, RAE, 2015, pág. 1444, señaló que el Quijote fue un ataque feroz a la tradición narrativa de los libros de caballerías, pero que simbolizó a la vez su victoria póstuma. María del Carmen Marín, «Nota bibliográfica», ibíd. , págs. 1444-1452, aportó a su vez numerosas entradas bibliográficas sobre los ataques contra las novelas de caballerías desde finales del siglo XV y a lo largo del

siglo XVI . Esa doblez, entre ataque y homenaje, fue subrayada también por Mario Vargas Llosa en la presentación del libro de Edwin Williamson, El «Quijote» y los libros de caballerías , Madrid, Taurus, 1991, págs. 11-17. Y véase Elizabetta Sarmati, Le critiche a i libri di cavalleria nel cinquecento spagnolo (con un sguardo sul seicento). Un'analisi testuale , Pisa, Giardini, 1996. Citaremos en adelante por esa edición de la RAE, como DQ , con indicación de la parte, el capítulo o la página correspondientes al primer volumen y, en su caso, al volumen complementario.

[2] Maurice Keen, La caballería, Barcelona, Ariel, 1980. Así lo presentó, en el prólogo, Martín de Riquer, aludiendo a cómo iban a los reinos de Castilla y León caballeros de toda la cristiandad para justar.

[3] Ibíd. , pág. 32. Keen dedicó el capítulo III a sus orígenes seglares, aunque consideró que las cualidades de la caballería eran específicamente cristianas. A su juicio (ibíd. , pág. 135), la transformación del oficio militar, al ampliarse la infantería en detrimento de la caballería, sería fundamental en los cambios de esta. Los Reyes Católicos llevaron a Granada en 1489 un ejército de 40 000 hombres de infantería frente a 13 000 de a caballo. Pese a ello, la caballería no desaparecería en el Renacimiento, aunque cambiaran sus formas (ibíd. , págs. 326-327).

[4] Conviene recordar que Autoridades definió justador como «El que justa», refiriéndose al Amadís y a Quinorante «el buen justadór. PORTALEGR. Adic, à la Guerr. De Gran. Lib, 3. Este era hijo de Gutierre de Quixada, señor de Villagarcia, famoso justador al modo Castellano antiguo». Mención interesante, si tenemos en cuenta, como veremos, que don Quijote se hizo descendiente de este último por linea de varón.

[5] Enrique de Leguina, Torneos, jineta, rieptos y desafíos , Madrid, Librería de Fernando Fe, 1904, págs. 9, 16-19, 28, basándose en Terreros, deriva el origen de torneo del tourner francés y del tornare latino, por las escaramuzas hechas por los caballeros en el combate. A su juicio, el paso de armas a pie o a caballo, suponía la simulación del ataque y defensa de una posición militar. La obra ofrece un catálogo de fiestas y pasos caballerescos en Borgoña, León, Valladolid y otras ciudades de Europa, deteniéndose en las justas del arnés que se celebraban en Zaragoza, según Jiménez de Urrea en el Diálogo de la verdadera honra militar, al que nos referiremos

[6] Maurice Keen , opus cit., págs. 115 y ss. y 135. En págs. 152 y ss., distingue entre tres tipos de materias concernientes al torneo: la de Francia, la de Roma, cargada de mitología clásica, y la de Bretaña.

[7] Ibíd. , págs. 168. Y véanse págs. 239 y ss., sobre los emblemas e insignias de las órdenes militares, plasmados en sus estatutos.

[8] Ibíd. , pág. 286.

[9] DQ I, XVIII, págs. 207-208. Sobre las tres coronas en la heráldica, que tan bien conocía Saavedra Fajardo, véase ahora el estudio de Nuccio Ordine, Tres coronas para un rey. La empresa de Enrique III y sus misterios , Barcelona, Acantilado, 2022, con amplia información sobre el tema en Francia e Inglaterra.

[10] Maurice Keen, opus cit ., cap. XI, analizó la espectacularidad del torneo en el siglo XV .

[11] José Enrique Ruiz-Doménec, «El torneo como espectáculo en la España de los siglos XV y XVI », La civiltà del torneo (sec. xii - xvii), Giostre e tornei tra Medioevo e Età Moderna , Narni, Centro di Studi Storici, 1990, págs. 159-194.

[12] Rosana de Andrés Díaz, «Las fiestas de caballería en la Castilla de los Trastamara», España Medieval , 1991, vol. V, págs. 81-107, detalla el ritual del paso, la justa y el torneo, así como los retos y desafíos con amplia bibliografía. Sobre su función social, política y económica, págs. 105-106.

[13] María Jesús Díaz Garretas, «Fiestas y juegos cortesanos en el reinado de los Reyes Católicos », Revista de Historia Jerónimo Zurita , 74, 1999, págs. 163-174. El campo para las justas se montó en las afueras de Sevilla, entre las atarazanas y el río, con 50 cadahalsos cubiertos de rica tapicería para acomodo de los reyes y demás asistentes, que vieron el lucimiento de los caballeros con sus cimeras, motes y divisas. En su análisis, relaciona el lenguaje de la escenografía alegórica con la poesía cancioneril de la época. También hace referencia a otras justas en Valladolid (1469), así como a las celebradas en Zaragoza, Barcelona, Murcia, Lérida y Úbeda vinculadas a los Reyes Católicos.

[14] Véase Pedro Cátedra, «Fiesta caballeresca: ideología y literatura en tiempos de Carlos V», Congreso Internacional. Carlos V. Europeísmo y universalidad, ed. por Juan Luis Castellano y F. Sánchez Montes, Granada, Universidad de Granada, 2001, I, págs. 81-104; y Fernando Checa, Carlos V. La imagen del héroe en el Renacimiento, Madrid, Taurus, 1987, quien analiza la iconogrfía y el arte, puestos al servicio de la figura del emperador, dentro del ideal aristotélico de la virtud heroica y de la mitología clásica.

[15] Frieder Braden, Chivalry and the Perfect Prince. Tournament, Art,

and Armor at the Spanish Habsburg Court, Dexter, Michigan, Trumen State University, 2008, cap. I.

[16] Ibíd. , pág. 28.

[17] José Hinojosa Montalvo, «Torneos y justas en la Valencia foral», Medievalismo 23, 2013, págs. 209-240.

[18] Aurora Egido, «La Vida del Marqués de Santillana de doña Luisa de Padilla, Condesa de Aranda», Silva. Studia philologica in honorem Isaías Lerner , Madrid, Castalia, 2001, págs. 213-226; y «La Ejemplar vida del marqués de Santillana, por doña Luisa de Padilla, condesa de Aranda. Estudio y edición», BILRAE, 2023 (en prensa).

[19] Además del Ms. g. IV de la Biblioteca del monasterio de El Escorial, está el ejemplar de la BNE mss. 10212.

[20] Ms. de la Real Academia Española RM Caja 44/3. Hemos consultado el original que va unido a la transcripción del padre Hernando Peche de la Compañía de Jesús.

[21] Josef Fleckenstein, La caballería y el mundo caballeresco , Madrid, Siglo XXI, 2006, para quien la caballería es una de las grandes fuerzas que han caracterizado la historia de Europa.

[22] Alberto del Río, «Los libros de caballerías y la (r)evolución militar moderna (II): arsenales y logística en el Don Florindo de Fernando

Basurto. Con un apéndice sobre una compañía de mugeres enamoradas , algunos escarmientos de juegos y un broche sobre rieptos y batallas» , El dominio del caballero: nuevas lecturas del género caballeresco áureo (Homenaje a Francisco López Estrada), ed. de Ana Carmen Bueno Serrano y Antonio Cortijo Ocala, eHumanista 16, 2010, págs. 57-76, señala la diversidad de corrientes que confluyen en la literatura caballeresca al mezclarse con otros géneros durante los reinados de los Reyes Católicos, Carlos V y Felipe II.

[23] María del Carmen Marín, «Los libros de caballerías en el espacio y el espacio en los libros de caballerías», Espacios en la Edad Media y el Renacimiento , ed. de María Morrás, Salamanca, SEMYR, 2018, pág. 92.

[24] José Manuel Lucía Megías, Libros de caballerías en las bibliotecas Públicas de París, Alcalá de Henares, Editorial de la Universidad de Alcalá de Henares, 1999, destaca numerosas ediciones en cuyos prólogos e índices se hace referencia a lo maravilloso y extraordinario de los hechos de armas que se relatan, buscando con ello la inmortalidad, como es el caso del Espejo de príncipes y caballeros de Diego Ortúñez de Calahorra, Valladolid, Diego Fernández de Córdoba, 1586, que trata de «inmortales hechos». También don Quijote buscaría a su modo la consecución de la fama.

[25] Frieder Braden, opus cit ., págs. 179 y ss. Así lo muestra la celebración de torneos desde 1504, con Felipe el Hermoso, y los que se sucedieron hasta 1604 en Valladolid, Zaragoza, Barcelona, Greenwich, Sevilla, Valladolid, Bolonia, Mantua, Barcelona, Nápoles, Fontainebleau, Milán, Bruselas, Valencia, Salamanca, Medina del Campo, Guadalajara, Milán, Trento, Gante, Binche, Amberes, Toledo, Sevilla, Tortosa y Valencia, entre otras ciudades, recogidas por Braden en el apéndice I.

[26] Frieder Braden, ibíd. , apéndice II.

[27] Véase Francisco F. Flores Arroyuelo, «El torneo caballeresco: De la preparación militar a la fiesta y representación teatral», Medioevo y literatura. Actas del V Congreso de la Asociación Hispánica de Literatura Medieval (Granada, 27 de sep tiembre-1 de octubre 1993) , ed. de Juan Paredes, Granada, Universidad de Granada, 1995, vol. 2, págs. 257-278; y Teresa Ferrer Valls, Nobleza y espectáculo teatral (1535-1622), Valencia, UNED, 1996, con información desde 1535 a 1622 y referencia a obras de Lope, Antonio Hurtado de Mendoza y el conde de Villamediana. Y véase infra.

[28] En el episodio de los encamisados don Quijote dice, tras atacarlos: «yo no pensé que ofendía a sacerdotes ni cosas de la Iglesia, a quien respeto y adoro como católico y fiel cristiano que soy, sino a fantasmas y a vestiglos del otro mundo» (DQ I, XIX, pág. 225).

[29] Frieder Braden, opus cit ., págs. 86-87, 103 y 177.

[30] Fernando Checa, Carlos V . La imagen del héroe en el Renacimiento, cit.; y Fernando Checa, Carlos V. La imagen del poder en el Renacimiento, Madrid, El Viso, 1999, págs. 27 y ss.

[31] Alberto del Río, «Motivos folklóricos y espectáculo caballeresco; el príncipe Felipe en las fiestas de Binche en 1549», Revista de poética medieval 26, 2012, págs. 285-302.

[32] Fernando Checa, Carlos V. La imagen del poder en el

Renacimiento , págs. 73-78.

[33] Ibíd., cap. 3.

[34] Carmen Vallejo, «El ocaso de la caballería medieval y su pervivencia iconográfica en la Edad Moderna», Laboratorio de Arte , 20, 2007, pág. 41. Y véase Emma Herranz Alonso, «Entre el homo viator y el miles Christi . Itinerarios narrativos de la alegoría espiritual en la imprenta áurea», Cahiers d'études hispaniques médiévales , 30, 2007, págs. 107-121; y, de la misma, «La configuración literaria del tópico del miles Christi entre la Edad Media y el Renacimiento», Actes del X Congrés Internacional de la Associació Hispànica de Literatura Medieval (Alacant, 16-20 de septiembre, 2003), ed. de Rafael Alemany, Josep Lluís Martos y Josep Miguel Manzanaro, Alicante, Symposia Philologica, 2005, págs. 879-894.

[35] El códice, una de cuyas láminas reproducimos en la portada de este libro, presenta una rica encuadernación francesa de la época de Luis XV y debió pertenecer a la colección que Felipe V trajo a España. Véase Isidro Rosell y Torres, Museo español de Antigüedades , I, Madrid, Imprenta de Fortanet, 1872, págs. 409-417.

[36] Luis Arciniega, «Las esculturas encargadas por Carlos V a Leone Leoni en 1549 y su acabado en España por Pompeo Leoni», Archivo Español de Arte 86, 342, 2013, págs. 87-106.

[37] Véanse los trabajos de J. De Geest, J. Hernández Ferrero, C. Herrero Carretero y J. A. Godoy en el catálogo de la exposición Charles Quint. Tapisseries et Armures des collections royales d'Espagne, Bruselas, Snoeck-Ducaju & Zoom, 1994.

[38] José A. Godoy, «La Real Armería», en ibíd. , págs. 117 y ss. Y véase, en págs. 12 y ss., la colección de las piezas de los Reyes Católicos, el Gran Capitán y Felipe el Hermoso.

[39] Ibíd. , págs. 150-151.

[40] Jesús F. Pascual Molina, «Lujo y acero», cit., pág. 370; y N. de Dalmases, «La orfebrería barcelonesa del siglo XV a través de los Llibres de Passantíes», D'Art, 3-4, 1977, págs. 5-30.

[41] Carmen Vallejo, art. cit., págs. 13-15.

[42] María del Carmen Marín, «La ideología del poder y el espíritu de cruzada en la narrativa caballeresca del reinado fernandino», Fernando II de Aragón, el rey Católico, ed. de Esteban Sarasa, Zaragoza, IFC, 1996, págs. 87-105.

[43] Claude Chauchadis, La loi du duel. Le code du point d'honneur dans l'Espagne des XVIe. XVIIe. siècles, Toulouse, Presses Universitaires du Mirail, 1997, ofrece un amplio panorama sobre el estado de la cuestión en Castilla, mostrando el componente jurídico, desarrollado, entre otros, por Alfonso de Cartagena, Diego de Valera, Gregorio López o Alfonso de Azevedo, y que se sustentaba en las Partidas de Alfonso X.

[44] Claude Chauchadis, i bíd., caps. 3, 4 y 6, con especial atención a su presencias en el teatro y en la novela.

[45] Claude Chauchadis, «Don Quijote, doctor del duelo », El Quijote en Buenos Aires, lecturas cervantinas en el cuarto centenario , ed. de Alicia Parodi, Julia D'Onofrio y Juan Diego Vila, Buenos Aires, Universidad de Buenos Aires, 2006, págs. 331-336, señala también diferencias entre las leyes del duelo, a las que se refiere don Quijote en I, XIV y particularmente en XXXII, y las leyes de los desafíos, que rechaza en II, VI.

[46] Claude Chauchadis, La loi du duel, caps. 8 y 9.

[47] Aurora Egido, Cervantes y las puertas del sueño. Estudios sobre «La Galatea», el «Quijote» y el «Persiles», Barcelona, PPU, 1994, págs. 238-240.

[48] Jerónimo Jiménez de Urrea, opus cit., págs. 11, 68 y 82. Y véase Juan Manuel Cacho y María del Carmen Marín Pina, «La rivalidad caballeresca de Carlos V y Francisco I. (Épica culta y carteles de desafío)», La Historia de Francia en la Literatura Española. Amenaza o modelo, ed. de Mercè Boixareu y Robin Lefere, Madrid, Castalia, 2009, págs. 195-214.

[49] Jerónimo Jiménez de Urrea, opus cit. , pág. 35.

[50] Tratamos del tema en Aurora Egido, El discreto encanto de Cervantes y el crisol de la prudencia , Vigo, Editorial Academia del Hispanismo, 2011. Sobre Épila, residencia de la familia Urrea, en el Quijote , David Manero, «Por Hépila famosa», posible alusión a Jerónimo de Urrea en el Quijote de 1605», RFE, LXXX 2000, págs. 215-221.

[51] Véase el grabado (Valencia, Juan Joffre, 1521) en Antonio Rodríguez Moñino , Nuevo Diccionario Bibliográfico de Pliegos Sueltos poéticos. Siglo xvi , ed. corregida y actualizada por Arthur L. F. Askins y Víctor Infantes, Valencia, Castalia, 1997, págs. 327-328.

[52] Ed. de Enrique Galé, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 2008, 2 vols. Y véase Aurora Egido, «Señas de un libro encontrado. La Peregrinación de Pedro Manuel de Urrea », El Condado de Aranda y la nobleza española en el Antiguo Régimen , ed. de María José Casaus Ballester, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 2009, págs. 173-186, donde también señalamos la relación de la obra con la Vida y trabajos de Jerónimo de Pasamonte y con el Persiles.

[53] Y véase Claude Chauchadis, «Entre las armas y las letras; Cervantes y la ley del duelo », Compás de Letras. Monografías de Literatura Española 1, 1992, págs. 209-227.

[54] Claude Chauchadis, La loi du duel. Le code du point d'honneur dans l'Espagne des xvie xviie siècles, cit., cap. 14, analiza la relación de Cervantes con el duelo en el Persiles y otras obras como El gallardo español . A su juicio, Cervantes es partidario de una solución pacífica de los conflictos de honor y de que los soldados y gentilhombres los resuelvan por sí mismos (ibíd. , pág. 323). Su concepción ambivalente perduró a lo largo de los siglos, sin que sus prohibiciones dejaran de ponerse en práctica hasta el siglo XVII , destacando el celebrado en 1697 entre el conde de Fuentes y el duque de Medina de Rioseco (ibíd. , cap. XV). Y véase Joaquín González Cuenca, «Espectáculos nobiliarios de riesgo: el torneo y sus variantes», Historia de los es pectáculos en España. Edad Media, coord. por Andrés Amorós y José María Díez Borque, Madrid, Castalia, 1999, págs. 487-506.

[55] Stanislav Zímic, «El libro de caballerías de Cervantes», Acta Neophilologica VIII, 1975, págs. 3-46. A su juicio, el personaje de Alimuzel en El gallardo español es un auténtico y virtuoso caballero andante.

[56] Jimena Gamba Corradine, Fiesta caballeresca en el Siglo de Oro . Estudio, edición, antología y catálogo , Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 2017, pág. 17, ofrece numerosos ejemplos durante los siglos XVI y XVII , que podrían ampliarse. Su criterio, en paralelo con el de Fernando Bouza , Palabra e imagen en la corte: cultura oral y visual de la nobleza en el Siglo de Oro , Madrid, Abada, 2003, pág. 160, va contra la idea de la decadencia del torneo en esos siglos, produciéndose una democratización de la fiesta caballeresca, como también ha señalado Pedro Cátedra, El sueño caballeresco, De la caballería de papel al sueño real de don Quijote , Madrid, Abada, 2007.

[57] Jimena Gamba Corradine, opus cit., págs. 21 y 23 y ss., acusa numerosos paralelos entre Aragón e Italia, insistiendo en la impronta de las cofradías. Y véase el clásico estudio de Elena Povoledo, «Le théâtre de tournoi en Italie pendant la Renaissance», Le lieu théatral à la Renaissance , París, Ed. du Centre National de la Recherche Cientifique, 1968, págs. 95-104.

[58] Jimena Gamba Corradine, opus cit ., pág. 36. Y véase en particular Pedro Cátedra, «Jardín de amor». Torneo de invención del siglo xvi Salamanca, SEMYR, 2005.

[59] Francisco López Estrada, «Fiestas y literatura en los Siglos de Oro: la Edad Media como asunto ‘festivo’ (el caso del Quijote) », Bulletin Hispanique 81, 1982, págs. 291-372.

[60] Francisco López Estrada, ibíd. , págs. 316 y ss. Y véase el cap. de José María Díez Borque en Ramón Menéndez Pidal, Historia de España. La cultura del Renacimiento. 1480-1580 , coord. por Víctor García de la Concha, Madrid, Espasa-Calpe, 1999, págs. 91-92 y 95-96, donde recoge la presencia de gigantes en las procesiones del Corpus en Madrid, 1582, así como en otros muchos lugares.

[61] José Manuel Lucía Megías, «Los libros de caballería en las primeras manifestaciones populares del Quijote », De la literatura caballeresca al «Quijote» , coord. por Juan Manuel Cacho, Zaragoza, PUZ, 2007, págs. 319-347.

[62] Aurora Egido, Por el gusto de leer a Cervantes, cit., págs. 203-250.

[63] Miguel de Cervantes, El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha , estudio de Luis Astrana Marín, Valencia, Alfredo Ortells, 2005, pág. LIII.

CAPÍTULO 2

Las ordenes militares y el Quijote

En el ancho territorio histórico de la caballería, destacan las órdenes militares, de cuya existencia dio señalada información Cervantes en el Quijote, tanto explícita como implícitamente, junto a los referentes religiosos que fundamentaron su origen. Sobra decir que el santoral cristiano, vinculado en parte a la caballería andante, era tan universal como el propio impulso caballeresco. Ambos fueron evolucionando con el decurso del tiempo, teniendo como principio la conquista y defensa de los Santos Lugares y la creación de las órdenes de caballería por toda Europa [1] . Pensemos, por caso, en la Orden de San Juan de Jerusalén en Navarra, que anexionó encomiendas de los templarios y otras órdenes [2] .

El sentido religioso y militar estuvo en los fundamentos de todas ellas, como se desprende de las cuatro españolas más notables: Calatrava, Alcántara, Santiago y Montesa, que se extendieron por la península y participaron en la lucha contra el infiel dentro y fuera de ella [3] . Montesa se circunscribió a Valencia, pero su relación con la de Calatrava aparece suscrita desde sus orígenes, así como con la de San Jorge, íntimamente ligada al reino de Aragón [4] .

En el panorama histórico de las órdenes caballerescas, destacan particularmente la Segunda Partida de Alfonso X el Sabio, el Libro de la orden de caballería de Ramón Llull y el Libro del cavallero et del escudero de don Juan Manuel [5] . Entre los tratados de la Corona de Aragón, la obra de Llull, escrita al término de su vida como senescal de Jaime II, ofrece un modelo que conviene tener en cuenta no solo para la figura de don Quijote, sino para la de Sancho, ya que el tema discurre en el ámbito de una floresta en la que dialogan un caballero y un escudero a partir de un libro que el primero le entrega al segundo con las reglas a seguir. Cuando el escudero lo acaba de leer, Llull dice que este «entendió que caballero es un hombre elegido entre mil para tener el oficio más noble de todos» [6] .

Los principios caballerescos de caridad, lealtad, justicia y verdad, inherentes al caballero, conforman un ideal puesto al servicio de la defensa de la fe católica y también de la del señor terrenal. A juicio de Llull, el oficio de caballero llevaba consigo cabalgar, justar, correr lanzas, ir armado y tomar parte en los torneos, además de esgrimir y cazar ciervos, jabalíes y leones. Pero lo que nos interesa destacar de su Libro es el ejercicio de las virtudes propias del caballero, que debía socorrer a huérfanos y desvalidos, y perseguir a ladrones y malvados, como sabía muy bien, por cierto, don Quijote [7] .

Por otro lado, los extremos de sapientia et fortitudo, propios del héroe, configuraron en Llull un ideal caballeresco que chocaba sustancialmente con la locura. Dato, este, que no deja de interesar al analizar la figura de don Quijote:

Caballería y valor no se avienen sin sabiduría y cordura; pues si lo hiciesen, locura e ignorancia convendrían con la orden de caballería. Y si esto fuese así, sabiduría y cordura, que son contrarias a locura e ignorancia, serían contrarias a la orden de caballería y eso es imposible [8] .

La obra de Llull ofrece además todo un catálogo de virtudes propias del escudero, que chocarían de raíz, andando el tiempo, con la figura de Sancho, aunque este no infringiese las leyes relativas al amor y temor de Dios, a la nobleza de corazón y a la edad (ni demasiado joven ni demasiado viejo), aunque sí lo hiciera en punto a carecer de orígenes nobles y a no tener costumbres adecuadas [9] . El escudero debía ser un espejo de virtudes en lo espiritual y de complexión física en lo corporal: «Hombre contrahecho o demasiado gordo, o que tenga defecto en su cuerpo que le impida cumplir el oficio de caballero no debe entrar en la orden de caballería» [10] . A su vez, la espada equivalía, para Llull, al símbolo de la cruz, así como el de la lanza lo era al de la fuerza de la verdad; el yelmo, al de la vergüenza; las calzas de hierro, al de la seguridad; las espuelas, al de la diligencia y la gola, al de la obediencia [11] .

A su vez, el Doctrinal de los caballeros de Alonso de Cartagena, que corrió en copias manuscritas antes de editarse en 1487, ofreció un manual de conducta caballeresca, influido por Vejecio y otros tratadistas, que tendría gran predicamento entre la nobleza desde una perspectiva universalista, patente ya en el prólogo [12] . Cartagena, que siguió la pauta de las Partidas alfonsíes y que empezó su título primero bajo la invocación de la Trinidad, la fe católica y las virtudes de los caballeros, encareció, entre estas, la discreción, siguiendo la doctrina de los clásicos. En ese sentido, cabe valorar la complejidad de la obra cervantina, toda vez que don Quijote es el mayor discreto indiscreto y alguien que, como decimos, atenta constantemente contra la prudencia, aunque paradójicamente la asuma en muchas ocasiones [13] .

El asunto cobra particular importancia, ya que la prudencia fue sustancial en los tratados caballerescos del siglo XV, que se atuvieron a la dimensión moral y política [14] . A la amplia influencia de las Partidas, se uniría el modelo mencionado de Vegecio y sus teorías sobre la guerra, plasmadas en su Epitoma rei militaris . Esta obra pesaría en autores como Alfonso de San Cristóbal, Enrique de Villena y Alfonso de Palencia entre otros.

Pero, en relación con la prudencia como virtud sustancial del caballero, destaca en particular la obra de Diego de Valera, doncel de Juan II, que creía en la práctica de la tríada compuesta por prudentia, fortitudo y sapientia. Ellas formaban parte del modelo del caballero deliberativo, cuyo paradigma se compondría más tarde de otras cualidades, influidas por la imagen de los Lanzarotes y los caballeros del ciclo artúrico [15] . La virtud cardinal de la prudencia se asentó en la tradición militar desde Alfonso X el Sabio, Egidio Romano y otras autoridades, que la enlazarían con la prudencia política, fundamental en el tratadismo renacentista y barroco. La dignidad del caballero tuvo, en la prudencia, uno de sus puntales básicos; de ahí que su plasmación en el Quijote esté llena de paradojas.

La historiografía sobre las órdenes militares ofrece un panorama complejo, ya que estaban formadas por caballeros de armas y por freiles que vivían una vida conventual, lo que generó no pocas discusiones, como muestra la obra de Fernando Pizarro y Orellana,

caballero de Calatrava, Discurso apologético en Gracia y favor de las Ordenes militares (Madrid, Juan González, 1629) [16] . Interesa, no obstante, comprobar que sus miembros debían someterse a pruebas genealógicas y hacer un doble juramento de obediencia al rey y al maestre de cada orden militar.

Su religiosidad fue una marca inexcusable, que se fue intensificando con el tiempo hasta formar sustancia alegórica en el auto de Calderón Las órdenes militares, que hablaba de la «campal caballería», asegurando en ella limpieza y nobleza. Esa obra, que tuvo problemas inquisitoriales previos a su representación palaciega en 1662, terminaba a lo divino bajo especies sacramentales propias del género. La victoria de la Gracia se alcanzaba en ella mientras el pelícano se ensangrentaba por sus hijos, «siendo ave militar / de la roja insignia bella, / que con este pan y vino / tantas familias sustenta» [17] .

Calderón se atrevió a plantear en esa obra un asunto crucial de raíz teológica pero que atañía a la historia y a la política de su tiempo [18] . Pues, en efecto, al recordar los requisitos de limpieza de sangre para entrar en una orden monástico-militar, dibujaba el complejo problema de la no admisión de quienes eran pobres y descendientes de judíos como sin embargo lo había sido Jesús por línea materna. El autor de Las órdenes militares defendió la limpieza del alma por encima de la relativa a los orígenes, pero se fijó también en esa «mancha» de María a la hora de arbitrar el problema —candente en su tiempo— de una ley anticristiana, que no admitía a los descendientes de conversos dentro de dichas órdenes, lo que supondría problemas con la Inquisición a la hora de llevar la obra a las tablas.

Al final de la Reconquista, razón y causa esencial de su origen, las órdenes militares españolas tuvieron una evolución muy diferente, orientando sus fines a la defensa del Mediterráneo, como mostró, en la época de Carlos V y Felipe II, la Orden de Santiago. Su imagen estuvo presente en toda la península, manteniendo viva la lucha contra berberiscos, turcos, corsarios y piratas [19] . Así lo muestran los azulejos de la capilla de Nuestra Señora del Rosario en Tarragona, que representan la batalla de Lepanto, con don Juan de Austria y la escuadra del comendador mayor de Castilla al lado [20] .

Su presencia en la Corona de Aragón desde el siglo XII se hizo patente en Zaragoza, Barcelona y otros lugares, aunque decayó algo en el siglo XIV [21] .

Téngase en cuenta además que, en la Orden de Santiago, hubo conventos femeninos, aunque sus freilas no participaban militarmente. Creada en la castellana villa de Uclés, se extendió por muchos lugares de la península, incluida Cataluña, donde se fundaron dos conventos femeninos al igual que en otros lugares [22] . El Libro del principio de la Orden de Cavalleria de S. Iago del España (Valencia, Alvaro Franco, 1599) de fray Diego de la Mata, dedicado a Felipe III, unía el historial de dicha orden a la conservación de España y de sus reinos, vinculando su existencia al esfuerzo de los reyes contra los infieles y a la fundación del propio monasterio de Uclés, al que pertenecía el autor [23] .

El Quijote mostró al respecto un tratamiento diferente de las órdenes militares en la primera y en la segunda parte, pues en esta sería capital la presencia de san Jorge, por estar ligado al destino zaragozano que su autor marcó al caballero manchego y que su autor trastocaría en la segunda por el de Barcelona, para negar autoridad al apócrifo. El cambio de rumbo tendría consecuencias lógicas, dadas las diferencias históricas entre el reino de Aragón y el de Castilla, teniendo en cuenta además la especificidad política y geográfica de Barcelona, una ciudad abierta al Mediterráneo.

Ya Andrea Navaggero, en una carta a Juan Bautista Ramusio de 5 de mayo de 1525, hablaba de corsarios en la costa de Barcelona; una ciudad bellísima, que, a su juicio, se parecía a muchas de Italia. Las peculiaridades jurídicas y administrativas del reino de Aragón y en concreto de Cataluña hacían que, a su juicio, fuera muy poco lo que el rey podía mandar en ellos [24] . Extremo, este, que también fue señalado por Gaspar Contarini, embajador de Venecia cerca de Carlos V, que hablaba, por esas fechas, de Zaragoza, Lérida y Barcelona, destacando sus privilegios y la mayor riqueza de los catalanes sobre los aragoneses, añadiendo que «estos pueblos no se muestran muy afectos al César, y no tienen plena correspondencia de su majestad, la cual se siente mal servida por ellos» [25] .

Don Quijote se mantuvo dentro de las coordenadas peninsulares y mediterráneas representadas por los caballeros de las mencionadas

órdenes militares de Calatrava, Alcántara, Santiago y Montesa, que tuvieron desde la Edad Media una proyección mucho más amplia que la del mencionado espíritu de cruzada y la del territorio concreto en el que nacieron. En 1552, un memorial de don Luis de Requesens «para armar las galeras de la Orden de Santiago», probó la anchura geográfica por la que se movían dichas órdenes durante la Edad Moderna [26] . Su presencia en el Quijote no debe ser desestimada, ya que el espíritu que las movía tuvo mucho que ver con el que alimentó las novelas de caballerías.

La historiografía caballeresca de dichas órdenes, como la de las crónicas en general, plantea en sí misma el ajuste a la realidad histórica en sus relaciones y códigos. Los Hechos de Alonso de Monroy (siglo XIV) mostraron, a su vez, la paradoja existente entre las armas representadas por el caballero y las letras del autor, Alonso de Maldonado, que encarecía con su obra las glorias del noble ensalzado [27] . Todo ello plantea la cuestión inherente a la consecución de la fama alcanzada por los hechos, pero que se obtenía finalmente a través de las letras que los divulgaban y magnificaban, sobre todo tras la aparición de la imprenta [28] .

Cervantes conocía el heroísmo de las crónicas y de la épica en prosa y verso, planteando en el Quijote la cuestión de la verdad histórica frente a la falsedad de las novelas de caballerías en el capítulo XLIX de la primera parte, durante la discusión que el caballero andante mantiene con el canónigo. Pero, frente a la dicotomía entre verdad y mentira que este sostenía, distinguiendo entre el Amadís y demás familia y los héroes antiguos —desde Viriato y Alejandro a Diego García de Paredes—, don Quijote asentaría la verdad de la ficción, igualando a Héctor y Aquiles con los héroes de las novelas caballerescas, que se mantenían vivos en el imaginario colectivo y en el suyo propio. No faltaron sin embargo al reclamo los caballeros cristianos, españoles y extranjeros, que alcanzaron la fama por los hechos de su andante caballería. De este modo, la mente del ingenioso caballero consideraba por igual el heroísmo histórico y el legendario, convirtiéndolo todo en materia literaria representada a lo vivo.

En ese episodio, donde el canónigo trató de deslindar, como lo hicieran Jerónimo de Urrea o Jerónimo Zurita, la leyenda de la

historia, Cervantes no se olvidó, por cierto, de las órdenes militares. Pero el buen canónigo, sin negar la heroicidad de los Doce Pares de Francia, puso en duda las hazañas legendarias que se les añadieron. Pues, en sus planteamientos, asentó que se trataba de caballeros que operaban como si perteneciesen a una orden religiosa, refiriéndose a «las que ahora se usan de Santiago o de Calatrava, que se presupone que los que la profesan han de ser y deben ser caballeros valerosos, valientes y bien nacidos» (DQ I, XLIX, pág. 621). Esa equiparación entre las órdenes caballerescas españolas, incluida la de San Juan, nombrada a continuación, y los Doce Pares reflejaba sin embargo sus dudas respecto a los hechos que se les asignaron, poniéndolos en tela de juicio [29] .

En este punto, cabe tener en cuenta que la historia se inspiraba también en la literatura a la hora de relatar los hechos. Así lo confirma la Crónica de Ramón Muntaner, que, a la hora de contar la historia desde Jaime I a Alfonso IV de Aragón, se inspiró en los cantares de gesta y en la poesía de los trovadores a la vez que en su propia experiencia de soldado almogávar. El hecho de que su obra se editara en Barcelona, 1558, por Jaume Cortey y más tarde en 1562, no debe ser desestimado, por lo que supone respecto al interés por la política de la Corona de Aragón en el Mediterráneo [30] . El Quijote reflejaría también la preocupación por ese convulso mar, pues se trataba de un problema que Cervantes vivió en carne propia y que aparece en tratados como el de Bernardo de Mendoza, Theórica y práctica de la Guerra (Madrid, Viuda de P. Madrigal, 1595), dedicado al príncipe Felipe.

En el territorio ocupado por las órdenes militares en el Quijote, merece particular atención la Orden de Malta, ya que a ella había pertenecido Gutierre de Quijada, de quien el hidalgo manchego dijo descender en el capítulo XLIX de la primera parte. Cervantes no mencionó sin embargo a uno de los descendientes de don Gutierre, Luis de Quijada, ayo de don Juan de Austria entre 1571 y 1575, que fue miembro de la Orden de Calatrava, ni a otros miembros de la familia a los que nos referiremos más adelante.

En cualquier caso, cabe recordar que los tres escuadrones que combatieron en Lepanto estuvieron al mando del marqués de Santa Cruz, Juan Andrea Doria y Juan de Cardona, pertenecientes a la

Orden de Santiago, que estaba además extendida por el Campo de Montiel. Esa orden, profundamente diversificada desde sus orígenes, fue la más importante en Castilla, aunque estuviera extendida por otros muchos lugares, incluido el monasterio catalán de Junqueras [31] . Pero don Quijote fundió, como decimos, los caballeros reales pertenecientes a las órdenes militares con los caballeros imaginarios de las novelas de caballerías. No en vano aquellos se habían configurado ya como entes de ficción en las leyendas y en las crónicas [32] .

Por otro lado, conviene tener en cuenta que la caballería estuvo ligada históricamente a la genealogía nobiliaria, como muestra, entre otros, el Libro de los linajes más principales de España de Diego Hernández de Mendoza [33] . De ahí la escasa posibilidad de que un hidalgo, que se bautizó a sí mismo como don Quijote de la Mancha y que no era propiamente caballero ni fue investido como tal, pudiera vincularse a ella con pleno derecho, salvo en su imaginativa [34] .

La obsesión de don Quijote por la ascendencia noble se plasmó claramente en la figura de ese supuesto antecesor suyo Gutierre de Quijada, que había participado, como luego veremos, en el Paso Honroso contra Suero de Quiñones junto a varios de los suyos. Gracias a ello, el hidalgo manchego construyó para sí mismo una genealogía ficticia, extendiéndola también a la de Dulcinea en el capítulo XIII de la primera parte, entrando así ambos con pleno derecho en el amplio género de los linajes de burlas [35] .

El asunto desborda cualquier intento de simplificación, pues don Quijote trastocó los patrones retóricos e ideológicos del retrato que Fernando del Pulgar, al igual que tantos otros tratadistas, enumeró en su obra Los claros varones de Castilla, y que consistían en: nombre, natura, sexo, nasción, tierra, linaje, edat, criança, fortuna, affección y consejo, sacados de la Retórica de Cicerón [36] . En esa línea, el linaje suponía un eslabón señero en la cadena del buen nombre y de los antepasados que hubieran destacado por sus virtudes y sus hechos; algo que, en el caso de don Quijote, era pura invención.

En ese sentido, el hidalgo manchego fue un pilar básico en el historial de la genealogía burlesca por la invención de la

concerniente a sí mismo, a Dulcinea y a cuanto representan, en el capítulo XIII de la primera parte, los pespuntes de hidalguía de los que presume, recordando a los Cachopines de Laredo, presentes ya en La Diana de Montemayor. Pero sería en el capítulo XVIII, donde, según veremos, Cervantes expondría una sonora mezcla de linajes caballerescos ante los rebaños que le rodeaban, convirtiéndolos en el ejército más variado en origen que imaginarse pueda. Más tarde, en el capítulo XXI, ofrecería además la doble vertiente de los linajes existentes en el mundo, distinguiendo entre quienes venían de príncipes y monarcas, y quienes, teniendo principio de gente baja, van subiendo poco a poco, de grado en grado, hasta llegar a ser grandes señores.

La primera parte del Quijote desplegó por doquier la teoría y la práctica de la imitación de los modelos, sujetándose su autor sobre todo a los libros de caballerías; incluso en episodios enteros, como el de Sierra Morena en el capítulo XXV, a la zaga de Amadís-Beltenebros retirándose a la Peña Pobre. Pero Cervantes lo hizo también siguiendo otras pautas, pues, en ese episodio, reina por doquier el ejercicio de la imitación compuesta con la que construyó su ingeniosa invención. Pues don Quijote, además de recordar a Ulises, no se olvidó del Orlando furioso de Ariosto, aunque asegurara no imitar todas las locuras de Rotolando, sino solo «un bosquejo» de ellas ateniéndose a lo esencial [37] . Y otro tanto ocurrió a la hora de inventar a Dulcinea, partiendo de la pintura que tenía en su imaginativa y que trazó con materiales diversos provenientes de la literatura caballeresca y de otras al uso que encarecían el perfil ideal de las damas.

A este respecto, a la hora de valorar la figura de don Quijote, no debemos olvidar la huella de la épica italiana de Ludovico Ariosto y Torcuato Tasso, menos idealizada que la francesa y la española, y que además incluía la comicidad y la ironía [38] . Heredero de diversas tradiciones —entre ellas, las religiosas, épicas, caballerescas y burlescas—, el ingenioso hidalgo las transformó desde el ejercicio de una particular locura que sin embargo en ocasiones se acostaba paradójicamente del lado de la razón.

En la primera parte de la obra cervantina, reina por doquier la figura de un don Quijote perteneciente, como él mismo dice al

principio del capítulo XXVIII, a «la ya perdida y casi muerta orden de la caballería andante». Pero, en ese humus, Cervantes trasplantó numerosas semillas procedentes de otras órdenes caballerescas y de otros géneros que se entrelazaban constantemente en la trama de su obra. Así ocurre en el capítulo XXXII con la maletilla vieja llena de libros, donde aparecen Don Cirongilio de Tracia y Felixmarte de Hircania junto a la Historia del Gran Capitán, unida editorialmente a la de García de Paredes. Ello dará lugar a un nuevo careo entre la verdad histórica y la fabulación literaria por parte del cura y de un ventero que relegaba a mentiras los libros de caballerías y a otros tiempos el uso de la caballería andante.

Por otro lado, no deja de ser curioso que Cervantes diera noticia, en el capítulo XXVIII de la primera parte, de las órdenes militares más destacadas en Castilla ya mencionadas, aunque no olvidara la de San Jorge, que creció fundamentalmente en el reino de Aragón y sería capital en la segunda. Respecto a la omisión de la menos extendida Orden de Montesa, vinculada a Valencia, hay que recordar que absorbió a la Orden de San Jorge de Alfama, formando, según dijimos, con aquella un solo cuerpo y teniendo en su escudo al mártir de la Capadocia [39] .

Pero lo interesante de ese capítulo, así como del L, es el canto a la verdad literaria, que vivía no solo en las leyendas y de las leyendas, sino en libros salidos de la imprenta con censura y aprobación, gracias a los cuales, según Cervantes, disfrutaban grandes o chicos, letrados o ignorantes, plebeyos o caballeros, igualados todos en el goce de la lectura.

Sin entrar, por otro lado, en el ancho mundo de los espejos de príncipes, sobre los que el Quijote ofrece numerosos ejemplos, lo cierto es que los tratados para la educación de la nobleza ofrecieron a Cervantes modelos a seguir, tanto en lo religioso como en lo militar y literario, a través de una larga serie que confluyó en una obra como la de Diego Gurrea, Arte de enseñar hijos de príncipes y señores (Lérida, Viuda de Mauricio Anglada, 1627) [40] .

Ello se reflejó posteriormente en obras como las dedicadas a sus hijos por la ya mencionada doña Luisa María de Padilla, condesa de Aranda, que vivió al albur de las glorias militares de sus antepasados, incluido el marqués de Santillana, adaptando sus

valores a los nuevos tiempos [41] . Claro que, ya con anterioridad al Quijote, el Espejo de príncipes y caballeros (parte I) de Diego Ortúñez de Calahorra (Zaragoza, Esteban de Nájera, 1555) aparecería, bajo ese reclamo especular, como obra fundacional de todo un ciclo que perduraría hasta principios del siglo XVII con gran éxito [42] .

Pero lo que nos interesa destacar, en este caso y en otros ejemplos anteriores como el de las Generaciones y semblanzas de Pérez de Guzmán o los Claros varones de Castilla de Fernando del Pulgar, ya mencionados, es la susodicha proyección internacional de las hazañas caballerescas vinculadas a la nobleza y a las órdenes militares. Estas seguían modelos italianos o borgoñones, constatados en unas crónicas que se movieron generalmente entre la realidad y la ficción. Una doble faz, esta, que pervivió en la Edad Moderna, pero cuya efectividad militar fue perdiendo sentido, como se demostró en la guerra de Cataluña (1640-1645), donde fracasó la convocatoria de las órdenes de Castilla y Aragón, aunque sus caballeros siguieran manteniendo un prestigio social vinculado a la Corona y lleno del simbolismo religioso de la militia Christi [43] .

Las órdenes militares eran la plasmación de la estrecha alianza entre religión y monarquía; algo que Calderón reflejó posteriormente en el auto sacramental El gran teatro del mundo, mostrando el apoyo entre ambas instituciones. No olvidemos, por otro lado, que «los claros varones», tal como los configuró Fernando del Pulgar, lo eran tanto en el campo de la milicia como en el religioso [44] .

Cervantes conocía de primera mano los tratados militares relacionados con las órdenes de caballería que, en ocasiones, parodió o simplemente siguió al trasladarlos al singular caballero don Quijote, que los mezclaba, en sus pensamientos y obras, con lo leído en las novelas de caballerías. En ese aspecto, conviene comparar sus actitudes con los tratados de re militari [45] . Desde las Partidas de Alfonso X, el Doctrinal de caballeros de Alonso de Cartagena y el Libro de la Orden de Caballería de Ramón Llull, pasando por el Diálogo de Jiménez de Urrea y otros muchos, Cervantes configuró el nuevo modelo del ingenioso caballero don Quijote de la Mancha que daría la vuelta a todos ellos.

Los desafíos, justas y torneos, llevados a cabo en Castilla y en el reino de Aragón bajo especies caballerescas y religiosas, así como las incontables Lletres de batalla fueron, a su vez, testimonio de un mundo que se fue transformando a finales del siglo XVI. Pero sus valores éticos, simbólicos y sociológicos perdurarían en el seno de las cofradías y de las órdenes militares, así como en el imaginario colectivo, que los veía revivir en los espectáculos públicos [46] .

No olvidemos que estos configuraron un modo de ser, vivir y actuar que los lectores del Quijote tendrían presentes a la hora de ver como los contrahacía o ponía en la picota de la risa su principal protagonista. Por otro lado, como dijo Martín de Riquer, lo que leemos en obras como el Curial i Güelfa o en el Tirant lo Blanch no fue solo producto de la invención, sino reflejo de la vida misma, llena de caballeros errantes en busca de aventuras [47] . Recordemos que el abuelo del emperador, Maximiliano I, se presentó a sí mismo como caballero andante y que el propio Felipe II de España «fue el héroe de un paso de armas espectacular e ingenioso, como algunos de los que se realizaron en Borgoña en el siglo XV » [48] .

En ese ámbito caballeresco, un manuscrito de la Real Academia Española «Aviso de la justa hecha en Madrid Corte de España el día de la Anunciación 25 de março de 1563» ilumina el modo con el que se llevaron a cabo ese tipo de juegos caballerescos en el reinado de Felipe II [49] . El documento se refiere con todo lujo de detalles no solo a los mantenedores don Rodrigo de Mendoza y don Antonio de Velasco, sino al adorno de sus caballos, a sus armas y al acompañamiento de atabales y pífanos con los que entraron en liza junto a los maestros de campo y el resto de los caballeros con sus padrinos. Destaca la compañía de dos enanos y doce pajes, junto a la presencia de «ventureros» con sus músicos, así como la del conde Fulurio Ragone, embajador de Ferrara junto al señor Fuxio Molea, que apareció en escena

con librea blanca verde y roxa y grotescos a la florentina y un sol dorado en la espalda derecha con un mote que dezia sic altero ut exprimamur in sole, en habito de puro venturero sin trompetas sin padrinos y sin estafermos con dos negros enanos y una donzella delante a caballo bien vestida la qual llegando delante el cadahalso

del Rey se apeo y fingiendo ser embiada de la Reyna de Armenia subio ante la Reyna y Princesa que estaban sentadas cabe el Rey y Principe y despues de les a ver dicho algunas estanças en italiano presento una caxita con espejos de cristal cordones de cristal cordones de seda y otras caxas de peines guantes de seda y otras gentilezas de Ytalia de valor de 200 escudos y mas que la Reyna dio despues a las Damas [50] .

La relación se detuvo también en la aparición de trompetas, padrinos, pajes y estaferos, entre los que estaba Luis Quixada «caballerizo mayor del príncipe y ayo de don Juan de Austria», cuya familia ofrecería con el tiempo alguna relación genealógica con don Quijote, como decimos [51] .

Pero al margen de los juegos de armas, celebrados en esa justa madrileña de 1563, después de comer en la plaza del palacio, hubo una cena a las 9 de la noche en una sala entapizada con paños del emperador relativos a la historia de Túnez, labrados en oro, plata y seda. A ello siguieron danzas de caballeros y damas ricamente vestidos y una máscara en la que algunos justadores iban con sombreros altos «a la antigua con las faldas caídas llenas de plumas blancas hechas a modo de castillos», que el relator valoró en 300 ducados cada una. El baile de gallardas y otras danzas «a la forastera» duró, al son de los pífanos, hasta las once.

Dentro de esas coordenadas en las que se unía lo bélico con lo festivo, cabe considerar la fiesta en la casa barcelonesa de don Antonio Moreno, pero también el «Discurso de las armas y las letras» en el Quijote (I, XXXVII-XXXVIII), donde Cervantes planteó a nueva luz una cuestión palpitante en su tiempo. En él, como apuntó Ricardo Castells, Cervantes demostró además el contraste entre la ficción literaria caballeresca y el tratadismo técnico militar de su época, ofreciendo el difícil encaje entre las tradiciones medievales y el moderno arte de la milicia [52] .

La larga intervención de don Quijote, en esa ocasión, que el narrador compara con la que había hecho sobre la Edad Dorada ante los cabreros, no se ató sin embargo a entelequias e ideales, sino al diario vivir del estudiante y del soldado, con sus trabajos y

adversidades. A ello añadió, a modo de ejemplo, la historia del cautivo en el capítulo XXXIX, junto a todo cuanto le acontece en él a don Quijote, dentro de un cronotopo histórico vivido por el propio Cervantes en el que no faltó la referencia a la batalla de Lepanto [53] . En ese debate entre armas y letras, presente en las dos partes del Quijote (I, XXXVII-VIII; II, VI y XXIV) y que ya era conocido desde Quintiliano, se constató su evidente desigualdad, concediendo sin duda más relieve a las primeras, aunque el héroe, al igual que su autor, alcanzara finalmente más renombre con las segundas.

A nuestro juicio, el Quijote fue, en parte, la constatación de un fracaso, reflejo del de Felipe II cuando intentó restaurar la vieja caballería con el propósito de que se encargara de la defensa interna de España. La obra, como señaló Guillermo Serés, debe situarse en la analogía entre la vida civil y la militar desarrollada por Maquiavelo, recordando la cédula de 1572 por la que el mismo Felipe II acometió la reforma de los caballeros de cuantía o de alarde, que habían ido decayendo por la inactividad y otras causas [54] .

A ese respecto, hay que tener en cuenta las características que la sociedad española presentaba a finales del siglo XVI, con diferencias notables entre unas regiones y otras, y recordar que, en un mundo en crisis, Felipe II instituyó una Milicia General para proteger España, pues «la nación que había sido semillero de soldados ya apenas producía vocaciones militares». La sociedad, a juicio de Domínguez Ortiz, seguía siendo violenta pero no guerrera, y una de las causas de ello era, precisamente, ser «tan cortos los premios de las armas en comparación con las letras» [55] .

Desde tales presupuestos, la historia verdadera se alimentó con los recursos de la épica e incluso con la inserción de poemas que siguen a la pérdida de la Goleta en el capítulo XL de la segunda parte del Quijote, donde la historia de Zoraida, como la lucha anterior contra el turco, parece discurrir por unos cauces que, en buena medida, ensombrecían los hechos ficticios de las novelas de caballerías. Relatados «tan extraños sucesos» ante quien se preciaba de seguir por la senda de los Amadises, don Quijote llegará a decir, en el capítulo XLII, que estos eran, en realidad, quimeras de la andante

caballería (II, XLII, pág. 546). Todo ello configuró, episodio tras episodio, la singularidad de alguien que se iba construyendo a sí mismo como flor de la caballería andante, según dice un barbero poco después de que el ingenioso hidalgo se viera enjaulado (I, XLVI, pág. 588).

El Quijote fue además un buen ejemplo de la permeabilidad de los tratados militares en los que se inspiró su autor. Así lo ha señalado Amalia Castellot, al analizar en la obra tanto el ritual de investidura como la defensa del menesteroso, además del comportamiento del caballero y de su escudero, con sus retos y desafíos, o el estado de las armas y de la montura. A ello cabría añadir la vexología simbólica, que conformó las reglas de caballería en la Edad Media y el Renacimiento [56] .

En el imaginario colectivo, quedaban impresos los nombres de quienes habían alcanzado alguna gloria singular con las armas, incluyendo la adquirida a través de los desafíos. El Quijote I, LI, alude precisamente a un tal Vicente de la Roca, que cuenta sus hazañas en Marruecos y Túnez como si fuera un valentón a lo jaque, y que había entrado «en más singulares desafíos, según él decía, que Juan de Urbina, Diego de Paredes y otros mil que nombraba» (ibíd., pág. 633). Aunque haya ciertas dudas sobre los dos primeros, el tercero, al que Cervantes menciona en otros capítulos, no necesitaba sin embargo explicación alguna, por su singular fama en el ejercicio de las armas [57] .

El Quijote contrahizo además el mundo recogido y guardado en las bibliotecas y armerías particulares, como la de don Alonso de Osorio, marqués de Astorga [58] . Algo también presente en muchas otras, como la posterior de Lastanosa en Huesca, que mostraron, a través de sus galerías, vitrinas y alacenas, la riqueza histórica y literaria del arte de la guerra, encapsulándola en el espacio cerrado de los palacios y casas de la nobleza. Gracián trataría de todo ello a nueva luz en «La armería del valor» de El Criticón . Pero el donoso escrutinio de la biblioteca de don Quijote había confirmado anteriormente la inutilidad de dar al fuego cuanto esta contenía al estar albergado en la memoria de su dueño, que mantendría el rescoldo de sus lecturas, mezclando unas obras con otras.

En ese sentido, conviene señalar la distinción que hace Cervantes

entre el caballero cortesano encerrado en sus dominios y el caballero andante, que discurre a lo libre por los caminos del mundo. Razón que tal vez sustente el uso que hizo del ámbito literario de las novelas de caballerías en mayor proporción e intensidad que el de los tratados militares y otras obras teóricas a la hora de configurar los personajes de don Quijote y de su escudero Sancho, frente a los caballeros sedentarios con los que ambos se topan.

Sobra decir además que Cervantes no pretendió escribir tratado militar o caballeresco alguno, aunque los conociera, sino una obra de invención que ensombreciera a todas las que la habían precedido. Desde esa perspectiva, es evidente que el Quijote no solo muestra un contraste entre el ideal caballeresco y la realidad circundante, sino el existente entre la teoría militar y la práctica de su tiempo. Y más si se considera que la experiencia del soldado se situaba frente al modelo del letrado, entendido como leguleyo o secretario [59] .

Tal vez convenga recordar por ello que, andando el tiempo, el Diccionario de Autoridades consideraría que el caballero andante era «El héroe fingido o fabuloso de cuya historia se componen los libros de caballerías». Una definición que se basaba además en el primer capítulo del Quijote de 1605. Pero a ello añadía una segunda, que ilustraba en buena parte la huella de la obra cervantina y la lexicalización de una forma compleja: «Por traslación se llama también el hombre de buen nacimiento, que no tiene ocupación alguna, y anda todo el día de una parte a otra gastando el tiempo inútilmente: y assi se dice Fulano es un Caballero andante».

En paralelo con Autoridades, el prólogo de Vicente de los Ríos a la edición del Quijote (Madrid, Joaquín Ibarra, 1780) llevada a cabo por la Real Academia Española, subrayó la dicotomía entre ilusión y verdad que subyacía en él, anticipándose así a teorías futuras, como la de Américo Castro, dignas de considerar respecto a la historia de la recepción de los ideales caballerescos y de la obra de Cervantes [60] .

Un análisis sobre la paradoja en el Quijote y su relación con lo sublime arrojaría al respecto nuevas perspectivas, ya que ello se

mantiene en esas coordenadas de principio a fin [61] . Así ocurre, según Christophe Strosetzki, si consideramos la diferencia que los actos del héroe cervantino muestran entre la ley civil y la militar o entre lo legal y lo legítimo [62] . Recordemos además la estrecha ligazón entre el Derecho y las novelas de caballerías en el seno de un libro en el que don Quijote, buen conocedor de las leyes, actúa «sin una legitimación real en aquellos ámbitos en los que parece estar legitimado», aunque ello se deba a la falta de juicio de un personaje que entra en conflicto con el derecho positivo, pese a que obre conforme a las reglas de caballería [63] .

La segunda parte del Quijote ampliaría el rechazo a los nuevos caballeros al ser confrontados con los ideales de la antigua caballería andante, criticando además la vida festiva y ociosa de los nobles que vivían alejados de su función guerrera y que mantenían, como don Quijote hizo a su manera, una realidad ficticia [64] . A fin de cuentas, el héroe manchego se configuró como un auténtico caballero de mohatra, es decir, de aquellos que aparentaban ser caballeros sin serlo realmente.

■

[1] Clemente López González, Elena Postigo y José Ignacio Ruiz, «Las órdenes militares castellanas en la época moderna. Una aproximación», Cuadernos de estu dios manchegos, 18, 1988, págs. 215-272, han analizado su extensión.

[2] Santos García Larragueta, «La orden de San Juan de Jerusalén en Navarra. Siglo XIV », Las órdenes militares en el Mediterráneo Occidental , Madrid, Casa de Velázquez, 1989, págs. 103-138.

[3] La Orden de San Jorge de Alfama fue independiente, se rigió por las reglas del Císter y estuvo muy vinculada a la monarquía aragonesa en la Edad Media. Fernando el Católico fracasó al tratar de anexionarla a la Corona como hizo con otras órdenes militares. Véase Regina Sáenz de la Maza, L 'O rdre català de Sant Jordi d 'A

lfama (1201, 1400), Lérida, Pagés Ed., 1991; y Regina Sáenz de la Maza, La Orden de San Jorge de Alfama, Barcelona, CSIC, 1990. A esta se asumieron las órdenes del Temple y del Hospital en 1317. Véase La orden de Montesa y San Jorge de Alfama. Arquitecturas, imágenes y textos (siglos xiv - xix coord. por Yolanda Gil, Ester Alba y Enric Guinot, Valencia, Nexus, 2019.

[4] Frey don Álvaro de Luna y Mendoza y frey Francisco Redes de Andrade, Diffiniciones de la Sagrada Religion, y Cavalleria de Sancta Maria de Montesa y sanct Iorge, filiacion de la inclita milicia de Calatrava , Valencia, Pedro Patricio, 1589, prólogo y ff 3vº-4, 36 y ss. 45 y 54, fechan su creación en 1316 con Jaime I de Aragón y de Valencia, como continuidad de la más antigua de San Jorge de Alfama, señalando que recibían freiles y clérigos de la de Calatrava. La obra da abundantes datos sobre la forma de armarse caballero, distinguiendo entre los que vivían en los conventos y los que se ejercitaban propiamente en las armas. Maurice Keen, La caballería , cap. II, distingue entre la militia Christi de los monasterios y la militia secularis fuera de ellos, aunque ambas estuvieran íntimamente ligadas.

[5] Sobre ello, Carlos Heusch, «La mala educación en el Libro del caballero et del escudero de don Juan Manuel»; Librosdelacorte.es , núm. 22, 2022, págs. 309-325; y Gladys Lizabe de Savastano, «El título XXI de la segunda partida de Alfonso X, patrón medieval del tratado de caballería hispánico », Evolución narrativa e ideológica de la literatura caballeresca , ed. de María Eugenia Lacarra, Bilbao, Universidad del País Vasco, 1991, págs. 309-325.

[6] Ramón Llull, Libro de la orden de caballería , ed. de Luis Alberto de Cuenca, Madrid, Alianza, 2021, pág. 24. El libro que recibe el escudero contiene todas las reglas referentes a la orden de caballería. Y véase Glòria Sabaté i Marín, y Lourdes Soriano Robles, «La cavalleria a la Corona d'Aragó: tractats teòrico-juridics de producció pròpia», eHumanista , 31, 2015, págs. 154 y ss., donde

analizan los redactados en catalán durante los siglos XII a XV .

[7] Ramón Llull, opus cit ., págs. 30, 39 y 43-44.

[8] Ibíd. , págs. 47-48.

[9] Ibíd. , págs. 58 y ss. y pág. 66. El escudero, según Llull, no debía ser lujurioso, ni borracho, glotón o perjuro, y tenía que ser examinado para pertenecer a la caballería pura antes de ser armado. Llull habla también de cómo debía recibirse en la orden de caballería por parte de un príncipe o noble ante el altar, jurando someterse a todos los peligros (ibíd. , págs. 71 y ss).

[10] Ibíd. , pág. 65. Llull dice que el escudero no puede entrar en la orden de caballería si es orgulloso, mal educado, sucio en sus palabras y en sus vestidos, de cruel corazón, avaro, mentiroso, desleal, perezoso, iracundo, lujurioso, borracho, glotón, perjuro o tener vicios semejantes.

[11] Ibíd. , pág. 76. Aparte está el simbolismo de la maza (equivalente a la fuerza del corazón), así como el del caballo, la testera, etc., enlazados con la nobleza de costumbres y el ejercicio de las cuatro virtudes cardinales, además del honor, al que remite la séptima y última parte del Libro .

[12] Sigo la edición del Doctrinal de los caballeros de Alonso de Cartagena de José María Viña Liste, Santiago de Compostela, Universidad de Santiago, 1995, págs. L-LX, donde este analiza la relación entre caballería y milicia, y se refiere a la tensión entre la mentalidad medieval y humanística en relación con las justas, los

torneos y las actividades militares. Diego de Cartagena habla detenidamente de los «rieptos» y de sus leyes, así como de los torneos, las justas y el vivir del caballero de la Vanda (ibíd. , págs. 223, 229 y ss. y 241 y ss.)

[13] Aurora Egido, El discreto encanto de Cervantes y el crisol de la prudencia, cit.

[14] Jesús D. Rodríguez Velasco, El debate sobre la caballería en el siglo xv . La tratadística caballeresca castellana en su marco europeo, Salamanca, Junta de Castilla y León, 1996, pág. 21 y ss.

[15] Ibíd. , págs. 337 y ss.

[16] En la portada, figura como caballero de la Orden de Calatrava y fiscal del Consejo de Órdenes. He leído el ejemplar de la RAE VAR-404, sin lugar, ni imprenta, ni fecha, donde se hace el historial de sus bulas, premáticas, cédulas, decretos, etc., discutiendo sobre si son religiosas o seglares y si sus miembros debían o no hacer voto de pobreza, castidad y obediencia, aunque algunas, como la de Santiago, permitían el matrimonio (fol. 6) sin que por ello dejaran su carácter religioso. Y véase Francisco Caro de Torres, Historia de las Ordenes Militares de Santiago, Calatrava y Alcántara: desde su fundación hasta el Rey Don Filipe Segundo, Madrid, Juan González, 1629.

[17] Calderón de la Barca , Las órdenes militares , ed. de J. M. Ruano de la Haza, Pamplona-Kassel, Universidad de Navarra-Ediciones Reichenberger, 2005, vv. 1945-1949, pág. 171. La obra fue denunciada en 1662 a la Inquisición, cuando iba a estrenarse en palacio, por su contenido teológico en relación con el tema de la Inmaculada Concepción. En 1671, se representó en un corral de

comedias sevillano con numerosos cambios. Se imprimió en 1677 en la Primera parte de comedias. En ella, aparecen los personajes Santiago, Judaísmo, Gentilidad, Mundo, Culpa y Lucero, entre otros, y se relacionan las órdenes militares con la historia de Adán y la redención de Cristo.

[18] María Esther Castro de Moux, «La limpieza de sangre de Jesús en Las órdenes militares de Calderón», Revista de Estudios Hispánicos , 34, 2018, págs. 91-108.

[19] Derek W. Lomax, La Orden de Santiago 1170-1275, Madrid, CSIC, 1965, ha trazado su cronología y su carácter religioso-militar. Y véase Hugo O'Donell y duque de Estrada, «Santiago patrón de la gran caballería», Jacobus Patronus. Camino de Santiago. X Congreso Internacional de Estudios Jacobeos (Santiago de Compostela, 9-11 de noviembre de 2017), coord. por Paolo G. Caucci von Saucken, Santiago de Compostela, Xunta de Galicia, 2020, págs. 69-92, ha trazado su cambio tras la Reconquista y su carácter espiritual, alejado de la caballería aventurera, de la cetrería y de las justas de lucimiento (pág. 86).

[20] Véase Martine Lambert-Georges, «Santiago et la défense de la Méditerranée», Las órdenes militares en el Mediterráneo occidental (Siglos xiii - xviii , Madrid, Casa de Velázquez, 1989, págs. 213-214 y 222. Sobre las órdenes de Calatrava, Alcántara, Santiago, Hospital y Temple, véase Nicole Bériou y Philippe Jossevand, Prier et combattre. Diccionnaire européen des ordres militaires au Moyen Âge , París, Fayard, 2009, donde se destaca su creación contra los enemigos de Cristo y la proliferación de santos militares. En la introducción, se plantea la doble vocación religiosa y militar de dichas órdenes, considerando que se trataba de «une entreprise globale» y de un proyecto europeo. Y véase el catálogo de la exposición Xacobeo. Las huellas del camino , coord. por Darío Villanueva, Madrid, BNE, 2022.

[21] Regina Sainz de la Maza, «Aspectos relevantes de la Orden de Santiago en Aragón en el siglo XIII y primera mitad del XIV », Las órdenes militares en el Mediterráneo occidental (Siglos xiii - xviii cit., págs. 85-101; y Regina Sainz de la Maza , La Orden de Santiago en la Corona de Aragón. La Encomienda de Montalbán (1210-1327), Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 1980. La presencia de Santiago en los pliegos sueltos merecería consideración aparte. Algunos de ellos fueron publicados en Cataluña, en fechas próximas al Quijote . Véase Victoria Campo, Víctor Infantes y Marcial Rubio , Catálogo de los pliegos sueltos poéticos del siglo xvi de la biblioteca de Antonio Rodríquez Moñino, Alcalá de Henares, Universidad de Alcalá, 1995, núm. 29 y págs. 35 y 78.

[22] María Ferrer Vidal, «Los monasterios femeninos de la orden de Santiago durante la Edad Media», Las órdenes militares en el Mediterráneo occidental, cit., págs. 41-50.

[23] La obra ilustra los orígenes de la orden santiaguista y su extensión por los distintos reinos de España (pág. 74) y describe las reglas de quienes considera caballeros de Cristo, mostrando la larga nómina de ellos desde González de Córdoba, el Gran Capitán y Andrea Doria, entre otros.

[24] J. García Mercadal, Viajes de extranjeros por España y Portugal desde los tiem pos más remotos hasta finales del siglo xvi , Madrid, Aguilar, 1952, vol. I, págs. 385 y ss. Navaggero describe también la «bellísima Zaragoza», su coso, sus iglesias y la Aljafería fuera de la ciudad, aludiendo a sus caballeros y a que tenía muchos privilegios como Barcelona.

[25] J. García Mercadal, ibíd. , vol. I, págs. 893 y ss. Significativo,

respecto al itinerario posible de don Quijote a Barcelona, que tanto abrevió Cervantes, es el trazado por Juan de Vandenesse, interventor de Carlos V, cuyo diario no se publicó hasta el siglo XIX . En él, cuenta su trayecto desde Guadalajara a Sigüenza, Medinaceli, Ariza, Calatayud, La Almunia, La Muela, Zaragoza, Pina, Bujaraloz, Fraga, Lérida, Bellpuig, Cervera, Igualada, Nuestra Señora de Montserrat, Martorell y Molins de Rey hasta llegar a Barcelona, de donde partió en una galera. Véase ibíd. , vol. I, págs. 911y ss.

[26] Véase Martine Lambert-Gorges, «Santiago et la défense de la Méditerranée (notes sur le XVI siècle)», Las órdenes militares en el Mediterráneo occidental, cit., págs. 222-228 y 237; y Derek Lomax, Las órdenes militares en la Península Ibérica durante la Edad Media, Salamanca, Universidad Pontificia, 1976, págs. 64-65.

[27] Arturo R. Firpo, «Realidad y ficción en el retrato de un caballero de la Orden de Alcántara», Las órdenes militares en el Mediterráneo occidental , cit., páginas 155-157.

[28] Aurora Egido, «El ancho mundo de Miguel de Cervantes y la consecución de la fama», Por el gusto de leer a Cervantes , págs. 529-558.

[29] Cervantes conoció la Orden de San Juan, también llamada Hospitalaria de San Juan de Jerusalén, en La Mancha, donde trató con un caballero sanjuanista llamado Montesinos. Véase Francisco Ruiz Gómez y Jesús Melero García, La Orden de San Juan en tiempos del «Quijote», Cuenca, Universidad de Castilla-La Mancha, 2010. También tuvo noticia de las de Santiago y Calatrava, extendidas igualmente por el territorio manchego, según Pedro Padilla, Cervantes en Argamasilla de Alba (Monografía histórica de su itinerario y vinculación con las órdenes militares de Santiago y

San Juan) , Madrid, Autor-editor, 1981.

[30] A. Aguilar Ávila, La Crònica de Ramón Muntaner: edici ó y estudi , Valencia, Universidad de Valencia, 2008; y David Agustí, Los almogávares: la expansión mediterránea , Madrid, Silex, 2014.

[31] Philippe Josserand, Église et Pouvoir dans la Péninsule Ibérique. Les ordres mili taires dans le royaume de Castille (1252-1369) , Madrid, Casa de Velázquez, 2004, págs. 7 y 165-226. Y véase, en pág. 9, el reparto geográfico de las distintas órdenes militares. A partir de Alfonso X, los soberanos las sometieron a un orden riguroso y controlado para ponerlas al servicio de la construcción del Estado por parte de la monarquía (pág. 31). Sobre el monasterio de Junqueras, infra, pág. 164.

[32] Ángela Madrid Medina, «Gutierre de Quijada el antepasado de don Quijote», CECEL, 2015, págs. 21-45 (la referencia en pág. 28), sintetiza la historia de la caballería real desde las Partidas de Alfonso X y el Llibre de la ordre de cavalleria de Ramón Llull, aportando numerosos datos sobre las órdenes de Calatrava, Alcántara y San Jorge en relación con el Quijote I, XLIX.

[33] José Ignacio Ruiz Rodríguez, «Los manuales de caballeros en la época de Cervantes: órdenes militares, disciplinamiento y confesionalización», en Alfredo Alvar Ezquerra, ed ., Enciclopedias antes de l'Encyclopédie, Madrid, CSIC, 2009, págs. 243-273.

[34] Maurice Keen, La caballería , cap. VIII, señaló cómo la nobleza de linaje era fundamental, pues la riqueza, que iba vinculada a ella, permitía llevar una vida heroica.

[35] Aurora Egido, «Linajes de burlas en el Siglo de Oro», Studia aurea: actas del III Congreso de la AISO (Toulouse, 1993), coord. por Ignacio Arellano, Carmen Pinillos, Marc y Frédéric Serralta, Pamplona-Toulouse, GRISO/LEMSO, 1996, págs. 9-50.

[36] Fernando del Pulgar , Los claros varones de Castilla. Letras, ed. de María Isabel de Páiz Hernández, Pedro Martín Baños y Gonzalo Pontón, Madrid, RAE, 2022, págs. 289-291.

[37] Bernhard König, «Parodia e imitación burlesca en la primera parte del Quijote (a la luz de algunos precedentes en Italia, Francia y España)», De la literatura caballeresca al «Quijote» , coord. por Juan Manuel Cacho, Zaragoza, PUZ, 2007, págs. 301 y 317, señala la imitación del Orlando y de otros modelos, como el Baldus de Teófilo Folengo, que era aldeano y se pasó la vida leyendo libros de caballerías, que imitaba en la escuela peleando con otros niños. Como recuerda Luis Astrana Marín, en el prólogo a Miguel de Cervantes, El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha , Valencia, Alfredo Ortells, 2005, pág. LXIII, Menéndez Pelayo se refirió a cómo, en la Miscelánea de Zapata (1599), un caballero manso y cuerdo volvió loco de la corte y empezó a imitar las locuras de Orlando, quedando en cueros y matando a un asno de cuchilladas.

[38] Edwin Williamson, El Quijote y los libros de caballerías, cit., cap. III.

[39] Véase Federico Pastor i Lluís, «Castillo de San Jorge de Alfama y Hospital de Peregrinos», BRAH, 50, 1907, págs. 485-489; y Julio Jiménez Gómez-Chamorro, «La imagen del caballero de la Orden de Montesa en el arte español», La Orden de Montesa y San Jorge de Alfama , Yolanda Gil Saura, Ester Alba Pagán y Enric Guinol Rodríguez, coords., Valencia, PUV, 2019, págs. 213-242.

[40] Aurora Egido, «De islas y buen gobierno. Nuevos espejos clásicos y bizantinos en la Ínsula Barataria», Janus, 11, 2022, págs. 2-43. El tratado de Diego de Gurrea iba dirigido a don Luis Ramón Fernández de Cardona olim de Aragón y Córdoba. Siguiendo la evolución del joven y adulto a través de los tiempos o edades recogidas por san Agustín, e incluso la teoría de los temperamentos, que había desarrollado Huarte de San Juan en su Examen de ingenios , Gurrea ofrecía ejercitarse en la «lección de historias, y buenos libros», ya que estos ayudaban a saber vivir (fol. 76), pero no se olvidó de los primeros juegos, correr caballos y ejercitarse en las armas y en la caza, como ensayo para la milicia (ff. 72-73).

[41] «La Ejemplar vida del marqués de Santillana por doña Luisa María de Padilla, condesa de Aranda. Estudio y edición», BILRAE, 2023 (en prensa).

[42] Utilizo la edición de Axayácatl Campos García Rojas, Madrid, CEC, 2003, quien habla, en la introducción, del género de los specula . La segunda parte se reeditó en Alcalá, 1580, y fue escrita por Pedro de la Sierra. La tercera, publicada también en Alcalá, 1587, lo fue por Marcos Martínez. La obra aporta datos sobre doncellas guerreras y presenta la figura de un escudero enano que narra la historia en el Gran Catayo, en págs. 9 y 37 respectivamente.

[43] Elena Postigo Castellanos, «“Las tres ilustres órdenes y religiosas cavallerias” instituidas por los Reyes de Castilla y León: Santiago, Calatrava y Alcántara», Studia histórica. Historia Moderna , 24, 2002, págs. 55-72.

[44] Philippe Josserand , Église et pouvoir dans la Péninsule Ibérique.

Les ordres militaires dans le Royaume de Castille (1252-1369) , Madrid, Casa de Velázquez, 2017, págs. 7 y 31. Hernando del Pulgar, Los claros varones de Castilla , ed. cit., trazó los rasgos de nobleza tanto en el rey don Enrique y en el marqués de Santillana como en el cardenal San Sixto y el obispo de Córdoba.

[45] Véase Ángel Gómez Moreno, «La militia clásica y la caballería medieval: las lecturas de re militari entre Medievo y Renacimiento», Euphrosine. Revista de Filología Classica, 23, 1995, págs. 83-97; y Amalia Castellot de Miguel, «La literatura de re militari en el Quijote», Anales Cervantinos , 50, 2018, págs. 33-74.

[46] José Luis Martín Rodríguez y Luis María Serrano-Piedecasas, «Tratados de caballería. Desafíos, justas y torneos », Espacio, Tiempo y Forma, Historia Medie val , 1991, tomo 4, págs. 161-142. Y véase por extenso Martín de Riquer, Lletres de batalla , Barcelona, Editorial Barcino, 1969.

[47] Martín de Riquer, Cartells de Deseiximents i Capitols de Passos d'Armes, Barcelona, Editorial Barcino, 1963, vol. I, pág. 6. El Doctrinal de cavalleros de Alonso de Cartagena (Burgos, Fadrique de Basilea, 1487) y la Orden de la Banda, son un buen ejemplo de esas leyes caballerescas que don Quijote y Sancho vulneran o interpretan a lo libre. El propio Cervantes pudo tener noticia de la tradición caballeresca y religiosa vinculada a Alcalá de Henares, que recogería, andando el tiempo, Miguel de Portilla, «Hijos de Alcalá insignes en las Armas», Historia de la ciudad de Compluto vulgarmente Alcala de Santiuste y aora de Henares , Alcalá, Joseph Espartosa, 1725, I, págs. 334 y ss., y 345 y ss., donde se dice, por cierto, que Fernando Díaz Alcocer, descendiente de la Orden de la «Vanda» en la época de Juan II, estuvo casado con Aldonza Díaz de Olmedilla, que tuvo una nieta llamada también Aldonza. Sobre la Orden de la Banda, fundada por Alfonso XI de Castilla en 1330 y que estuvo vinculada a san Jorge, véase Maurice Keen, La caballería , cit., págs. 237 y 239. Según Jesús D. Rodríguez Velasco. El debate

de la caballería en el siglo xv . La tratadística caballeresca castellana en su marco europeo , Salamanca, Junta de Castilla y León, 1996, pág. 376, dicha orden afianzó la concepción laica proveniente de Alfonso X, que convivió con la religiosa en la obra de don Juan Manuel.

[48] Maurice Keen, La caballería , pág. 313.

[49] Biblioteca de la Real Academia Española, RM Caja 80/18. El documento forma parte del legado de Antonio Rodríguez Moñino y María Brey.

[50] Ibíd. , f. 2.

[51] Ángela Madrid Medina, «Gutierre de Quijada el antepasado de don Quijote», CECEL, 2015, págs. 21-45.

[52] Ricardo Castells, «La modernidad y el arte de la guerra en el discurso de las armas y las letras», Cervantes. Bulletin of the Cervantes Society of America, 28, 2, 2008, págs. 41-56. El «Discurso cervantino» (DQ, I, XXXVII-XXXVIII), abogaría por la paz alcanzada por quienes utilizan las armas con entendimiento y espíritu alimentado por las buenas letras.

[53] Arturo Pérez-Reverte, «Galeras, puertos y corsarios (El mar y la navegación en El Quijote) », La ciencia y «El Quijote», José Manuel Sánchez Ron, dir., Barcelona, Crítica, 2005, págs. 37-50, señaló las alusiones marítimas en la obra, así como la intervención de Cervantes en la batalla de Lepanto en octubre de 1571. Para las fuentes y la crítica sobre ese discurso, véase Michel Moner, en DQ ,

vol. complementario, caps. XXXVIII-IX.

[54] Guillermo Serés, «Algunas consideraciones sobre la licitud y necesidad de la milicia en el Quijote », Boletín de la Biblioteca Menéndez Pelayo , 92, 2016, págs. 479-503.

[55] Antonio Domínguez Ortiz, «La España del «Quijote», DQ, vol. complementario, págs. 1415-1416.

[56] Amalia Castellot de Miguel, «Ecos de la literatura militar en el Quijote», eHumanista, 34, 2016, págs. 515-547. Y véase José Manuel Lucía Megías, «Don Quijote de la Mancha y el caballero medieval », Actas del I Coloquio Internacional de la Asociación de Cervantistas , Barcelona, Anthropos, 1989, págs. 93-303; y Alberto Montaner «Emblemática caballeresca e identidad del caballero», Libros de caballerías (del Amadís al Quijote). Poética, lectura, representación e identidad , ed. de E. M. Carro, L. Puerto y M. Sánchez, Salamanca, SEMYR, 2002, págs. 267-333 (la referencia, en pág. 300).

[57] Faustino Menéndez Pidal de Navascués, «Un desafío en el Quijote», Boletín de la Real Academia de la Historia 202, 3, 2005, págs. 339-356, propone los nombres de Antonio de Gante y don Fadrique de Aragón, conde de Luna, con diversos argumentos relacionados con desafíos llevados a cabo por ambos.

[58] Véase Pedro Cátedra, Nobleza y lectura en tiempos de Felipe II. La biblioteca de don Alonso de Osorio, marqués de Astorga , Valladolid, Junta de Castilla y León, 2002.

[59] Luis María Cazorla Prieto, «En torno al oficio de las armas en el Quijote », Estudios de Derecho Militar . Ministerio de Defensa-Real Academia de Jurisprudencia y Legislación, núm. 2, enero 2018, Madrid, págs. 13-41, establece esa distinción a propósito del «Discurso sobre las armas y las letras» (I, XXXVI). Cervantes vivió, a su juicio, un ambiente en el que el prestigio de la vida militar contrastaba con la vida política y cortesana de su tiempo, estableciendo una diferencia entre la primera y la segunda parte del Quijote respecto al tema.

[60] Anthony Close, «Las interpretaciones del Quijote» (DQ, págs. 1481-1482); y Aurora Egido, El árbitro de las lenguas, Anotaciones sobre la norma y el uso en la Real Academia Española, Madrid Cátedra, 2022, págs. 99-102.

[61] James A. Parr, «La paradoja del «Quijote», Actas III, Actas Cervantistas, Barcelona, Anthropos, 1990, págs. 43-56, apuntó la presencia del oxímoron y la paradoja en el título de la obra y en algunas transgresiones narrativas. También Edwin Williamson, opus cit., pág. 270, lo señaló en las conclusiones, donde además habló de la mezcla de lo trágico con lo ridículo, considerando que era una ambivalencia fascinante para la imaginación moderna.

[62] Christoph Strosetzki, «La legitimación de don Quijote», Criticón , 124, 2015, págs. 113-124.

[63] Strosetzki, ibíd. , págs. 117-122, recoge abundante bibliografía sobre la tradición que va de las Siete Partidas a los tratados militares, con referencia a los estudios de Lucía Megías, Marina Gustà, R. W. Felkel, Montero-Reguera, Gómez Moreno y Pedro Cátedra sobre el conocimiento de todo ello por parte de Cervantes. Para el Derecho, véase ahora Santiago Muñoz Machado, Cervantes , Barcelona, Crítica, 2022, págs. 591-618.

[64] Francisco Vivar, Don Quijote frente a los caballeros de los tiempos modernos, Salamanca, Universidad de Salamanca, 2009, pág. 11 y 100.

CAPÍTULO 3

Caballeros santos. Todo por san Jorge

Don Quijote no solo se enfrascó en la lectura de los libros de caballerías, sino en la de los aludidos tratados militares [1] . Ambos tenían un trasfondo religioso que sin duda conocía muy bien Cervantes al trasladar los modelos hagiográficos a la configuración de su héroe. Recordemos que, en el capítulo VI de la primera parte, entre los libros que componen la biblioteca del hidalgo manchego, no faltó El caballero de la cruz, que remitía a la obra de Alonso de Salazar, La crónica de Lepolemo, llamado el caballero de la Cruz (Valencia, Juan Joffre, 1521) y a su continuación, Leandro el Bel (Toledo, Miguel Ferrer, 1563) con las hazañas de su hijo. Claro que, en ese escrutinio, aparecen evidentes pespuntes de ironía por parte del canónigo, quien, antes de echar el libro al fuego, se acogió al refrán: «Tras la cruz está el diablo». Este planteamiento formó parte del gran peso que la literatura religiosa, en sus más diversos géneros, tuvo en la imprenta de los siglos XVI y XVII , lo que contribuyó a que todo, o casi todo, se viese bajo un prisma espiritual, que sin embargo no estuvo reñido con lo festivo y burlesco.

Ángel Gómez Moreno ya señaló las bases religiosas del diseño narrativo del Quijote y de sus personajes, así como el estrecho espacio entre ficción y verdad [2] . Sin olvidar el sensus en los calcos directos y en la parodia, junto a una tradición bíblica que tuvo en cuenta la imagen de un Cristo humano de herencia franciscana. En ese sentido, la figura de san Pablo, presente en el capítulo LVIII de la segunda parte del Quijote, nos avisa de un sentido épico y caballeresco que se unió al de otros santos, imprimiendo una carga ideológica moderna que merecería consideración aparte.

Pero Cervantes situó la ficción en el ámbito de la imaginación humana sin mencionar la inspiración divina y separó claramente, sobre todo en la segunda parte, cuanto se refería a la esfera de lo religioso, que, por otro lado, había sido fundamental en el romance

caballeresco europeo [3] . A ese respecto, no debemos olvidar la advertencia que hizo el propio Cervantes en el prólogo a la primera parte del Quijote, donde el amigo del autor le dice que no tenía necesidad alguna de llenarlo con autoridades ni de refutar retóricamente los argumentos, añadiendo que tampoco tenía por qué «predicar a ninguno, mezclando lo humano con lo divino, que es un género de mezcla de quien no se ha de vestir ningún cristiano entendimiento» (DQ I, I, pág. 18) [4] .

A la obra tampoco le hacía falta mendigar sentencias de filósofos o consejos de la Divina Escritura, pero sí procurar que el asunto nodular de «derribar la máquina mal fundada destos caballerescos libros, aborrecidos de tantos y alabados de muchos más» (DQ I, I, pág. 19), conllevara otros fines, como que «el melancólico se mueva a risa, el risueño la acreciente, el simple no se enfade, el discreto se admire de la invención, el grave no la desprecie, ni el prudente deje de alabarla» (ibíd.).

Cervantes operó con voluntad sincrética en numerosas ocasiones, fundiendo corrientes diversas que adquirían nueva luz al ser vividas o expresadas por un personaje sin juicio aparente como don Quijote. Entre ellas, la mezcla del Antiguo Testamento con el Nuevo a través de numerosas citas y alusiones bíblicas, tomadas generalmente de fuentes secundarias, que aparecen bajo el prisma de la ironía [5] .

Sin entrar en el panorama bibliográfico que de los santos ofrecen la prosa y el verso de Cervantes, acordes con la abrumadora religiosidad que estuvo presente en su tiempo, nos centraremos en el análisis de los caballeros santos que aparecen en el Quijote y que están íntimamente ligados a su propio existir.

Los caballeros san Jorge, Santiago y san Martín tuvieron sin duda una presencia real —por decirlo en términos eucarísticos— en la España de Cervantes, aunque el primero superara con creces a los otros dos en el ámbito de la nobleza aragonesa y estuviera ligado a la meta caballeresca trazada al final de la primera parte de la obra que nos ocupa. Cuando, en la segunda, don Quijote y Sancho se enfrenten a las imágenes en relieve de esos tres santos que unos labradores llevaban para un retablo (DQ II, LVIII, págs. 1196-1197), es evidente que la figura de san Jorge, «puesto a caballo, con una

serpiente enroscada a los pies y la lanza atravesada por la boca, con la fiereza que suele pintarse», seguía los parámetros del horaciano «ut pictura poesis». Pero la ecphrasis sobre la imagen añadía un escolio que lo rebajaba seguidamente al dicho común: «Toda la imagen parecía un ascua de fuego, como suele decirse» (ibíd., pág. 1197).

Cervantes no se olvidó sin embargo de Santiago, «Patrón de las Españas a caballo, la espada ensangrentada atropellando moros y pisando cabezas» (DQ II, LVIII, pág. 1200), acogiéndolo a su simbolismo bélico de «San Diego Matamoros, uno de los más valientes santos y caballeros que tuvo el mundo y tiene agora el cielo» (DQ II, pág. 1197). Sancho lo evocó a su vez en el capítulo IV, al consolidado grito de «¡Santiago y cierra España!» (DQ II, III, pág. 719) y lo volvió a invocar en el LVIII remitiendo a la historia de la Reconquista [6] . Cervantes unió seguidamente a esas dos figuras la de san Martín partiendo la capa con un pobre, considerándolo un caballero «de los aventureros cristianos».

Respecto a la imagen consolidada, en la literatura y en el arte, de Santiago Matamoros, cabe insistir en ese diálogo entre don Quijote y Sancho en el capítulo LVIII de la segunda parte, cuando el escudero alude a la susodicha invocación de «¡Santiago y cierra España!» preguntando a continuación: «¿Está por ventura abierta de modo que es menester cerrarla o qué ceremonia es esta?» (ibíd., pág. 1200). A lo que el caballero manchego responde que Dios le dio a ese santo la cruz bermeja «por patrón y amparo suyo, especialmente en los rigurosos trances que con los moros los españoles han tenido, y, así, le invocan y llaman como a defensor suyo en las batallas que acometen, y muchas veces le han visto visiblemente en ellas derribando, destruyendo y matando los agarenos» (ibíd., pág. 1200). Palabras que cambian el curso de la plática, pues Sancho pregunta a continuación por el ceguezuelo Cupido, cambiando un santo por un mito.

La vinculación de san Jorge con los caballeros defensores de doncellas centraba además su figura y las de los otros dos santos en los márgenes de una «milicia divina» que daba sentido sin duda no solo a ese episodio, sino a los anhelos de don Quijote en la segunda parte, aunque sus batallas se alejaran bastante de las llevadas a

cabo por tales aventureros. Cervantes estableció además una divisoria entre el valiente don san Diego Matamoros y don san Jorge, frente a san Martín, que carecía de ese tratamiento. El primero fue sin duda el que estuvo más presente en el Quijote, como caballero valiente de las escuadras de Cristo derribando agarenos. Pero, además de esos tres santos, sería san Pablo el que se llevaría la palma de los títulos, no solo por conferirle la categoría de «caballero andante por la vida y santo a pie quedo por la muerte», sino porque don Quijote lo llama doctor y «catedrático y maestro que le enseñase el mismo Jesucristo» (ibíd., pág. 1198).

Pero identificarse con tales «santos y caballeros» en el ejercicio de las armas no significaba que el hidalgo manchego se retratara como caballero a lo divino, pues siempre cabalgaría y andaría a lo humano en busca de nuevas aventuras, siguiendo además la creencia popular de que encontrarse con un fraile de la Orden de San Francisco traía mala suerte. Don Quijote distinguió, por otra parte, entre las obligaciones del soldado y las del religioso en el capítulo XIII de la primera parte, entendiendo que este era ministro de Dios en la tierra y que el vivir del soldado era más aporreado y trabajoso [7] . Recordemos que, pese a su locura, entendía además que «El discreto y cristiano no ha de andar en puntillos con lo que quiere el cielo» (ibíd., pág. 1199).

En ese aspecto, cabe recordar la huida de Miguel de Cervantes de cuanto representó la caballería a lo divino en obras como la de Andrés de Losa, Batalla y triunfo del hombre contra los vicios. En el cual se declaran los maravillosos hechos, del Cavallero de la clara Estrella (Sevilla, Bartolomé González, 1580), donde aparece el caballero con su escudero en el contexto onírico de una cueva [8] . Recordemos que la religión estuvo unida a la caballería no solo en las órdenes tradicionales a las que hicimos referencia, sino a las novelas del género caballeresco o que se integraron en él editorialmente, como la Coronica del muy esforçado y esclarecido Cavallero de Dios que avia por nombre Cifar, el qual por sus virtuosas obras et hazañosas cosas fue rey de Mentón (Sevilla, Cromberger, 1512) [9] . Esta, aunque no fuera una obra a lo divino, contenía sin embargo «muchas et catholicas doctrinas e bravos enxemplos» [10] . Esa amplia corriente se diversificó hasta la exageración, produciendo obras sorprendentes para el lector de

nuestros días, que hasta puede entender las prohibiciones sufridas por el Libro de la Cavallería Celestial de Jerónimo de Sampedro o asombrarse por el contenido del Libro de la Cavallería cristiana de Jaime de Alcalá [11] .

Se debe a Miquel Batllori la consideración de san Jorge como «sant universal», auténtico «megalomártir» y el primero entre los mártires, según una leyenda del siglo IV, que remitía a su martirio en la época de Diocleciano [12] . Su universalidad no solo venía avalada por la literatura europea, sino por el arte, la historia y un patronazgo extendido por Rusia, Lituania, Inglaterra, Génova y el ancho Mediterráneo. Su imagen generó además numerosas historias fabulosas, como la del dragón y la princesa en la Leyenda Dorada de Jacobo de la Vorágine [13] .

El culto de san Jorge estuvo íntimamente ligado a las Cruzadas, tan llenas de elementos sobrenaturales, representando el modelo de una suerte de caballero celestial, patrono de reinos, ciudades y nobles. En Aragón, reino georgiano por excelencia desde los siglos XII y XIII, su figura legendaria estuvo unida tempranamente a la batalla de Alcoraz y a la conquista de Huesca por Pedro I de Aragón en 1096. Los datos vinculados a la cofradía de su nombre se extienden en un amplio arco temporal desde 1243 y 1263, cuando se instauró en Teruel. Por otro lado, la proyección internacional de san Jorge sirvió para estrechar los lazos de Aragón con Inglaterra en la época de Enrique III, que instauró la Orden de los Caballeros de la Jarreta [14] .

La devoción por san Jorge en tierras valencianas merecería consideración aparte. Véase, por caso, el Sermon de San Jorge Patron General de la Corona de Aragon. En la fiesta que como a especial Patron y Abogado suyo le celebra todos los años en la Sala de la Diputacion el estrenuo Braço Militar del Reyno de Valencia (Valencia, Herederos de Francisco Gavaldón, 1651), obra del monje zaragozano fray Antonio Agustín, que, además de encarecer al santo «patron destos Reinos» (pág. 29), dijo, en tal ocasión, que «la Agricultura no desdize de la Nobleza», equiparando la labranza, especialmente la de las viñas, a la milicia, dentro de las coordenadas de la mencionada militia Christi.

En 1457, bajo Alfonso V, se creó en la Aljafería zaragozana una

cofradía de justadores bajo el patrocinio de san Jorge, a la que estos debían dar cuenta de sus justas y torneos [15] . Las Ordinaciones del Capítulo de Caballeros de San Jorge de Zaragoza (1505), confirmadas por el rey Fernando I de Aragón, establecieron el capítulo de caballeros e infanzones. Más tarde, el libro de las Ordinaciones del Capítulo y Cofradía de Cavalleros y hijosdalgo, so la invocación del glorioso Mártir, y Patrón de Çaragoça (Zaragoza, Herederos de Pedro Lanaja, 1675) llevaría en la portada un grabado de san Jorge a caballo alanceando al dragón como anuncio de su contenido. Dichas ordenanzas prescribían, entre otras cosas, tener una justa el día del santo de la Capadocia, aunque esta se podía cambiar o alternar con juegos de cañas, alcancías, estafermo u otra fiesta de a caballo.

Las exigencias de esa cofradía hubieran hecho imposible que justara en Zaragoza un hidalgo manchego como don Quijote, ya que no podían pertenecer a ella los nacidos fuera del reino de Aragón, a no ser que fueran grandes de España o pertenecientes a alguna orden militar. Dado que la cofradía había tomado partido en el bando aragonés durante las Alteraciones de 1591, ello pesaría sin duda en el ostracismo al que se condenó a determinados nobles, hasta que Felipe IV les permitió volver a ella, teniéndolo prohibido cuando se publicaron las dos partes del Quijote [16] .

Ese aspecto merecería consideración detenida a la hora de analizar los capítulos correspondientes a Aragón en la obra cervantina. Sobre todo, en lo referido al episodio de los duques aragoneses y a unas justas zaragozanas que planteaban la exclusión de los nobles que habían participado en dichas Alteraciones durante el reinado de Felipe II [17] .

Las justas zaragozanas tuvieron, en principio, una impronta más caballeresca que festiva y no llegaron al boato de las de Barcelona. Así lo muestran las Ordinaciones de la Cofradía de San Jorge de 1505, limitando gastos en ropas y aderezos, prohibiendo bordaduras de oro y plata o haciendo restricciones en el adorno de los caballos. También se limitaba el número de plumas en la celada, al igual que en la testera de los caballos, tanto del mantenedor como de los aventureros.

Los capítulos reservados a la estancia del hidalgo manchego en

Zaragoza, de haberlos llegado a publicar Cervantes, hubieran tenido que contrastar su figura con la de los cofrades aragoneses, que, en las fiestas de su patrón san Jorge y bajo su pendón, debían acudir a misa y ejercitarse en el ejercicio de lanzas, alcancías, juegos de carrillos, sortija con escaramuza y corridas de toros. Algo que, en parte, llevó a cabo el autor del Quijote apócrifo desde una perspectiva muy distinta a la que sin duda hubiera llevado a cabo Cervantes si su héroe hubiera ido finalmente a la ciudad del Ebro.

Vinculado su nombre a la nobleza, el caballero mosén san Jorge se convertiría en patrono del reino de Aragón en tiempos de Juan I, siendo instaurada su cofradía en 1407. A su vez, la Generalidad de Cataluña convirtió en 1461 el 23 de abril en fiesta oficial del reino de Aragón junto a la Virgen María, aunque ya lo había hecho en 1456 la ciudad de Barcelona. Como indicó Ángel Canellas, lo aristocrático de su figura no estuvo reñido en el siglo XV con la devoción popular, manteniéndose a través de un arte extendido en capillas, retablos y estatuas, aunque las gentes sencillas se decantaran más por san Martín, Santiago, san Pedro y san Miguel [18] .

El culto a san Jorge permaneció vivo en Aragón a través de los siglos, como muestra la Oración panegírica de San Jorge Mártir (Zaragoza, Francisco Moreno, 1779) de fray Manuel de Espinosa, que la dirigió «al Capítulo Cesaraugustano compuesto de los tres brazos de Nobles de Aragón, Cavalleros Cruzados, y Cavalleros Hijos Dalgo en la Real Sala mayor de la antigua Diputación y Cortes de Aragón de este Reyno» [19] . Lo cierto es que su figura, como la de otros santos vinculados a las órdenes militares y a las cofradías, generó toda una iconografía celestial, que estuvo unida en la Edad Media a los ideales caballerescos [20] .

La presencia de san Jorge en el Tesoro de la lengua castellana (1611) de Sebastián de Covarrubias, publicado entre las dos partes del Quijote, es un buen testimonio de la lexicalización de un santo al que Diocleciano cortó la cabeza por ser cristiano. Considerado como «caballero principal», había adquirido fama no solo en la iglesia de san Vicente en París, donde se conservaba su brazo traído desde Jerusalén, sino en Inglaterra «donde hay orden de caballería de San Jorge y en la Corona de Aragón». El Tesoro se refería

además a las leyendas fabulosas que rodeaban su imagen [21] . A su vez, la perspectiva sobre el torneo de a pie o a caballo, para que «la caballería y la infantería se ejercitaran en las armas para estar diestros», conllevaba también la afirmación de Covarrubias respecto a que los sacros cánones prohibían los torneos en campo abierto por los peligros que comportaban.

Las Ordinaciones de la zaragozana Cofradía de San Jorge entre 1505 y 1675, ofrecen al respecto numerosos datos de interés a la hora de analizar el destino inicial de don Quijote a Zaragoza [22] . La ciudad tuvo además una larga producción impresa de obras relacionadas con justas y torneos, que se mantuvieron en el tiempo, como el Torneo de a caballo en campo abierto, que celebró la ciudad de Çaragoza en la venida de la Serenissima reina de Ungria. Presentes el Rey nuestro Señor y los Serenissimos Infantes sus hermanos (Zaragoza, Diego Latorre, 1630), obra de Juan Bautista Felices de Cáceres, que publicó el cartel de dicho torneo y fue afecto a la relación de certámenes poéticos tanto en Zaragoza como en Barcelona [23] .

A su vez, Valencia fue fiel a la celebración de justas muy tempranamente, como mostró el mencionado torneo caballeresco de 1274 entre Jaime I de Aragón y Alfonso X de Castilla. La ciudad fue también testigo de numerosos juegos de sortija y de cañas durante los siglos XIV, XV y XVI, que sirvieron para afianzar la imagen de la Corona y los ideales nobiliarios, lo que conformó numerosos espectáculos, celebrados habitualmente en la plaza del Mercado, a los que asistían todas las clases sociales [24] .

Pero, en ese y otros lugares, las fiestas caballerescas descendieron en el siglo XVII, alcanzando, tras el Concilio de Trento, una fuerte impronta religiosa y política que exaltaba a su vez a la monarquía [25] . De este modo, se plasmaba la unión entre la religión y la realeza, al igual que en otros muchos eventos caballerescos y festivos [26] . En el caso de Valencia, los torneos se multiplicaron en el siglo XV y permanecieron posteriormente con distintas variantes. Así ocurrió con el juego de la alcancía, que se llevó a cabo en 1599 por las bodas de Felipe III y la archiduquesa Margarita de Austria [27] .

De la presencia de san Jorge en el arte catalán pudo tener constancia Cervantes en sus viajes a Barcelona, pues su estatua

estaba situada en el templete del claustro gótico de la catedral, donde fue aclamado como patrón de Cataluña a instancias de la Generalitat [28] . Como ya vimos, la ciudad lo consideró su patrón y lo colocó en su escudo al lado de las cuatro barras de su insignia. Su imagen fue señera de un espíritu militar que se correspondía con la fusión de la aristocracia de la sangre y del dinero, gracias a la cual, se mantuvieron vivas en el siglo XVI las formas medievales de piedad y espiritualidad [29] .

Respecto a Zaragoza, Enrique Cock relató con detalle el viaje de Felipe II en 1585, donde se celebró la boda de su hija Catalina de Austria con el duque de Saboya. De la ciudad del Ebro, destacó, entre otras cosas, las procesiones nocturnas de los caballeros, «imitando las maneras y ritos de los moros», haciendo carreras de escuadrones delante del palacio, con las infantas y las damas asomando a los balcones. Sin olvidar las procesiones religiosas y la presencia en ellas de los mentecatos del Hospital de Nuestra Señora de la Anunciata, comúnmente llamado de Nuestra Señora de Gracia [30] .

Con motivo de esa visita real, hubo torneos, carreras de sortija, carruseles, juegos de cañas a la morisca, toros de fuego y otros festejos [31] . El relato de Cock sobre la celebración de un torneo en el que intervino don Luis de Bardají, ofrece una rica muestra del orden, vestimenta y ejecución de los caballeros aragoneses, que rompieron lanzas vestidos de punta en blanco y acompañados de sus negros, lacayos, pajes y trompeteros [32] .

El mismo Cock recorrió paso a paso el viaje posterior del rey a la ciudad de Barcelona, que calificó de «muy alegre», pues, según él, los catalanes eran más inclinados a fiestas, bailes y alegría que los de ninguna otra parte de España. Señaló también que su gobierno tenía por armas una cruz colorada en campo blanco, al igual que la que tenían las cofradías de san Jorge. Y, a la llegada del rey, anotó que desfilaron por sus calles las distintas cofradías con sus invenciones, además de «un dragón echando llamas y humo, un camello, un pelícano dorado muy al vivo y digno de ver» [33] .

El viajero holandés aportó abundantes datos históricos sobre esa visita de Felipe II a Barcelona, que fue evolucionando desde el silencio a la algarabía, incluyendo luminarias nocturnas, música y

danzas de las cofradías, con presencia de sus mujeres ante las puertas de palacio [34] . También aludió a la aparición de 24 galeras de España junto a 18 de Juan Andrea Doria y 4 del duque de Saboya.

Se trata de un documento rico en datos relacionados con el Quijote, como la presencia de ladrones cerca de Montserrat o las fiestas en las galeras por el 58 cumpleaños del rey, con música y tiros de artillería durante dos horas. No faltó, en esa ocasión, la presencia de los gigantes ni los caballitos cotoneros, a los que nos referiremos y que Enrique Cock calificó de «fingidos», pues los representaban hombres cargados a cada lado, saltando y galopando como si fueran caballos de verdad.

También hubo un torneo con un tablado ordenado por la Diputación y gran despliegue de música y adornos, en el que los caballeros quebraron lanzas durante dos horas, seguido de una folla o lance en el que batallaban desordenadamente dos cuadrillas. En esas fiestas, aparecieron durante la noche carros alegóricos junto al palacio de la Marina, con castillos a los que Enrique Cock llamó «triunfos», así como suelta de cohetes, simulando los caballeros una pelea con fuegos de artillería [35] . Al igual que otros relatores, al hablar de las iglesias y monasterios de Barcelona, no se olvidó del de santo Domingo, fundamental en la canonización de san Raimundo, como luego veremos [36] .

Lo cierto es que muchos de esos datos son semejantes a los que otros viajeros por España habían contado con anterioridad, como es el caso de Jerónimo Münzer, quien relató su estancia durante los años 1494-1495 y describió los monasterios e iglesias de Barcelona, incluido el mencionado de santo Domingo, que le pareció admirable, así como la casa de la Diputación [37] .

Barcelona se convirtió, bajo el control de la Cofradía de San Marcos, en un centro neurálgico de las comunicaciones con el Mediterráneo desde el que irradiaban correos a Castilla, Navarra, Portugal, Italia, Alemania y los Países Bajos, lo que hizo de la ciudad una auténtica encrucijada abierta al mar. De ahí que se convirtiera en un lugar fundamental para viajeros andantes y navegantes. Todo ello configuró un rico tapiz en el que destacaría, andando el tiempo, la figura literaria de un hidalgo manchego con ínfulas caballerescas,

que encarnaría en parte las experiencias vividas por su autor en esa ciudad [38] .

La literatura había reflejado con anterioridad al Quijote la vida caballeresca en Cataluña, como muestra el manuscrito de Curial y Güelfa (BNE, ms. 9750). La obra, escrita en el reinado de Alfonso V de Aragón, entre 1435 y 1462, fue descubierta por Milá y Fontanals, que la publicó en 1876. Su contenido no deja de tener interés en relación con el tema que nos ocupa, pues muestra la vocación de un joven catalán de escasos recursos, que se aventuró a numerosos torneos en Viena, París y Jerusalén como verdadero caballero errante, sin temor a ponerse en peligro por los trabajos de amor [39] . Su anónimo autor presentó a los caballeros catalanes que luchaban «en nom de Déu e de mon sènyer sant Jordi», que se apareció a Curial y derribó las banderas del soldado turco [40] . La obra tuvo además relación con la Orden de Montesa en la Italia de Alfonso el Magnánimo [41] .

Obra híbrida, nacida a la sombra de la saga artúrica y que mezcló la novela de caballerías con la sentimental, la morisca y la bizantina, Curial e Güelfa mostró, al igual que el Tirant, las hazañas del protagonista con realismo y verosimilitud [42] . Su perspectiva lúdica respecto a los ideales caballerescos engarzaba a la perfección con una realidad caballeresca que sin embargo no estaba exenta de fantasía. Además, Curial era un personaje de escasos recursos económicos, que terminó ascendiendo, al igual que Tirant, quien, de simple noble, acabó heredando el Imperio griego.

Todo ello suponía un proceso ascensional que sin embargo discurriría de forma muy distinta en el caso de don Quijote. Pues este, aunque no presentara antecesores de renombre y era en buena parte pobre como ellos, no logró ascender socialmente y ni siquiera tuvo la posibilidad de que su amada le ayudase en la bonanza, como hizo Güelfa con Curial [43] . Sin embargo, el largo camino de congojas emprendido por este en los trabajos de amor también lo llevaría a cabo don Quijote, aunque sin poder alcanzar el final feliz de su predecesor.

Más allá de esos y otros referentes literarios relacionados con la literatura catalana, como la presencia de san Jorge en el Spill de Jaume Roig, en el Pensament de Joan Ferrer y en la obra de Ramón

Llull, cabe señalar que la vida caballeresca propiamente dicha se circunscribía a unos modos y formas que no solo entraban en liza a través de cartas de batalla y desafío, sino que hasta superaban a la literatura en cuanto a imaginativa e ingenio [44] .

Cervantes se nutrió de ese mundo, haciendo que don Quijote apareciera en el primer capítulo de la primera parte hablando de los libros de caballerías y de las cartas de desafío, comunes a la literatura de su tiempo. Su conocimiento de los héroes históricos y literarios se abrigó en su mente sin fisuras, componiendo un conjunto imaginario en el que todo se planteaba como existente y posible. A su vez, él mismo se creó su propia identidad como miembro de una nueva e indeterminada orden de caballería en la que profesó ficticiamente, olvidándose de su entidad anterior a todos los efectos, incluido su propio nombre.

Ello le obligó a practicar, en pos de la fama, la teoría poética de la imitación, siguiendo unos modelos y un ritual aprendido en los libros y también de oídas. Para alcanzarla, partió de una emulación ingeniosa por medio de la cual no solo se haría acreedor de un nuevo lenguaje en el segundo capítulo de la primera parte, sino de un sistema por el que se fue inventando a sí mismo conforme la obra avanzaba, corriendo su vida en paralelo metaliterario con la propia creación cervantina.

De ahí que, dada la multiplicidad de géneros que mezcló don Quijote con la literatura caballeresca propiamente dicha, su imitación abarcase tanto los modelos del romancero como los de La Diana o el Abencerraje, fundidos y confundidos sus protagonistas en el capítulo V de la primera parte con las hazañas vividas por los Doce Pares de Francia o los Nueve de la Fama. Todo era aprovechable, a fin de cuentas, a partir de un «Yo sé quién soy» con el que superaba el nosce te ipsum de la tradición clásica y bizantina de los espejos de príncipes conocidos por Cervantes [45] .

Gracias a ello, se adelantaba a cuanto supuso, en el siguiente capítulo, la referencia al linaje de Amadís o a las novelas pastoriles. De ese modo, se fueron mezclando la historia, la épica, la literatura caballeresca y la bucólica en prosa y verso, que serían los pilares sobre los que se sostendrían las acciones del personaje tanto en la primera como en la segunda parte. En el imaginario de su

protagonista, todo ello se unió a los ideales de la Carolea con los hechos del Emperador, obra de Luis de Ávila (DQ I, VII), que formó parte del donoso escrutinio. En igualdad hazañera y hazañosa, esos y otros hilos se entrecruzaron sutilmente en el bastidor donde Cervantes tejió la trama del Quijote.

Pero, aparte de los precedentes literarios propiamente dichos, contaron también los históricos. Martín de Riquer ya señaló que don Quijote y Cervantes «se quedaron cortos, muy cortos, porque el siglo XV español estuvo lleno de verdaderos e históricos caballeros andantes que llevaron sus empresas por reinos alejados», mostrando la estrecha ligazón entre vida y literatura caballeresca, así como la internacionalización de sus gestas. En ellas, podemos ver en liza a Carlos VI de Francia con Martín I de Aragón, dando pruebas de que, ya en 1399, había caballeros y escuderos en las calles de Zaragoza [46] .

El caso de Bernat Coscón, paseando en la ciudad del Ebro junto a Anthoni de Mont Aperto llevando un pasador atravesándole el muslo fue bien significativo al respecto. Aparte, cabría considerar la susodicha vinculación de tales hazañas a los santos y a las damas de sus pensamientos, pues el de Mont Aperto suscribía tan dolorosa penitencia «en nom de Aquell que és vencedor de las batallas e de Mossén Sant Jordi, e per honor e amor de la dona que jo amo». Lo cierto es que vida y literatura se alimentaron mutuamente, desplegando por toda Europa una caballería errante en busca de aventuras, que Cervantes mostró a nueva luz junto al recuerdo caballeresco de san Jorge, al que Quevedo recordaría más tarde a lo burlesco en su «Testamento de don Quijote» [47] .

Desde la Edad Media, los españoles estaban acostumbrados a que los caballeros extranjeros viajaran por distintos lugares de la península y a que los propios visitaran a su vez tierras lejanas, como hicieron, en 1400, Miquel D'Orís, que se fue a Inglaterra, o Pere de Cervelló, que lo hizo a París. Ambos formaban parte de una larga lista de caballeros que llegaron a Jerusalén o que justaron por el rey de Aragón [48] .

Años después, hubo un desafío llevado a cabo el 1 de junio de 1514 entre los caballeros aragoneses Juan Cerdán de Escatrón y Juan Roger de Ansa en la villa de Pau ante el rey don Juan [49] . Todos

ellos, como los pertenecientes a las distintas órdenes de caballería a las que nos referimos, dejarían estrecho, en la mente de los lectores, el itinerario peninsular de don Quijote y de su fiel escudero por Castilla, Aragón y Cataluña.

Carlos V, en su primer viaje a Barcelona, presidió, como luego veremos, el capítulo de la Orden del Toisón de Oro en el coro de la catedral, donde se dio testimonio de los fastos borgoñones y de las formas caballerescas renacentistas venidas de Italia, marcando distancia con los modelos medievales [50] . A su vez, Lorenzo Vital, al relatar el primer viaje del futuro emperador por España (1517-1518), contó cómo se celebró en Valladolid un rico torneo con justadores enmascarados y carreras de distintos bandos. Estos jugaron a combatir con tanto realismo que a veces los espectadores creían que «era una lucha de verdad», extendiéndose por todo el mundo la fama del torneo.

Vital dijo también que los caballeros errantes que asistieron al evento vallisoletano soñaron que se encontraban en un bosque como si fueran del tiempo de Lanzarote, el rey Percheforest y los Caballeros de la Tabla Redonda. Esa fusión entre realidad y fantasía, propia de caballeros errantes, ilustra sin duda las ensoñaciones que alimentarían los sueños futuros de don Quijote [51] . En las justas celebradas en Valladolid por doña Catalina de Austria, Vital distinguió entre dos tipos,

la real, en la que los mantenedores y justadores iban a la antigua, es decir a la moda de antaño, llevando capellanes encima de sus armas con grandes pliegues, y no pasaban más de media cuarta de la cintura, llevando grandes escudos y las lanzas con virola; la otra justa era con yelmo y arnés de guerra, las lanzas con el hierro aguzado, que era una justa muy peligrosa, como bien se vió porque hubo muchos heridos, que tuvieron sus arneses destrozados y atravesados [52] .

Su descripción nos ofrece las peculiaridades de la rica vestimenta «a la antigua», sobre la que volveremos más adelante, y la propia de

una justa real dispuesta para afrontar el peligro. Pero además se refirió a otros muchos detalles sobre unas fiestas que duraron tres días y contaron con la presencia de numerosos caballeros y «hermosas muchachas», gracias a lo cual, doña Catalina, a su llegada a la corte, disfrutó de «un buen pasatiempo» [53] .

Carlos V siguió, en ese y otros aspectos, las tendencias vigentes en Francia y en Inglaterra, promoviendo encuentros caballerescos entre 1517 y 1527 tanto en Valladolid como en otros lugares de España [54] . Pedro Cátedra ya señaló con acierto cómo los aspectos farsescos y teatrales que suscitó la publicación del Quijote ya se habían dado a mediados del siglo XVI durante el reinado del emperador y los primeros años del de Felipe II. La significación simbólica del torneo se perdió en beneficio de lo deportivo y espectacular, alcanzando una evidente impronta las cofradías en el reinado de este último, lo que supuso un incremento de los torneos por los años cercanos al Quijote [55] .

En la época del emperador, hubo otros desafíos, como el que mantuvieron a lo largo del tiempo, bajo su presidencia, los hidalgos zaragozanos Pedro Torrellas y Jerónimo de Ansa, ya mencionados, por una cuestión de impagos, hasta darle término en 1522, en Valladolid [56] . El fundamento monetario de dicho desafío y los carteles que se enviaron entre unos contendientes que anteriormente eran amigos lo prolongaron en el tiempo. Ello determinó que Carlos V expresara al papa Paulo III que debía ser el último que se celebrara. Así lo constató Calderón al recrearlo en la comedia El postrer duelo de España . Como señaló Ricardo del Arco, el evento, recogido en los Anales del Reino de Aragón, se hizo bajo la invocación de Dios, Nuestra Señora y san Jorge [57] . Cervantes estuvo al cabo sin duda del afianzamiento de tales costumbres en el reino de Aragón y particularmente en Zaragoza, lo que sería decisivo a la hora de fijar el futuro destino del caballero manchego al término de la primera parte del Quijot e [58] .

Como ya señalamos en otro lugar, no fue la casualidad, sino la historia la que marcó el destino zaragozano de don Quijote al final de la primera parte. Cervantes conocía la existencia de la mencionada Cofradía de San Jorge (DQ I, LII y II, IV) y estaba al cabo de las justas del arnés que esta celebraba el 23 de abril en

Zaragoza, prefigurando la participación en ellas de su héroe (DQ II, IV, pág. 719). Sin embargo, en el camino hacia la ciudad del Ebro, se daría la curiosa paradoja de que, conforme se iban acercando más a ella en el espacio, el caballero andante y su escudero, más se alejaban en el tiempo, haciendo imposible su llegada [59] .

Pero dejando aparte esa peculiar paradoja narrativa de la segunda parte, lo cierto es que Zaragoza es la ciudad más nombrada en el Quijote de 1615, aunque nunca llegara a visitarla el protagonista. Su discurrir por lugares más o menos cercanos a la ciudad, como la Aljafería, aludida en el episodio de maese Pedro, o la aventura del barco encantado en el Ebro, alargaron la posibilidad de entrar en ella hasta el capítulo LIX, cuando el caballero manchego decide cambiar de rumbo y tomar el camino de Barcelona.

Cervantes trató así de negar cualquier autoridad al apócrifo «historiador moderno» que se había atrevido a continuar las aventuras del héroe manchego que solo a él le pertenecían. El paso de don Quijote por Aragón supondría además encuentros con personajes curiosos como Ginesillo de Pasamonte o la larga estancia en el palacio de los duques, desde donde se produciría el prudente gobierno que Sancho Panza ejerció en la Ínsula Barataria en consonancia con los espejos de príncipes clásicos y bizantinos.

Cervantes fue, como decimos, buen conocedor de las justas que celebraba Zaragoza en honor de san Jorge, donde los caballeros de su cofradía habían alimentado secularmente los torneos en las entradas reales. La aparición del Quijote de Avellaneda hizo sin embargo que don Quijote huyera de una ciudad en la que su falsario había corrido una sortija «falta de invención, pobre de letras, pobrísima de libreas, aunque rica de simplicidades» (DQ II, LIX pág. 1217) [60] .

■

[1] A su vez, Hernán Vidal, «Don Quijote: una lectura militar gnóstica», Lemir. Estudios, Salamanca, 2010, págs. 1-103, ha situado la obra en una matriz de mitos gnósticos provenientes de Alejandría, afines al nihilismo con el que Cervantes concibió la historia de España. Centrándose en el anacronismo con el que

Felipe II y Felipe III afrontaron la guerra desde unos parámetros medievales, Vidal ve en el Quijote una sátira de la geopolítica de los Habsburgo, distinguiendo entre la primera y la segunda parte, donde la huella de los arbitristas y del nihilismo respecto al rol de la nobleza ofrece una visión de esta llena de carencias éticas.

[2] Ángel Gómez Moreno, «Marcela y don Quijote: apuntes de hagiografía y cristología», Anales Cervantinos , XLVII, 2001, págs. 355-370; y Claves hagiográficas de la literatura española (del «Cantar de mio Cid» a Cervantes) , Madrid, Iberoamericana, 2008.

[3] Edwin Williamson, opus cit., págs. 127 y 157.

[4] Ricardo del Arco, La sociedad española en las obras de Cervantes, Madrid, Patronato del IV Centenario del nacimiento de Cervantes, 1951, cap. VI, págs. 163 y ss., recoge abundante información sobre la religión en su obra, insistiendo en que Cervantes es «el más laico de nuestros grandes escritores en la época de oro», pues, a su juicio, era un espíritu sereno, cristiano y católico, firme y sin mojigaterías.

[5] Ruth Fine, Reescrituras bíblicas cervantinas , Madrid-Fráncfort, Iberoamericana Vervuert, 2014, págs. 37-50 y 65-82. Y véase Adrián Sáez, «Los santos de Cervantes», Artifara 19, 2019, págs. 141-154.

[6] Francisco Ruiz Gómez, Los orígenes de las órdenes militares y la repoblación de los territorios de la Mancha (1150-1250) , Madrid, CSIC, 2010, ha señalado su papel esencial en la Reconquista. Y véase el clásico estudio de Américo Castro, Santia go de España , Buenos Aires, Emecé, 1958; y la reseña de Claudio Guillén, «En torno a Santiago de España de Américo Castro», Revista Hispánica Moderna 25, 3, 1959, págs. 207-217.

[7] En DQ I, XIII, págs. 151-152, a instancias de Vivaldo, don Quijote compara la orden de caballería con la de los frailes cartujos por lo «estrecha», añadiendo que el vivir del caballero andante es «más aporreado, y más hambriento y sediento, miserable, roto y piojoso». En II, VIII, págs. 756-757, Sancho dirá que «más vale ser humilde frailecito, de cualquier orden que sea, que valiente y andante caballero, más alcanzan con Dios dos docenas de disciplinas que dos mil lanzadas, ora las den gigantes, ora a vestiglos o a endriagos», pero don Quijote añade que no todos pueden ser frailes, creyendo que la caballería es también una suerte de religión en la que hay caballeros santos.

[8] Sobre el amplio corpus de la caballería celestial, que seguía el topos de la militia Christi, véase nuestro trabajo La búsqueda de la inmortalidad en las obras de Baltasar Gracián, Madrid, RAE, 2014 e inf ra.

[9] La obra se conserva en el ms. 11. 309 de la BNE y en el Ms.-Esp. 36 de la Biblioteca Nacional de París, ricamente adornado con preciosas miniaturas.

[10] Juan Manuel Cacho Blecua, «El género del Cifar», Thesaurus LIV, 199, págs. 76-105, cree que esa obra, escrita entre 1321 y 1350, no es, en puridad, una novela de caballerías, aunque la portada de la edición sevillana de 1512 la presentara editorialmente como tal. La vida caballeresca y el arte militar se integraron en todo tipo de obras, como ocurrió con los 124 capítulos dedicados al arte militar en el Doze del Chrestià (1387) de Francesc Eiximenis, dedicado a Alfonso de Aragón, marqués de Villena, conde de Denia y de Ribagorza. Véase Martín de Riquer, «El arte de la guerra en Eiximenis y el Conde de Denia» , Medioevo y Literatura. Actas del VI Congreso de la Asociación Hispánica de Literatura Medieval (Granada, 27 de sep tiembre-1 de octubre de 1993) , edición de

Juan Paredes, Granada, Universidad de Granada, 1995, vol. I, págs. 171-189.

[11] Emma Herranz Alonso, «Tras las huellas de una obra prohibida: el Libro de la Cavallería Celestial de Jerónimo de Sampedro», Actas del VI Congreso de la AISO , Madrid-Fráncfort, Iberoamericana, 2004, págs. 1029-1041.

[12] Miquel Batllori, Sant Jordi a Barcelona , ed. de Narcís Sayrach, Barcelona, Ajuntament de Barcelona, 2014, págs. 19-42.

[13] Batllori, ibíd. , aportó numerosos datos sobre los diferentes planos artísticos que rodearon su imagen, incluidas las obras de Pisanello, Durero o Velázquez, detallando las distintas representaciones barcelonesas de San Jorge a caballo en medallones, tapices, esculturas, tejidos, bordados, relicarios, capillas, etc., desde el siglo XV hasta el modernismo, Dalí o Gargallo.

[14] Ángel Canellas, «Documento, leyenda, culto y patronazgo en Aragón del señor san Jorge», Cuadernos de Historia Jerónimo Zurita , 19-20, 1966-1967, págs. 7-22. En España, aparece ya en el siglo XI vinculado al legendario de Madrid, así como en el Pasionario de Silos un siglo después. La Cofradía de San Jorge fue fundada cerca de Tortosa por Pedro II en 1201, lo que dio origen a una militia Dei en Aragón, también presente en la época de Alfonso I el Batallador. Sus apariciones al ejército aragonés en 1229, con la conquista de Mallorca, se extendieron en 1239 a la batalla del Puig de Endesa en Valencia. También cabe considerar la bandera con el cuartel de san Jorge y las cuatro cabezas a partir de 1290. Canellas recuerda la capilla que Pedro IV de Aragón le dedicó en la Aljafería, así como los retablos, esculturas y encuadernaciones que hablan de la historia del santo en Aragón. Alberto Montaner, «Emblemática caballeresca e identidad del caballero», Libros de Caballerías (de

«Amadís» al «Quijote»). Poética, lectura, representación e identidad, Eva Belén Carro, Laura Puerto y María Sánchez eds., Salamanca SEMYR, 2002, págs. 267-306, mostró a su vez cómo, en el ceremonial de la coronación de los reyes de Aragón promulgado por Pedro IV en 1353, el rey llevaba el señal de san Jorge. También consideró la parodia de la heráldica en el episodio del Caballero de los Espejos (DQ II, XII-XV) y en el del Caballero de la Blanca Luna (DQ II, LXIV-LXX).

[15] Ordinaciones de la Cofradía de Infanzones de San Jorge y de la Real Maestran za de Caballería de Zaragoza (1505-1922), Zaragoza, Cometa, 2009. El libro ofrece en facsímil las ordinaciones citadas, con una introducción sobre su historia en Aragón. La Cofradía de San Jorge existió también en Alcañiz, Huesca, Teruel, Daroca y otros muchos lugares de la Corona de Aragón. Y véase Eliseo Serrano, Tradiciones festivas aragonesas , Zaragoza, Ayuntamiento de Zaragoza, 1981, pág. 248.

[16] Manuel Gómez de Valenzuela, «Las primeras ordinaciones de la Cofradía de caballeros e infanzones de Zaragoza (1505-1512)», Emblemata 16 (2020), págs. 397-414, ha estudiado la transformación, en 1505, del capítulo de caballeros e infanzones de san Jorge en cofradía, por privilegio del rey Fernando. En su estudio, muestra el carácter ecuestre de la misma, los órganos de gobierno y los actos vinculados a la festividad del santo. Los apellidos, salvo alguna posible excepción, son todos aragoneses y con nobleza de sangre.

[17] Téngase en cuenta que el justicia de Aragón, Juan de Lanuza, que luego sería ejecutado, se refugió en Épila junto al duque de Villahermosa y el conde de Aranda, que fueron trasladados a Castilla tras los sucesos de 1591. Sobre san Jorge, Zaragoza y el Quijote, véase Aurora Egido, Cervantes y las puertas del sueño, cit.; y Por el gusto de leer a Cervantes , cit., págs. 139-191. Antonio Pérez Lasheras , Sin poner los pies en Zaragoza (algo más sobre el

«Quijote» en Aragón) , Zaragoza, Rolde, 2001, analizó ampliamente la relación de Cervantes con Aragón, presente desde La Galatea, así como su conocimiento de las Alteraciones.

[18] Ángel Canellas, art. cit., págs. 19-20. Y véase Francisco Marco Simón, San Jorge de Capadocia , Zaragoza, Oroel-Arpesa, 1987.

[19] Hay edición moderna de Guillermo Fatás y Guillermo Redondo, Zaragoza, Ayuntamiento de Zaragoza, 1982. Teresa Gracia Paesa, Las «Clases poéticas» de Baltasar López de Gurrea, Conde del Villar. Estudio y edición, tesis doctoral dirigida por Aurora Egido, Zaragoza, Universidad de Zaragoza, 2006, relaciona la Cofradía de San Jorge con varias obras a lo largo del siglo XVII .

[20] C. Vallejo Naranjo, «Lo caballeresco en la iconografía cristiana celestial medieval», Anales del Instituto de Investigaciones Estéticas 30, 93, 2008, págs. 33-67.

[21] Covarrubias ofrece, en su Tesoro de la lengua castellana o española (1611), definiciones de interés sobre desafíos y torneos, imprimiendo un tono festivo al vocablo cartel (en carta), pues dice así: «escrito que se pone en tiempo de fiestas por los que han de ser mantenedores de justas, o torneos, o juegos de sortijas, al pie del cual firman los aventureros». También es curiosa la ligazón que ofrece en desafíos con las Partidas; «desafiar, pertenece señaladamente a los fijos dalgo, et non a lo otros homes, por razón de fe». El Tesoro consideró lógicamente a Zaragoza «cabeza del reino de Aragón».

[22] Aurora Egido, Cervantes y las puertas del sueño, cit, págs. 234-247.

[23] Juan Bautista Felices de Cáceres, Justa poética por la Virgen Santíssima del Pilar , Zaragoza, Diego de Torre, 1629, ed. facsímil con un estudio preliminar de Aurora Egido, Zaragoza, Ayuntamiento de Zaragoza, 2015. Y véase Aurora Egido, La poesía aragonesa del siglo xvii y el culteranismo, tesis doctoral presentada en la Universidad de Barcelona bajo la dirección de José Manuel Blecua Teijeiro, Barcelona, 1972, vol. II, inédito; Alberto del Río, «Fiesta y contexto urbano en la época de los Austrias, con algunos ejemplos aragoneses», La fiesta cortesana en la época de los Austrias, ed. de María Luisa Lobato y Bernardo. F. García, Valladolid, Junta de Castilla y León, 2003, págs. 193-206; y María del Carmen Marín, «Fiestas caballerescas aragonesas en la Edad Moderna», Fiestas públicas en Aragón en la Edad Moderna, ed. de Eliseo Serrano, Zaragoza, Centro de Documentación Bibliográfica Aragonesa, 1995, págs. 109-129.

[24] José Hinojosa Montalvo, «Torneos y justas en la Valencia floral», cit., pág. 238, trata de las construcciones alegóricas que se montaban en la plaza del Mercado de Valencia, donde aparecía el monarca subido a un carro, con símbolos procedentes de la mitología clásica y el emblema de la casa de Aragón con un dragón como el que llevó Alfonso el Magnánimo. También aparecía en la divisa un «Siti Perillós», que recordaba el asiento vacío de la Tabla Redonda.

[25] José Hinojosa Montalvo, ibíd ., págs. 209-240, da abundante información sobre la presencia de los reyes en muchas de ellas, ya se tratase del juego de la alcancía, el juego de cañas, la justa o el torneo, El torneo de 1599 pervivió hasta 1690, en las bodas de Carlos II y María Ana de Neoburgo.

[26] Francisco de Padilla, Historia Eclesiástica de España. Primera parte , Málaga, Claudio Bolán, 1605, recogió la serie de santos,

mártires, confesores y concilios de España hasta el año 500 y añadió, en la Segunda Parte , la cronología de los obispos, papas, personas notables y reyes hasta el año 700, apuntando en el prólogo que las sucesiones de estos eran tan señaladas como las de los papas.

[27] Luis Cabrera de Córdoba, Relaciones de las cosas sucedidas en la Corte Española desde 1599 hasta 1614 , Madrid, Luis Sánchez, 1619. Y véase la tesis doctoral de Pascual Mas i Usó, Justas, Academias y Convocatorias literarias en la Valencia Barroca (1591-1705): teoría y práctica de una convención, Valencia, Universidad de Valencia, 1991. Paula Plastic, Magna Margarita de Austria (1584-1611), relaciones de sucesos y la reginalidad regia , tesis doctoral presentada en la Universidad de California, Davis, 2021, ofrece amplia información sobre el viaje de la archiduquesa a Valencia contado a través de dichas relaciones, así como la impronta de la que fuera calificada como «nuevo Hércules español» (ibíd ., pág. 3).

[28] Carme Batlle i Gallart, «La Barcelona de la Baixa Edat Mitjana », Història de Barcelona. De la prehistòria al segle xvi , dir. por Agustí Durán i Sanpere, Barcelona, Aedos, 1975, págs. 325 ss., se refiere a la escultura de Pere Johan (circa 1416) en el carrer del Bisbe, así como a otras piezas escultóricas de san Jorge en Barcelona.

[29] Eulàlia Duran y Max Cahner, «La fí de l'Edat Mitjana i el Renaixement», Història de Barcelona. De la prehistòria al segle xvi , ib., págs. 405 y ss.

[30] J. García Mercadal, opus cit., I, págs. 1309-1310. Cock destaca también que, en las procesiones zaragozanas, no faltaban los vestidos de sambenitos, condenados por moriscos o por judaizantes, así como las máscaras por Carnestolendas. Con motivo de esa visita

real, a la que también acudió el duque de Saboya desde Barcelona, hubo todo tipo de juegos y fiestas, con danzas en palacio, corridas de toros y luminarias.

[31] J. García Mercadal, opus cit, I, págs. 1293-1327, editó las cartas de Enrique Cock, publicadas anteriormente por Foulché-Delbosc.

[32] Ibíd ., I, págs. 1328 y ss. La descripción de Cock ofrece también otro torneo de a pie junto al Ebro, así como colaciones, follas, sarao nocturno con entrega de premios; concesión del toisón de oro al duque de Saboya, al almirante de Castilla y al duque de Medinaceli.

[33] J. García Mercadal, opus cit ., I, págs. 1335 y ss.

[34] Ibíd ., I, pág. 1354.

[35] Ibíd ., I, págs. 1359 y ss. En ibíd ., págs. 1379-1380, Cock describe el recibimiento que tuvo el rey en Tortosa, donde hubo labradores desfilando con sus arados y sus asnos, indicando que dieron mucho que reír, al igual que otras invenciones carnavalescas, incluidos los gigantes al modo que se hacía en Barcelona. Allí visitó la iglesia de santo Domingo «que mandó hacer a su costa», lo que abunda en su apoyo constante a la Orden de Predicadores. También hubo una batalla de diablos y un dragón, así como danza de moriscos con negrillos y gigantes danzando. Posteriormente, el rey pasó por Sagunto, Monviedro y Valencia, donde fue recibido con arcos triunfales llenos de alegorías y emblemas. Toda la ciudad se engalanó según Cock, quien aludió además a la importancia de las órdenes caballerescas de Montesa, Malta, Santiago y Calatrava (ibíd ., págs. 1398 y ss.).

[36] Ibíd ., I, págs. 1331-1332.

[37] Véase ibíd ., I, pág. 328. García Mercadal aporta otros muchos datos que ilustran el futuro viaje de don Quijote, como las justas y fiestas por Felipe el Hermoso tanto en Zaragoza como en Barcelona, donde no faltó una amplia presencia de damas en el palacio del conde de Ternant, con baile de justadores incluido.

[38] A la bibliografía relacionada con don Quijote y Barcelona, Joan Jiménez i Blasco, «La Cataluña de Alonso Quijano», Revista de Historia Económica , 23, 2005, págs. 409-424, añade un dato curioso sobre el ciudadano honrado Jeroni Serra Arnau, que era propietario de una morisca granadina llamada Ángela, lo que en cierto modo ilustra los capítulos barceloneses del Quijote sobre Ana Félix, la hija de Ricote. Y véase Aurora Egido, «Alba y albergue de don Quijote en Barcelona», Por el gusto de leer a Cervantes , págs. 139-190.

[39] Véase Curial y Güelfa , Introducción de Giuseppe Sansone, traducción y notas de Pere Gimferrer, Madrid, Alfaguara, 1982.

[40] Joan Roig i Montserrat, Sant Jordi a Catalunya i a l'exlibrisme. XXXV Congrès Internacional d' Exlibristes a Catalunya, Vila-Seca, Tarragona, Associació Catalana d'Exlibristes, 2014, pág. 11.

[41] Abel Soler Molina, «L'ordre de Montesa a la Itàlia d'Alfons el Magnànim i les al.lusions a sant Jordi en Curial e Güelfa », La Orden de Montesa y San Jorge de Alfama , en Yolanda Gil y otros, 2019, cit., págs. 285-298.

[42] Anónimo, Curial e Güelfa y las novelas de caballerías españolas, ed. de Montserrat Piera, Madrid, Ed. Pliegos, 1998. Martín de Riquer, « Tirante el Blanco , Don Quijote y los libros de caballerías», separata del prólogo de Tirante el Blanco, Barcelona, Asociación de Bibliófilos de Barcelona, 1947-1949, ya señaló que Cervantes leyó de joven el Tirante el Blanco , publicado en castellano en 1511, obra que influiría en el Quijote por su verosimilitud, ironía y humor, pero desconocía que su autor fue Joanot Martorell. Este intervino en tres desafíos con sus «lletres de requesta». Riquer señaló también la cadena formada por los censores y detractores de los libros de caballerías, desde Juan Luis Vives y Juan de Valdés a Pero Mexía y muchos otros con anterioridad al Quijote, así como su pervivencia en el teatro posterior. Sobre la fortuna de las ediciones y traducciones de la obra de Martorell, Vicent Josep Escartí, «Tirant lo Blanch, Cervantes i més enllà: breu historia d'una novel-la de cavalleries», eHumanista , 16, 2010.

[43] Montserrat Piera, «Curial e Güelfa» y las novelas de caballerías españolas, Madrid, Ed. Pliegos, 1998, págs. 35, 100 y 131, plantea los bajos orígenes de esos tres representantes del roman artúrico (un género perdido en la península), mostrando el concepto lúdico de los torneos en el siglo XV frente a su trascendencia en los dos siglos anteriores. Y véase Abel Soler Molina, «L'ordre de Montesa a la Itàlia d'Alfons el Magnànim i les al.lusions a sant Jordi en Curial e Güelfa », La Orden de Montesa y San Jorge de Alfama: Arquitecturas, imágenes y textos (siglos xv - xix), ed. de Yolanda Gil, cit., págs. 285-298.

[44] Martín de Riquer, Caballeros andantes españoles, Madrid, Austral, 1967. Antonio Orejudo, Cartes de Batalla , Barcelona, PPU, 1993, ofreció una antología con distintos ejemplos, como el enfrentamiento entre Carlos I de España y Francisco I de Francia en 1528. Y véase Ángel Sesma Muñoz, «Carteles de batalla cruzados entre Alfonso V de Portugal y Fernando V de Castilla (1475)», Revista Portuguesa de História , 16, 1978, págs. 277-295; y la tesis doctoral, dirigida por Charles Faulhaber, de Stephen Raulston, «Cartas de batalla»: Literature and Law, Berkeley, University of

California, 1993.

[45] Aurora Egido «De islas y buen gobierno…», cit., págs. 2-43.

[46] Martín de Riquer, Vida caballeresca en la España del siglo xv Madrid, RAE, 1965, pág. 22, recogió varias cartas de batalla, como las correspondientes a Carlos VI de Francia y Fernando de Antequera, en muchas de las cuales el reino de Aragón aparece como término. Y lo mismo ocurre con otras llegadas de Austria. En 1417, aparecieron cuatro caballeros alemanes en Híjar y en Fuentes de Ebro.

[47] Adrián Sáez, «De Cervantes a Quevedo: testamento y muerte de don Quijote», La Perinola 16, 2012, págs. 239-258, analiza el poema como parodia de los testamentos legales: «Mi lanza mando a una escoba / para que puedan con ella / echar arañas de el techo / cual si de san Jorge fuera» (vv. 65-68).

[48] Martín de Riquer, Vida caballeresca en la España del siglo xv , menciona a Juan de Merlo, que se fue a Borgoña y justó en Valladolid en el Paso Honroso con otros once caballeros. Cervantes conoció la Crónica de Juan II, donde aparece Gutierre Quijada, del que don Quijote dice descender. Don Gutierre justó en Saint-Omer y volvió a Castilla en 1445 para justar en la batalla de Olmedo (infra). La locura de don Quijote le llevó a un itinerario menos lógico que el perseguido por los aventureros de su tiempo, que se iban a hacer las Américas. El viaje que llevó a estos al Nuevo Mundo estuvo impregnado, como es bien sabido, de lecturas caballerescas y de la del mismo Quijote . Véase Irving L. Leonard, Los libros del conquistador, México, FCE, 1979.

[49] «Actos de batalla y trance entre los magníficos cavalleros Juan

Cerdán descatron requeridor: y Juan Roger dansa requerido: passados en la villa de Pau: ante la presencia del muy serenissimo el rey Don Juan». Lo recoge Juan Manuel Sánchez, Bibliografía Aragonesa del siglo xvi , 1551-1600, Madrid, Imprenta Clásica, 1914, vol. I, núm. 60, quien lo califica de impreso raro y semejante a otros posteriores a 1514. Sobre el desafío de Jerónimo Ansa y Pedro Torrellas en 1522, relatado por Juan Quijada de Reayo en 1548, infra, págs. 250-251.

[50] Fernando Checa, Carlos V. La imagen del héroe en el Renacimiento , págs. 57 y 70 y ss.

[51] La descripción de la justa de Valladolid ante el rey es casi una prolongación del sueño de los caballeros errantes hecho realidad ante este, su familia, los grandes de España y los embajadores.

[52] J. García Mercadal, opus cit., vol. I, págs. 755-756.

[53] Ibíd. , I, págs. 756-757.

[54] Sébastien Nadot , Rompez les lances! Chevaliers et tournois au Moyen Âge , París, Ed. Autrement, 2020, págs. 164-165.

[55] Pedro Cátedra, El sueño caballeresco, cit., págs. 84-88 y 100-101.

[56] Martín de Riquer, Vida caballeresca en la España del siglo xv , cit., págs. 86 y 96.

[57] Ricardo del Arco, «Comentarios. Notas sobre costumbres altoaragonesas en el siglo XVI », Argensola , 1943, págs. 257-266, señala que tales desafíos eran una costumbre habitual en tierras aragonesas desde las leyes de Sobrarbe, ofreciendo distintas variantes en Aragón, Valencia y Cataluña. El tema del desafío se trató en el Concilio de Trento y llegó a comentarse en el siglo XVII por el académico anhelante zaragozano Francisco Andrés de Uztarroz, así como por Diego de Sayas, entre otros.

[58] Rafael Ramos, «Otra vez los desafíos caballerescos de Zaragoza, 1582», La escondida senda. Homenaje a Alberto Blecua, Barcelona, Castalia, 2012, págs. 207-222. Y véase la «Relación de las fiestas de Justas y Torneo de apie y de acaballo que mantuvieron los M. Illustres SS. Don Martin Cabrero, Don Juan de Albion y Don Juan Cabrero a 6 de mayo de 1582. Año en que se estampo en dicha Ciudad», mencionada por Félix Latassa y Ortín , Biblioteca Nueva de Escritores Arago ne ses , Pamplona, Joaquín de Domingo, vol. I, pág. 400, y recogida por Juan Manuel Sánchez, opus cit., núm. 594. De la pervivencia de los desafíos y de su peligrosidad dio cuenta la pragmática recogida en el volumen facticio de la Real Academia Española (S. Com 13-A-26): Reales decretos, Reales cédulas, provisiones, ordenanzas y otros impresos desde 1713 a 1740: Pragmática que su magestad ha mandado promulgar prohibiendo los desafíos con augmento de penas , Madrid, Geronimo Estrada, 1716.

[59] Aurora Egido, Cervantes y las puertas del sueño , págs. 223-250.

[60] Ibíd. , págs. 234-247.

CAPÍTULO 4

Al calor de las imprentas de Zaragoza y Barcelona

Aparte de las crónicas sobre los torneos y de las relaciones de justas caballerescas y certámenes poéticos, entre otros géneros que conviene tener en cuenta a la hora de leer el Quijote, fueron sin duda los libros de caballerías los que conformaron con mayor intensidad el telón de fondo sobre el que transcurrieron las aventuras de uno de sus mayores lectores. En ese sentido, nos referiremos, sin ánimo de exhaustividad, a las obras caballerescas publicadas en las imprentas de Zaragoza y Barcelona, que pueden ofrecer un panorama íntimamente unido al ámbito en el que surgieron las fiestas caballerescas que se celebraron en ellas y a su proyección en el Quijote cervantino [1] .

Expondremos todo ello a sabiendas de que el arco de publicación de los libros de caballerías abarca más de un siglo y comprende no solo ediciones y reediciones, sino traducciones que tuvieron un gran éxito durante el reinado de Carlos V y en el de Felipe II, sosteniéndose a pesar de prohibiciones y censuras, tanto en España como en América [2] .

El ámbito histórico de los desafíos y actos caballerescos tuvo un recorrido paralelo al de una imprenta como la zaragozana, particularmente rica en la segunda mitad del siglo XVI, que se nutrió de novelas de caballerías, espejos de príncipes y nobles, así como de relaciones de justas y torneos. Pero, ya en la primera, el ciclo amadisiano se hizo presente con las ediciones de Garci Rodríguez de Montalvo, Amadís de Gaula (Zaragoza, Jorge Coci, 1508 y 1521), y con Las sergas de Esplandián (Zaragoza, Simón de Portonariis, 1587) del mismo autor. Sin olvidar la aparición de las distintas partes de las obras de Feliciano de Silva: Florisel de Niquea (Zaragoza, Pierre de la Floreste, 1568, y Zaragoza, Domingo de Portanariis Ursino, 1584) y Lisuarte de Grecia (Zaragoza, Pedro Puig y Joan Escarrilla, 1587); además de las partes I y II del Belianís

de Grecia (Zaragoza, Domingo de Portonariis Ursino, 1580), obra de Jerónimo Fernández. Pedro Hardouin publicó a su vez el Florindo de Fernando Basurto (Zaragoza, 1530).

En ese ámbito, la imprenta fue fiel a las sagas, como muestra La coronica de los muy valientes cavalleros don Florisel de Niquea, y el fuerte Anaxartes, hijos del excelente Príncipe Amadís de Gaula (Zaragoza, Domingo de Portonariis, 1584) o la Chrónica de los famosos esforçados cavalleros Lisuarte de Grecia, hijo de Esplandián…, y de Perión de Gaula (Zaragoza, Pedro Puig y Ioan Escarrilla, 1587).

Adjetivados de príncipes (en realidad, lo eran algunos de esos caballeros) ya desde la portada, como la del citado Libro primero del valeroso y invencible príncipe Belianís de Grecia (1580), su destino estuvo íntimamente unido al género de los specula principum, que tanto juego tendrían en el Quijote [3] . Bastará recordar la primera parte del Espeio de príncipes y cavalleros en el cual se cuentan los inmortales hechos del cavallero del Febo (Zaragoza, Esteban de Nájera,1555) de Diego Ortúñez de Calahorra, que tendría un éxito inmediato [4] . O la Segunda parte del Espejo de príncipes y caballeros (Zaragoza, Juan Soler, 1580 y 1581; y Zaragoza, Pedro Cabarte, 1617) de Pedro de la Sierra, así como la parte III del Espejo de príncipes y caballeros de Marcos Martínez (Zaragoza, Pedro Cabarte, 1623) [5] .

Esa fusión literaria entre el género de las novelas de caballerías y los espejos de príncipes y nobles, publicados por las imprentas zaragozanas, tuvo también su tercer vector en el siglo XVI con las crónicas de hechos puntuales, como la Relación de Justas y Torneo de apie y de acaballo que mantuvieron los M. Illustres SS. Don Martín Cabrero, Don Juan de Albión y Don Juan Cabrero de Zaragoza a 6 de mayo de 1582, publicada ese mismo año en Zaragoza sin lugar de imprenta.

El siglo XVII zaragozano fue, sin embargo, comparativamente escaso en publicaciones caballerescas, si atendemos a las recogidas por Manuel Jiménez Catalán, aunque algunas confirmaran una continuidad respecto a lo dicho en el ámbito de las historias caballerescas breves, como el Libro de la Linda Magalona, hija del Rey de Nápoles, y del muy esforçado Cavallero Pierres de Provença

(1602) [6] .

Mucho después doña Luisa María de Padilla, condesa de Aranda, dedicaría varios tratados al género de los espejos de nobles, como el de la mencionada Nobleza virtuosa; un género al que su amigo Baltasar Gracián dio la vuelta a partir de El Héroe (1637), donde lo configuró dentro de los parámetros de la razón de Estado de uno mismo o enfrentando el tratado especular dedicado a El Político don Fernando el Católico a El Príncipe de Maquiavelo [7] . Todo ello corresponde, en el tiempo, al cese de las publicaciones hacia 1640 tanto de novelas de caballerías como de aquellos espejos que también formaron parte del género caballeresco.

Zaragoza fue, después de Sevilla y junto a Toledo, la ciudad en la que se publicaron más libros de caballerías, seguida por Alcalá de Henares, Salamanca, Valladolid, Burgos, Lisboa, Medina del Campo, Valencia, y Venecia, entre otras. Sin embargo, Barcelona, Estella, Évora, Roma, Bilbao y Cuenca ocuparon los últimos lugares. El asunto desborda los límites de nuestro trabajo, pero confirma, al igual que los datos que aportamos sobre la relación de Cervantes con la ciudad del Ebro, su propia visión del lugar que eligió inicialmente como destino de las aventuras caballerescas de don Quijote [8] .

A su vez, la amplia producción zaragozana de libros de justas poéticas dedicadas a los más diversos temas a lo largo del siglo XVII suplió, como en tantos otros certámenes de toda España, la impronta caballeresca por el lucimiento de la contienda literaria en la que ya participaban los estamentos más diversos [9] . En ellas, el simbolismo caballeresco, que ya iba teñido desde sus orígenes del doble lenguaje divino y humano, se trasladó a la competencia literaria en carteles, certámenes y premios, además de en largas y lucidas descripciones que daban cuenta de ello. Cabe recordar, por su relación con el Quijote cervantino y con el apócrifo, la crónica de las justas celebradas en 1614, publicada por Luis Díez de Aux un año más tarde en el Retrato de las fiestas a la beatificación de Santa Teresa, a las que nos referiremos más adelante por su relación con la obra de Cervantes.

Aunque la imprenta de Lérida no se prodigara en materia caballeresca, mostró a cambio la obra de Francisco Gilabert,

Discurso sobre la calidad del Principado de Cataluña, inclinación de sus habitadores y su govierno (Lérida, Luys Manescal, 1616), con otros discursos relativos a las obligaciones de la nobleza y del brazo militar, que iluminan en buena parte el trasfondo histórico de los episodios de la segunda parte del Quijote [10] . Y respecto a Barcelona, se observa la misma derivada con la presencia, en el siglo XVII , de numerosos certámenes poéticos que, según veremos, correrían en paralelo con las justas caballerescas y que se apropiarían en numerosas ocasiones del vocabulario bélico.

La materia caballeresca se hizo presente en Cataluña desde fechas tempranas a través de historias caballerescas breves, como la anónima Historia del conde Partenoples (Tarragona, 1488 y 1588), que tanto éxito tendría entre los dramaturgos del Siglo de Oro, o la História de París y Viana (Gerona, 1495; Barcelona circa, 1497) [11] .También cabe referirse a otros libros publicados en Gerona a finales del XV ; caso de la Tragedia ordenada por mossen gras la qual es part de la gran obra dels actes del famos cavaller lançalot. Brillaron a su vez con particular relieve el Tirant lo Blanch de Joanot Martorell, publicado por primera vez en Valencia, por Nicolau Spindeler, 1490, y luego en Barcelona, por Pere Miquel y Diego de Gumiel en 1497, y cuya versión castellana se publicó en 1511, en la imprenta vallisoletana de Diego Gumiel. Cervantes la consideró, en el capítulo VI de la primera parte del Quijote, como «una mina de pasatiempos» y «el mejor libro del mundo».

Aparte habría que tener en cuenta las Crónicas de Jaime I, rey de Aragón, Mallorca y Valencia (1557 y 1558) [12] . Y contar con las primeras ediciones del ánonimo Félix Magno (Barcelona, Carles Amorós, 1531); el Olivante de Laura (Barcelona, Claudio Bornat, 1564) de Antonio de Torquemada y el Febo Troyano de Esteban Corbera (Barcelona, Pedro Malo, 1576). Pero esas primicias únicas también implican que ya no se reeditaron más libros de caballerías en la ciudad condal, lo que sin embargo no supuso en modo alguno que terminaran en ella las justas, los torneos y demás festejos caballerescos.

La pervivencia de esa literatura en las prensas barcelonesas afloró también en publicaciones que la ejemplificaban a lo vivo con hechos reales, como muestra la obra de Esteban Barellas, Centuria,

o Historia de los famosos hechos del gran Conde de Barcelona, don Bernardo Barcino, y don Zinofre su hijo, y otros cavalleros de la Provincia de Cataluña (Barcelona, Sebastián de Cormellas, 1600); todo un ejemplo de cómo subsistían tales ideales en el cambio de siglo, circunscritos a ese ámbito geográfico de reminiscencias quijotescas.

En Barcelona, como en el resto de la península, las prensas dieron fe de los cambios operados a principios del siglo XVII con los certámenes poéticos, dedicados a san Ignacio, a santa Teresa, a la Inmaculada y sobre todo a san Ramón de Peñafort, sobre el que se editaron distintas relaciones y pliegos, como luego veremos [13] .

En fecha no muy alejada de la segunda parte del Quijote, la ciudad mostraría su cara más festiva y carnavalesca en la fiestas, bailes y saraos, como las descritas en un pliego de 1616, que bien podemos situar en la órbita de cuanto vivió don Quijote en la casa de don Antonio Moreno y en las calles y playa de la ciudad. En él, aparecía la serie enumerativa de bailes, saraos, encapuchadas, mascaradas y otros festejos de una larga tradición festiva que se iría perpetuando en el tiempo [14] . Pues, andando los años y pese a la fusión de la vida caballeresca con la justa literaria, todavía podemos encontrar algún cartel de desafío en fechas tardías, como el publicado en un lugar, donde la internacional caballeresca mostraba las escasas fronteras que la circundaban en el Cartell de Desafiu, emviat y fet al Rey de Portugal, en nom del Duch de Medina Sidonia (Barcelona, Iaume Romeu, 1641) [15] .

Por otra parte, un año más tarde, don Quijote aparecería en tierras de Portugal levantándose contra la soberbia de dicha nación y alabando a los «bravos gigantes» portugueses en el Cartel de desafío, y protestación caualleresca de Don Quixote de la Mancha Cavallero de la triste figura en defensión de sus Castellanos (Lisboa, Domingo Lopes Rosa, 1642) [16] . A este respecto conviene recordar que, digamos por elevación, los gigantes eran símbolo del mayor pecado, tal y como el propio Cervantes dice a propósito de Morgante, que era «afable y bien criado», mientras que los demás gigantes eran «soberbios y descomedidos» (DQ I, I, pág. 43) [17] .

En ese sentido, los pliegos sueltos abren un amplio abanico de posibilidades en relación con el Quijote, a la hora de poder

entender no solo la recepción de la obra, sino toda una serie de temas presentes en el imaginario colectivo. Estos corrieron parejas con el proceso de escritura cervantino y estuvieron vinculados a la imprenta en todos los sentidos. Su función noticiera y su juego entre realidad y ficción dieron señales constantes de eventos y sucesos mayores y menores, próximos o lejanos, que llegaban a manos de quienes no tenían acceso a crónicas o relaciones más extensas y de mayor fuste.

«Representación de lo que antes se fizo» y con ínfulas de ser verdadero y cierto, como dice una Relación de Alfonso de Palencia en 1490, el ancho caudal de los pliegos ofrece no pocas señales del mundo caballeresco del que surgió el Quijote [18] . Y no me refiero únicamente a su gestación a partir de un romance o a las alusiones directas o indirectas que se hacen de ese género a lo largo de la obra, como ocurre en el capítulo X de la primera parte (pág. 127), cuando Cervantes alude al romance del marqués de Mantua, sino a los temas y conceptos que lo configuraron, como demostró Augustin Redondo en relación con el bandolerismo [19] .

Aparte cabría considerar el fuerte componente ideológico de las relaciones de sucesos, particularmente en los dedicados a las fiestas, publicados bajo el marbete de carta, noticia, nueva, aviso o gaceta e íntimamente ligados a la relación entre monarquía e Iglesia [20] . Por su función propagandística, encaminada a todas las capas sociales, los pliegos son un espejo que permite ahondar en la recepción de las fiestas que se extendieron por todo el mapa peninsular y por América [21] .

Convertida Barcelona en centro mediático a principios del siglo XVII, sus imprentas fueron una muestra de la difusión de numerosas relaciones que correrían de mano en mano gracias a los pliegos sueltos. Henry Ettinghausen ya señaló 267 publicadas en esa ciudad entre 1612 y 1628, que recogían sucesos acontecidos en el Mediterráneo, con referencia a las galeras, a la lucha contra moros y turcos, y a los cautivos [22] . Sin que faltaran al reclamo las historias entre moras y corsarios, ni las alabanzas a las galeras de la ciudad de Barcelona; una ciudad que fue uno de los principales centros de publicación de noticias de la península.

En ese contexto, destacan particularmente los numerosos pliegos

poéticos dedicados a las fiestas por san Raimundo de Peñafort celebradas en 1601 a las que nos referimos más adelante, y que generaron numerosos poemas en castellano, catalán y latín, dando cuenta de los eventos, procesiones, despliegues militares y fuegos artificiales celebrados en la ciudad más dichosa «que tiene el sitio de España» [23] .

Por otra parte, la imprenta de otros lugares de la península dio pronto señales de desafíos y encuentros caballerescos acontecidos en Barcelona y en lugares más lejanos, como puede verse en uno de los pliegos que recogió Antonio Rodríguez Moñino: «Romance de un desafío que se hizo en paris de dos cavalleros principales de la tabla redonda; los quales son montesinos et oliveros: fue el siguiente desafio por amores de una dama que se llamava Aliarda» (Sevilla, Jacobo Cromberger, 1511-1515) [24] .

A su vez, numerosos pliegos ofrecieron romances sobre Amadís y don Gaiferos en consonancia con los libros de caballerías de mayor extensión. El mismo Rodríguez Moñino recogió varios dedicados a Amadís o a Tristán en el siglo XVI, como los que salieron a la luz entre 1581 y 1600. Ellos dieron muestra de la difusión del romancero nuevo, que contaba historias de cautivos, milagros y todo tipo de sucesos en la ciudad de Barcelona.

No olvidemos que la educación de quienes tenían acceso a ella se basaba en cuanto recogían las cartillas, abecedarios, silabarios, beceroles y romances. Estos andaban en pliegos sueltos y en antologías que contaban las historias de Carlomagno y los Doce Pares de Francia, así como las de Gaiferos y del marqués de Mantua, con otras muchas que nutrirían durante siglos la imaginación de niños y mayores, don Quijote entre ellos [25] . La costumbre de aprender a leer en pliegos perduró hasta el siglo XVIII y estos fueron sin duda un alimento para la imaginación colectiva en relación con muchos temas, incluido el caballeresco [26] .

Respecto a una historia aproximada, en parte, a la de Ana Félix, hija de Ricote y enamorada del mayorazgo de un cristiano viejo llamado Gregorio, que se mezcla con ellos (DQ II, LIV y LXIII-LXV), encontramos un pliego de 1600, publicado en Barcelona por Ioan Amello, que se anuncia como «Obra muy maravillosa digna de ser leida y memoriada. Por donde se da cuenta de la grande industria

que dio un mancebo». En ella, se narra la historia de un soldado estudiante, natural de Barcelona, que, para liberar a su padre que estaba en cautiverio, dejó el aprendizaje del latín, se alistó como soldado en Orán, aprendió algarabía y se hizo pasar por turco rescatando a su padre en Argel «este año de Noventa y nueve», volviendo finalmente los dos a Barcelona [27] .

Recordemos que la historia de los moriscos Ricote y Ana Félix, a los que los principales de Barcelona acogen al volver a España, fue pareja, a juicio de Hans-Jörg Neuschäfer, a la de Sansón Carrasco tratando de devolver a don Quijote a su lugar de origen [28] . Pero su trayectoria vital se asemejaba sobre todo, como decimos, a los relatos sobre moriscos que llenaron los espacios breves de los pliegos sueltos, así como la historia del romancero impreso, que perpetuó el tema o lo dio a conocer oralmente.

Entre los pliegos relacionados con el paso de los miembros de la realeza por Barcelona, encontramos un «Romance de despedimiento de su Real Magestad, y de la Serenissima Infante su querida hermana doña Isabel de la Paz Archiduquesa de Austria» (Barcelona Gabriel Graells y Giraldo Dotil, 1599) [29] . El poema se hizo eco de que, a la muerte de Felipe II un año antes, «esta nuestra Cataluña / que tanto amor le tenía / a todos los Cathalanes / fidelidad conocía / especial a Barcelona / Ciudad de gran nombradía / que con obras y con hechos / la Ciudad mostrado avía / la fidelidad que tienen / a su Rey y la tenía» (Barcelona, Esteban Liberós, 1632). El pliego mostró también las lágrimas de doña Isabel junto a sus damas en el puerto al despedirse de la ciudad («a Dios a Dios Barcelona / a Dios Ciudad vida mia / a Dios a Dios toda España / espejo de la mi vida»), mientras rogaba que, al marcharse, no hubiera fuego de artillería en el puerto [30] .

Cuestión aparte es la de los pliegos sueltos sobre bandolerismo que salieron de las prensas de Barcelona; asunto que aparece en diversas relaciones, donde se da noticia también de los actos de justicia llevados a cabo contra ladrones y malhechores. Entre otros, está el de Francisco López, Relación verdadera de la famosa y memorable expulsión de ladrones y bandoleros [31] . En él, se hacía referencia a un hecho acontecido en 1616, que removería las conciencias al dar noticia de que algunos de los que cogieron presos, como Tallahierro

y Trucafuerte, perecieron heridos, ahorcados o descuartizados. A lo mismo se refiere la Relacio verdadera de la transformacio de Cathalun ya y inmemorial justicia de lladres y bandolers, escrita por Ioan Pelegrí [32] . Todo ello choca de lleno con el idealismo que Cervantes imprimió a la figura de Roque Guinart y que tenía poco que ver con los bandoleros perseguidos por la justicia, expulsados o ejecutados.

Pero lo más curioso tal vez sea la aparición del tema pastoril unido al del bandolerismo, como ocurre con el Pastor Sileno, que firma un pliego titulado Summari y relatio verdadera de la sancta unió y Germandat contra lladres, homicidas, etc. (Barcelona, Honofre Anglada, 1601). Este no deja de ser un ejemplo más, entre otros, de la fusión de lo belicoso con lo bucólico y posiblemente tenga que ver también con lo que Rebullosa dice sobre el cuidado que pusieron las autoridades con motivo de las fiestas por san Raimundo en 1601 para despejar la ciudad de malhechores [33] .

Las prensas barcelonesas se prodigaron en la publicación de otros pliegos, en catalán y en castellano, que merecerían cierta consideración respecto al Quijote. Me refiero a los que se refieren a los bandoleros perseguidos por la Santa Hermandad, caso de los editados en 1605, 1606 y 1616, donde se les identifica también como ladrones, lejos de la perspectiva idealizada desde la que los contempló Cervantes en torno a esas fechas [34] .

El amplísimo catálogo de pliegos sueltos publicados en Barcelona ofrece sin duda un rico panorama sobre temas relacionados con el Quijote y la España de su tiempo [35] . Un curioso ejemplo es el titulado «Contiendas entre un aficionado de Cathaluña y otro apasionado por Castilla compuesto por el mismo Autor» (Barcelona, Gabriel Nogués, 1643), donde hay un diálogo, en cierto modo alegórico, que expresa la tensión entre un catalán dolido por las injusticias que achaca a Castilla y un castellano inflexible a sus ruegos [36] .

Y otro tanto podemos decir, respecto a la Barcelona festiva y la utilización de carros alegóricos a mediados del siglo XVII, del «Romance del Burlador Burlot de Campaña fabricado y destruido en la Rambla, día de la Natividad de Nuestra Señora. Año 1642. Compuesto por un grande Amigo del Maestro que lo fabricó» [37] . En

él, se describe un carro de fuego elaborado por Jayme de Font, que se lanzó en plena Rambla ante los consejeros de la Generalidad y seis mil personas. Representaba los siete pecados capitales y las siete virtudes. Le prendieron fuego a la altura de la Boquería, ocasionando que alcanzara a algunos de los que lo llevaban, que saltaron asustados. Ello supuso, a juicio del autor, que los burladores del «burlot de Campaña» salieran burlados, invitando con ello, no obstante, a futuras burlas.

Esos y otros pliegos del siglo XVII, que pudiéramos tomar en consideración, son sin duda documentos de primera mano a la hora de entender los temas que nutrieron las obras literarias del Siglo de Oro y, en particular, la de un autor que leía hasta los papeles rotos de las calles [38] . Ellos son una prueba evidente del trasfondo de una ciudad como Barcelona que Cervantes reflejó de forma selectiva para ubicarla en calidad de último reducto caballeresco, pero destacando de ella solamente lo que convenía al dibujo de las últimas andanzas de don Quijote y Sancho.

■

[1] Anna Bognolo, La fizione rinnovata. Merabiglioso, corte e aventura nel romanzo cavalleresco del primo Cinquecento spagnuolo , Universidad de Alcalá-Universidad de Pisa, Biblioteca de Studi Ispanici, 1998; y José Manuel Lucía Megías, Libros de caballerías en las Bibliotecas Públicas de París , cit., que recoge impresos entre 1507 y 1607 publicados en España, Italia, Países Bajos y Portugal, siendo Sevilla el lugar con más impresiones. Hay bastantes de ellos en Zaragoza y menos en Barcelona.

[2] Véase Carlos Alvar y José Manuel Lucía Megías, «Los libros de caballerías en la época de Felipe II», Silva Studia philologica in honorem Isaias Lerner , coord. por Isabel Lozano-Renieblas y Juan Carlos Mercado, Madrid, Castalia, 2001, págs. 25-36, quienes opinan que la situación política y el cambio de estética favorecerían más otros géneros como el pastoril o la picaresca.

[3] Aurora Egido, «De islas y buen gobierno…», cit.

[4] Reeditado en Zaragoza, Miguel de Guesa, 1562; Zaragoza, Juan Soler, 1579; y Zaragoza, Juan de Lanaja, 1617.

[5] Juan Manuel Sánchez, opus cit., vol. II, nn. 578 y 579. Y véase en particular Daniel Eisenberg y María del Carmen Marín, Bibliografía de los libros de caballerías castellanos , Zaragoza, Prensas Universitarias de Zaragoza, 2000.

[6] La obra (Zaragoza, Jusepe de Altaraque, 1602) forma parte de la serie de traducciones y adaptaciones de textos, generalmente franceses, que tuvieron un gran éxito desde el siglo XVI al XIX y que también incluyeron las aleluyas. Véase Manuel Jiménez Catalán, Ensayo de una tipografia zaragozana del siglo xvii , Zaragoza, Tipografía La Académica, 1925.

[7] Aurora Egido, «La Nobleza virtuosa de la Condesa de Aranda, doña Luisa María de Padilla, amiga de Gracián», AFA, LIV-V, 1998, págs. 9-41 y supra, pág. 48.

[8] Aparte habría que contar con las continuaciones manuscritas del Espejo de príncipes y caballeros. A lo aportado por Daniel Eisenberg y María del Carmen Marín, opus cit ., núm. 1732, habría que contar con dos nuevas continuaciones, también manuscritas, localizadas por el jurista Juan Cano López y que se pueden fechar entre 1637 y 1640, lo que prueba la pervivencia del gusto por los libros de caballerías. Véase al respecto Rafael Ramos, «Dos nuevas continuaciones para el Espejo de príncipes y caballeros », Historias fingidas , 4, 2016, págs. 41-95.

[9] Aurora Egido, La poesía aragonesa del siglo xvii y el culteranismo , cit., 1972, vol. II, y La poesía aragonesa del siglo xvii . Raíces culteranas , Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 1979.

[10] Manuel Jiménez Catalán, La imprenta en Lérida, Ensayo bibliográfico (1479- 1917) , Lérida, Universitat de Lleida, 1997. Y véase Francisco Gilabert, Discurso sobre las obligaciones de los que representan el coraçon de Cataluña , Lérida, Luys Manescal, 1616; y el Discurso sobre la fuente de la verdadera nobleza… dirigido al braço de la militar del Principado de Cataluña , con otros dos discursos más sobre los brazos de Cataluña.

[11] Véase la edición facsímil de la História de París i Viana , con los estudios de Pedro Cátedra y Modest Prats, Girona, Diputació de Girona, 1986, donde se describe un torneo.

[12] Mariano Aguiló y Fuster, Catálogo de Obras en lengua catalana impresas desde 1474 hasta 1860 , Madrid, Sucesores de Ribadeneira, 1923.

[13] «Carta de Ioan Vives a Sebastia Amat, en resposta de una altra, en la qual li dona raho de la Solemne Professio ques feu lo Dijous a 24 de Mayg, de Aquest Any 1601. Del Glorios San Ramon de Penyafort», Barcelona, Jaume Cendrat, 1601 (cf. Mariano Aguiló y Fuster, opus cit. , núms. 2515-2517 y 2520-2521).

[14] Relacio breu, verdadera, y molt gustosa de les famoses festes, balls, saraus, mascares, capuchades, farses y entremesos y altres coses de folga y entreteniment que se acostumen fer en la noble Ciutat de Barcelona en lo temps de Carnestoltes, juntament ab una descriptio del carrer de la Palla, y de la varietat de viandes y menjar delicats. Composta ab rima de Iaume Roig per Miquel Rives natural

de Granollers , Barcelona, Esteva Libreros, 1616 (cf. Mariano Aguiló, opus cit ., núm. 2522).

[15] Mariano Aguiló, opus cit, núm. 2856.

[16] El cartel, localizado en la Biblioteca de la Real Academia Española, sig. FA 585, emplazaba a un duelo en El Toboso el 29 de octubre de 1641 e iba firmado por el Caballero de la Triste Figura.

[17] Sancho entrará continuamente en el juego de los jayanes. En DQ II, VIII, pág. 754, don Quijote le dice: «Hemos de matar en los gigantes a la soberbia». Más adelante, a la pregunta de Sancho sobre qué es más «¿resucitar a un muerto o matar a un gigante?», el hidalgo manchego contestará que «más es resucitar a un muerto» (DQ II, VIII, pág. 756). Además del pecado de soberbia, don Quijote habla también de las doncellas forzadas por algún gigante.

[18] Nieves Pena Sueiro , Repertorio de Relaciones de sucesos españolas en prensa impresas en pliegos sueltos en la Biblioteca Universitaria de Coimbra (siglos xvi - xviii Madrid, FUE, 2005, pág. 21.

[19] Augustin Redondo, «Le bandit à travers les pliegos sueltos de XVI E et XVII E siècles », Le bandit et son image au siècle d'Or , Madrid-París, Casa de Velázquez- Publications de la Sorbonne, 1991, págs. 123-138.

[20] Maite Iraceburu Jiménez, Estudio pragmadiscursivo de las relaciones de sucesos (siglo xvii , La Coruña, SIEALE, 2018, págs. 56 y ss., y págs. 69 y ss., ofrece un estado de la cuestión y señala los

porcentajes respecto a su contenido, señalando un 24% en las militares, un 37% en las extraordinarias, un 22% en las religiosas y un 17% en las festivas. Su estudio no trae apenas relaciones anteriores a 1615, aunque sí ofrece la Relacion breve y compendiosa la qual narra las presentes que se han hecho en Barcelona… 1601… en honra del Catalan Barcelones San Raymundo de Peñafort , Barcelona, Gabriel Graells y Giraldo Dotil junto a S. Miquel, 1601 (ibíd. , pág. 739).

[21] Véase Comunicación y propaganda en el Barroco , Roger Chartier y Carmen Espejo, eds., Madrid, Marcial Pons, 2012; Henry Ettinghausen , How the Press Began. The Pre-Periodical Printed News in Early Modern Europe, A Coruña, Universidade de A Coruña, 2015; y N. Pena Sueiro y Sagrario López Poza, Catálogo y biblio teca digital de las relaciones de sucesos, Janus. Revista digital , 2014.

[22] Henry Ettinghausen, «Barcelona, un centro mediático a principios del siglo XVII », Cervantes, el «Quijote» y Barcelona , ed. de Carme Riera y Guillermo Serés, Barcelona, Fundació Caixa Catalunya, 2007, págs. 149-166. Y véase, del mismo Ettinghausen, la edición de Noticies del segle xvii : La prensa a Barcelona entre 1612 i 1628, Barcelona, Ajuntament de Barcelona, 2000, que las reprodujo en facsímil.

[23] Henry Ettinghausen, «De la noticia a la prensa (San Raimundo de Peñafort, Barcelona, 1601)», AISO. Actas V , 1999, págs. 409-502, en línea.

[24] Diccionario de pliegos sueltos poéticos (siglo xvi), Madrid, Castalia, 1970, pág. 567, núm. 1040. Y véanse los núms. 907 y ss. y 990.

[25] Víctor Infantes, «La educación, el libro y la lectura», Historia de España. La cultura del Renacimiento. 1480-1580 , Madrid, Espasa-Calpe, 1999, vol. XXI, cap. I.

[26] Antonio Rodríguez Moñino, Diccionario de pliegos sueltos poéticos (siglo xvi , Valencia, Castalia, 1970, pág. 18.

[27] Véase la descripción en el magnífico catálogo de Montserrat Lamarca, La impremta a Barcelona, Barcelona, Generalitat de Catalunya, 2015, núm. 1015, pág. 1132. La autora ofrece numerosos pliegos publicados en la ciudad sobre temas cercanos al Quijote que merecerían consideración amplia.

[28] «Un episodio intercalado: el morisco Rico y su hija Ana Félix (Don Quijote II, 54 y 63-66)», « ¡Bon compaño, jura Di!»: el encuentro de moros, judíos y cristianos en la obra cervantina, ed. de Caroline Schmauser y Monika Walter, Madrid, Iberoamericana Vervuert, 1998, págs. 63-70.

[29] Pliegos sueltos del siglo xvi de la Biblioteca de Cataluña , Carlos Romero de Lecea, dir., con introducción de J. M. Blecua, Madrid, Joyas Bibliográficas 1976, núm. XXXIX.

[30] Y véase otro pliego de Rafael Nogués «Descripción de las famosas fiestas que la insigne Ciudad de Barcelona se han hecho en la presencia de la Magestad de Filipo, Tercero de los Reynos de la Corona de Aragón, y Quarto en los demás de su dilatada Monarquía», en María Cruz García de Enterría, Catálogo de pliegos sueltos poéticos de la Biblioteca Nacional. Siglo XVII, Madrid, BNE-Universidad de Alcalá, 1998, núm. 652.

[31] BNE R/1266. Barcelona, Esteban Liberós y Jerónima Biosca, 1616. El título se refiere a que la orden de expulsión la dio el duque de Alburquerque.

[32] Barcelona, Llorens Deu, 1616 (Biblioteca de Cataluña, I, 201). Y véase infra .

[33] Véase infra, pág. 110.

[34] «Sancta Unio, o sancta Hermandat, formada per les Concellers, y Concell de la Ciutat de Vich, sobre la expulsio y captura de bandolers, lladres y altres malfactors… a 25 Setembre, 1605» (Barcelona, Joan Amella, 1605); y Frexano, «Relación verdadera de la Sancta Unión fermada en esta noble ciudad de Barcelona contra suerte de gente de mala vida», Barcelona, Gabriel Graells y Girardo Dotil, 1606 ; y Francisco López, «Relación verdadera de la famosa y memorable expulsión de ladrones y bandoleros… con… dos cabos de quadrilla muy nombrados Tallahierro y Trucafuerte, con otros bandoleros… que en quatro días han perecido muertos… este presente Año de 1616», Barcelona, Esteban Liberos, s. a. Y véase supra .

[35] Véanse los aportados por Montserrat Lamarca, opus cit .

[36] He consultado el ejemplar de la BNE VET/174/19.

[37] Véase el ejemplar de la BNE VET/174/5 y 6.

[38] Véase, a propósito de los pliegos sueltos, a José Joaquín Núñez, Jardines son laberintos o el gran mártir de Molina , estudio de Aurora Egido, edición de Luis Sánchez Laílla y José Enrique Laplana, Guadalajara, Diputación de Guadalajara, 2019.

CAPÍTULO 5

Cambio de destino

La segunda parte del Quijote se inicia con las noticias o nuevas venidas de la corte sobre la armada del turco y las costas de Nápoles, Sicilia y Malta, que el hidalgo manchego engarza con la defensa de los Santos Lugares; asunto muy vinculado a las novelas de caballerías, y, en el caso de Malta, a su propia genealogía, como ya vimos [1] . El hecho no deja de ser significativo por la mirada que todo ello supone hacia el Mediterráneo y el desarrollo de esa nueva salida del hidalgo manchego. En ese capítulo, él es además consciente de la decadencia de los caballeros «que agora se usan», más proclives a vestir damascos y brocados que a entrar en la lucha (DQ II, I, pág. 690), lo que permite situar sus pensamientos en una perspectiva acorde con la verdad histórica y no con la fantasía.

Si añadimos que todo ello va unido a la cuestión aristotélica, resucitada, entre otros, por Alonso López Pinciano en su Philosofía Antigua Poética (Madrid, Thomas Iunti, 1596), acerca de la distinción entre historia y poesía, entenderemos mejor el cambio sustancial que ofrece el Quijote de 1615 respecto al de 1605, cuando don Quijote decide ir al reino de Aragón y a la ciudad de Zaragoza para asistir a las solemnísimas justas por la fiesta de san Jorge. Porque, en este caso, se trataba de una aventura basada, según hemos visto, en la realidad de su tiempo y que se sustentaba en la fama alcanzada históricamente por los caballeros aragoneses [2] .

Como ya señalamos, Enrique Cock hizo en marzo de 1585 una relación de la estancia de Felipe II en Zaragoza, dando todo lujo de detalles sobre su recibimiento con cadalsos en el Coso, así como sobre los fuegos y hachas encendidas en la Torre Nueva. Pero se detuvo particularmente en la celebración de un juego de cañas con cuarenta y ocho caballeros vestidos a la morisca, repartidos en cuatro cuadrillas y acompañados por más de seiscientos oficiales, junto a otros caballeros y sus pajes. El festejo duró hasta la

medianoche entre sonidos de atabales y trompetas, con la suelta final de un toro con fuego en los cuernos. Al evento, acudieron toda la nobleza y la alta jerarquía de España [3] .

José Ignacio Martín Zorraquino ha aportado numerosa información sobre ese torneo, que mostró, pese a las diferencias en lo político, evidentes similitudes con otro celebrado en 1630, según la relación de Antonio Hurtado de Mendoza [4] . Los torneos celebrados en la plaza del Mercado y en el paseo del Ebro o los juegos de cañas en la plaza del Pilar ofrecen sin duda, en el primero de ellos, un precedente de la aspiración de don Quijote en su afán por ir a Zaragoza. A su vez, el torneo de 1630 ampliaría posteriormente cuanto había supuesto la relación de Cervantes con los Argensola y el duque de Lemos en 1610, pero sobre todo con el «clérigo en armas» Bartolomé Leonardo [5] .

Los ecos de la celebración de 1585, sobre la que tenemos cumplida noticia de la espectacularidad de su desarrollo, bien pudieron servir como acicate a Cervantes, entre otros motivos ya aludidos, para su primera idea de llevar a don Quijote a Zaragoza, aunque luego la aparición del apócrifo le obligara a cambiar definitivamente ese destino. No deja de ser curioso que, de esos festejos zaragozanos, Cock no solo dio cuenta de los aventureros que rompieron lanzas, así como de los justadores que obtuvieron premios y medallas, sino de la folla con la que acabó un festejo en el que no faltó el sarao final en palacio hasta la media noche. Al igual que ocurriría con la estancia barcelonesa de don Quijote en casa de don Antonio Moreno, ese recibimiento palaciego zaragozano tuvo también un sarao en el que los jueces de la justa dieron cuenta de los premios y en el que «el duque y el príncipe con las infantas bailando dieron fin a las fiestas de este día» [6] .

Los muchos festejos caballerescos y de todo tipo que hubo en esa ocasión hacen pensar en la posibilidad de que Cervantes, conocedor además de la existencia de la Cofradía de San Jorge, tuviera noticia de esa visita de Felipe II a Zaragoza en 1585, llena de celebraciones caballerescas, corridas de toros y saraos en los que se premiaba a los vencedores de los torneos con libritos de oro, rubíes y diamantes, que luego entregaban a sus damas [7] .

Que todo ello pudiera haber influido en el destino zaragozano de

don Quijote al final de la primera parte no quita sin embargo que Cervantes trasladase una parte de cuanto hubiera conocido sobre ese evento zaragozano a la ciudad de Barcelona, adaptándolo a formas que lo alejaran de cuanto Avellaneda había trazado sobre la visita de don Quijote a la ciudad del Ebro.

Los razonamientos del don Quijote cervantino sobre la caballería al principio de la segunda parte no dejan de sorprender en ese punto relacionado con las exigencias caballerescas. Un asunto, este, sobre el que más adelante desarrolla el tema del bivio heraclida, refiriéndose a la «estrechísima» y «angosta senda de la caballería andante» (DQ II, XVIII, pág. 851 y XXXII, pág. 972) partiendo de una idea anterior sobre las cuatro suertes de linajes que existen en el mundo (DQ II, VI, págs. 736-737). Él sabía además que, en el rango de la caballería, había muchos grados cuando dice que no son caballeros todos los que se llaman así, aunque lo parezcan, pues unos son de oro y otros de alquimia, añadiendo:

Hombres bajos hay que revientan por parecer caballeros, y caballeros altos hay que parece que aposta mueren por parecer hombres bajos: aquellos se levantan o con la ambición o con la virtud; estos se abajan o con la flojedad o con el vicio; y es menester aprovecharnos del conocimiento discreto para distinguir estas dos maneras de caballeros, tan parecidos en los nombres y tan distantes en las acciones (DQ II,VI, pág. 735).

En semejante tesitura, al caballero pobre no le quedaba otro camino, para demostrar que lo era, sino el de la virtud. Se trataba de un asunto crucial, que desarrolló Cervantes por extenso antes de que don Quijote se lanzase de nuevo a la ventura. Ello enlazaba además con las «asperezas» por las que, según Garcilaso, se llegaba a la inmortalidad [8] .

En esa doble vía abierta en la segunda parte, se bifurcan dos caminos: el de las armas y el de las letras, que enfrentan a don Quijote con un arte de elegir, que él convierte en inclinación natural (ibíd., pág. 737). Sancho tratará, a su vez, de ampliar el

bivio para alcanzar la fama a través de un tercer camino, que no era otro que el de la santidad, cuando le dice a su amo «que nos demos a ser santos», a ser frailecitos. Don Quijote le responderá, sin embargo: «religión es la caballería, caballeros santos hay en la gloria» (ibíd., pág. 757), cerrando así el círculo espiritual en el que se movían las órdenes caballerescas y en el que él solo entró de soslayo [9] .

Por otro lado, y dejando aparte las referencias a otras órdenes religiosas como la de san Bernardo, cabe recordar que, en el discurso sobre la Edad Dorada (DQ I, XI), don Quijote afirmó ante los cabreros que esa era la orden a la que él pertenecía, aunque en sus ensoñaciones literarias no se olvidara de la famosa Orden de los Caballeros de la Tabla Redonda (DQ I, XIII y XVII). La vida pastoril conformaba en realidad una amplísima e inusitada cofradía de afectos a la égloga, a la que don Quijote se unió espiritualmente hasta el final de sus días, al igual que lo hicieron muchos otros lectores de su tiempo.

El tema nodular de la «verdad literaria», que ya estuvo presente en la novela artúrica bajo especies de espiritualidad, se ampliará en la segunda parte [10] . Así ocurre cuando el Caballero del Verde Gabán le dice a don Quijote que las altas y verdaderas caballerías se habían puesto en olvido, y este le responde que habría mucho que decir «en razón de si son fingidas o no las historias de los andantes caballeros» (DQ II, XVI, pág. 822). Se trataba de un asunto entreverado con lo que dice el «autor de esta verdadera historia» al alegar que esta requería «hipérboles sobre todos los hipérboles», poniendo el énfasis en la cuestión de lo inefable heroico [11] .

Comprobamos así que la impostación fabulosa no era un asunto ligado únicamente a las novelas de caballerías, sino a las crónicas y a la historia propiamente dicha. Claro que la fábula también aparecía como un modus vivendi de la nobleza ociosa, que la buscaba por entretenimiento, como ocurre a partir del capítulo XXX de la segunda parte en la casa de placer o castillo de los duques aragoneses, amigos de impostaciones, mentiras y disfraces [12] .

Ello alcanzó al propio don Quijote, disfrazado bajo los visajes con los que los caballeros asistían a los festejos públicos en la época de Cervantes, llevando un manto escarlata, montera de raso verde y un

tahalí con su espada (DQ II, XXXI, pág. 966). Semejante impostación cortesana en la vestimenta suponía un duro revés para quien había distinguido, en el capítulo VI de la segunda parte, entre los caballeros cortesanos que, sin salir de sus aposentos, se paseaban por todo el mundo mirando un mapa, y los caballeros andantes verdaderos, que, a pie o a caballo, estaban sujetos al sol y al frío.

Ese episodio tal vez deba incardinarse en el contexto de las consecuencias que tuvo para algunos miembros de la aristocracia aragonesa su intervención en las referidas Alteraciones de Aragón, siendo condenados don Fernando de Gurrea y Aragón (1546-1592), V duque de Villahermosa, y don Luis Ximénez de Urrea (1562-1592), conde de Aranda, que había acogido al Justicia de Aragón Juan de Lanuza en Épila; razón por la que, junto a la de haber apoyado a Antonio Pérez, serían apresados y llevados a Castilla, donde fallecieron [13] . El profesor Lasheras, a propósito del amplio conocimiento que Cervantes tuvo de Aragón, aportó además un curioso dato sobre la relación que tuvo su sobrina Constanza de Ovando durante cuatro años con don Pedro de Lanuza, hermano de don Juan de Lanuza [14] .

La participación de Lupercio Leonardo de Argensola, que influyó en el conde de Aranda, y de su hermano Bartolomé en dichas Alteraciones no debe ser desestimada al respecto, pues presenta varios interrogantes sobre su participación en ella, dividida entre su fidelidad al monarca y sus raíces aragonesas [15] . Ambos tuvieron, como se sabe, cargos relevantes en Aragón y en Madrid, donde se relacionaron con Cervantes y otros autores, además de con el duque de Osuna y el conde de Lemos. Este sería relevante, como sabemos, en la vida del autor del Quijote y en su visita a Barcelona en 1610, cuando aspiró inútilmente a que se lo llevara a Nápoles.

Como indicó Ricardo del Arco, ya Pellicer identificó la estancia en el castillo de los duques aragoneses con el palacio de Buenavía, edificado por don Juan de Aragón, primo de Fernando el Católico, en las inmediaciones de la villa de Pedrola. Pero más allá de la compleja relación entre literatura e historia, lo cierto es que Cervantes parecía tener cumplida noticia de algunos rasgos propios de esa tierra que se hicieron tópicos [16] . Así parecen confirmarlo las palabras del paje de la duquesa cuando afirma que su señora es

como las principales de Aragón, que «no son tan levantadas como las señoras castellanas; con más llaneza hablan a las gentes» (DQ II, L, pág. 1137).

Don Quijote, al mezclar en el castillo ducal, donde todo es diversión y teatro, a Roldán y los Doce Pares de Francia con Hércules y Anteón o a Elena con la Cava, desarrolló una fantasiosa ucronía, que reflejaba sin duda la de un imaginario colectivo poco ilustrado en materias históricas, literarias y épicas (DQ II, XXXII, págs. 982-983) [17] . En ese mismo palacio (DQ II, XXXIV), la montería aparecerá como sustituto de la guerra y las batallas ecuestres en campo abierto se transformarán en la fantasía cortesana de un caballo de madera como Clavileño. Pero será Sancho quien pronto desmontará curiosamente las falacias de los duques resucitando los verdaderos códigos morales y jurídicos que debían regir en el gobierno de las ínsulas, lejos de los encantamientos deus ex machina evocados y provocados por los duques [18] .

Posteriormente, en los episodios de don Quijote en Barcelona, aparte de lo ya dicho, conviene recordar que el torneo tenía una larga tradición vinculada a la mencionada Cofradía de San Jorge, nacida en 1565 y que siguió en buena parte la pauta marcada por Ramón Llull en su Llibre del Ordre de Cavayleria; una obra que tanta impronta tendría en la internacional caballeresca y en tierras de Mallorca y Nápoles [19] . Sus raíces eran sin embargo muy anteriores, como ya vimos, pues la Ordre dels Cavallers de Sant Jordi o de Alfama había sido creada en 1371 [20] .

La Confraria de Sant Jordi, de la Diputación de Barcelona, adoptó el modelo caballeresco de Llull en punto a los aspectos militares y a cuanto se refería a la protección de huérfanos y desamparados, así como a la lucha contra traidores, ladrones y enemigos de la Iglesia, atacando con la lanza derecha [21] . Pero los cofrades barceloneses de mediados del siglo XVI ya no perseguían el heroísmo bélico, sino «el cortès exercici de les armes entre un estament social», semejante al de los caballeros y peregrinos que iban a Galicia a cumplir un voto, como señaló Agustí Durán i Sanpere [22] .

Lejos quedaban los tiempos de duelos y justas en los tres siglos anteriores celebrados con motivo de las citadas entradas reales, o los juegos de armas en Barcelona, como aquel de 1392 al que

acudió el marqués de Villena [23] . Y lo mismo si recordamos el torneo de 1424, a la llegada del rey Alfonso el Magnánimo desde Nápoles, donde se lucieron los caballeros en la plaza del Born. Sin olvidar las fiestas de la Cofradía de San Jorge, a las que en 1565 acudió don Diego Hurtado de Mendoza como aventurero de un torneo en el que los contendientes se bautizaron con nombres imitados de las novelas de caballerías [24] .

Ya Fernando II de Aragón había aparecido en Barcelona como príncipe, participando, en 1481, con nobles castellanos, catalanes y aragoneses en juegos de armas y cañas, al igual que ocurrió después en la época de Carlos V. Cabe recordar las que organizó el marqués de Astorga en 1533, con gran despliegue de medios e impronta castellana en las celebraciones barcelonesas. Algo que también se había dado en la llegada del duque de Alba en 1542 y en las paradas militares de 1555, que fueron preparando la creación de la Cofradía de San Jorge diez años más tarde, constituida «sots invocació del gloriós cavaller i màrtir de Jesuchrist sanct Jordi, patrò de tota la Corona d'Aragó» [25] .

Las celebraciones barcelonesas alcanzaban particular relieve cuando se hacían por las entradas reales o de la nobleza, caso de la del duque de Osuna en 1587. En ellas, cabían también torneos marítimos desde los barcos, como el que se llevó a cabo ese año delante de las Dársenas, pues dicha cofradía tenía muy presentes los ataques sufridos en la lucha contra el infiel [26] . Algo que, por cierto, también cultivaron a su modo las cofradías de Gerona, Lérida, Perpiñán, Valencia, Zaragoza y Sevilla, entre otras.

Su creación surgió a impulsos históricos y morales puestos al servicio del bien común y de la defensa de la Corona de Aragón, que adoptó, según vimos, al caballero y mártir san Jorge como su patrón, celebrando anualmente justas y torneos de a pie y a caballo. El hecho de que los cofrades debieran haber cumplido un mínimo de 17 años y no pudieran sobrepasar los 50 no deja de ser un dato interesante cara a la llegada a Barcelona del vetusto caballero don Quijote de la Mancha [27] .

En ese sentido, conviene puntualizar también que los caballeros aragoneses de la Cofradía de San Jorge estaban obligados a justar hasta los 45, lo que redunda igualmente en la anomalía del

caballero manchego cuando pretendió correr la sortija en Zaragoza con algunos años más [28] . Esta, como dijo Covarrubias en su Tesoro, consistía en «Un juego de gente militar que corriendo a caballo apuntan con la lança a una sortija que está dispuesta a cierta distancia de la carrera».

Atendiendo además a los apellidos de quienes conformaron el historial de la barcelonesa Cofradía de San Jorge, ni el hidalgo manchego ni don Antonio Moreno tenían algo en común con los Agulló, Bosch, Cardona, Eril, Ferrán o Palau, junto a una treintena de linajes catalanes que la configuraron en los primeros años de su creación [29] . Tampoco lo tendrían con quienes justaron en 1601 con motivo de la canonización de san Raimundo de Peñafort, como veremos más adelante. Además, los procesos de naturalización en Cataluña no eran fáciles de llevar a cabo por quienes no habían nacido allí, aunque en 1552 ya se considerarían naturales los que pagaban «les fogatges» [30] .

En cualquier caso, Cervantes era muy consciente del historial genealógico de las familias nobles a la hora de situar, en la primera parte del Quijote, el inusitado linaje de Dulcinea fabricado por su protagonista, sin que faltaran al reclamo los apellidos vinculados a la Corona de Aragón:

No es de los antiguos Curcios, Gayos y Cipiones romanos, ni de los modernos Colonas y Ursinos, ni de los Moncadas y Requesenes de Cataluña, ni menos de los Rebellas y Villanovas de Valencia, Palafoxes, Nuzas, Rocabertis, Corellas, Lunas, Alagones, Urreas, Foces y Gurreas de Aragón, Cerdas, Manriques, Mendozas y Guzmanes de Castilla, Alencastros, Pallas y Meneses de Portugal; pero es de los del Toboso de la Mancha, linaje, aunque moderno, tal, que puede dar generoso principio a las más ilustres familias de los venideros siglos (DQ I, XIII, pág. 155).

Como ya señalamos, para entender el viaje de don Quijote a Barcelona cabe considerar también la obra ya aludida de Francisco Gilabert Discursos sobre la calidad del Principado de Cataluña,

inclinación de sus habitantes y gobierno, publicada en 1616, donde aplicó la teoría de los humores a las diferencias de sus reinos, desarrollada por Huarte de San Juan en su Examen de ingenios, obra bien conocida por Cervantes [31] . En ella, Gilabert no se olvidó de elogiar sus virtudes ni su tendencia a la venganza, así como de ligar, en el discurso tercero, las bandosidades a los «apellidos de ñiarros y cadells». Tierra de hombres fuertes, animosos y valientes, los catalanes nacidos en ella eran, a su juicio, celosos de su reputación y de su honra [32] .

Aunque lo más interesante aparece en el discurso cuarto, donde Gilabert considera que el cuerpo del principado tenía como cabeza al rey y por corazón a los diputados, siendo sus huesos y nervios la nobleza. A su juicio, para alimentar y conservar el cuerpo de la república, se crearon las ciudades y villas como si fueran su estómago, siendo el hígado los conselleres, sus «paheres» o jueces, que iban vestidos de rojo porque llevaban sobre sus hombros la sangre del pueblo [33] . Respecto al estado eclesiástico, el discurso quinto de Gilabert lo situaba en el brazo derecho, concediendo a la aristocracia el izquierdo.

La extrañedad de don Quijote en el episodio barcelonés (por decirlo con un término que aparece en «Las cosas de menos pruebas» de Juan Boscán) venía dada no solo por su origen y por su locura, sino por sus visajes obsoletos de caballero errante, viejo y pobre. Estos eran la antítesis de los que lucían quienes controlaban cuanto acontecía en la ciudad, incluso en las celebraciones festivas que imitaban o parodiaban los libros de caballerías convirtiéndolas en espectáculo o en burla discreta, como hace el caballero moderno don Antonio Moreno [34] .

Aparte habría que tener en cuenta un género como el de los poemas caballerescos, que describían en miles de versos las hazañas épicas llevándolas hasta la exageración más extremada, como veremos a propósito de Rey de Artieda. Ellas no solo potenciaban su irrealidad sino la parodia inherente a la desmesura. Pensemos en obras del siglo XVI como el Pironiso de Martín Caro del Rincón, el Celidón de Iberia de Gonzalo Gómez de Luque o el Florando de Castilla de Jerónimo de Huerta [35] . Escritas a la zaga del Orlando de Ariosto y de otros géneros como el pastoril o la novela cortesana, ofrecían al

lector un mundo fantástico y ficticio que sin duda influiría en la poesía de los certámenes y en los festejos que trataban de reproducir su ambiente caballeresco [36] . El Quijote fue, en ese sentido, todo un alegato en clave burlesca contra ese tipo de obras hiperbólicas sobre el heroísmo.

Por todo ello, cuando hablamos de que el Quijote rompió el código caballeresco o más aún, que lo mostró inefectivo, quizás partimos de una perspectiva posterior a un tiempo en el que este ya se había convertido desde antiguo en asunto tan festivo como ficticio, pues las justas y torneos medievales habían sido en sí mismos un auténtico espectáculo parateatral, según ya hemos dicho, llegando en ocasiones a convertirse en motivo de burlas [37] .

Lo cierto es que, aunque hubiera algún torneo con estafermo en Barcelona con posterioridad al Quijote, como el celebrado a la llegada de la reina de Hungría en 1630, la fiesta caballeresca se había fundido anteriormente con el certamen poético en la celebración de la referida canonización de san Raimundo de Peñafort (1601), en la beatificación de santa Teresa (1614) y en la exaltación de la Inmaculada Concepción (1619).

Aparte habría que considerar su celebración ocasional en el marco de un reducto lúdico y familiar, como ocurrió en 1603 con la que organizaron las familias de los Boixadors y Benavent, y que ofreció algunos puntos en común con el futuro sarao de damas al que asistió don Quijote en casa de don Antonio Moreno a la diez de la noche, terminando «molido y quebrantado de tan bailador ejercicio» (DQ II, LXII, pág. 1242). Aquel lo presidió la condesa de Benavent, acompañada de otras damas que parecían remedar a su vez la fantasía de Antonio de Lofraso en Los diez libros de Fortuna de amor (Barcelona, Pedro Mateo, 1573) [38] . No en vano, este había ofrecido en su libro séptimo un «triumpho en alabança de cincuenta damas de Barcelona» [39] .

La obra de este poeta sardo, en la que aparece un pastor llamado Dulcineo y una pastora llamada Dulcina, no faltó, como es bien sabido, en la biblioteca de don Quijote (DQ I, VI, pág. 92), salvándose en el escrutinio como uno de los mejores libros del mundo, a juicio del cura, y siendo una prueba de cómo los hechos del hidalgo manchego eran deudores de muchas más obras que las

caballerescas. La vinculación de esta novela pastoril y cortesana con Barcelona no deja de mostrar algún paralelo con la obra cervantina, donde la bucólica aparece antes y después de la estancia del caballero manchego y de Sancho en esa ciudad. Cervantes dio además cuenta de Lofraso en el entremés de El vizcaíno fingido (donde los músicos recitan un romance en el que la obra aparece junto a la Diana y varios libros de caballerías).

Y no se olvidó de él en el Quijote, pues, entre las obras que se salvaron del escrutinio, estaba la de Los diez libros de Fortuna de amor del «poeta sardo» Antonio de Lofraso. El barbero lo consideró el mejor entre los de su género y tan gracioso y disparatado, que «el que no le ha leído puede hacer cuenta que no ha leído jamás cosa de gusto» (DQ I, VI, págs. 92-93).

La Fortuna de amor, ya desde el título completo de su primera edición, mostraba «una invención de justas Reales y tres triumphos» que bien pudieron inspirar a Cervantes [40] . Lofraso dio rienda suelta en ella a la hora de constatar los festejos de caballeros y damas bajo disfraces pastoriles, incluyendo «La Historia de don Floricio, y de la hermosa pastora Argentina. Con una invención de justas reales de cincuenta cavalleros de Barcelona» en el libro octavo (pág. 243).

La obra exaltaba además la figura del esforzado caballero Floricio, «catalano / cavallero en armas belicoso», que vivía en un castillo dedicado a la caza, resistiendo contra «Moros y Luteranos» [41] . Entre sus referencias a los torneos caballerescos que se celebraban en Barcelona, Lofraso no se olvidó de la mencionada plaza del Born, grande y espaciosa, con su tela de madera para justar en medio de ella, ni de los estandartes vinculados al evento, con letreros en catalán y en castellano [42] .

Las descripciones de todo ello ofrecen sin duda muchos elementos que no solo provenían de la imaginativa del autor, sino de la realidad [43] . A ese respecto, cabe decir que la disposición de las damas en la plaza, los carros alegóricos, la montaña artificiosa, los niños disfrazados de ninfas con telillas de oro y plata, pelucas rubias y guirnaldas de flores, que aparecen en la Fortuna de Amor, no son muy distintos de los que, como luego veremos, Jaime Rebullosa describió en 1601 por las fiestas a la canonización de san Raimundo de Peñafort. En la obra de Lofraso primaron sin embargo

los símbolos amorosos y las imágenes clásicas, como la de las Parcas acompañando un triunfo sobre la muerte [44] .

En una carta inserta en la obra, Lofraso describió las fiestas barcelonesas y la gran presencia de damas con coches que acudían a ellas [45] . Estas hacían de jueces, premiando las invenciones y empresas de los justadores; cosa que, por otra parte, también se hacía en otras justas del resto de España. La entrada del mantenedor con doce negros, que iban tañendo los atabales a caballo vestidos de librea, seguidos de otros doce trompetas, también a caballo, y una compañía de cien jinetes y pistoleros con cimera de plumas, parecen anunciar las mencionadas fiestas por san Raimundo [46] . Hasta el ave fénix, tan vinculada a la emblemática y a las novelas de caballerías, apareció igualmente en esas justas, que duraron tres días para gloria de los ricos caballeros barceloneses y de los señores de Estado, quienes, en cualquier caso, no hubieran consentido que alguien como don Quijote y Sancho hicieran siquiera en ellas de criados.

No deja de ser curioso al respecto el pliego rescatado por María Roca, al hilo de las diferencias expresadas por Cervantes en el Quijote y en el Viaje del Parnaso sobre el autor sardo, y que ofrece la «Relacion verdadera de la santa Union» (Barcelona, Gabriel Graells y Giraldo Dolti, 1606) [47] . Compuesta posiblemente por Antonio de Lofraso, aunque estuviera firmada por el pastor Frexano, presenta una ensalada de romances exaltando la creación de dicha Unión o Santa Hermandad (1605-1606), con objeto de perseguir a los bandoleros. Fuera o no leída por Cervantes, lo cierto es que mostraba la faz de una ciudad libre de gentes de mala vida, que se habían ido a Valencia y a Aragón «por buscar nueva guarida».

El poeta militar sardo contó sin duda con la admiración de Cervantes, pero sobre todo su obra pudo servirle a la hora de vincular la bucólica a una ciudad que la recreó en su vida festiva y cortesana [48] . Lofraso, que vivió en Barcelona durante 1571 y 1572, combinó la pastoril de Cerdeña con el triunfo de las damas en unas justas reales barcelonesas llenas de fantasía, que se alejaban, en ese aspecto, de la realidad ofrecida en las promovidas por la Cofradía de San Jorge en la plaza del Born [49] .

Cervantes se aproximó con cierta ambigüedad a la obra de Lofraso

en el donoso escrutinio del Quijote I, VI y tal vez tomó en consideración la citada onomástica de los protagonistas Dulcineo y Dulcina, pero en ella pudo considerar también el triunfo de cincuenta damas de la aristocracia que descendían de casas reales y vivían en una ciudad llena de espaciosas plazas, palacios y jardines, que propició el festejo nupcial de doña Mencía con un grande de Castilla. El Quijote rebajaría sin embargo tales presupuestos en casa de don Antonio Moreno, al reproducir el baile de las damas con el hidalgo danzarín.

Pero lo más significativo de Lofraso son las susodichas justas reales en el Born, a las que, en su novela, acuden caballeros de toda Cataluña, «armados a punta de guerra» [50] . El lujo de detalles sobre la puesta en escena y el desarrollo de la fiesta caballeresca, así como la presencia de damas y caballeros que intervinieron en ella, están sin embargo a leguas de distancia de lo que vivieron literariamente don Quijote y Sancho. En una justa llena de esplendorosas alegorías y símbolos como la de Lofraso, en la que intervinieron niños y caballeros entre 12 y 30 años, el caballero y el escudero manchegos solo hubieran servido de bufones, pues en la plaza del Born, según el poeta sardo, se vieron «las fiestas más ricas que hubiesen sido vistas jamás», y eso eran palabras mayores.

Cervantes, fiel a la bucólica desde La Galatea al Persiles, donde prometió continuar su primera obra, situó el mundo pastoril antes y después de llegar Barcelona, y lo rememoró como un modo de continuar la vida caballeresca de quien ya iba camino de volver a ser Alonso Quijano. Sus últimos deseos como tal mostraron la pervivencia de un género que se había mezclado con otros como la novela caballeresca y la bizantina en la obra de Lofraso y en la de otros autores. Estas daban fe de los afanes pastoriles con los que se alimentó a lo festivo la vida cortesana, en una curiosa transformación del caballero en pastor, que fundía a un tiempo realidad y ficción. Aunque lo más curioso tal vez sea la unión de la bucólica con otros temas distantes como el de la justicia contra el bandolerismo, relatado por pastores en la literatura de cordel.

[1] La presencia del mar, y del Mediterráneo en particular, se hace patente en la primera parte del Quijote , como muestra, la historia del cautivo y sus viajes en los caps. XXXIX y ss. Y véase la metáfora de la navegación de amor en el cap. XLIII.

[2] En DQ II, pág. 719, se repite que don Quijote decide ir «al reino de Aragón y a la ciudad de Zaragoza, adonde de allí a pocos días se habían de hacer unas solenísimas justas por la fiesta de San Jorge en las cuales podría ganar fama sobre todos los caballeros aragoneses, que sería ganarla sobre todos los del mundo». Luis Gómez Canseco en su ed. de Alonso Fernández de Avellaneda, Segundo Tomo del Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha, Madrid, RAE, 2014, I, 49, pág. 620, nota 56, recuerda que los vasallos de Fernando de Antequera y de su hijo Alfonso el Magnánimo visitaron muchas cortes y asistieron a encuentros como el del Paso Honroso, al que nos referiremos.

[3] En esa visita, hubo también sarao en palacio y un torneo. El rey y el duque de Saboya tuvieron un tablado propio en la plaza del Mercado, rodeada de otros y de una casa con ventanas para las damas. Véase J. García Mercadal, opus cit., I, págs. 1302-1327, con amplia información sobre el evento.

[4] José Ignacio Martín Zorraquino, Para glorificar al rey y honrar a su clientela aragonesa; los torneos de a caballo de 1630 y 1585 en Zaragoza, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 2017. Y véase Jimena Gamba Corradine, opus cit ., págs. 96 y ss., sobre las distintas relaciones del torneo zaragozano de 1630 por la entrada de Felipe IV en Zaragoza para encontrarse con Fernando III, rey de Hungría y Bolonia, que iba a casarse con la infanta María Ana, refiriéndose a la mencionada justa de Felices de Cáceres. Lo estudia como torneo de invención y cree que la relación efectuada por Bartolomé Leonardo de Argensola pudo estar influida por los «tornei a soggetto», que este había visto en su estancia napolitana. Véase en particular pág. 208, sobre la descripción del torneo hecha

por Hurtado de Mendoza, en donde aparecen carros e invenciones alegóricas además de intervenciones teatrales, con una folla final y sarao en palacio.

[5] José Ignacio Martín Zorraquino, opus cit , pág. 79 y ss., trata de Bartolomé Leonardo de Argensola como miembro de la clientela regia y de su vinculación con la realeza, aunque fuera cronista del reino de Aragón. Ello supuso no pocas paradojas en su aproximación a las Alteraciones, cuyos escritos no se llegaron a publicar al final de sus días. Bartolomé trató fundamentalmente de que no se rompiese el cordón umbilical que unía a Aragón con la monarquía. Algo que también sostuvo cuando defendió al duque de Villahermosa en 1591 por los cargos que se le imputaban. Sobre la posible contrapartida del Persiles respecto a la obra de Bartolomé Leonardo, Conquista de las islas Molucas, véase Aurora Egido, «De islas y buen gobierno…», cit., Janus, 11, 2022, págs. 2-43.

[6] García Mercadal, opus cit, I, págs.1302-1328, señala que otro día se hizo un torneo a pie junto al Ebro con 38 caballeros de punta en blanco repartidos en dos cuadrillas, que acabó con una folla. El 28 de marzo hubo un juego de cañas después de comer en el que intervinieron los grandes de Castilla. Curiosamente este juego no se hace en la plaza del Mercado como el de los aragoneses, sino en la plaza grande, delante de Nuestra Señora del Pilar, donde intervinieron el almirante de Castilla, el marqués de Cogolludo, el duque de Alburquerque, el duque de Maqueda y el príncipe de Áscoli. El rey prohibió que se usaran oro y plata o brocados para excusar el gasto. También se corrieron toros en la plaza del Pilar, pero con poca alegría del pueblo porque se echó a llover. En el último sarao, danzaron el príncipe y el duque con las infantas y el rey entregó el toisón de oro al duque de Saboya, al almirante de Castilla y a otros nobles.

[7] García Mercadal, ibíd.

[8] DQ VI, pág. 738. Maurice Keen, La caballería, caps. VII y IX, analiza la relación entre caballería y virtud, así como su vinculación al honor.

[9] Capítulo aparte es el de la consideración, por parte de Cervantes, de las órdenes religiosas que no alcanzaron el rango de las militares. Así lo prueba el episodio ridículo de los dos frailes de san Benito en DQ I, VIII.

[10] Según Edwin Williamson, opus cit., págs. 14, 22 y 55 y ss., Chrétien de Troyes, que siguió la ficción de la caballería cortesana, invirtió los términos: «la vida real era falsa; la ficción cierta».

[11] En DQ II, XVII, pág. 835, lo histórico se mezcla con lo fabuloso cuando Cervantes recuerda la hazaña de Manuel de León, que, en la época de los Reyes Católicos, entró en una jaula de leones para recoger un guante.

[12] Jaime Contreras, Antoni Simón y Ricardo García Gual, Historia de España. La España de los Austrias , Madrid, Espasa, 2004, vol. VI, págs. 608 y ss.

[13] El asunto de la identificación de los duques del Quijote con los Villahermosa no es fácil de resolver y presenta la dificultad inherente a toda obra literaria al pretender equipararía a la historia, pese a los paralelos y alusiones que su contexto pueda ofrecer. Alfredo Baras Escolá, «Los duques de Don Quijote y la casa de Gurrea y Aragón» (Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, en línea; 821.134.821.134.2-31.09), ofrece un estado de la cuestión, concluyendo que Cervantes fundió a distintos personajes de la casa

de los Villahermosa en su sátira de los duques aragoneses.

[14] Véase Antonio Pérez Lasheras, opus cit., cap. V.

[15] Véase Jesús Gascón Pérez , Alzar banderas contra su rey. La rebelión aragonesa de 1591 contra Felipe II , Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 2010; y La rebelión de las palabras. Sátiras y oposición política en Aragón (1590-1626), ed. de Jesús Gastón Pérez, Zaragoza, PUZ, 2004. Lía Schwartz e Isabel Pérez Cuenca, en las páginas virtuales de la BVMC correspondientes a Bartolomé Leonardo de Argensola, señalan cómo la duquesa de Villahermosa apoyó a Lupercio Leonardo y a su hermano Bartolomé en la obtención de cargos por parte de la emperatriz María y de su hijo Alberto. El conde de Aranda estuvo vinculado a Épila (posiblemente la «Épila famosa» del Quijote , como hemos dicho) y el duque de Villahermosa a Pedrola, en cuyas cercanías de Alcalá de Ebro se ha supuesto que Cervantes situó el episodio de la Ínsula Barataria. La postura de los hermanos Argensola respecto a las Alteraciones ha sido interpretada de heroica o maldita dependiendo de la perspectiva, aragonesista o no, de sus intérpretes. Lo que sí es cierto es que Bartolomé Leonardo, entre 1592 y 1598, trató de reivindicar el honor de los Villahermosa perdido durante las Alteraciones. Sobre Francisco y Fernando de Gurrea y Aragón, véanse las biografías del Diccionario Biográfico de la RAH en línea, por Antonio Mejías Jiménez.

[16] Ricardo del Arco, La sociedad española en las obras de Cervantes , Madrid, Patronato del IV Centenario del nacimiento de Cervantes, 1951, págs. 347-348 y 548. Conviene recordar que Martín de Gurrea y Aragón, IV conde de Villahermosa, fue un destacado humanista que guardó en sus palacios de Pedrola y Zaragoza publicaciones y obras de destacados artistas, como Roland de Mois. Véase su biografía en el Diccionario Biográfico de la RAH, en línea, por Carmen Morte.

[17] En DQ I, XX, págs. 221-222, don Quijote ya había asentado ante Sancho que él era quien iba a resucitar a los caballeros de la Tabla Redonda, a los Doce Pares de Francia, a los Nueve de la Fama, además de a los Platires y demás caterva.

[18] Aurora Egido, «De islas y buen gobierno…», cit.

[19] Agustí Durán i Sanpere, Els cavallers de Sant Jordi, Barcelona, Ciutat de Barcelona, 1964, págs. 11-12; y véase Conrado Magdalena de Quiroga, «La emblemática caballeresca en la Mallorca del Renacimiento siglos XV-XVI . Las cimeras y las divisas», MRAMECH, 19, 2009, págs. 29-96, sobre la huella de Llull.

[20] Agustí Durán i Sanpere, opus cit ., págs. 15 y ss., recoge numerosos datos sobre la Cofradía de San Jorge y su trasfondo simbólico entre 1565 y 1701, vinculados a la mencionada obra de Llull, origen del caballero ideal, así como a las de Jaume March, Frances Eiximenis y Pere Ioan Ferrer, sin olvidar la corriente jurídica desde los Usatges a las Partidas de Alfonso X.

[21] Los torneos barceloneses se celebraban en la plaza del Born, como veremos. Los caballeros de la Cofradía de San Jorge siguieron la pauta marcada por otras obras, como las de Jaume March, L'arnés del Cavaller , Pere Joan Ferrer, Sumari de Batalla a ultrança y Lo cavaller de Ponç de Menaguerra. Aparte estaba la vertiente jurídica, desde los mencionados Usatges a las Partidas de Alfonso X. Se seguía en todo ello un protocolo vinculado a la obediencia al rey o al virrey, así como a san Jorge, acudiendo a su altar para los oficios sagrados, con música, cantos y adornos florales. Véase Agustí Durán i Sanpere, opus cit ., págs. 11-16, 45-47.

[22] Agustí Durán i Sanpere, ibíd ., pág. 17.

[23] Ibíd .

[24] Ibíd ., págs. 25 y 65 y ss.

[25] Ibíd ., págs. 35-37 y 41.

[26] Ibíd ., pág. 69. Sobre el tema inciden varios pliegos sueltos publicados en Barcelona y que perduran hasta el celebrado en 1640. Véase Mariano Aguiló y Fuster , Catálogo de obras en lengua catalana impresos desde 1474 hasta 1860 , Madrid, Sucesores de Rivadeneira, 1923, pág. 98. Este se refiere, en el número 2856, a un Cartell de Desafiu, enviat y fet al Rey de Portugal, en nom del Duch de Mediana Sidonia , Barcelona, Jaume Romeu, 1641; y también recoge numerosas referencias, en págs. 91 y ss., a desfiles a la turquesca o con etíopes y reyes negros, desafíos y fiestas caballerescas, que se funden con las populares en 1609 y 1611.

[27] Durán i Sanpere, opus cit., págs. 41 y 45-48, ofrece numerosos datos sobre la evolución de la Cofradía de San Jorge y su relación con el rey y con la Iglesia. Al principio, solo podían pertenecer a ella los caballeros, pero luego se abrió a nobles con tratamiento de don y a ciudadanos honrados. Estos estaban presentes en la Corona de Aragón y no en otras, situándose entre la nobleza y la burguesía, según Antonio Domínguez Ortiz, «La España del Quijote», Don Quijote, Madrid, RAE, 2015, págs. 1404 y ss.; y Pelayo Negre Pastell, «La cofradía de San Jorge y la nobleza gerundense», Anales del Instituto de Estudios Gerundeses VI, 1951, págs. 271-322. Y véase Teresa María Comellas i Cuadern, Les confraries barcelonines, ahir i avui, Barcelona, Ajuntament de Barcelona, 2011, págs. 44 y ss.

[28] Las Ordinaciones de la Cofradía de Infanzons de San Jorge y de la Real Maestranza de Caballería de Zaragoza (1505-1922), Zaragoza, Real Maestranza de Caballería de Zaragoza, 2009, pág. 300, como ya se ha dicho, ofrecen numerosos detalles sobre la complejidad de los torneos, justas y otros ejercicios caballerescos, refiriéndose a los ensayos y a la voluntad de no ser ostentosos en las vestimentas de los caballeros y de sus caballos.

[29] Agustí Durán i Sanpere, opus cit., págs. 69-70.

[30] Véase Ricardo García Gual, «La idea de España en los siglos XVI y XVII hasta el siglo XX », Historia de España. La España de los Austrias , en Jaime Contreras, Antoni Simón y Ricardo García Gual, Madrid, Espasa, 2004, vol. VI, págs. 608 y ss. Curiosamente el nombre de Antonio Moreno aparece en la conquista de las Islas Azores bien conocida por Cervantes (cf. Aurora Egido, art. cit., Janus, 2022). Francisco Rico, «La barretina de Sancho, o don Quijote en Barcelona», Cervantes, el «Quijote» y Barcelona, cit., págs. 207-230, ya señaló que Antonio Moreno, personaje arraigado en Barcelona, es el único apellido castellano en esa estancia de don Quijote. También es castellano el que interpela a don Quijote y le dice que se vuelva a su casa y se deje de vaciedades.

[31] Gilabert era gentilhombre de boca de Felipe III, al que dedica la obra, dirigiéndose, en el primer libro, al «braço real de la aristocracia» (fol. 2vº) del principado de Cataluña. Basándose en Zurita, Montaner y otros, hace un panegírico señalando la inclinación natural a la venganza de sus habitantes. He consultado el volumen facticio de la BNE R/4434, dividido en cinco discursos. El tercero (fol. 21) ofrece un elogio de las ciencias y de las letras, siguiendo los Anales de Zurita, donde señala que a ellas se dieron los caballeros castellanos, frente a los franceses, que las prohibieron a las gentes de guerra porque les parecía que afeminaban los

ánimos de los soldados. Y véase s upra .

[32] Aurora Egido, art. cit, Janus, pág. 189.

[33] Sobre el término «conseller», en singular o plural, que emplea Rebullosa en su Relación, véase el Diccionario histórico de la lengua española (1933-1936), en el Tesoro de los diccionarios históricos de la lengua española , Real Academia Española, en línea, donde aparecen también consellar , consellero y consello .

[34] Francisco Vivar, opus cit., cap. 5.

[35] Juan Carlos Pantoja Rivero, Antología de poemas caballerescos castellanos , Alcalá, CEC, 2004, págs. 208-217.

[36] J. C. Pantoja, ibíd ., págs. 216 y ss., y 272 y ss., recoge ejemplos de unas justas celebradas en Alejandría en honor del caballero Gerante, descritas en el poema Celidón de Iberia. Se trata de poemas larguísimos en los que se mezclan la novela pastoril, la cortesana y la caballeresca, entre otras. En La toledana discreta de Eugenio Martínez, aparecen las justas para conquistar a la princesa Rosaura, con las aventuras del Caballero del Fénix (ibíd ., pág. 281). La Alegoría del Monstruo español (1627) de Miguel González de Cunedo mostraría la decadencia del género, con unas justas caballerescas de toda Europa celebradas en Murcia (ibíd ., pág. 343).

[37] Véanse los estudios recogidos en The Medieval Tournament as Spectacle: Tourneys, Jousts and Pas d'Armes, Alan V. Murray, Karen Watts, eds., Woodbridge, The Boydell Press, 2020, particularmente

el de Viallon, que muestra las diferencias de Italia y España respecto a los torneos del norte europeo.

[38] Marcial Rubio Árquez señala, en el prólogo a Antonio de Lofraso, Los diez libros de Fortuna de Amor , edición de Marta Galiñanos, Roma, Arache, 2014, que la obra ofrece, aparte del marco pastoril, referencias a las luchas por el poder entre dos bandos en la isla de Cerdeña. Lofraso, seguidor de Garcilaso y Boscán, ensalza, a través del pastor Frexano, las bellezas de Barcelona. El libro contiene un poema en catalán y dos en sardo. Véase María Roca, «La città di Barcellona: spazio bucolico-cortese nel romanzo di Antonio de lo Fraso, Los Diez libros de Fortuna de Amor», Boletín de la Real Academia de Buenas Letras de Barcelona, 41, 1987-1988, págs. 229-256, donde trata de las referencias positivas a dicho poeta en el Quijote y las menos halagüeñas en el Viaje del Parnaso .

[39] Antonio de Lofraso, opus cit ., págs. 211 y ss. Al ensalzar la belleza y virtud de las damas barcelonesas, casadas con duques, condes y barones que descienden de casas reales, nombra a varias de ellas, como doña Mencía Faxarde y de Çúñiga, doña Violante de Cardona y Centellas, y doña Guiomar Corella y de Moncada, «de gran linaje y casa reluziente». Su detenida descripción de Barcelona (pág. 230) incluye las fiestas y bodas de doña Mencía con un grande de Castilla, hijo del marqués de los Vélez.

[40] En el prólogo de 1573, el autor dice que, al publicar los amores del pastor Frexano por la pastora Fortuna, pretende «narrar disfraçado la mas parte del discurso de mi vida».

[41] El libro de Lofraso presenta una detallada descripción de los saraos y justas caballerescas barcelonesas, con referencia a los carteles de desafío y a las invenciones de librea, empresa y letra que estos tenían, aludiendo también a don Juan de Austria y a la batalla

de Lepanto. Téngase en cuenta que el Cristo de Lepanto se venera en la catedral de Barcelona.

[42] Eulàlia Duran, «El silenci eloqüent. Barcelona en la novel.la Los diez libros de Fortuna d'Amor D'Antonio Lofrasso (1573)», Llengua & Literatura , 8, 1997, págs. 77-100, trata de la veracidad histórica de la descripción de la ciudad y de lo relativo a las damas que aparecen en la obra, aunque cree que, en las justas, primó la fantasía del poeta, pues no eran en la realidad tan suntuosas.

[43] Joan Giménez i Blasco, «La Cataluña de Alonso Quijano», Revista de Historia Económica 23, 1, 2005, págs. 409-442, ha estudiado la economía catalana y otros aspectos históricos sobre la Cataluña real por la que hubiera podido transitar don Quijote.

[44] Rebullosa se detiene en todo lo concerniente a la calidad de la vestimenta y adornos de los personajes que intervienen o desfilan, tal y como ocurría en las crónicas desde la Edad Media. Sobre el tema en general, véase Sila Oreja Andrés, «Ceremonia, fiesta y poder durante los reinados de Juan II y Enrique IV de Castilla: el arte textil como síntoma de prestigio, a la luz de las Crónicas», Anales de Historia del Arte, 23, Universidad Complutense, 2013, págs. 321-333.

[45] Lofraso, opus cit., págs. 259 y ss.

[46] Para la aparición de negros en las procesiones del Corpus Christi y otros, véase Vicente Sánchez Moltó, «Los gigantes y el bestiario festivo del Corpus, patrimonio inmaterial de la Humanidad», Revista CECEL 8, 2008, págs. 133-134. Ricardo del Arco, opus cit., págs. 453 y ss., hizo relación de los esclavos turcos, berberiscos y negros de Guinea que aparecen en las obras de Cervantes.

[47] Maria Roca Moussons, «Antonio de Lo Frasso: un itinerario tipológico en el Viaje del Parnaso de Cervantes», Actas del II Coloquio Internacional de la Asociación de Cervantistas, Barcelona, Anthropos, II, 1990, págs. 731-754.

[48] Maria Roca Moussons, «La città di Barcelona, spazio bucolico-cortesano nel romanzo di Antonio de Lo Frasso Los diez libros de Fortuna d'Amor», art. cit., 1987-1988, págs. 29-56.

[49] Eulàlia Duran, «El silenci eloquent. Barcelona en la novel.la Los diez libros de Fortuna d'Amor de Antonio Lofrasso (1573)», art. cit., págs. 77-100.

[50] Hemos consultado también la edición de Antonio de Lo Fraso, Los diez libros de Fortuna d'Amor, Barcelona, Pedro Mateo, s. d., pero 1573, pág. 230. La obra lleva una alusión a don Juan de Austria y a la batalla de Lepanto el 4 de octubre de 1571. Lofraso (ibíd., pág. 259) describe con detalle en una carta el aderezo de la plaza del Born para la celebración de la justa, ateniéndose a unos datos que se repetirán posteriormente en la justa por san Raimundo de 1601.

CAPÍTULO 6

Orillas del mar. Entre caballeros, damas y muchachos

Un aspecto que conviene atender en los episodios barceloneses de la segunda parte del Quijote cervantino es la presencia de muchachos, que también habían estado presentes en el Quijote apócrifo. Recordemos que en el capítulo VII del Segundo tomo del Ingenioso Hidalgo don Quijote de la Mancha suscrito por Alonso Fernández de Avellaneda, este había hablado de un don Quijote al que, cuando llegó a Ateca, «le seguían los muchachos por las calles como si fuera loco, diciendo a voces: "¡Al hombre armado, muchachos, al hombre armado!"» [1] . Claro que también pudo pesar en ello su numerosa participación en los festejos ciudadanos barceloneses por la canonización de san Raimundo de Peñafort en 1601, a los que nos referiremos.

La burla de los muchachos en el Quijote cervantino (DQ II, LXI, pág. 1236) es posible que fuera un traslado o réplica de su presencia y griterío no solo en Ateca, sino en Zaragoza y Sigüenza en el Quijote apócrifo [2] . Pues lo cierto es que son muchos los que persiguen al hidalgo cervantino y que lo miran «como a mona» cuando don Antonio Moreno lo saca al balcón, hasta el punto de que el héroe manchego los tema y procure evitarlos paseando a pie por las calles de Barcelona. Por otra parte, no deja de sorprender que, en otra ocasión, este vaya por la ciudad montado en «un gran macho de paso llano» y con un letrero en el que se leía su nombre (DQ II, LXII, pág. 1240).

Ya el recibimiento de don Quijote y Sancho en esa ciudad por un grupo de caballeros amigos de Roque Guinart al son de las chirimías y los atabales (DQ II, LXI, pág. 1235), propios de una entrada real o nobiliaria, había dado paso también a la aparición de muchachos, cuyas travesuras Cervantes magnificó y demonizó. Considerando que estos «son más malos que el malo», hizo que se colaran entre la gente y atasen a las colas de Rocinante y del rucio sendos manojos

de aliagas; término que, por cierto, es propio de Aragón y que tal vez tenga que ver con fray Luis de Aliaga y su posible relación con el Quijote apócrifo, como veremos. Sobre todo, porque Cervantes dice poco antes que el autor de ese Quijote es aragonés (ibíd., pág. 1236) [3] . Sin embargo, el atrevimiento quedaría sin castigo, pues finalmente esos muchachos se esfuman hiperbólicamente «entre más de otros mil que los seguían», mientras don Quijote se siente corrido y afrentado (DQ II, pág. 1236).

La cifra no es sin embargo desmesurada si la comparamos con las que había aportado anteriormente fray Jaime Rebullosa en su Relación de las grandes fiestas que en esta ciudad de Barcelona se han echo à la Canonizacion de su hijo San Ramon de Peñafort, de la Orden de Predicadores: con un Sumario de su Vida, Muerte y Canonizacion; y Siete Sermones que los obispos han predicado en ellas (Barcelona, Iayme Cendrat, 1601) [4] . En ella, el fraile dominico dio cuenta de su numerosa presencia en las procesiones por el santo canonizado, aunque su empleo fuera, en este caso, estrictamente religioso. Ya al principio de la obra, aludió al desfile de 312 «niños de escuela» portando atabales y trompetas, cantando gozos y letanías o danzando con gracia (ibíd ., pág. 105).

La obra de Jaime Rebullosa ofrece sin duda numerosos datos sobre la ciudad de Barcelona y no son pocos los que propicia sobre los niños y niñas que asistían a las escuelas, con detalle de los barrios de los que procedían, ya fuese del arrabal o de los pueblos de los alrededores. Las doncellitas supusieron una presencia constante y simbólica en las procesiones, llevando coronas de flores, el pelo tendido en la espalda, descalzas y portando hachas encendidas [5] .

Niños y muchachos tuvieron efectivamente una representación amplísima en los festejos barceloneses de 1601 por san Raimundo, cantando canciones profanas y graciosas, pidiendo limosna, portando cirios o cargando con los atabales, además de componer caballitos jinetes que danzaban junto a los gigantes. Pero lo más curioso fueron sin duda los alardes de los niños con pífanos y cajas, simulando actos caballerescos como capitanes y alféreces vestidos de turcos y cristianos [6] .

Ello confirma además que los juegos caballerescos de infantes y niños procedentes de la aristocracia se fueron incorporando a los

festejos públicos en los que participaba el pueblo llano. En este caso, hubo además varios alardes de caballeros, como el del capitán Juan de Encontra, del baluarte de Levante, seguido por sargentos, cabos y alféreces ricamente vestidos (pág. 244). Así se plasmaba a la vista el sentido del vocablo alarde como ostentación y gala en los desfiles militares.

Las burlas que suministran a don Quijote y a Sancho en Barcelona son en realidad «suaves», tal y como se califican las que les hace don Antonio Moreno, «caballero rico y discreto y amigo de holgarse a lo honesto y afable» (DQ II, LXII, pág. 1237). El código de las burlas tiene sin duda en el Quijote sus grados, y las que se dan en esa ciudad tienen poco que ver con las que anteriormente llevaron a cabo los duques aragoneses en el cerco de su castillo o casa de placer, más crueles, sofisticadas e ingeniosas. Ya don Quijote había arremetido en la primera parte contra los «blandos cortesanos», que vivían en el regalo y el reposo, frente a los ejercitados caballeros andantes, que vivían del trabajo, la inquietud y las armas (DQ I, XIII, pág. 149).

La salida al balcón en Barcelona surgió para que don Quijote fuera objeto de mofa «a vista de las gentes y de los muchachos» (DQ II, pág. 1237). Y otro tanto ocurrió con el segundo paseo por la calle, con el hidalgo manchego vestido de paño leonado y gabán largo, pasando sudores sobre un macho bien aderezado y un letrero que decía: «Este es don Quijote de la Mancha» (ibíd., pág. 1240). Todo ello presentó a las claras el reverso burlesco de los desfiles caballerescos, las justas, los torneos y demás celebraciones barcelonesas a las que la nobleza y el pueblo estaban acostumbrados en fechas señaladas, como el Corpus o las festividades de san Jorge y san Juan. En cualquier caso, esas y otras mofas no tuvieron parangón, como decimos, con cuanto había acontecido en el recinto cerrado de los duques aragoneses, pues se presentaban en un contexto urbano que solía convertir la calle en teatro.

A su vez, el ingenioso juego de la cabeza parlante que don Antonio Moreno hizo fabricar a un estampero imitando una que vio en Madrid, así como el sarao nocturno de las damas, celebrado en su casa con la intervención de su mujer y las amigas de esta obligando

a danzar al caballero andante, fueron también un pálido reflejo de las burlas propiciadas por los nobles aragoneses [7] . En ese sentido, no deja de ser representativa, respecto al Quijote, la presencia de damas en los saraos, bailes, procesiones y justas poéticas por san Raimundo en la ciudad de Barcelona, según costumbre.

Las burlas de don Antonio entraban dentro de lo honesto y hasta habitual, ofreciendo la paradoja de unos «caballeros bailarines» (DQ II, LXII, pág. 1243), enunciada por Sancho, pero que era más habitual de lo que parece en ese y otros lugares de España. Sobre todo, en las noches con las que se finalizaban los torneos y las justas, cosa muy normal en la corte. No obstante, las burlas callejeras de Barcelona aumentarían poco a poco el grado de escarnio, si consideramos que en ellas participaron los «caballeros de la ciudad», que, en connivencia con don Antonio, trataron de descubrir las sandeces de don Quijote corriendo la sortija, aunque finalmente esta no tuviera lugar.

Todo lo que sucede a don Quijote y a Sancho en Barcelona formaba parte de las historias de apacible entretenimiento en la época de Cervantes, plasmadas tanto en la literatura oral y escrita como en las celebraciones públicas. A ello habría que añadir los libros de caballerías que se leían a principios del siglo XVII y cuyo contenido se había distanciado de los originales [8] . Cervantes llegó, en ese sentido, a culminar un largo proceso del que daría fe en el Viaje del Parnaso, donde presumió de haber dado en el Quijote pasatiempo.

Más allá del conocido episodio de la imprenta (DQ II, LXII), vinculado a la primera ciudad que aparece en la obra cervantina, la teatralización de Barcelona se prolongaría en el episodio de las galeras, cuando el cuatralbo ordene que suenen chirimías, abatan tienda y disparen los cañones [9] . Cervantes aportó, en este caso, la clave de su actualidad histórica, ya que todo ello se efectúa, según él, «como es usanza cuando una persona principal entra en la galera», dando paso al triple son de un «Hu, hu, hu» que precedería al volteo de Sancho Panza. Con razón don Quijote se alegró por todo ello al verse tratado «tan a lo señor» (DQ II, LXIII, pág. 1253).

En ese episodio, se da por primera vez el encuentro de don Quijote y Sancho ante una aventura auténtica, ya que la galera capitana persigue a un bergantín de corsarios enemigos de la fe, como

sucedía a menudo en las costas barcelonesas [10] . La mención de las cuatro galeras llevó a Martín de Riquer a situar la estancia de Cervantes en esa ciudad con posterioridad al 18 de mayo de 1609, precisando que estuvo allí en Barcelona en 1610, con ocasión de un buscado encuentro con el conde de Lemos, que finalmente no tuvo lugar por culpa de los Argensola [11] .

La presencia de Cervantes ese año en Barcelona, según Riquer, no quita sin embargo cuanto pudo leer sobre ella con anterioridad, incluida la relación por san Raimundo o los pliegos que salieron sobre esas fiestas de las prensas barcelonesas y madrileñas [12] . Claro que también hay que preguntarse desde dónde partió el futuro autor del Quijote en 1569 hasta llegar a Roma, cuando huyó como fugitivo por haber herido a un tal Antonio de Sigura. Pues el dato de su regreso en 1575 a España desde Nápoles en la galera Sol, con cartas de don Juan de Austria, donde fue hecho prisionero frente a Palamós por Arnauti Maní, lo alejó de Barcelona hacia Argel. Y otro tanto ocurriría a su vuelta, una vez liberado en 1580, entrando en España por Denia y luego por Valencia [13] .

Carmen Riera planteó la posibilidad de que Cervantes hubiera ido a Barcelona con anterioridad a 1610, pudiendo haber embarcado desde allí en 1569 rumbo a Roma para entrar al servicio del cardenal Acquaviva, al que ya había mencionado en el prólogo a La Galatea (1585), donde hizo un elogio de la Ciudad Condal, al igual que en Las dos doncellas [14] . También creyó posible que volviese a España y pasara luego por Barcelona en 1571, formando parte de las tropas de Miguel de Montcada que participaron en Lepanto. Con el tiempo, Cervantes trasladaría al Quijote los recuerdos de las fiestas de san Juan relacionadas con la estancia en la ciudad de don Juan de Austria, que fue recibido de forma apoteósica en la galera real el 16 de junio de ese año antes de embarcarse.

La ida y la vuelta a Italia, unida al recibimiento que la ciudad hizo a don Juan de Austria y a los archiduques Rodolfo y Ernesto, sitúan una tradición festiva que Cervantes pudo guardar en su memoria para trasladarla años más tarde al Quijote. Pero también creemos posible que Cervantes hubiera tenido en cuenta una tradición, que había andado impresa en las mencionadas páginas que Jaime Rebullosa había publicado cuatro años antes de la publicación de la

primera parte del Quijote. La Relación del dominico sobre los torneos y procesiones por san Raimundo de Peñafort habían mostrado ya en buena parte el lado festivo y en ocasiones jocoso, con desfile de caballitos cotoneros, caballeros vestidos a la antigua y gigantes disfrazados con vestimenta y armas obsoletas, hechas de materia efímera y ridícula [15] .

Como señaló Antonio Domínguez Ortiz, la religiosidad popular española estuvo apoyada por la aristocracia, pues en ningún otro país europeo tuvieron tanta fuerza los valores nobiliarios encarnados por el honor [16] . Pero dicha religiosidad no estaba ligada a jerarquías sociales, pues era una forma de sentir la religión plasmada en la ceremonia y el rito.

Cabe recordar también que Cervantes conocía El Monserrate (Madrid, Alonso Martín, 1587) de Cristóbal de Virués, al que elogió en el «Canto de Calíope» en La Galatea. La obra, que el cura consideró en el Quijote (I, VI, pág. 94) junto a la Araucana de Ercilla y la Austriada de Juan Rufo como las tres mejores de verso heroico escritas en castellano, aparte de tratar de la aparición de la Virgen de Montserrat, contaba además con el vaticinio de la victoria sobre el turco en Lepanto.

Pero la comicidad de los episodios barceloneses, como señaló Anthony Close, se desarrolló en un contexto de «alegría universal» que se convertiría en el paradigma del Quijote; una obra híbrida, entre la novela de aventuras de carácter heroico y a la vez cómico-realista, que se opuso a las aventuras de Amadís y demás familia, mezclando patetismo y jocosidad en la derrota de su protagonista [17] .

Su desarrollo debe situarse en los parámetros de las fiestas palaciegas que tuvieron lugar en distintos lugares de España [18] . Pero estas tuvieron su circunstancia particular en Barcelona, como muestran las que aparecen en los pliegos sueltos de la época, así como en otras obras relacionadas con los desafíos, las entradas reales y los certámenes literarios. Recordemos que las relaciones de sucesos se centraron en la descripción de fiestas y solemnidades de todo tipo en numerosas ocasiones, divulgándose casi inmediatamente a través de los mencionados pliegos de cordel [19] .

En ese sentido, cabe señalar que, como luego veremos, muchos de los elementos religiosos, lúdicos y festivos, que se desplegaron en Barcelona con motivo de la canonización de san Raimundo de Peñafort en 1601, ya habían aparecido con anterioridad en las celebraciones de la ciudad. Así ocurre con los que se dispusieron a la llegada de Felipe III después de haber celebrado sus bodas en Valencia con la reina Margarita en 1599 [20] . Desde la procesión por la ciudad, con desfile de cofradías y lucimiento de algunas de ellas, como la de los merceros y julianos, que hicieron una escena de caza con suelta de volatería, conejos, un corzo y otros animales, hasta los bailes, saraos y luminarias, se repetía en ellas el protocolo festivo acostumbrado, adaptándolo a la ocasión. Recordemos que el duque aragonés diría en el capítulo XXXIV de la segunda parte del Quijote que la caza es imagen de la guerra, pues consta de estratagemas y astucias que tienen por objeto vencer al contrario.

Pero sobre todo sería la justa caballeresca, organizada en la plaza del Born por esa llegada de los reyes en 1599, la que mostraría un precedente curioso dos años antes de celebrarse la dedicada al santo dominico. En ella, hubo cuatro carros alegóricos con las reinas de Persia, Moscovia, África e India, acompañadas de caballeros y lacayos enmascarados, que se repetirían de algún modo en los desfiles de embajadores y reinas ficticias en las fiestas por el canonizado Raimundo de Peñafort. Aparte de los banquetes, luminarias y asistencia de los reyes a las distintas iglesias, cabe destacar el hecho de que muchos de los caballeros y damas que aparecieron en las relaciones de 1599 reaparecerían en la de 1601. No en vano Pierre Vilar habló de una monarquía pluriestatal en la que Barcelona, «cap i casal», vivió por entonces un momento cultural y caballeresco muy brillante [21] .

En ese aspecto, el sarao de las damas encabezadas por doña Violante de Cardona, que danzó junto a ellas ante los reyes en 1599, ofreció un evidente paralelo con su presencia dos años después en los actos religiosos por san Raimundo y más tarde en el baile de don Quijote en casa de don Antonio Moreno, azuzado por su mujer y otras damas barcelonesas. No en vano, los saraos gozaban de una larga tradición desde los que se dedicaron a Isabel la Católica en 1481 o a la reina Isabel a su paso por Barcelona en 1533. Y otro tanto puede decirse de la forma con la que se

desarrolló, en esa ocasión, la justa caballeresca en la plaza del Born, así como la presencia de los componentes procesionales del Corpus Christi, con la vibria, los caballitos cotoneros o los diablillos [22] .

Claro que lo más reseñable, en relación con las fiestas de 1601, fue sin duda la visita que Felipe III hizo dos años antes con su familia al convento de santa Catalina, donde rezó ante el sepulcro del entonces beato Raimundo de Peñafort, lo que sería decisivo para su canonización posterior, promovida y sufragada por el monarca. La costumbre pervivió durante años, como muestra, entre otros testimonios, el pliego de la «Relación de Andrés de Mendoza de las fiestas, torneos, y saraos de Barcelona al nacimiento de la Infanta nuestra señora» (1625) [23] . En esa ocasión, el torneo celebrado en la plaza del Born, ricamente adornada, fue presidido por el escudo de san Jorge y en ella se lucieron los caballeros con sus empresas en latín y en castellano llenas de referentes clásicos, obteniendo costosos premios. No faltó además el consabido sarao nocturno presidido por doña Elvira de Mendoza [24] .

Barcelona contó a lo largo de los siglos con viajeros de diferentes naciones, que relataron su visita pormenorizadamente, como hemos visto. Una mirada detenida en los seleccionados por García Mercadal ofrece numerosos datos sobre la singularidad de Cataluña y en particular de Barcelona [25] . La ciudad, según Andrea Navaggiero, estaba sujeta a la Corona de España, pero tenía tantos privilegios que era muy poco lo que el rey podía mandar en ella, actuando esta con gran libertad y licencia [26] . La historia, como señaló John H. Elliot, demostró sin embargo que ello conllevó no pocas tensiones con la Corona [27] . Ya Ricardo del Arco había apuntado que el Quijote había que situarlo en las coordenadas de una monarquía como la española con distintas leyes, fueros y costumbres en sus territorios [28] .

La acogida que la ciudad propició a reyes, príncipes y nobles en sus visitas se reflejó, según dijimos, en los pliegos sueltos, como ocurrió con la llegada de príncipes y mandatarios [29] . Es el caso de la «Relación de la entrada, fiestas y embarcación, que se hicieron en la ínclita ciudad de Barcelona por los Sereníssimos dos Príncipes de Saboya, viniendo de la corte» (Barcelona, Sebastián de Cormellas, 1606) [30] . Pedro Mártir Berenguel dio cuenta en un romance de

cómo estos fueron recibidos ese año por el virrey, los consejeros, los duques, los condes y los caballeros, que «van gastando sus dineros / por hacer su invención», siendo agasajados por el duque de Monteleón. El pliego es una buena muestra de un ejercicio bélico que tuvo mucho de ficticio y festivo, pues los príncipes fueron recibidos con disparos de armas por las calles y los caballeros «guerrearon» mientras sonaban los músicos y trompeteros.

Esa relación tiene particular interés, pues se dice en ella que, a la mañana siguiente de su llegada, los príncipes fueron a ver al «nuevo y santo canonizado» san Raimundo, celebrándose también una ceremonia al son del órgano en la Seo, ricamente adornada. Es curioso constatar cómo participaron también en el evento «mil damas» ricamente vestidas en una merienda amenizada con música, seguida de un sarao que tuvo lugar en el huerto del visorrey y que contó con la asistencia de condes y vizcondes.

El pliego dio cuenta además de la «momeria» o danza linda y perfecta que inició el marqués de la Palleta, así como de los bailes de los príncipes con tres damas, «pues una les hizo alarde». Llegado el domingo siguiente, los caballeros corrieron caballos de noche con sus divisas, haciendo alcancías en la calle. Aparte de las luminarias nocturnas durante ocho días, se dio cuenta de la salida de once galeras con banderas doradas y de mil colores, así como de la despedida de los príncipes entre clarines, disparos y saludos antes de navegar estos con buen viento [31] .

Esa entrada de los príncipes no era nueva, pues ya había tenido lugar otra en 1603 [32] . La de 1606 dio lugar además a otros pliegos, como el de la «Obra nueva de la entrada que hizo Barcelona a los dos Principes de Savoya el primero de Agosto hecha con arte de poema, por Iacinto Grau, pastor de ovejas» (Barcelona, Hermanos Anglada, 1606); obrita que se vinculó, una vez más, a lo festivo con la tradición pastoril, tan frecuente en los eventos barceloneses.

Estos fueron ejemplo de lo que Avalle Arce denominó «pastorilización» de la sociedad española del siglo XVI, al hablar de los episodios vinculados a la égloga en la segunda parte del Quijote y de la desmitificación supuesta por «La fingida Arcadia» en el capítulo LVIII [33] . Esa teatralización de doncellas y zagales vestidos de pastores en una indeterminada aldea, para recitar versos de

Garcilaso y Camoens, tendría su paralelo a la vuelta de Barcelona, cuando la meta caballeresca del hidalgo manchego y de su escudero se convierta en nuevo trasunto pastoril (DQ II, LXVII). El peso de la bucólica en el Quijote se da ya desde el escrutinio de la biblioteca, donde su presencia es bien significativa al respecto e irá creciendo a distintos niveles tanto en la primera como en la segunda parte, hasta el final.

Otro pliego curioso sobre el tema es la «Relación de la entrada y recibimiento que la noble Ciudad de Barcelona ha hecho el Serenissimo Principe de Saboya General de la Mar por su Magestad del Rey nuestro Señor, y Comendador mayor de Castilla, el qual entró en dicha Ciudad a cinco de Iulio de 1613. Escrita por un Pastor a las Pastoras de su aldea». Compuesta por Bartholomeo Oliveras (Barcelona, Lorenço Deu, 1613, BNE, R/10410). En ella se cuenta cómo los «conselleres» barceloneses, desfilaron por orden de las cofradías el 4 de julio, pero su participación tuvo que retrasarse porque el atalaya de Montjuic les dijo que las galeras no llegaban. Al día siguiente, el virrey se embarcó junto a «caballeros de cuenta» para dar la bienvenida al príncipe, mientras que las cofradías se dispusieron en tierra por orden en sus hileras.

El pliego detalla cómo dichas galeras se recibieron con tres salvas y las cofradías tiraron diversas cargas «como si en la guerra fueran», dando testimonio constante de su presencia junto a la de los mosqueteros. No deja de ser curiosa la perspectiva del pastor-relator, que no encuentra palabras para contar la vista de «la Galera General / tan dorada y tan bien puesta / que parece un paraíso / solo en contemplalla y vella». Sigue a continuación el paseo del general y del visorrey a caballo con sus acompañantes, así como el saludo de los conselleres al príncipe con sus hileras de caballeros, seguidos por los arqueros y alabarderos. A estos, se les unieron en la aduana otros soldados de mosquete, así como los sastres con su capitán y bandera al frente, dando muestras de un acto festivo amenizado con trompetas y menestriles que parecía, en su ejecución, una «vitoria Naval» [34] .

Esa versión, que ronda a veces con lo jocoso, sobre las galeras no quitó sin embargo la variante más seria y hasta truculenta de otros pliegos, que narraron la lucha contra bajeles moros en las aguas de

Barcelona [35] . Así lo prueba la Relación verdadera de la presa y cautiverio que han hecho las tres famosas galeras de España junto con la patrona de Barcelona de un famoso navío con noventa y cinco Turcos y otros cautivos Christianos que llevaba. Compuesto por uno de los que se fueron con las galeras (Barcelona, Gabriel de Graells, 1614).

Estas formaban sin duda parte del paisaje de la ciudad, y así lo hizo constar otro pliego de Mateo de la Brizuela: «La vida de la Galera muy graciosa y por galán estilo sacada y compuesta agora nuevamente… a pedimento de don Iñigo de Meneses lusitano» (Barcelona, Sebastián de Cormellas, 1603) [36] . Escrito en décimas, mostraba los trabajos de quienes padecían una vida apartada de placeres y llena de congojas, sufriendo penalidades en una «casa angosta», donde también servían los hidalgos y «guzmanes de los Godos». Su autor describió los azotes que recibían los condenados a ellas como si se tratara de un entremés, pues el relator dice que «hazen reyr al revés».

Claro que el asunto tuvo también su vertiente seria y hasta épica en otros pliegos, caso de la «Relacion verdadera de la presa y cautiverio que han hecho las tres famosas galeras de España junto con la patrona de Barcelona de un famoso navío con noventa y cinco Turcos, y otros cautivos Christianos que llevaba» (Barcelona, Gabriel Graells y Estevan Liberós, 1614). La obra pretendía ser trasunto de un episodio vivido de «uno de los que se fueron con las galeras». Con razón dijo Martín de Riquer que todo lo que acontece en los episodios barceloneses del Quijote (II, LX-LXV) se corresponde con la realidad histórica que Cervantes pudo percibir en su estancia en 1610 [37] . O tal vez mucho antes, como señalamos.

Cervantes elogió a Barcelona en varias ocasiones, pero sobre todo en el Quijote (II, LXXII, pág. 1319), al alejarse de ella su héroe, ya vencido:

Me pasé de claro a Barcelona, archivo de la cortesía, albergue de los estranjeros, hospital de los pobres, patria de los valientes, venganza de los ofendidos y correspondencia grata de firmes amistades, y en sitio y en belleza, única; y aunque aunque los sucesos que en ella

me han sucedido no son de mucho gusto, sino de mucha pesadumbre, los llevo sin ella, sólo por haberla visto.

En esa ciudad abierta al mar, a las historias moriscas y a los enfrentamientos con los turcos, estaba latente la lucha que los catalanes y aragoneses mantuvieron contra estos, y que fue descrita por Francisco de Moncada, cuya familia estaba emparentada con la aristocracia francesa y siciliana, en la Expedición de catalanes y aragoneses contra turcos y griegos, publicada en 1623 [38] . La obra juntó la nobleza con las letras, como dice la aprobación, y no dejó de reflejar y sublimar los ideales militares de «las armas de Aragón» frente al turco, del que Moncada señaló las traiciones, crueldades, robos, violencias y sediciones, como había hecho años atrás Cervantes en el Quijote .

A ese respecto, cabe recordar la proliferación de pliegos sueltos en la segunda mitad del siglo XVI y principios del XVII sobre temas relacionados con la conversión de moros y las luchas contra el gran turco en el Mediterráneo [39] . En ellos, Barcelona aparece como testigo de luchas, naufragios y episodios novelescos que salieron de sus imprentas, como las de Sebastián de Cormellas o Hubert Gotart, que publicaron, en castellano y en catalán historias espantosas y terribles relacionadas con un tema que atrajo sin duda a muchos lectores [40] .

Los sucesos relacionados con los turcos, el asunto morisco, la victoria de Orán o las presas de las galeras, que nutrieron los pliegos de cordel, ofrecen no pocos temas ligados a la segunda parte del Quijote, incluidas las coplas de doncellas y pastores o la presencia de Santiago Matamoros [41] . Claro que las galeras estuvieron ya presentes en la primera parte, como ocurre en la aventura de los galeotes con la historia de Ginés de Pasamonte (DQ I, XXII), que no dejaba de ser una incursión, hecha en pleno territorio manchego, respecto a cuanto acontecía en el convulso Mediterráneo.

Cervantes hizo constar en el Quijote que, en Barcelona, vivían y por ella pasaban gentes de distintos lugares, como Valencia y Castilla, con otras que iban desde Aragón a Italia o que llegaban desde

Alemania. Algo que aparece también en Las dos doncellas, donde se habla del trasiego de gentes por Barcelona, amparo de los extranjeros y escuela de la caballería. De ahí que la ciudad y los caminos que conducían a ella sean, en el Quijote, una muestra de la riqueza que suponen el plurilingüismo, las lenguas en contacto y la traducción plasmada en sus imprentas [42] .

Esa perspectiva plurilingüe, patente desde La Galatea y que tuvo su culminación en El Persiles, tendría en los episodios del Quijote vinculados a Barcelona su máximo exponente, a partir del encuentro del caballero manchego con el bandolero Roque Guinart. Pues, a lo largo de ese itinerario de ida y vuelta, aparecerán, en la obra numerosas lenguas en contacto con el catalán y el castellano.

El cambio del destino de las justas zaragozanas en honor de san Jorge por el de las fiestas de san Juan en Barcelona durante el solsticio de verano, supondría a su vez una revolución total que terminará sin duda con los afanes caballerescos de don Quijote [43] . Una larga tradición clásica identificó esas fechas sanjuanistas con la estación del amor, aunque, en esa ocasión, ello tuviera poco que ver con lo vivido por don Quijote y se plasmase a cambio en la historia de Ana Félix y Gaspar Gregorio, que además serían bien acogidos por el virrey, pues no en vano la ciudad fue albergue de los moriscos cristianos, según Cervantes.

Sus imprentas se hicieron eco de los acontecimientos ocurridos en relación con estos, como mostró Miquel Cid en la «Relación verdadera de lo que ha sucedido en algunos lugares de la Andaluzía y de la Mancha por causa de ocho Moriscos que pidieron licencia al gran Soliman les dexasse venir a España…» (Barcelona, Gabriel Graells y Esteban Liberos, 1615) [44] . El pliego mostró las penalidades de los moriscos desterrados y la vida de los que habían vuelto disfrazados a Murcia, La Mancha, Belmonte y otros sitios de los que salieron, al igual que lo hizo Cervantes en sus obras.

Al término de su peregrinación caballeresca, don Quijote será vencido por el fingido Caballero de la Blanca Luna y volverá a su aldea junto a Sancho tras haber sido derrotado en Barcelona, la Troya de sus desgracias (DQ II, LXVI, pág. 1275); una ciudad que recordó sin embargo al marcharse con sentimientos gratos y placenteros. Capítulos atrás, la imagen negativa ya se había unido a

la aventura del barco encantado en tierras aragonesas no solo para don Quijote, sino para Sancho, pues también «allí había sido Troya para los dos» (II, XXIX, pág. 954).

▪

[1] «Alonso Fernández de Avellaneda», Segundo Tomo del Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha, ed. cit., de Luis Gómez Canseco, págs. 81 y 84. Avellaneda recogió el guante de la edición cervantina del Quijote de 1605, llevándolo, como es bien sabido, a Zaragoza, y extendiéndose sobre la celebración de una sortija en el Coso, donde intervienen caballeros zaragozanos y granadinos, con sus empresas y divisas, para la que se aderezó un arco triunfal con Carlos V vestido a la romana. También se hace referencia al gigante del Corpus y a otros detalles festivos, según veremos. En esa novela, los amigos del granadino Álvaro Tarfe, personaje que recuperaría Cervantes en la segunda parte del Quijote, pertenecían a la Cofradía de San Jorge. Y véase por extenso Antonio Pérez Lasheras, opus cit., págs. 62-75, donde analizó la relación entre la obra de Cervantes y la de Avellaneda.

[2] Alfonso Martín Jiménez , Las dos segundas partes del Quijote , Valladolid, Repertorio Documental de la Universidad de Valladolid, 2014, págs. 70, 330 y 336, apuntó la presencia de muchachos rodeando a don Quijote y a Sancho en esas tres ciudades y señaló que también lo hicieron en el DQ II, cap. LV de Miguel de Cervantes. La hiperbólica aparición de tantos muchachos en Barcelona cree que guarda relación con los del apócrifo.

[3] La atribución del Quijote de Avellaneda a autor aragonés se repite en DQ II, LIX, págs. 1214 y 1218; II, LXI, pág. 1236 (indirectamente); y II, LXX, pág. 1306. Y véase la reseña de Aurora Egido, «¿Fue Avellaneda aragonés?», Andalán, 16, 1973, pág. 10.

[4] En adelante, nos referiremos a esa edición, indicando entre paréntesis la página correspondiente y respetando literalmente el original en las citas.

[5] Rebullosa, opus cit., discursos VIII, pág. 77; y XI, pág. 79. Ellas aparecen como vírgenes celestes y los niños como ángeles. En una ocasión, se mencionan 145 niños que iban desfilando de dos en dos de «una escuela de leer y escribir y contar de la Ribera». En pág. 95, aparecen desfilando 46 doncellas de una calle de la ciudad y 240 niños de una escuela particular. Prácticamente todas las cofradías, barrios y calles los llevaron a procesionar.

[6] En el torneo de Valladolid de 1428, ya descrito, hubo también caballeros disfrazados de turcos. Véase Gamba Corradine, opus cit ., pág. 35.

[7] Véase Caterina Ruta, «La aventura de la cabeza encantada en el contexto urbano» (DQ. Volumen Complementario , págs. 213-230). En relación con dicha cabeza encantada, cabe recordar que, en el viaje por España de «Figaro», José María Jerónimo Fleurot, marqués de Langle (1717-1804), publicado por García Mercadal, Viajes de extranjeros por España y Portugal , Madrid, Aguilar, 1962, Tomo III, pág. 1345, cuyo periplo fue refutado por el conde de Aranda debido a sus críticas a España, se recoge el siguiente testimonio en Madrid: «Enseñan aquí una cabeza que articula perfectamente; no se pierde una sílaba, ninguna vibración, ningún tintineo, ningún sonido prolongado que impida distinguir las palabras; en fin, esa cabeza habla y pronuncia tan bien como nosotros. Lo han dicho y lo repiten, el hombre es un ser prodigioso…». Y véase John E. Varey, Historia de los títeres En España (Desde sus orígenes hasta mediados del siglo xvii , Madrid, Revista de Occidente, 1957, págs. 28-29 y 77. Luis Gómez Canseco, en Alonso Fernández de Avellaneda, Segun da parte de don Quijote de la Mancha , ed. cit, pág. 487, recuerda el trabajo de Monique Joly (1991), que subrayó el paralelo de la historia del gigante Bradimán con el episodio de la

cabeza encantada de don Antonio Moreno en Cervantes, DQ II, LXII.

[8] José Manuel Lucía Megías, De los libros de caballerías manuscritos al «Quijo te», Madrid, SIAL, 2008, págs. 239 y 240, señala que el Quijote es un libro de caballerías de entretenimiento, aunque se distanciara de los conocidos, y apunta su relación con obras como el Claridoro de España , que se convirtieron en manuales de cortesía, y con otras llenas de erotismo, como el Filorante. Según María del Carmen Marín, « Clarisel de las Flores de Jerónimo de Urrea», Edad de Oro, 21, 2002, págs. 451-479, el Clarisel es el mejor de todos y el que tiene más elementos precervantinos.

[9] DQ II, LXVI-LXVII. Sobre el episodio de la imprenta y el juego con el apócrifo, Jacques Joset, «El valeroso don Quijote de la Mancha: no el falso, no el ficticio, no el apócrifo (DQ II, 61)», Cervantes, el »Quijote» y Barcelona, cit., págs. 169-181. Téngase en cuenta que las cuatro galeras barcelonesas tenían nombres de santos: Sant Jordi, la capitana; Sant Maurici, la patrona, y Sant Sebastià y Sant Ramón las otras, lo que no deja de tener su interés sobre esta última y los festejos de 1601. Y véase Martín de Riquer, Cervantes en Barcelona , Barcelona, Sirmio, 1989, págs. 43-53.

[10] Adrián Roig, «Originalidad del episodio catalán del Quijote », Actas II Congreso Internacional de la Asociación de Cervantistas , Nápoles, Istituto Universitario Orientale, 1995, pág. 541.

[11] Martín de Riquer, Cervantes en Barcelona , cit., 1989, págs. 43-53.

[12] Riquer, ibíd., pág. 17, frente a la hipótesis de un viaje a Barcelona en 1569, propuso la fecha entre la primavera de 1609 y el otoño de 1611, dando por segura la del verano de 1610, apoyándose en los

datos de las cuatro galeras descritas por Cervantes en el puerto y los referentes a Roque Guinart. Téngase en cuenta que el conde de Lemos estuvo en la ciudad en junio de 1610 y embarcó luego para Nápoles sin que Cervantes pudiera hablar con él porque se lo impidió Bartolomé Leonardo de Argensola, al igual que a su amigo Suárez de Figueroa. Cervantes se quedaría posiblemente hasta septiembre.

[13] José María Micó, en Miguel de Cervantes, Don Quijote en Barcelona , Barcelona, Península 2004, pág. 18, ya señaló la posibilidad de otras estancias de Cervantes en Barcelona camino de Italia, recordando que era la ciudad perfecta para un combate singular como el que Boyardo y Ariosto mencionaron sobre el esperado duelo entre Rinaldo y Gradoso «sul lito Molle / di Barcelona».

[14] Carmen Riera, «Cervantes, el Quijote y Barcelona; hipótesis de una estancia barcelonesa de Cervantes en 1571», Anales Cervantinos 35, 2005, págs. 33-43, apoya con varios argumentos el paso de Cervantes por la ciudad ese año. Planteando la posibilidad de que este hubiera regresado a España antes de embarcar para Lepanto, incluye referencias a las fiestas de san Juan y a la entrada en Barcelona de don Juan de Austria y de los archiduques de Austria Rodolfo y Ernesto, donde fueron agasajados en junio de ese año. Riera señala también que las referencias a Rocaguinarda estaban igualmente en La cueva de Salamanca . Y véase, de la misma autora, «A vueltas con la tradición. De nuevo sobre Cervantes y Cataluña», BRAE 85, 2005, págs. 559-572.

[15] Gabriel Llompart Moragues, «La fiesta del Corpus Christi y representaciones religiosas en Barcelona y Mallorca (siglos XIV-XVIII)», Analecta sacra tarraconiense 39, 1966, págs. 25-45, ha apuntado la presencia en ellas de gigantes representando a caballeros, guerreros y reyes, vestidos de forma anacrónica con espadas, porras y mazas.

[16] «Iglesia institucional y religiosidad popular en la España barroca », La fête, la cérémonie, le rite / La fiesta, la ceremonia, el rito. Coloquio Internacional, ed. de Pierre Cordoba y Jean-Pierre Étienvre, Granada, Universidad de Granada-Casa de Velázquez, 1990, págs. 9-20.

[17] Anthony Close , «La comicidad del episodio barcelonés del Quijote» , Cervantes, el «Quijote» y Barcelona , cit., págs. 59-73.

[18] Anthony Close, ibíd ., pág. 63, distingue entre las aventuras quiméricas de la primera parte y las verdaderas, que, en la segunda, se sitúan en los parámetros de la comicidad. Y véase, del mismo, «Fiestas palaciegas en la segunda parte del Quijote», Actas del Segundo Coloquio Internacional del Asociación de Cervantistas, Barcelona, Anthropos, 1991, págs. 475-484.

[19] Véase La fiesta. Actas del II Seminario de Relaciones de Sucesos (A Coruña 13-15 julio de 1998) , ed. de Sagrario López Poza y Nieves Pena Sueiro, Ferrol, Sociedad de Cultura Valle-Inclán, 1999, págs. 213-222.

[20] Alfredo Chamorro, «Un éxito efímero: la visita de Felipe III a Barcelona en 1599 », Scripta manent. Actas del I Congreso Internacional de Jóvenes Investigadores del Siglo de Oro, ed. de C. Mata Ynduráin y A. J. Sáez, Pamplona-Universidad de Navarra, 2012, págs. 262-267, ha señalado que fue el duque de Lerma quien decidió que dichas bodas, que se iban a celebrar en Barcelona, tuvieran lugar en Valencia. Y véase M. A. Pérez Samper, «Barcelona, Corte: Las fiestas reales en la época de los Austrias », La fiesta cortesana en la época de los Austrias , ed. de M. L. Lobato y B. J. García García, Valladolid, Universidad de Valladolid, 2003, págs.

139-192. Ricardo del Arco, La sociedad española en las obras de Cervantes, pág. 24, se adelantó a estudios posteriores al situar el recibimiento de don Quijote en Barcelona en las coordenadas del que recibían habitualmente los reyes.

[21] Pierre Vilar, Història de Catalunya. Els segles de la decad è ncia (segles xv - xviii , Barcelona, Ed. 62, 1991, págs. 11 y 15.

[22] Sobre los «cavalls cotoners», que aparecen en las procesiones del Corpus de Igualada en 1596, o en 1601 en Olot, Manresa, Vic y Tarragona, véase Vicente Sánchez Moltó, art. cit, págs. 153-155. En Francia, representaban «a modo de justas carnavalescas» y, en España, luchas entre moros y cristianos. Los diablillos aparecían en numerosas procesiones de Barcelona danzando junto a los músicos y enfrentados a los niños vestidos de ángeles. Véase Francis G. Very, The Spanish Corpus Christi Procession, A Literary and Folkloric Study, Valencia, Tipografía Moderna, 1962, págs. 43-44.

[23] Barcelona, Sebastián de Cormellas, 1625. Hemos consultado el ejemplar de la RAE VAR 355. El nacimiento de la infanta se celebró por todo lo alto con colgaduras en la Diputación, adornos y la bandera bordada con las armas de la ciudad, «que son la barras de Aragon de sangre en campo de oro, y la Cruz de San Iorge de carmin, o purpura, en campo de plata, sobre la corona por timbre, la sierpe que mato este martir illustrissimo». La relación aporta numerosos datos sobre la corografía de Barcelona, la intervención de las distintas cofradías y la celebración de un torneo.

[24] La relación alude a los aciertos de las cuadrillas y a que «En tiempo de don Alonso Rey de Aragon, y Napoles, que aunque era poco para veras, era mucho para burlas, si bien las armas de los Españoles siempre han sido veras». De una de las letras del torneo dice que todas las mujeres, incluidas las de Madrid, son mudables.

[25] Opus cit., vols. I y II.

[26] Ibíd , II, pág. 15.

[27] John H., Elliot, «Una aristocracia provincial: la clase dirigente catalana en los siglos XVI y XVII », España y su mundo (1500-1700), Barcelona, Crítica, 2007.

[28] Ricardo del Arco, opus cit ., cap. V.

[29] María Cruz García de Enterría, núm. 171.

[30] He consultado el ejemplar de la BNE VE/1379-12.

[31] La pervivencia de lo pastoril en las entradas reales o principescas de Barcelona se percibe también en otros pliegos, como el de Batista Castillo, Coloquio de regozijos entre Minga y Fabio pastores, en alabanzas de su Magestad viniendo a verle a Barcelona , 1616 (cf. Simón Díaz, BHL, XI, núm. 271. Y véanse los núms. 272, 273 y 275).

[32] Y véase el pliego suelto recogido por Simón Diaz, Bibliografía de Cataluña (1481.1765), Madrid, CSIC, 1950, vol. I, núm. 161: «Relació de la entrada y recebiment fet per la molt noble Ciutat de Barcelona als tres Infants de Saboya; nebots del Rey nostre Señor de gloriosa memoria Phelip Tercer l'any 1603», Barcelona, Gabriel

Graells y Giraldo Dotil, 1603. La presencia de damas en los torneos barceloneses merecería consideración aparte. Uno de 1587, por iniciativa de Manrique de Lara, conde de Valencia, «per a la seva propia diversiò i de la seva tia la duquesa», pareció «impertinent i desacostumat» (ibíd ., pág. 72). En el recibimiento de 1599, hubo justas en el Born con carros triunfales llenos de ninfas y caballeros con antifaz.

[33] Juan Bautista Avalle Arce, «El último episodio pastoril del Quijote de 1615», Cervantes, el «Quijote» y Barcelona , cit., págs. 19 y ss. y 27. Y véase infra.

[34] El relator-pastor termina dirigiéndose a las pastoras de su aldea confesando que está «con muchas quimeras».

[35] Así la Relación verdadera de la famosa presa que han hecho las galeras de Barcelona de una nave de moros entre las islas de las Hormigas y Palamos… sucediendo en la Capitana la grandissima desgracia con un barril de pólvora donde se quemaron algunos cavalleros entretenidos… Compuesto por Iordi Miquel, Barcelona, Esteban Libreros, 1618 (BNE V Cª 118-22). Y véase la Relación verdadera de las dos famosas presas que han hecho dos Galeras de Cathaluña (la Capitana y Patrona) de tres baxeles de moros… año de 1611, por un hijo de la Ciudad de Barcelona , Barcelona, Joan Amello, 1611. Descrita por Antonio Palau y Dulcet, Manual del librero hispanoamerica no, Barcelona, Librería Palau, 1962, tomo XV, este da noticias de otros sucesos semejantes en el Mediterráneo, en 1586, 1597, 1611, 1612 1613 y 1614, contra el turco.

[36] María Cruz García de Enterría, opus cit , núm. 204.

[37] Gonzalo Pontón, «Cómo se hace una novela: la composición del

Quijote » (DQ , pág. 1527); y Jean Canavaggio, «Cervantes y Barcelona», Cervantes, el «Quijote» y Barcelona , cit., págs. 49-58.

[38] Véase la ed. de Samuel Gili y Gaya, Madrid, Espasa, 1969, págs. 3-5, 39 y 45. La Expedición estaba escrita ya en 1620, aunque se publicó en 1623. Moncada sirvió a Felipe IV y lo nombró Gracián en El Criticón .

[39] Pliegos poéticos del siglo xvi de la Biblioteca de Rodríguez Moñino, ed. cit., págs. 8-18, 23-43-44, 51-54.

[40] Ibíd., pliegos I, IV, V y IX. Entre ellos, las Cobles de les tristes y doloroses tres Naus de Conserva , Barcelona, Hubert Gotart, 1589, con la derrota de mosén Juan de Pontons, mosén Satorres y mosén Pujades en Turquía. Y véase la historia de Matheo Sánchez de la Cruz, «Aquí se contiene un dulce tratado de como una mujer de Valladolid siendo captiva quando lo de Bugia, negó la ley de nuestro Señor, y se casó con un rico Moro…», Barcelona, Viuda de Hubert Gotart, 1590. Posteriormente ella se arrepintió y fue a Roma a conciliarse con el Santo Padre. Algunos de los pliegos se publicaron en Valencia, como el salido de la imprenta de Pedro Patricio en 1595. En este caso, la sultana era hija de un renegado de Sicilia y de una madre pagana, pero ella no se olvidó de su religión y al final escapó de Argel y, gracias a la intervención del visorrey y al perdón de la Inquisición, se fue con otros de sus salvadores a ver al rey.

[41] Victoria Campo, Víctor Infantes y Marcial Rubio Árquer, Catálogo de los pliegos sueltos poéticos del siglo xvi de la biblioteca de Antonio Rodríguez-Moñino, Alcalá de Henares, Universidad de Alcalá, 1995, págs. 14 16, 16, 35 y 38.

[42] Aurora Egido, El diálogo de las lenguas y Miguel de Cervantes , Zaragoza, PUZ, 2019.

[43] Aurora Egido, Por el gusto de leer a Cervantes , págs. 154-156.

[44] He consultado el ejemplar de la BNE R/11716. El impreso se había publicado antes en Valencia, según indica el pie de esa edición de 1615.

CAPÍTULO 7

Gigantes y caballitos cotoneros

Entre justas y torneos, las técnicas guerreras de la aristocracia militar fueron evolucionando a lo largo de los siglos formando parte de una evasión lúdica que tenía sus raíces en los ideales de la caballería artúrica [1] . La búsqueda de la fama, alcanzada a través de combates y proezas en la Demanda del Sancto Grial (circa 1300), con el correr de los siglos, todavía pudo servir de modelo al inusitado caballero don Quijote, que encarnaría a su modo ese antiguo código en buena parte trasnochado.

La parodia y la comicidad que generaba el choque de sus ideales con el mundo circundante no eran sin embargo nuevas. Como hemos visto, ya desde mediados del siglo XV, el torneo y las justas perdieron su significación caballeresca en beneficio de lo deportivo y teatral, y son muchos los ejemplos en los que alcanzaron tintes carnavalescos y parateatrales, presentes ya en la época de Carlos V [2] . Posteriormente, Felipe II reactivó y ordenó la caballería, extendiendo las fiestas y los torneos a ciudades, villas y lugares, instando a la creación de cofradías que los propiciaron con un nuevo sentido [3] . Ello sería fundamental en el desarrollo de los festejos y certámenes, dedicados en buena parte a los santos, gracias al impulso de dichas cofradías y al de las órdenes religiosas y las universidades, que democratizaron en cierto modo los festejos cortesanos.

El viaje de ida y vuelta entre realidad y ficción se dio evidentemente a todos los niveles, ya hablemos de las justas caballerescas en campo abierto o de las obras que las idealizaron. Lo cierto es que la teatralización de las primeras dio paso a la vitalidad de las justas literarias desde finales del siglo XVI y principios del XVII, coincidiendo con la publicación de las dos partes del Quijote.

No obstante, conviene tener en cuenta que el término caballeresco

de «justa» ya había aparecido vinculado tempranamente en Sevilla al certamen poético. Así lo refleja la celebrada en loor de san Juan Bautista en 1532 o la de 1542 por san Sebastián y san Isidro, entre otras [4] . De ese modo, la unión de lo caballeresco y lo religioso fue tejiendo un entramado de celebraciones y publicaciones en el siglo XVI , que se intensificaría en toda España a lo largo del siglo XVII , donde los términos «Academia», «Festiva Academia» o «Certamen» dominarían en los títulos durante la segunda mitad. Su divinización, por así decir, se ve en un largo periodo, que culminó en obras como la «Sagrada iusta» celebrada en Orihuela, 1696, dando paso a términos como los de «Fiestas» o «Fiestas eclesiásticas», sin olvidar los de «palestra», «pira», «pompa» o «exequias», entre otros.

En el caso de Barcelona y por lo que concierne al viaje de don Quijote a esa ciudad, creemos fundamental la celebración de los mencionados festejos de 1601 por la canonización de san Raimundo de Peñafort (castillo de Peñafort, circa 1175-Barcelona,1285), descritos en su Relación por fray Jaime Rebullosa [5] . En fechas anteriores a la publicación de las dos partes del Quijote, esas fiestas recrearon, literaria y teatralmente, los afanes caballerescos de la ciudad en los mismos lugares y con la participación de los mismos estamentos que concurrieron a las antiguas justas [6] .

Ramón o, ya en religión, Raimundo de Peñafort había sido un dominico de origen noble, que llegó a ser maestro general de la Orden de Predicadores y que se formó en la Universidad de Bolonia. Destacó como jurista e introdujo la Inquisición en el reino de Aragón. Habiendo fallecido en Barcelona en 1275, fue proclamado beato en 1542 y canonizado el 29 de abril de 1601 [7] . Asombra, en este caso, la celeridad con la que la ciudad donde estaba enterrado festejó su santidad a partir de mayo.

La canonización promovió toda una serie de publicaciones que exaltaron la figura de este dominico que ya había suscitado otras con anterioridad, como muestra la obra de Francisco Diago, Historia de la provincia de Aragón de la Orden de Predicadores (Barcelona, Sebastián de Cormellas, 1599). José Jaime García Bernal ha señalado la extensión de las fundaciones de esa orden en Zaragoza, Valencia, Lérida, Barcelona y Mallorca, así como los festejos suscitados por la canonización de san Raimundo, cuyo nombre se

vinculó a la nobleza de la casa de Aragón en la Vita Sancti Raimundi de Pedro Marsilio, cronista de Jaime II, publicada en 1601 por el mismo Francisco Diago [8] .

Su elevación a los altares suscitó otras obras que no solo exaltaban su figura y la de otros santos catalanes, sino las hazañas y conquistas alcanzadas por sus antepasados, uniendo a un tiempo la hagiografía con las glorias militares del reino de Aragón [9] . Los ecos de la efeméride se extendieron sin embargo más allá de la provincia aragonesa de la orden dominica, como muestra la obra de fray Andrés Pérez, Historia de la vida y milagros del glorioso sant Raymundo de Peñafort, frayle de la orden de Predicadores (Salamanca, Pedro Lasso, 1601). Su autor hablaba en el prólogo de ese «santo vasallo» del rey Felipe III, que promovió su canonización, y cuya imagen iba unida a la de «dos Religiones, una Roma, y las Españas, y toda la Christiandad» [10] .

De ese modo, se le resignificaba como santo universal de la Iglesia católica en una biografía novelada que unía la historia de la caballería a la de la guerra, las monarquías y la meditación. El nuevo santo, que lo hizo todo y todo lo dejó, se convertía así en «rey del mundo» y divisa simbólica que, merced al significado de su apellido de Peñafort, se le identificaba con san Pedro, fundador y piedra angular de la Iglesia [11] . Tras la canonización, los milagros de san Raimundo se extendieron pronto dentro y fuera de Cataluña, según cuentan dos relaciones de 1603 y una de 1614 [12] . Y no deja de ser curioso que, gracias a su intervención, tuviera lugar en Tosa una victoria sobre los turcos [13] .

La canonización dio pie también a la publicación de algunos pliegos sueltos con los que el público tuvo noticia del evento, como el «Romance a la ciudad de Barcelona, y a la Orden de Predicadores en las regozijadas nuevas de la canonización del bienaventurado Cathalán Barcelonés san Ramón de Peñafort… en 29 de abril… de MDCI» (Barcelona, Joan Amelló, 1605), cuyo primer verso se abría con un «Alégrate toda España» [14] . Henry Ettinghausen, como hemos apuntado, habló de la amplitud del idioma de los santos en relación con él y del eco popular que suscitó su canonización a través de los pliegos que se publicaron en su honor [15] .

En realidad, se trataba de un santo vinculado a Barcelona, a la

provincia aragonesa de la Orden de Predicadores, al reino de Aragón y a toda la cristiandad. Por ello, sus celebraciones se extendieron por todos los conventos de los dominicos, incluso al otro lado del Atlántico, a impulsos de Felipe III, que abogó por su canonización y por la difusión de esta en sus reinos.

A este respecto, cabe tener en cuenta el impulso que las canonizaciones tuvieron en Cataluña durante la Edad Moderna y particularmente en Barcelona, que aspiraba a configurarse como ciudad de los santos. Y, en ese contexto, la subida a los altares de san Raimundo destacaría a través de unos festejos sin precedentes, que tuvieron a su vez, como decimos, un amplio eco en los numerosos impresos que dieron cuenta de ellos [16] . El contenido militar de las celebraciones barcelonesas fue en realidad consecuente con la figura del canonizado, pues no en vano había vivido en tiempos propicios al torneo y en una orden que destacó por su encendida lucha contra infieles y herejes [17] .

En la mencionada Relación de las grandes fiestas, fray Jaime Rebullosa se extendió en la participación de todos los estamentos de la ciudad: desde el duque de Feria, virrey de Cataluña, y los conselleres de la Diputación, a los inquisidores, las cofradías, las órdenes religiosas y la universidad, así como a los representantes de los tribunales, de los notarios y de los distintos gremios a través de sus cofradías, incluida la de los ciegos. Pero fueron sin duda los caballeros quienes, en número de treinta, se movieron en primer lugar por la ciudad haciendo constar la adhesión del brazo militar a dichos festejos y corriendo por las calles con sus caballerías ricamente engalanadas a lo turco, acompañados de trompetas y atabales.

Rebullosa escribió su Relación con un afán claramente dedicado a la exaltación de Barcelona, de Cataluña y de la Orden de Predicadores a la hora de propagar la fama del santo, pero sin perder de vista una proyección más amplia, que también estuvo presente en otras publicaciones suyas posteriores como la Descripción de todas las provincias y reinos del mundo sacadas de las Relaciones toscanas de Juan Botero (Gerona, Gaspar Garrich, 1622). Ello se asentaba sin duda en la universalidad inherente al propio sentido de la Iglesia católica, ya patente en su Historia eclesiástica y estado presente de

la Religión en todos los Reynos de Europa, Asia y África; sacada de las Relaciones toscanas de Juan Botero Benes (Barcelona, Hieronymo Margarit, 1610), así como en la amplia extensión de la orden dominica [18] .

En ese sentido, las celebraciones barcelonesas por san Raimundo, al igual que otras muchas que tuvieron lugar en España y América sobre otros santos y efemérides religiosas, son la confirmación de cómo fue evolucionando la «Monarchia Universalis» patrocinada por Carlos V, en una «Monarquía Católica», configurada por su hijo Felipe II [19] .

Barcelona y sus alrededores se volcaron en el evento de 1601, donde la música, los cantos, los adornos, las colgaduras y los fuegos artificiales se unieron a las procesiones, misas, gozos y sermones, entrelazados con desfiles de a caballo, torneos, sortijas, encamisadas nocturnas, saraos, danzas, certámenes literarios y erección de tabernáculos en las calles [20] .

El componente literario de los festejos por san Raimundo se extendió a la colocación de poesías en las puertas del convento dominico de santa Catalina, así como de carteles de desafío anunciando los torneos y sortijas en la plaza del Born o del Borno, como la denomina Rebullosa. Un soneto cuatrilingüe, colocado en ella, ofreció una mezcla de italiano, francés, castellano y catalán, aunque serán estas dos últimas lenguas las que aparezcan en los certámenes y otros actos, unidas al uso del latín. Este estuvo también presente en los sermones, junto al castellano y al catalán, como el del obispo de Vich, que predicó «en su natural lengua catalana» [21] .

Un aspecto curioso en esas fiestas fue la mencionada participación de niños y niñas del arrabal y de otros barrios en las procesiones, unida a la de mozos, pajes y lacayos de caballeros y señores, cuya vida ciudadana deseaba el autor de la relación estuviera alejada de ladrones, salteadores y bandoleros (págs. 110-111) [22] . Esa presencia infantil recuerda, en cierto modo, la de infantes de pocos años vestidos como caballeros, que se entrenaban en el ejercicio de las armas para acudir a momos y sortijas en las bodas reales y en otros festejos de épocas pasadas celebrados en otros lugares de España [23] .

Recordemos que la educación del príncipe Felipe corrió a cargo de don Juan de Zúñiga y de su esposa Estefanía de Requesens. Las cartas en torno a ese matrimonio dan cuenta de la amistad que aquel tuvo con su hijo don Luis de Requesens, estudiando, cazando, jugando y acudiendo a justas y torneos a la edad de ocho y doce años con otros caballeritos [24] . Esas costumbres de la realeza y de la nobleza se trasladaron con el tiempo a otras capas de la sociedad, que trataban de imitarlas en las fiestas populares.

Respecto a los pajes y lacayos que acompañaron los festejos barceloneses de 1601, lo cierto es que Rebullosa arremetió contra lo que consideraba la «ioventud mas verde, y que de ordinario suele vivir mas llena de olvido de Dios y mas embuelta en juegos, lascivias, y todo genero de peccados, proprios frutos de la ociosa libertad de las casas donde se crian» (pág. 110). El fraile dominico comparó además esas actitudes con «las Academias, donde cursan sus estudios los ladrones, los salteadores, y los perniciosos y escandalosos bandoleros tan famosos en infamias» (págs. 110-111), abogando por que estos desaparecieran. La equivalencia académica de ese mundo de delincuentes no deja de recordar, en buena parte, la del patio de Monipodio cervantino, donde también se dio curiosamente esa imagen contrahecha de una academia integrada por ladrones y pendencieros.

En los festejos de 1601 por san Raimundo, cobró particular relieve la presencia de niños vestidos de blanco y coronados de flores, al igual que la de las niñas, también de blanco, descalzas y con el cabello tendido, así como de mancebitos portaestandartes y doncellitas encarnando a santa Eulalia, santa Madrona y santa Caterina [25] . La blancura de su vestimenta se acordaba en parte con la propia, blanca y negra, del hábito de la Orden de Predicadores y, en cierto modo, con el simbolismo que ir «de punta en blanco» tenía para los caballeros vestidos con la armadura completa, luciendo la espada de acero bruñido y pulido.

El número de niños en procesión va creciendo conforme la relación de Rebullosa avanza, contándose por miles (págs. 54 y ss.). A ellos se añadían otros que cantaban letanías en las procesiones o que, de dos o tres años, iban rezando «con sus lenguas dulces» (pág. 74). No faltaron tampoco los niños pobres, los de las escuelas y los acogidos

en el Hospital de Misericordia, pues la relación se ocupó de contar con la presencia de todas las clases sociales en las fiestas por el santo dominico.

Pero, por lo que atañe al Quijote, cabe destacar que, en la Relación de Rebullosa, aparece una danza de doce «caballicos cotoneros», como él los llama, junto a unos demonios y dos gigantes sobre zancos, vestidos de ropas muy largas de seda y con lanzas en las manos, seguidos por dos grandes dragonazos, escupiendo llamas de fuego. Esas figuras procesionales, que infantilizaban y rebajaban los atuendos y el porte militar de los caballeros, tenían como remate la de «un grande gigante de diferente talla que los otros, armado con grandes planchas y coraças, y con su selada todo dorado, y baylando los cascaveles con mucha graciosidad al son de una flauta y tamboril que le yva delante» (págs. 148-149). Su aparición, de tal guisa, propiciaba a todas luces una visión carnavalesca de la caballería andante.

Todo ello ofrece una imagen impagable de hasta qué punto el simbolismo caballeresco se había rebajado al diversificarse y cosificarse en la procesión callejera, mostrando la figura de gigantes de madera, tela y cartón piedra disfrazados de caballeros que portaban armas ficticias [26] . Pero lo más sorprendente, en relación con don Quijote, es la aparición de un caballero sobre su caballo con sillas y estribos «a la antigua», llevando paramento con las armas de los reyes de Aragón y de la ciudad. Esa perspectiva obsoleta, presente en varias procesiones y representada no solo por gigantes procesionales sino por caballeros barceloneses, ofrece, sin duda, una nueva perspectiva en relación con las armas y la vestimenta del particular caballero de la Mancha.

Con anterioridad a Cervantes, François Rabelais ya había mostrado en 1532 al antihéroe Pantagruel y a su amigo Panurgo ofreciendo la cara ridícula y festiva de las armaduras caballerescas, lo que no deja de interesar si consideramos que el primero era hijo de un gigante [27] . Y, en relación con el Quijote , conviene recordar la presencia de pasos caballerescos en las procesiones, como la de un carro de la justicia con Átropos y una montaña en la fiesta del Corpus Christi de 1595 en Madrid, titulado curiosamente «El Paso Honroso» [28] . Pues, en esa ocasión, hubo además una danza de gigantes al igual

que en otros muchos lugares de España, repitiéndose su presencia por las fiestas de san Juan en Barcelona y en Valencia, siguiendo una antigua tradición.

La historia procesional de los gigantes y cabezudos, semejando reyes, princesas, caballeros y damas desde el siglo XIV, con la conocida Ducasse d'Ath en las fiestas belgas por san Juan Bautista, conforma una trayectoria digna de ser tomada en consideración a la hora de visualizar a don Quijote, quien, con el tiempo, aparecería, hasta el día de hoy, junto a Sancho y acompañado a veces de Dulcinea en los desfiles callejeros de España y América. La proliferación de gigantes en Portugal, Austria, Inglaterra y los Países Bajos es bien conocida. Pero, sin profundizar en el análisis de esa tradición festiva, que se extendió por toda Europa y cruzó el Atlántico y el Pacífico, conviene recordar que, en sus inicios, recreó figuras como Goliat, Hércules y Sansón, cercanas, como sabemos, a las figuraciones heroicas y caballerescas del hidalgo manchego.

La historia bíblica de Goliat era bien conocida por todos y Cervantes la menta en la prefación de 1605, cuando el amigo juega con las anotaciones al uso diciéndole que, si saca algún gigante en el libro, lo haga con Goliat, suscribiendo después que este «fue el filisteo a quien el pastor David mató de una gran pedrada en el valle de Terebinto, según se cuenta en el libro de los Reyes» (DQ I, I, pág. 16).

Cervantes fue testigo de esa tradición de los gigantes procesionales vinculados a la celebración del Corpus Christi, que se codificó y amplió a partir de Trento como afirmación contra la herejía [29] . Los gigantes y las gigantas, ya vinieran de Italia en la época de Alfonso V o de Flandes en la de Felipe el Hermoso, personificaron, en principio, símbolos del bien y del mal que se fueron transformando con el correr de los siglos. Ellos supusieron una imaginería compuesta de armazones de madera, mimbre, aros metálicos, telas, latas plateadas y oropel, como la que compusieron los gigantes del Corpus de Toledo en 1497 o los de Alcalá en 1525, contribuyendo durante siglos al regocijo popular [30] . Ya en 1493, las cuentas por la fiesta toledana del Corpus hablaban de las hachas de cera que portaban los gigantes que desfilaban delante de la custodia, así como de los collares de calabazas que estos lucían habitualmente en

las procesiones de la ciudad [31] .

Su construcción inicial a partir de aros y varas moldeadas y cubiertas con sábanas viejas que se pintaban fue evolucionando con el correr de los siglos. Los gigantes toledanos de 1508 que pintó Francisco de Amberes, acompañados de los ministriles de los reyes y del marqués de Villena, salieron por las calles de la ciudad bien proveídos de unas mazas que, andando el tiempo, se transformarían en espadas, como vemos en las citadas fiestas barcelonesas de 1601. Los de Toledo, según el relator,

iban vestidos con garnachas o vestiduras talares con manga y gran sobrecuello, mantos y gorgueras. Como tocado, chepiteras, coronas de oropel o sombreros adornados con cintas amarillas y coloradas. Les ponían vistosos collares de papel, lata, oropel y plata dorada y llevaban en las manos varas y calabazas [32] .

La existencia en toda la península de los gigantes y su temprano trasladó a América y más tarde a Filipinas son prueba de una recreación callejera al alcance de todos por unas figuras imaginadas que se convirtieron en apariciones reales. Sus visajes no estuvieron tan alejados de la traza caballeresca encarnada por don Quijote de la Mancha, que, con el tiempo, se incorporaría, como decimos, junto a Dulcinea y Sancho Panza, a las procesiones del Corpus y de otras festividades en casi todas las ciudades.

La presencia de gigantes en los libros de caballerías y su traslado al Quijote en la aventura de los molinos (DQ I, VIII) o en la de los cueros de vino (I, XXXV) ha sido analizada convenientemente por la crítica, que ha tenido en cuenta su presencia en el Amadís y demás caterva caballeresca, así como en la tradición bíblica y mitológica [33] . María Coduras ha analizado detenidamente el alto porcentaje de gigantes que aparecen en el ciclo amadisiano como símbolo de desmesura, fortaleza y soberbia, frente a la virtuosidad propia de los caballeros [34] . Desde el Amadís de Gaula (1508) a la Cuarta Parte del Florisel de Niquea (1551), se constatan 166 gigantes y 19 gigantas. Muchos de ellos eran pelirrojos (es decir, judíos) y

barbados, además de feos, mientras que las gigantas eran hermosas y menos bravas.

Las polianteas, como el Jardín de flores curiosas de Antonio de Torquemada o la Silva de varia lección de Pedro Mexía, vincularon los gigantes a lo maravilloso y extraordinario, pero —todo hay que decirlo—, en esa larga tradición, nadie fue capaz de recrear algo parecido a la Giralda de Sevilla, como hizo Cervantes en la segunda parte del Quijote. En tal caso, fue el ingenioso Sansón Carrasco, quien, ya como Caballero del Bosque, presumió, de haber rendido a tan inusitada giganta a petición de su amada Casildea de Vandalia:

Una vez me mandó que desafiara a aquella famosa giganta de Sevilla llamada la Giralda, que es tan valiente y fuerte como hecha de bronce, y sin mudarse de un lugar es la más movible y voltaria mujer del mundo. Llegué, vila y vencila, y hícela estar queda y a raya, porque en más de una semana no soplaron sino vientos nortes (DQ II, XIIII, pág. 801).

A despecho de su presencia en los libros de caballerías, creemos que los gigantes del Quijote, contrahechos o no, merecen también insertarse en la tradición festiva de las figuras que los habían representado secularmente en las procesiones del Corpus Christi y en otras muchas, ya fuera representando a Gog y a Magog, a Goliat o al mismo Cid Campeador, vestido de «armor» romano en Barcelona. Aunque también aparecieran disfrazados de salvaje, como ocurrió con los dos gigantes que desfilaron por las calles de Alcalá de Henares en 1586 [35] .

Cervantes estuvo al cabo de su existencia, refiriéndose a las gigantillas danzantes del Corpus en el entremés de Los alcaldes de Daganzo o aludiendo a la jibia o gomia, pero transformó esas y otras alusiones a la tarasca, las cabezas parlantes, los títeres, los autómatas o los teatrillos mecánicos en algo literariamente nuevo [36] . En sus obras, no solo se distanció del trasfondo religioso, sino de los ataques morales que sufrieron por su aparición en las procesiones, llenas de elementos folclóricos que lindaban con lo

grotesco [37] . El ejemplo de los titiriteros de El licenciado Vidriera o del Coloquio de los perros nos muestra la perspectiva de Cervantes sobre la gente vagamunda, indecente e inútil, que convertía con sus figuras la devoción en risa.

El Retablo de Maese Pedro en el Quijote y el entremés del Retablo de las maravillas mostrarían a nueva luz la utilización del universo épico de los títeres, incluso de los imaginarios, entre burlas y veras. A juicio de John E. Varey, Cervantes siguió en ese Retablo la tradición existente de los títeres desde Ramón Llull y la recreó en una relación imaginativa, tal vez influida por la Danza de don Gayferos, representada en Madrid, en 1609, donde aparecían caballeros franceses luchando contra unos moros con sus lanzas y adargas [38] .

Buen conocedor de los títeres, los utilizó con fines más complejos que el de la pura diversión cortesana o callejera, uniendo sus figuras a la conciliación de lo maravilloso y admirable con la verosimilitud; asunto presente en las poéticas neoaristotélicas y en la épica de Torcuato Tasso [39] . Pero todo ello no solo tenía implicaciones teóricas, sino reales, en los burattini y las marionette que Cervantes pudo conocer en sus viajes por Italia y que estuvieron vinculados a la historia de Orlando y a la épica caballeresca. Los muñecos de guante y en particular los fantoches de hilo que la caricaturizaban circularon por toda Europa, incluida España, trasladando a los fantoches y mundinuevos las gestas de Carlomagno, Ornaldo y Rinaldo [40] . Su amplio recorrido en relación con el tema caballeresco llegó incluso a su recreación a lo divino en la Ensaladilla del Retablo de José de Valdivielso (1612), un romance espiritual en el que unos angelillos jugaban cañas al final de la obra [41] .

Recordemos que hasta los «tutilimundi» se hicieron eco de las hazañas épicas del Cid, siguiendo una amplísima tradición, de la que dieron también cuenta las novelas de caballerías, convirtiendo a sus héroes en muñecos de cobre [42] . Ellos formaron parte de la historia de los autómatas, que proliferaron en España sobre todo a partir de la llegada de Carlos V, y también de la que conformaron, por su variada presencia, en la narrativa caballeresca [43] .

Respecto a los gigantes, John E. Varey sintetizó hace años la larga

tradición de su presencia en nuestro país [44] . Vinculados a la festividad del Corpus Christi junto a otras figuras, como los enanos, el águila, las montañas o rocas y el dragón del caballero san Jorge, sus figuras salieron en numerosas procesiones, como las valencianas, con anterioridad al siglo XV . En el caso de Barcelona, las que aparecen en 1601 por la canonización de san Raimundo, así como el ave fénix, gozaron de precedentes lejanos en las procesiones de 1424, con batallas mímicas, salvajes, carros y figuras contrahechas.

Dejando aparte la cronología sobre las primeras apariciones de los gigantes procesionales, lo cierto es que ya en 1391 Barcelona los encarnó en las figuras de Goliat y de san Cristóbal, frecuentes también en otros lugares como Sevilla. En 1588, Valencia contrató precisamente a un carpintero para que los confeccionara, como era costumbre en Toledo, Madrid o Sevilla [45] . Con el tiempo, el fervor religioso fue dando paso a su proyección más lúdica, bailando por parejas, acompañados de enanos o vestidos a la usanza de distintas naciones, ya fuera de gitanos, turcos o negros [46] .

De su larga pervivencia dio señas Antonio de Brunel al relatar su viaje por España el año de 1655, donde no se olvidó de mencionar la figura de los gigantes y gigantas que aparecían en las fiestas del Corpus madrileñas junto a la tarasca. Todo ello lo consideró —como hizo respecto a los toros— costumbres que persistían de tiempos de los moros. Su descripción («máquinas de gigantes, es decir, ciertas estatuas de cartón llevadas por hombres que van ocultos bajo las faldas») abundaba en que se trataba de figuras horribles y grotescas, conocidas como «hijos de los vecinos», añadiendo que no había aldea que careciera de ellas [47] . A ello sumó una curiosa teoría al asegurar que cuanto más graves y prudentes son las naciones, como era el caso de la española, «resultan más locas cuando se ponen a alegrarse» [48] .

A ese respecto, no deja de ser interesante la aproximación a don Quijote revestido de falso caballero andante como la de una figura contrahecha que reconocerían sus lectores. Estos estaban acostumbrados, al igual que Cervantes, a ver los gigantes procesionales luciendo vestimentas caballerescas junto a las gigantonas y «gegantesas», que ponían en evidencia las propias de

los caballeros. Ello afectaría sin duda a la lectura de la batalla contra los molinos de viento y a otros episodios semejantes.

La mascarada que comportaron los gigantes y enanos junto a otras figuras, que también se hicieron presentes en los entremeses y en las celebraciones nupciales como la de Felipe II y la princesa Isabel en 1560, nos avisan de la necesidad de atender a contextos extraliterarios y a los llamados géneros menores a la hora de analizar obras mayores, incluido el Quijote [49] .

El hecho de que los gigantes estuvieran asociados desde el siglo XV a los torneos, hizo más plausible su presencia en las fiestas barcelonesas de 1601 por san Raimundo, donde los elementos y figuras propias de la procesión del Corpus estuvieron unidos a las justas, como veremos.

Pero, en relación con esas figuras procesionales, remedo de las caballerescas, conviene precisar cuál era el significado real de su vestimenta «a la antigua» con la que aparecen en ocasiones. Aunque ello comporte una alusión a lo festivo y ridículo de tal compostura por parte de unos muñecos hercúleos, también es cierto que se sujetaba a un claro sentido literal relativo a su obsolescencia, sin que a veces ello supusiera detrimento alguno. Es más, el componerse de tal guisa podía ser incluso un toque de distinción entre la nobleza.

La moda de los caballeros armados a la antigua puede ser bien ilustrativa al respecto, pues contrastaba con la de quienes se vestían a la romana o a la heroica. Así lo manifestó el mejor armero del Renacimiento, Filipo Negroli, al describir cómo aquellos recreaban a su manera las armaduras del mundo clásico inspirándose en la mitología o en la historia. Álvaro Soler del Campo recogió a su vez un rico catálogo de imágenes en el que hay muestras de reyes «armados all antica», siguiendo el modelo de la Antigüedad clásica [50] .

No en vano don Quijote, conocedor de esa moda, pidió a su vecino, en el capítulo VII de la primera parte, una rodela o escudo pequeño para combatir a pie «a la romana», aunque se pusiera también su «rota celada». A ello cabe añadir la lanza compuesta por un ramo seco al que añadió un hierro, tal y como hubiera hecho alguien que

quisiera hacer el papel de un caballero fingido en persona o adjudicarlo a una efigie gigantesca [51] .

Que fueran los gigantes quienes siguieran tales modelos suponía sin duda un evidente cambio que rebajaba el vestir a la antigua al terreno público de lo festivo, al igual que lo hacían las tarascas que, en el Madrid de los Austrias, ofrecían «la moda mejor» el día del Corpus. En este aspecto, como en tantos otros relacionados con el mundo caballeresco, se ve un claro desplazamiento de signos y símbolos, que, partiendo de lo festivo, se rebajaban a lo carnavalesco y hasta ridículo. Los gigantes armados a la antigua copiaban en sus trazas los trajes y armas de reyes y nobles, saliendo en las procesiones para regocijo del pueblo.

El Renacimiento, que fue en sí mismo la resurrección del mundo clásico, se extendió a todos los niveles, incluido el de la vestimenta caballeresca. Soler del Campo señala al respecto que

Las «armas a la antigua» fueron la alusión más clara al pasado clásico con referencias a la historia de la Antigüedad y a la mitología como medio de glorificación del poder político. Este también se manifestaba mediante las figuras de la Fama, la Victoria, la Gorgona Medusa o las cornucopias [52] .

La época de Carlos V fue crucial al respecto, pues no en vano el emperador Maximiliano I de Austria mandó a sus armeros que hicieran a su nieto dos armaduras a la borgoñona que imitaran con metal la tela de un vestido de corte. Sus retratos futuros ofrecerían con el tiempo toda una serie de variantes al respecto, sin que faltara la rodela del Plus Ultra o la Apoteosis de Carlos V, en la que la mitología se ponía al servicio de su exaltación heroica [53] . No olvidemos, por otro lado, que el escudo que supuestamente llevó Carlos V a Argel estaba adornado con la cabeza de un gigante [54] .

El prestigio de las armas y de los armeros, sobre todo de los que residían en Alemania y en Italia, que fabricaban espadas, dagas y sillas de montar de oro y plata, se puso al servicio de la exaltación

del linaje y del ejercicio del poder en las cortes europeas. El retrato de Maximiliano I a caballo, grabado por Hans Burgkmair (1518) y conservado en el Metropolitan Museum de Nueva York, es bien ilustrativo. Su imagen fue decisiva en la de Carlos V, que ya asombró en Valladolid, entre 1517 y 1518, por su modo y compostura en el arte de armarse [55] . De ahí que sirviera de modelo no solo para su propio hijo, el futuro Felipe II, sino para muchos nobles y caballeros, como luego veremos, que quisieron reproducir la imagen de las armaduras a la antigua.

En estas, la repetición, que da en cansancio, se rebajaría al terreno de lo risible, transformando el remedo de la clasicidad en lo sencillamente obsoleto. Así lo hicieron, al parecer, las trinitarias madrileñas en el retiro del convento donde fue enterrado Cervantes, divirtiéndose disfrazadas con las armas de sus antepasados y jugando a las piruetas de los caballitos cotoneros [56] . No en vano el hidalgo manchego era de los de lanza en astillero y adarga antigua, y que, antes de salir a la ventura, lo primero que hizo fue limpiar las armas llenas de moho de sus bisabuelos.

Pero, siguiendo la relación sobre las fiestas barcelonesas por la canonización de san Raimundo en 1601, vemos que Rebullosa, aparte de dar cuenta de los gigantes procesionales en varias ocasiones, describió con minuciosidad el adorno de la iglesia de la Orden de Predicadores, que se convirtió en un auténtico teatro al igual que todo el convento. Pues a él acudían los diferentes estamentos de día y de noche para rezar y alabar al santo canonizado, o para asistir a las misas celebradas por los obispos de las distintas provincias y hacer juegos caballerescos en su honor.

Todo ello estaba en consonancia con la idea de que, con las fiestas por san Ramón de Peñafort, a Barcelona «no le tomasen la mano otras Ciudades de España en celebrárselas primero» (pág. 44). Dado que se mandaron cartas a todas las comunidades del reino y a los prelados para multiplicar los festejos, las órdenes religiosas y las cofradías de Barcelona, Tarragona y otras ciudades y pueblos se unieron a los actos, compitiendo entre ellas en vestimenta, aderezos, luminarias, música y otros efectos parateatrales. Cabe tener en cuenta además que los caballeros de Tarragona desafiaron a los barceloneses a un torneo en su ciudad, imitando el que se

había celebrado en Barcelona (pág. 470).

Rebullosa dio cuenta además del paseo de los conselleres y los atabales de a caballo, vestidos a la tudesca, precedidos por dos gigantes con sendas picas y «muchos vestidos como demonio con disformes máscaras, cascabeles en las piernas y cierta hechura de maças en las manos de las quales disparavan muchos coetes de trueno» (pág. 118). No faltaron al concurso el dragonazo y la «brivia» disparando también cohetes por la boca, llevados cada uno por un hombre que estaba metido hasta la cintura dentro del vientre de ambos (págs. 118-119) [57] . A su vez, el baile del águila de la Diputación (pág. 89) fue un divertimento constante en las procesiones barcelonesas, junto a los desfiles y juegos ecuestres de los jinetes [58] .

En tan largos festejos por san Raimundo, no faltaron las misas y hasta una canción pastoril graciosa «a la medida del verso catalán antigo», que dejaron los aldeanos en la puerta de la iglesia de los dominicos: «Gent catalana / cantem de gana / per tot lo mon: / festa sens mana / molt soberana / de Sant Ramon», considerando al «Sant Inquisidor», que había luchado contra los herejes, «Gran Català clar y sensér» (pág. 126-128) [59] .

La relación de Rebullosa se detuvo además varias veces en los pormenores de un espectáculo callejero con danza de «caballicos ginetes dando graciosas vueltas», que hacían «mil ademanes con la adarga que llevan embraçada y la lança empuñada con la banderilla al cabo, y mucho ruydo» (págs. 118-119). Se trataba de una costumbre que repetía la propia de la fiesta del Corpus, extendida a la de san Juan, y que, en esta ocasión, contó con la participación de las cofradías y las procesiones llegadas de los pueblos de alrededor de Barcelona.

El Manual de Novells Ardits; vulgarment apellat Dietari de l'Antic Consell Barceloní ofrece un complemento curioso a la Relación de Rebullosa sobre los «caballicos» (como él los llamó) o jinetes cotoneros, que desfilaron a lo largo de veintiocho días entre mayo y junio de 1601 por la ciudad de Barcelona [60] . Se seguía así una tradición datada en 1424, que se mantuvo viva hasta 1870, recuperándose más tarde en 1994 [61] . Esta no era exclusiva de Barcelona, pues estaba extendida por otras ciudades como Huesca,

Granada o Pamplona. En Palma, se utilizaba su función para hacer calle entre la gente y regocijar la fiesta, junto al desfile de los diablillos bailando con graciosas vueltas mientras hacían sonar los cascabeles [62] .

Los hechos del Condestable Don Miguel Lucas de Iranzo ya habían mostrado hiperbólicamente la presencia de esos alardes infantiles en el siglo XV, constatando el aderezo con el que los niños jugaban a ser caballeros: «E luego más adelante salieron fasta quatro mil niños en caballejos de caña» [63] . La juvenil aparición de los jinetes cotoneros en las fiestas barcelonesas de 1601 y en otras anteriores es un claro ejemplo de la reducción que lo caballeresco había adquirido a lo largo del tiempo en el reino de Aragón al igual que en el resto de España. En ella, se repitió el principio aristotélico de la mímesis, que sin duda fue capital en la elaboración del juego caballeresco en el Quijote .

Los caballitos cotoneros, que fingían el porte y las cabriolas que los caballeros ofrecían en los torneos y justas, gozaron de amplios modelos en la vida real, no solo en la corte sino en las escuelas, según mostramos en otro lugar [64] . No olvidemos que el teatro jesuítico, incluidos los autos sacramentales representados por niños y adolescentes, tal y como muestran las obras del padre Azevedo, son un buen ejemplo de ello, así como las chimeneas, alcobas y farsas estudiantiles que ridiculizaban la épica heroica en las fiestas escolares. Vestidos con «hielmos y petos de papelón de plata» aparecieron en un intermedio de la Tragedia de San Hermenegildo, estrenada en 1591 en Sevilla. Y otro tanto puede decirse de las fiestas que la Compañía de Jesús celebró en 1610 en Salamanca, con el desfile de don Quijote, llevando lanza de palo y cuerno tiznado, y montado sobre un rocín-dromedario.

En esas manifestaciones públicas, se ofrecía tanto la parte seria del ceremonial de niños nobles con espadas doradas y rodelas de acero como la vertiente ridícula de los juegos de cañas llevados a cabo por muchachos «de papel vestidos / en sus caballos fingidos», que recogió Alonso de Ledesma en sus Juegos de Nochebuena (Madrid, Alonso Martín, 1610). La presencia de niños y gigantes a lo caballero se dio también en la visita a Salamanca del rey Felipe III y su esposa Margarita en 1606, donde una mascarada juvenil se unió a la presencia de un Gigante Imaginado, compuesto a lo

Arcimboldo, y a la de motes de locos [65] .

Los vejámenes de grado prosiguieron entre los jóvenes doctorandos el recuerdo festivo y en ocasiones ridículo de las sortijas y los torneos caballerescos. Góngora cristalizó toda esa trayectoria en unos versos cultísimos, llenos de referentes a la estulticia y a la locura, en su vejamen de grado «Tenemos un doctorando» [66] . Perspectiva, esta, que también plasmaron posteriormente algunas piezas teatrales, como el Entremés del Segundo Don Quixote y el cavallero del Meco (1655), comportándose el héroe manchego como un valentón a lo jaque [67] .

Pero para entender lo que los gigantes supusieron a los lectores del Quijote cervantino, más allá de su presencia en las novelas de caballerías y en otros textos, así como en los desfiles y procesiones, tal vez convenga recordar las numerosas alusiones a ellos que aparecen en el segundo tomo de El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha, publicado por Alonso Fernández de Avellaneda [68] . Y no me refiero a presencias ocasionales, como la de la supuesta pluma del Gigante Coliós (pág. 85), sino al capítulo XI, donde don Álvaro Tarfe jugó la sortija junto a otros caballeros zaragozanos y granadinos en el Coso de la ciudad del Ebro. Porque, en ese contexto, no deja de ser curioso que Avellaneda se refiriese a que

no es cosa nueva en semejantes regocijos sacar los caballeros a la plaza locos vestidos y aderezados, y con humos en la cabeza de que han de hacer suerte, tornear, justar y llevar premios, como se ha visto algunas veces en ciudades principales y en la misma Zaragoza (pág. 113).

El hecho bien puede constatar algo más que el uso de la locura como metáfora caballeresca, y referirse a la presencia, en las justas caballerescas zaragozanas, de los locos del Hospital de Nuestra Señora de Gracia, que tanta impronta tendrían como hombres de placer en la corte madrileña de los Austrias [69] . Su participación festiva en un contexto caballeresco ofrece sin duda un ejemplo evidente del lado lúdico y cómico de las justas del arnés y de las

sortijas en relación con la locura. Esta no fue ajena al mundo fantasioso de la caballería, y la evolución social que la transformó en fiesta facilitaría la creación de un personaje como don Quijote, que resultaría en su tiempo más familiar a los lectores de lo que parece [70] .

También cobra un interés evidente la presencia del gigante Tajayunque en el capítulo XII del Quijote apócrifo. Este apareció gracias al juego convenido entre don Álvaro Tarfe y don Carlos, que llevaron por la noche a la sala donde estaba don Quijote «uno de los gigantes que sacan en Zaragoza para el día del Corpus en la procesión, que son de más de tres varas de alto; y con serlo tanto, con cierta invención los trae un hombre solo sobre los hombros» (pág. 127). Este apareció sorpresivamente en dicha sala, «que de propósito estaba ya sin luz; y encima de la puerta por donde entró dejó ver su cabeza el gigante a través de una claraboya por la que asomó la cabeza» (ibíd.).

La apariencia dio pie a que don Quijote estableciera un diálogo con la cabeza del gigante, por la que hablaba el secretario de don Carlos como si fuera Bradimán de Tajayunque, rey de Chipre. Avellaneda fundió, en ese episodio, la tradición de los gigantes de las novelas de caballerías con la existencia real de un gigante procesional de Zaragoza, estableciendo una contienda verbal entre este, don Quijote y Sancho Panza. La aventura con el gigante del Quijote apócrifo terminaría de madrugada en la calle, a lanzadas y a palos, lo cual suscitaría la pretendida comicidad de un hecho, del que mosén Valentín dice: «Que me maten si algunos caballeros de buen gusto no han hecho alguna invención de gigante para reír con don Quijote» (pág. 150).

El Sancho de Avellaneda corroborará sin embargo la autenticidad del gigante aparecido en la sala de don Carlos, añadiendo que lo vio con sus propios ojos y aseverando que este se comía cada día seis fanegas de cebada. Aunque lo más interesante, a propósito de los gigantes procesionales armados, es la siguiente afirmación de dicho escudero: «Y más que le traen las armas cinco o seis docenas de bueyes en carros, y la adarga es una grandísima rueda de molino» [71] .

Por otro lado, cabe señalar la posible referencia de Avellaneda a los

maceros que todavía guardan la puerta de la actual Audiencia en el Coso zaragozano, cuando, en el diálogo entre don Quijote y don Álvaro Tarfe, surge el siguiente interrogante sobre la extraña aventura que este ha tenido en un castillo: «¿De qué manera ha muerto las dos fieras gigantes que a la puerta están, levantados los brazos, con dos mazas de fino acero, para estorbar la entrada a los que, a pesar suyo, quisieran entrar dentro?». Aunque la escultura de ambos gigantes los presente con mazas que parecen de madera y no de acero, resulta curiosa una visión tan cercana, por parte de Avellaneda, a los maceros esculpidos con dimensiones hercúleas en esa portada renacentista [72] . A ese respecto, cabe recordar que los gigantes procesionales no dejarían de simbolizar la evolución del mito de Hércules, transformando las mazas en espadas.

Respecto a la inclusión de gigantes por parte de Avellaneda, conviene atender a la omnipresencia de ellos desde la prefación y los primeros capítulos en el Quijote cervantino de 1605, por referencia a Goliat y a Morgante, así como a las ensoñaciones de un héroe que, cuando regresa de la primera salida a su aldea, dice que está molido porque había luchado «con diez jayanes» (DQ I, I, pág. 82). Maese Nicolás los vincula, en ese momento, a la locura que suscitaba leer libros de caballerías, pues se refiere a un tío suyo, que era aficionado a ellos y que «cuando estaba muy cansado decía que había muerto cuatro gigantes como cuatro torres» (DQ I, I, pág. 80); comparación tópica desde el Espejo de caballerías y que sería capital en la aventura de los molinos de viento (DQ I, VIII).

Sin entrar en el frondoso bosque bibliográfico de ese episodio, lo cierto es que la aparición imaginada de treinta o pocos más desaforados gigantes con grandes brazos no resultaría novedosa para el lector de su tiempo, que ya tenía noticia de ellos y de su vinculación a las novelas de caballerías en capítulos anteriores. Más adelante, en I, XXI, don Quijote mencionará al gigantazo Brocabruno de la Gran Fuerza y continuará con un proceso que los magnificaba gracias a los aumentativos.

La conciencia de su vinculación al género caballeresco aflora también en la historia de Micomicona, creada y recreada por Dorotea, quien alude a que su padre prometió que se casaría con quien degollase a un gigante (DQ I, XXX, pág. 383) [73] . Y otro tanto

ocurre con el ventero, quien alude a que Felixmarte de Hircania «de un revés solo partió cinco gigantes por la cintura, como si fueran hechos de habas, como los frailecicos que hacen los niños» (DQ I, XXXII, pág. 407), por alusión a su costumbre de fabricar muñecos con ellas abriendo las vainas y quitándoles un grano.

En toda la primera parte del Quijote cervantino, los gigantes se vinculan a la propia creación literaria, pues aparecen relacionados con la susodicha cuestión aristotélica de la verdad y de la verosimilitud [74] . Sobre todo, en las referencias del canónigo al ocioso y falso gusto de leer libros de caballerías, que considera como cuentos disparatados o fábulas milesias a la búsqueda de un deleite falso y desproporcionando, «donde un mozo de diez y seis años da una cuchillada a un gigante como una torre y le divide en dos mitades como si fuese un alfeñique» (DQ I, pág. 559) [75] .

Cervantes continuará en la segunda parte del Quijote con las alusiones a los gigantes ya desde el primer capítulo, pues cuando el barbero menciona al «gigante Morgante», el hidalgo manchego demostrará la verdad de su existencia, refiriéndose además a los restos de gigantes encontrados en Sicilia, «tan grandes como grandes torres» (DQ II, I, págs. 693-694). Esa obsesión persigue también al héroe manchego más adelante, cuando le dice al ama que

El buen caballero andante, aunque vea diez gigantes que con las cabezas no sólo tocan, sino pasan las nubes, y que a cada uno le sirven de piernas dos grandísimas torres, y que los brazos semejan árboles de gruesos y poderosos navíos, y cada ojo como una gran rueda de molino y más ardiendo que un horno de vidrio, no le han de espantar en manera alguna, antes con gentil continente y con intrépido corazón los ha de acometer y embestir, y, si fuera posible, vencerlos y desbaratarlos en un pequeño instante… (DQ II, VI, págs. 733-734) [76] .

Claro que, en la segunda parte, no deja de ser curiosa la configuración que Cervantes hace de Sansón Carrasco, al que dibuja

en el capítulo III como «no muy grande de cuerpo, aunque muy gran socarrón» (pág. 705), lo que, en contraste con su nombre, le convertía en un predecesor del «gigantinano» que Baltasar Gracián sacaría a luz en El Criticón: un hombre de extremos que serviría de guía a los protagonistas en la edad varonil. Sansón, malicioso y amigo de donaires será quien fragüe la tercera salida de don Quijote, buscándole una celada mohosa y persuadiéndole para que reanude sus aventuras (DQ II, VII, pág. 747), y quien finalmente lo devuelva a su aldea.

Sancho irá asimilando paso a paso a los gigantes en su diálogo con el héroe manchego y hasta dirá, en el episodio de Maese Pedro, que no trocaría a su mujer por la giganta Andandona (DQ II, XXV, pág. 919). Pero será don Quijote quien se llevará la palma en la segunda parte, al igual que en la primera, a la hora de referirse a ellos. Así ocurre en casa de los duques aragoneses, donde presume ante la duquesa de haber vencido a gigantes, follones y malandrines (DQ II, XXXI, pág. 969). La imitación que ello supone de las novelas de caballerías, le llevará a jactarse más tarde, ante el eclesiástico del palacio o castillo ducal, de haber seguido la angosta senda de la caballería andante venciendo gigantes (DQ II, XXXII, pág. 972).

Pero la presencia de gigantes en la segunda parte del Quijote cervantino no deja de ser, a nuestro juicio, un alegato frente al apócrifo aragonés, tal y como Cervantes lo califica. En particular, cuando la Trifaldi menta al gigante Malambruno, primo de la reina Maguncia, que apareció sobre un caballo de madera y encantó a la princesa Antonomasia, transformando respectivamente a esta y a Clavijo en una jumia y un cocodrilo de metal (DQ II, XXXIX, pág. 1035). La posibilidad de que ambos recobren su ser cuando don Quijote luche contra el gigante, junto al hecho de que este transforme a la Trifaldi y a sus dueñas haciendo que les crezcan barbas rubias, negras y albazarradas, ofrece un auténtico desafío narrativo que dejó a los pies de los caballos, y nunca mejor dicho, al gigante zaragozano de Avellaneda.

Más adelante, a la vuelta de Barcelona y en el mismo castillo ducal, la alusión de Rodamanto a Nembrot (DQ II, LXIX, pág. 1298) cerraría el círculo de las sofisticadas burlas palaciegas en relación con los gigantes, uniéndose a la procesión de seis dueñas con

anteojos y mangas cortas pinchando y clavando alfileres al buen Sancho para así resucitar a Altisidora

Pero Cervantes ya había enmendado antes la plana a Avellaneda en la segunda parte del Quijote, sacando el artificio de la cabeza encantada en casa de don Antonio Moreno, donde trató de superar con ella la comicidad de la apariencia gigantea del apócrifo en la casa zaragozana de don Carlos. Este último fue además juez de la sortija en la que don Quijote ganó unas agujetas hechas del cuero del ave fénix (pág. 149), lo que serviría a Cervantes para ridiculizar las justas zaragozanas del apócrifo, impidiendo además que su héroe asistiera a ellas. En la obra de Avellaneda, Sancho volverá a recordar el episodio de Tajayunque en casa de mosén Valentín, así como en la posada de don Álvaro Tarfe.

El Quijote cervantino huiría en la segunda parte de las justas zaragozanas, ofreciendo numerosas novedades respecto a la primera, que había plagiado Avellaneda. Pero no deja de sorprender en este un episodio que vincula el relato caballeresco a la vida estudiantil, presente también en la parodia de don Quijote y Sancho, que tuvo lugar en las justas zaragozanas por santa Teresa en 1614, a las que nos referiremos.

Pues, en efecto, el capítulo XXVIII de Quijote de Avellaneda ofrece el homenaje a un catedrático en la calle Mayor de Madrid, lo que da pie a la descripción de un carro triunfal que andaba solo y en el que iban dos estudiantes con máscaras vestidos de mujeres: uno representando a la Sabiduría y otro a la Prudencia. Don Quijote arremetió contra el carro y, de una cuchillada, arrojó de una mula al estudiante, haciendo otro tanto con la mula del otro. La gente cargó entonces contra el hidalgo manchego y lo desarmó tundiéndole de mojicones (pág. 309), aunque finalmente el autor del apócrifo hiciera que lo salvase una compañía de cómicos.

Cervantes no solo se enfrentó a Avellaneda para desmentirlo, sino que se afianzó además en cuanto había hecho en la primera parte, como muestra el tratamiento que hizo de lo religioso, distanciándose de la pintura llevada a cabo por el apócrifo con un don Quijote leyendo el Flos Sanctorum cuando le visitó Sancho. Al preguntarle este sobre «si fue rey o algún gigante» semejante Flos, don Quijote le dará una lección acerca de la vida y el sacrificio de

los santos, que Sancho ridiculizaría a renglón seguido.

Pero será el capítulo XII del Quijote de Avellaneda el que sufrirá en la segunda parte del Quijote de Cervantes la mayor contrapartida, al evitar este, en todo y por todo, que su héroe justase en el Coso zaragozano como lo había hecho el apócrifo. La sortija que juegan en ese lugar los caballeros de Zaragoza y Granada presentaba también, al igual que en el caso del gigante, un conocimiento cercano de la tradición zaragozana por parte de su autor, al describir la entrada del caballero andante en una calle adornada con escudos ilustrados para la fiesta.

Avellaneda dice al respecto que, en una de las bocacalles que daban a la principal, apareció un arco triunfal de damasco azul, en el que figuraba la imagen de Carlos V, armado a la romana y con bastón de general, suscrita por dos versos en latín y en castellano que lo ensalzaban como un dios rigiendo el imperio de los Austrias, con los pies pisando el mundo y tres o cuatro turcos rendidos a sus pies. El arco ofrecía también la figura del duque de Alba, vestido de general y con la Fama al pie tocando su trompa, junto a una imagen de don Antonio de Leiva, general del emperador.

En otra de las bocacalles, aparecía un segundo arco triunfal con la imagen de Felipe II, suscrita con un pie que recogía curiosamente un epigrama latino de Lope de Vega en La hermosura de Angélica. Según Avellaneda, acompañaba al rey don Juan de Austria, unido al símbolo de la rueda de la Fortuna, dando cuenta también de los epigramas y versos que adornaban dicho Coso, en cuyos balcones lucían brocados y tapices para recibir con toda pompa a la nobleza del reino, al virrey, al justicia, a los diputados y a los caballeros y jueces de la sortija.

En la descripción de los caballeros entrando en liza con sus libreas, cifras, letras y motes «graciosísimos», destacaba Avellaneda la figura de don Álvaro Tarfe, que brillaba sobre el resto portando un cartel alusivo a Garcilaso. Él se llevaría finalmente el premio del anillo, mientras que don Quijote, que justó el último, erraría en la suerte de la sortija. El juez, que se hace pasar nada menos que por Fernando el Católico, lo nombrará «espejo y flor de la caballería andantesca» y le adjudicará «unas cintas traídas de la India, hechas del pellejo del ave fénix» (pág. 117) para que se las regalase a su

dama, invitando finalmente a don Quijote, a Sancho y a don Álvaro a cenar en su casa.

El final del héroe apócrifo, acompañado «por una moza de soldada que halló junto a Torre de Lodones, vestida de hombre» (pág. 392) no podía ser más indigno. Ello y la posibilidad de que, en el futuro, prosiguieran las andanzas del caballero andante por ese u otro impostor harían que Cervantes buscase un final más adecuado al verdadero don Quijote, haciendo que finalmente muriese, para que nadie osara llevarlo «contra todos los fueros de la muerte, a Castilla la Vieja, haciéndole salir de la fuesa donde real y verdaderamente yace tendido de largo a largo, imposibilitado de hacer tercera jornada, y salida nueva» (DQ II, LXXIIII, pág. 1337).

La relación de quien se encubrió como Alonso Fernández de Avellaneda con Lope de Vega ha sido tratada por la crítica desde distintas perspectivas y puesta en relación con Cervantes. Pero quizás convenga añadir cuanto puede representar al respecto El peregrino en su patria (Sevilla, Clemente Hidalgo, 1604), por lo que afecta a la descripción del Coso zaragozano que Lope hizo en esa obra, ya lista en diciembre de 1603 y publicada poco después [77] .

Ese libro, en el que Lope trató de llevar a término una novela bizantina de nuevo cuño, situándola en la geografía española y dotándola de una fuerte perspectiva religiosa con la inclusión de cuatro autos sacramentales, tendría sin duda su contrapunto en el Persiles cervantino, que pretendió desbancarlo años después. Recordemos que Lope da comienzo a la peregrinación en las blancas arenas de la famosa playa de Barcelona, donde aparece un bulto de sayal pardo entre los restos de un navío (pág. 181), que recuerda el futuro naufragio, en las playas de Tarragona, del protagonista del Burlador de Sevilla, haciendo que su peregrino viaje luego por Valencia, Madrid y Zaragoza.

En la ciudad del Ebro, Celio paseará por el Coso, lleno de retratos de la casa de Austria, añadiendo que «Resplandecía entre ellos la cesárea y siempre augusta imagen del esclarecido rey, hijo, sobrino y tío de emperadores, don Felipe el prudente» (pág. 461). La serie de lienzos que describe Lope —desde Sila y Pirro a Mario, Cimón, Cornelio y Julio César hasta llegar a Aristóteles— fue sin duda una galería ficticia como tantas otras, pero no debemos olvidar que se

correspondía y hasta se contraponía con la de los retratos de los reyes de Aragón que lucieron en el palacio de la Diputación de Zaragoza hasta su destrucción en la francesada.

Respecto al Quijote de Avellaneda, es evidente el paralelo que las figuras lopescas de Carlos V y Felipe II ofrecen con las que se representan en los dos arcos triunfales descritos por aquel. El peregrino de Lope, que vio en esa constelación de cuadros «los valerosos hechos de capitanes antiguos» (pág. 471), tenía poco que ver con el futuro don Quijote, aunque este también practicara a su modo la peregrinatio amoris, pero ofrecía sin duda una visión del Coso zaragozano, que muestra un paralelo cercano con la de Alonso Fernández de Avellaneda [78] .

Cervantes, al igual que Lope de Vega, pudo tener noticia directa o indirecta de los retratos de los reyes de Aragón que se encontraban en la sala de la Diputación de Zaragoza, situada en el Coso zaragozano, y que desde 1587 lucieron junto a una estatua alabastrina de san Jorge. Aunque todo ello desapareciera durante los Sitios de Zaragoza, el manuscrito 17.574 de la BNE, obra de Juan Francisco Andrés de Uztarroz, nos permitió publicarlos y dar cuenta de su presencia en el lugar al que Cervantes había soñado, en principio, llevar a su héroe [79] .

■

[1] José Ramón Trujillo, «El espacio de la proeza y sus motivos narrativos. Justas, torneos y batallas en la materia artúrica hispánica», Revista de poética medieval , 26, 2012, págs. 325-356.

[2] Pedro Cátedra, «Fiestas caballeresca: ideología y literatura en tiempos de Carlos V», Europeismo y universalidad. La figura de Carlos V, cit., págs. 81-104.

[3] Pedro Cátedra, «De la caballería real de Alonso Quijano al sueño de la caballería de don Quijote», BRAE LXXXV, enero-diciembre de

2005, pág. 160.

[4] José Simón Díaz y Luciana Calvo Ramos, Siglos de Oro: Índice de Justas Poéticas , Madrid, CSIC, 1962, págs. 13 y 19, recogieron la Justa literaria en loor del bienaventurado sant Iuan bautista hecha en los palacios arçobispales de… Sevilla… seys de Enero de MDXXXII , s. l., s. i., s. f., pero publicada en 1532. Hubo anteriormente otra, también en Sevilla, por san Juan Evangelista, en 1531 Esa ciudad ofrece varios certámenes poéticos tempranos con el nombre de «justas literarias» en honor de santos, como la de 1533 por san Pedro y santa María Magdalena; la de 1534 por santa Catalina; y la de 1542 por san Sebastián y san Isidro. Véase la Primera Justa literaria que después de la muerte del magn í fico señor don Baltasar del Río de buena memoria Obispo de Escalas… en Alholí de los pobres de la ciudad de Sevilla: en alabança de los bienaventurados sancto Sebastián; y sancto Ysidro… (s. l., s. i, s. f, pero 1512).

[5] Véase la biografía de Raimundo de Peñafort, prior de Santo Domingo de Balaguer, en el Diccionario Biográfico Español de la Real Academia de la Historia, XLII, en línea, donde Vito Tomás Suárez destaca su aportación al Derecho Canónico y su ingreso en la orden de los dominicos en 1223. Raimundo viajó por España, Francia, Portugal e Italia, donde fue capellán y penitenciario del papa en Roma. Jaime I testó en su presencia y contó con la confianza de distintos papas. Su canonización fue propuesta desde 1279 por distintos reyes y ciudades de Aragón, pero no prosperó hasta 1601. En 1648, Inocencio X lo declaró patrono de Barcelona. Véase F. Valls i Taberner, San Ramón de Penyafort, Barcelona, La Formiga D'Or, 1996. La obra de Rebullosa, que escribió con la ayuda de Gaspar Vicens, maestro de estudiantes, llevaba el refrendo de Jerónimo Bautista de Lanuza, vicario general de los frailes predicadores de la Corona de Aragón e iba dedicada a los conselleres y al consejo de la ciudad de Barcelona.

[6] El autor se disculpa en el prólogo de su estilo, por ser catalán y no haber estado nunca en Castilla, aunque muestra un evidente dominio del castellano. En dicho proemio, señala que san Ramón descendía de la línea real de los condes de Barcelona, «ciudad famosa en este Principado de Cathaluña». Su biografía se unió a la de santa Eulalia en Salvador Pons, Llibre de la vida y miracles dels gloriossos Sants Santa Eularia. Patrona de Barcelona y S. Ramon de Penyafort del Ordre de Predicadors (Barcelona, Noel Baresson, 1593). Pero pronto alcanzaría su independencia editorial con la obra de Rebullosa y otras publicadas en su honor.

[7] Hijo de Pere Ramón, señor del castillo de Peñafort, fue bautizado como Ramón y adoptó el nombre de Raimundo cuando entró en la Orden de Predicadores. Vivió la mayor parte de su larga vida en el convento barcelonés de santa Catalina o Caterina, donde actuó como inquisidor del reino de Aragón y donde fue enterrado. Compiló las Decretales de Gregorio IX y ha sido considerado como gran jurista hasta la fecha. Véase fray José López Ortiz, «Aprobación de San Raimundo de Peñafort al libro de los Decretales», Discurso publicado en Madrid, Instituto de España, 1976, junto a los de Miguel Batllori, «San Raimundo de Peñafort en la historia político-religiosa de la Corona de Aragón», que sitúa su obra en el reinado de Jaime I y la reconquista de los reinos de Mallorca y Valencia; y Marcelo González, «San Raimundo de Peñafort, teólogo y moralista para su tiempo y el nuestro», quien lo considera predecesor de los grandes internacionalistas del siglo XVI .

[8] Francisco Diago, Historia del B. Cathalán Barcelonés S. Raymundo de Peñafort, tercero Maestro General de la Orden de Predicadores, con una relación de la canonización del Sancto y de las fiestas que se han hecho en Barcelona; y con la vida que del siervo de Dios compuso en latín el antiguo Pedro Marsilo, (Barcelona, Sebastián de Cormellas, 1601). Y véase José Jaime García Bernal, «Perpetuo milagro: la memoria prodigiosa y perdurable de la fiesta religiosa barroca (1590-1630)», Chronica Nova 39, 2013, págs. 75-114.

[9] Véase en particular fray Antonio Vicente Domènec, Historia general de los santos, y varones en santidad del Principado de Cataluña (Barcelona, Gabriel Graells y Giraldo Dotil, 1602); Francisco Diago, Historia de los victoriossimos antiguos Condes de Barcelona…, en la qual allende de lo mucho que de todos ellos y de su descendencia, hazañas y conquistas se escribe, relata también la fundación de la ciudad de Barce lona (Barcelona, Sebastián de Cormellas, 1603); y Vicente Miguel de Moradell Historia de S. Ramón de Peñafort frayle de Predicadores en coplas Castellanas (Barcelona, Sebastián de Cormellas, 1603), con poemas en latín, entre los que había algunos escritos por damas.

[10] José Jaime García Bernal, art. cit, pág. 94, señala que la metáfora de la peña fuerte en relación con el apellido de san Raimundo fue apuntada por Francisco Diago en su mencionada biografía, donde iba ligada a la protección del reino de Aragón.

[11] Ibíd. , págs. 94-95.

[12] Relación de un famoso milagro que obró Nuestro Señor por intervención del Glorioso San Raimundo, de la Orden de Predicadores en el convento de Santo Domingo el Real de la ciudad de León, en el último de Junio de este año de 1602 (Medina del Campo, 1603); y Relación y testimonio verdadero, de un milagro que Dios nuestro Señor obró en la ciudad de León en una donzella, por intervención del glorioso Sant Raymundo de la Orden de Predicadores (Valladolid, Juan de Busti, 1603).

[13] Verdadera relación de una milagrosa victoria que Dios N. S. por la intervención, y méritos del glorioso S. Raimundo de Peñafort a dado a los de la Villa de Tossa contra los Turcos (Barcelona,

Geronimo Margarit, 1614).

[14] Toda Barcelona, incluidas sus imprentas, se unió para enaltecer a san Ramón y enaltecerse a sí misma por haber vivido en ella un santo como él. Las alabanzas a la ciudad aparecen también en el pliego de Iusepe Fontellas, «A la insigne y venturosa Ciudad de Barcelona» (Barcelona, Sebastián de Cormellas, 1601), con un romance que empieza: «A la ciudad más dichosa».

[15] Henry Ettinghausen, «De la noticia a la prensa (San Raimundo de Peñafort, Barcelona 1601) », Actas del V Congreso Internacional de la AISO, Münster 20-24 de julio de 1999 , ed. de Christoph Strosetzki, Madrid, Iberoamericana-Vervuert, 2001, págs. 490-502, señala 25 pliegos dedicados al santo. Y véase, del mismo, «Barcelona, un centro mediático a principios del siglo XVII », Cervantes, el «Quijote» y Barce lona , págs. 149-166, donde destaca las alabanzas a san Raimundo y la exaltación patriótica de los pliegos. A los allí publicados, añádanse los recogidos en Aurora Egido, Por el gusto de leer a Cervantes , pág. 170.

[16] Ignasi Fernández Terricabras, «Catòlics i catalans; La religió en la identitat catalana als segles XVI i XVII », Análisis histórica de la identitat catalana , coord. por Flocel Sabaté i Curull, Barcelona, Institut d'Estudis Catalans, 2015, págs. 67-75, alude a la obra de Antoni Vicenç Domènec , Historia general de los santos, y varones ilustres en santidad del Principado de Cataluña (Barcelona, Gabriel Graells y Giraldo Dotil, 1602). Y véase Xavier Torres, «La ciutat dels sants. Barcelona i la historiografia de la Contrarreforma», Barcelona. Quaderns d'Història 20, 2014, págs. 77-104.

[17] Marcelo González, «San Raimundo de Peñafort, teólogo y moralista para su tiempo y el nuestro», opus cit. , págs. 61 y 68, destaca su defensa de la fe, recordando que la Orden de

Predicadores nació para superar los errores de los albigenses, interviniendo en la conversión de moriscos y judíos en Barcelona, donde fray Raimundo implantó la Inquisición.

[18] Sobre la religión como factor aglutinante en la época de los Habsburgo, véase Christina Hermann, «Multinationale Habsburg et universalisme chrétien», Le premier âge de l'état en Espagne», ed. de Christian Hermann, Paris, CNRS, 1989, págs. 407-414.

[19] Véase José Martínez Millán, «Evolución de la Monarquía Hispana. De la Monarchia Universalis a la Monarquía católica (siglos XVI-XVII) », Hispanismos del mundo; diálogos y debates en (y desde) el Sur» XVIII Congreso de la AIH, coord. por Leonardo Funes, Buenos Aires, Miño y Dávila, 2016, págs. 107-130.

[20] En adelante, citaremos por esa edición, con indicación de página en texto y notas. La obra, dirigida a los conselleres y consejos de la ciudad, lleva al principio una vida del santo, al que se llama Ramón y en ocasiones Raimundo, destacándose sus cargos de arzobispo de Tarragona y obispo de Barcelona, así como sus viajes y la fundación, en el reino de Aragón, del Santo Oficio. Un segundo discurso describe sus milagros, como el del maravilloso viaje sobre su capa desde Mallorca a Barcelona, que glosó en un romance el poeta leridano Iusepe Fontellas, y que se colocó a la puerta de la iglesia de los Predicadores (págs. 10 y ss.).

[21] Jaime Rebullosa, opus cit , pág. 225. Juan Carlos Busto Cortina, «Literaturas periféricas y plurilingüismo en los certámenes barrocos», Quaderni di letterature iberiche e iberoamericane, 8 2019, págs. 81-103, señala el uso del catalán en los poemas premiados en 1601 de Jerónimo Pujades (infra) y Francesc Calça, quien se preocupó del abandono de la lengua literaria en catalán, al que nos referiremos.

[22] En pág. 163, aparecen los niños huérfanos cantando gozos, vestidos de blanco, descalzos y con coronas de rosas. También menudearon en las procesiones por san Raimundo niños vestidos de ángeles. Estos aparecen en numerosas procesiones españolas, como recuerda Zabaleta en El día de fiesta: «Luego vi, Sancho, unos niños / En Camisa, y coronados / De flores, y esto aprendí, / Que entonces iban cantando». También Quiñones de Benavente daría cuenta en el Entremés de la muestra de los carros , de la presencia de estos junto a gigantes y danzantes en la festividad del Corpus. Véase Francis G. Very, opus cit., págs. 1 y 29.

[23] Pedro Cátedra, «Realidad, disfraz e identidad caballeresca», Libros de Caballerías (de «Amadís» al «Quijote»). Poética, lectura, representación e identidad, Eva Belén Carro, Laura Puerto y María Sánchez, eds., Salamanca, SEMYR, 2002, págs. 71-85; y Fernando Bouza, Palabra e imagen en la Corte: cultura oral y escrita en el Siglo de Oro, ABADA, 2003, págs. 69-85 y 153-174.

[24] Luis Fernández y Fernández de Retana, España en tiempo de Felipe II, en Ramón Menéndez Pidal, Historia de España, Madrid, Espasa-Calpe, 1981, vol. I. 1556-1568, cap. III, págs. 131 y ss. Y véase cap. IV, con la llegada de la condesa de Palamós, madre de doña Estefanía en 1536, y detalle de la justa de 19 de marzo de 1537, con danzas y corridas de sortijas con 30 aventureros y sarao.

[25] Israel Lasmarías Ponz , Cada uno con su traje: Vida cotidiana y prácticas indu mentarias en Aragón en la Edad Moderna , Zaragoza, Universidad de Zaragoza, 2021, ofrece un amplio estado de la cuestión sobre su simbolismo.

[26] José Jaime García Bernal, El fasto público en la España de los

Austrias , Sevilla, Universidad de Sevilla, 2009, pág. 358, señala la presencia del gigante Goliat en el Corpus de Barcelona desde finales del siglo XIV , al igual que las del águila y la mulaza o mulassa (infra). Carlos Goñi, Los otros caballeros andantes. El universo mitológico del «Quijote» , Álava, Diputación Provincial de Álava, 2011, analiza la presencia del gigante Anteo en el Quijote I, I y II, XXXII.

[27] Véase Sébastien Nadot, opus cit , págs. 183-184.

[28] Francis G. Very, opus cit. , págs. 17-18, alude a la representación de El Paso Honroso por la compañía de Diego de Ayuso y la de El caballero de la ardiente espada por la de Balbín.

[29] Vicente Sánchez Moltó, art. cit., págs. 115-163, ofrece un panorama general sobre los orígenes de los gigantes en distintas ciudades europeas, vinculando su existencia a los desfiles carnavalescos y a la fiesta del Corpus Christi, que tanta relevancia tendría en numerosas ciudades españolas, incluida Barcelona. Véase en particular Joan Amades, Gigants, nans i altres entremesos, Barcelona, José J. de Olañeta, 1993, pág. 54, donde recuerda la referencia a David y Goliat en el Llibre de Solemnitats de Barcelona (1434).

[30] Vicente Sánchez Moltó, art. cit, pág. 137, señala que los gigantes vestidos de reyes llevaban cetros o espadas e iban vestidos a la moda.

[31] Véase por extenso Carmen Torroja Menéndez y María Rivas Palá , Teatro en Toledo en el siglo xv . «Auto de la Pasión» de Alonso de Camp o. Madrid, RAE, 1977. El libro de cuentas del cabildo (1493) ofrece numerosos datos sobre intervención de ángeles, diablos,

judíos, apóstoles, ermitaños y gigantes, que llevaban calabazas no solo en las fiestas del Corpus sino en otras como la Asunción, Navidad, etc., a partir de 1372.

[32] Ibíd. , pág. 42. También se constata la aparición de la tarasca y la puesta en escena de un «Auto de San Jorge» en 1508, que costó 1360 maravedíes, y fue organizado en Toledo por una cofradía o gremio, aclarando que «quedó la sierpe para la iglesia».

[33] Véase el estado de la cuestión bibliográfica y las aportaciones al tema en Francisco Acero Yus, «Los gigantes en el Quijote de Cervantes. Revisión de un motivo literario caballeresco», Espéculo . Revista de Estudios Literarios, Universidad Complutense, 32, marzo-junio, 2006, donde analiza el esquema gigante-molinos-torres de viento y su relación con la locura, recordando la tradición carnavalesca del episodio de los molinos analizada por Augustin Redondo y otros. Y véase DQ I, VIII, y el volumen complementario, págs. 64-67, con la lectura del episodio por Claudio Guillén, quien recuerda la lucha de David contra Goliat. Cabe recordar que el término molinote, según Esteban Terreros, Diccionario castellano con las voces de ciencias y artes, Madrid, Viuda de Ibarra, 1787, era «en la Milicia, señal que hace con la espada, ó bastón, el Ayudante, &, que manda el ejercicio para que ejecuten los lucimientos».

[34] María Coduras Bruna, «La presencia del gigante en el ciclo amadisiano», Lectura y Signo , 9, 2014, págs. 105-120. Y véase María del Carmen Marín, DQ Volumen Complementario, págs. 1017-1019, que lo incluye entre los motivos de las novelas de caballerías.

[35] Francis G. Very, opus cit, capítulo V.

[36] Ibíd. , págs. 62-63 y 89.

[37] Ibíd. , págs. 106 y 108, donde Francis G. Very se refiere a un viajante francés de 1612 que encontró ridículas las procesiones barcelonesas del Corpus. Y véase, en el apéndice B, págs. 114-117, las constituciones sinodales de finales del siglo XVI , atacándolos.

[38] John E. Varey, opus cit., págs. 95-96, 231-237, y 247 y ss., alude a una condena de la Inquisición de Valencia, que, siguiendo las directrices marcadas por el Concilio de Orihuela en 1600, denunció un juego de títeres indecente que sacó precisamente la Orden de Santo Domingo en 1619. Señala también la aparición de títeres en la corte de Valladolid, 1603, en las procesiones religiosas de Sevilla en 1589 y 1591, así como en los corrales de comedias y en el Palacio del Buen Retiro. Y véase Federico Corriente, «Del teatro de sombras islámico a los títeres, pasando por los retablos de maravillas», Revista de Filología Española, 94 (1), 2014, págs. 39-56.

[39] Antonio Armisén, «Admiración y maravillas en El Criticón (más unas notas cervantinas)», Gracián y su época , Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 1986, págs. 201-242

[40] Véase la reedición de la obra de «Yorik», Pietro Coccoluto Ferrigni, La storia dei burattini , ed. de Alfonso Amendola, Orione, D'Amato ed., 2022, que trazó su evolución desde la antigua Grecia; Alfonso Cipolla y Giovanni Moretti, Storia delle marionette e dei burattini in Italia, San Miniato, Titivillus Ed., 2010; y Esther Fernández Rodríguez, «El lenguaje de los títeres y la ficción cervantina», Hipogrifo, 2, 2013, págs. 17-29.

[41] Francisco Cornejo, «Del retablo a la máquina real. Orígenes del

teatro de títeres en España», Fantoche: arte de los títeres, 36-75, 9, 2015, págs. 36-75. Y véase , La máquina real y el teatro de títeres de repertorio en Europa y América, ed. de Francisco Cornejo, UNIMA, Federación España, 2017.

[42] John E. Varey, opus cit., págs. 360-374, recoge la «Mogiganga del tuti li mundi», en la que el Cid aparece con dos criados, dos dueñas, dos negros, matachines, tigres y leones. También señala, en pág. 27, la presencia de estatuas móviles de caballeros y escuderos en Romans de la table ronde , Launcelot du Lac , Tristán , Amadís y otros libros de caballerías.

[43] Véase Jesús Duce García, Antología de autómatas en los libros de caballerías castellanos , Alcalá de Henares, Universidad de Alcalá, 2016, que aporta referentes sobre dichos artilugios desde los griegos a los siglos XVI y XVII tanto en la literatura como en la realidad. Estos apelaban a lo mágico y maravilloso, y en ocasiones vestían de corte militar.

[44] John E. Varey, «Genealogía, origen y progresos de los gigantones de España», Comedias y comediantes. Estudios sobre el teatro clásico español, Valencia, Universitat de València, 2011, págs. 439-453.

[45] Ibíd. , pág. 448.

[46] Ibíd. , págs. 449-450. John Varey recuerda no solo la condena del Concilio de Trento sino otras posteriores, como la Real Cédula de Carlos III en 1780, que prohibía sacar figuras contrahechas, danzas y gigantones en las procesiones del Corpus y en otras. Todo ello no impidió que reaparecieran en el siglo XIX y que su presencia hasta el día de hoy siga vigente, aunque desvinculada ya de la procesión

religiosa.

[47] J. García Mercadal, opus cit., II, págs. 440 y ss. Brunel asegura que su nombre de mamelinas venía de la creencia de que procedían de tiempos del rey Mammelín, «el nombre de ese rey godo o moro que reinó en España» (ibíd. , pág. 441).

[48] Ibíd. , II, pág. 442.

[49] Así lo tratamos de demostrar en Aurora Egido, «Retablo carnavalesco del Buscón don Pablos», Hispanic Review 46, 1978, págs. 137-197.

[50] Álvaro Soler del Campo, coord., El arte del poder. Armaduras y retratos de la España imperial, Madrid, Museo del Prado, 2009, pág. 100, n. 17. El catálogo de la exposición recoge los trabajos de Álvaro Soler del Campo, Miguel Falomir y Carmen García-Frías Checa en torno a su simbolismo.

[51] La composición del lanzón de don Quijote a partir del tronco de un árbol se recuerda en DQ I, pág. 477. El lanzón se hace pedazos en I, XLIII, pág. 574. Y véase I, XVII, pág. 198, nota 33, sobre el chuzo, palo corto armado con un hierro, impropio de un caballero. Téngase en cuenta que la aventura fingida era uno de los tópicos de las novelas de caballerías, caso del Platir . Véase María del Carmen Marín, «Motivos y tópicos caballerescos, DQ Volumen Complementario, págs. 1031-1033.

[52] Álvaro Soler del Campo, opus cit ., pág. 92 y cat. 26-27.

[53] Ibíd. , pág. 92, cat. 39-40.

[54] Ibíd. , cat. 18-20.

[55] Jesús F. Pascual Molina, «Lujo de acero. Armas y poder en el ámbito habsbúrgico del siglo XVI », Ars and Renovatio 7, 2019, págs. 363-378, alude a los dos volúmenes del Inventario Iluminado de la Real Armería de Madrid (1544 y 1558), donde se ofrecen pinturas en acuarela de las piezas de la armería de Carlos V, símbolo de una costumbre europea que se extendió a otros países y que Felipe II conoció en sus viajes.

[56] Aurora Egido, «Aldonza en el convento y Cervantes resucitado», Por el gusto de leer a Cervantes , págs. 251-272.

[57] brívia , en DIEC2, se define como «patum que figura un monstre». siglo XVI , modificación fonética de vibra, brívia , «escurçó, serpent fabulosa». El Diccionari català-valencià-balear de Alcover y Moll señala que se trata de la víbora o serpiente, que, en segunda acepción antigua, es una «Serpent, alada que apareixia com a emblema heràldic, en la processió del Corpus, en las coronacions dels reis i en altres festes». Francis G. Very, opus cit., pág. 74, alude a la que se menciona en la relación de Rebullosa y al simbolismo religioso de esta y de los dragonazos. San Miguel con el dragón aparece también en otras procesiones de Valencia y Lérida. Téngase en cuenta que, en muchos casos, está revestido con armadura romana, como ocurre en la escultura de la Basílica de la Merced en Barcelona.

[58] Por temor a que las doncellas fueran asaltadas en los caminos o a

que hubiera ladrones, se dieron órdenes preventivas para que la gente fuera a ver las fiestas y galas con seguridad (pág. 97).

[59] La relación recoge numerosos poemas que aparecían con nombre de autor o anónimos en la puerta de la iglesia, al igual que los carteles convocando a las justas, que también se colgaban en las casas de los caballeros en otros lugares de la ciudad.

[60] Barcelona, Impreta de Henrich y Cia, 1898.

[61] Montse Garrich, «Els cavallets cotoners a l'inici del segle XVII », Caramella, Música y Cultura popular, 6, s. d. págs. 52-57, alude precisamente a los caballitos que aparecen en la relación de Rebullosa. Y véase, de la misma, Els cavallets cotoners de Barcelona , Barcelona, Esbart Català de Dansaires, 2002.

[62] J. Amades, Gegants, nans i altres entremesos, Barcelona, 1943; y G. Lompart Els cavallets de Mallorca , Palma de Mallorca, Imprenta Politécnica-Tromposo, 1958, destacan su aparición en el siglo XV .

[63] Francisco Díaz Montesinos , Léxico de los hechos del condestable Miguel Lucas de Iranzo , tesis doctoral, Madrid, Universidad Complutense, 2015, págs. 1008 y ss.

[64] Véase Aurora Egido, «Don Quijote en el patio de escuelas», Por el gusto de leer a Cervantes , págs. 203-250, donde recogemos varios ejemplos de lucimiento y parodia caballeresca protagonizados por niños. Esa rica tradición estudiantil perduró en España y América a lo largo de los siglos XVI , XVII y XVIII , como mostró Gaspar Lucas de Hidalgo en sus Diálogos de apacible entretenimiento . Para la

tradición de caballeros niños de 10 a 11 años, véase Pedro Cátedra, «Realidad, disfraz e identidad caballeresca», Libros de Caballerías (de «Amadís» al «Quijote», cit., págs. 71-85; y Fernando Bouza, Palabra e imagen en la Corte, cit., págs. 69-85 y 153-174.

[65] Sobre dichas referencias y otras relativas a los gallos universitarios, Aurora Egido, «Don Quijote en el patio de escuelas», Por el gusto de leer a Cervantes, págs. 203-250.

[66] Aurora Egido, «Tenemos un doctorando. El gallo universitario de Góngora y las imágenes escolares», Da Góngora a Góngora , ed. de Giulia Poggi, Pisa, Edizioni ETS, 1997, págs. 83-118.

[67] Aurora Egido, Por el gusto de leer a Cervantes, págs. 203-250.

[68] Citaremos, en texto y notas, a partir de la ed. de Milagros Rodríguez Cáceres y Felipe Pedraza Jiménez, Ciudad Real, Gráficas Caro, 2001.

[69] Véase por extenso Fernando Bouza, Locos, enanos y hombres de placer en la España de los Austrias, Madrid, Temas de hoy, 1966.

[70] Maurice Keen, opus cit. , pág. 314.

[71] José Luis Hernando Garrido, «Agua pasada que mueve molino… Notas sobre iconografía y cultura tradicional», Studia Zamorensia XI, 2012, págs. 255-278; recoge abundantes referencias al molino como símbolo de la locura en pinturas, tapices y retablos, en su

mayor parte relativos a la piedra de molino. Los molinos tuvieron una amplia presencia en las mascaradas, obispillos y otros festejos carnavalescos. Y véase el clásico estudio de Augustin Redondo, «De molinos, molineras y molineros: tradiciones folklóricas y literatura en la España del Siglo de Oro», Actas del VII Congreso de la AIH , coord. por G. Bellini, Roma, Bulzoni, 1982, págs. 817-856.

[72] Luis Gómez Canseco, en su ed. cit. del Quijote de Alonso Fernández de Avellaneda, pág. 97, nota 7, identifica los dos gigantes con los dos «atlantes armados de mazas que flanquean la actual audiencia de Zaragoza». Sobre el palacio zaragozano de los condes de Morata o de Luna, donde aparecen los maceros, y la posibilidad de que Cervantes los viera a su paso por Zaragoza, véase infra, pág. 264 Tanto esos maceros como los que aparecen en la fachada del ayuntamiento de Tarazona, están vinculados a los trabajos de Hércules.

[73] En esa historia, don Quijote llegará a creer que Micomina se ha vuelto en Dorotea y el gigante en don Fernando (DQ I, XXXVII, pág. 475). El ingenioso hidalgo, al ver el engaño, le dice al bellacuelo Sancho: «la cabeza que entiendo que corté a un gigante era la puta que te parió» (ibíd. , pág. 479). Claro que el escudero dará por cierto, en ese episodio, la horadación de los cueros, la cabeza del gigante y lo de que el vino tinto era sangre.

[74] Cervantes hizo verosímiles hasta los desatinos, como ha señalado José Montero Reguera, «Cervantes y la verosimilitud. La ilustre fregona», Revista de Filología Románica 10, 1993, págs. 337-360.

[75] Sobre la idea aristotélica de imitación de la idea y de la naturaleza, así como de otros principios del estagirita, véase Miguel Ángel Garrido Gallardo, «Cervantes y la preceptiva literaria», Anales Cervantinos, XLVI, 2014, págs. 179-202. Sigue siendo fundamental

al respecto Edward Riley, Teoría de la novela en Cervantes , Madrid, Taurus, 1982 (1962). Y véase E. C. Riley, «Cervantes: teoría literaria», DQ, págs. 1452-1470, con la nota bibliográfica de José Montero Reguera.

[76] La desmesura de cuanto sigue, imaginando don Quijote que los gigantes van armados con conchas más duras que diamantes y llevan cuchillos de acero y porras forradas de acero, ofrece una muestra de cómo Cervantes va amplificando en la obra su figura hasta la exageración máxima.

[77] Lope de Vega, El peregrino en su patria, edición de Julián González-Barrera, Madrid, Catedra, 2010. Recordemos la portada, donde, junto a las 19 torres del escudo de Lope que Góngora satirizaría, aparece el caballo Pegaso con un letrero como símbolo de inspiración y con la Envidia a punto de traspasar un corazón con una espada. También está presente un peregrino con su bordón, que lleva la leyenda: «O único o peregrino», relativa a su rareza. Lope se defendió de los envidiosos y maldicientes y de quienes publicaban obras ajenas con su nombre (ibíd. , págs. 18 y ss). Y véase la síntesis de los posibles nombres asignados al apócrifo, en la introducción de Luis Gómez Canseco, Segundo Tomo del Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha, págs. 27-32 con particular atención a Lope de Vega. El peregrino en su patria añade, a nuestro juicio, un eslabón, directo o indirecto, más a esa cadena.

[78] Para El peregrino en su patria y su relación con Zaragoza, véase nuestra introducción, en Felices de Cáceres, opus cit., págs. X y ss.

[79] Aurora Egido, Retratos de los reyes de Aragón y otros poemas de academia , Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 1979, reed. en De la mano de Artemia. Estu dios de emblemática, mnemotecnia y arte en el Siglo de Oro, Barcelona, Olañeta, 2004.

CAPÍTULO 8

Caballeros con espejos «armados a la antigua». El Paso Venturoso

Desde el punto de vista literario, destaca, en la Relación de Rebullosa sobre las fiestas barcelonesas por san Raimundo de 1601, la aparición de un mancebito sobre caballo blanco, vestido con vaquero de tela de oro y cubierto con guirnalda de flores, que expuso, a la vista de todos, la fusión de armas y letras. Él fue quien publicó el «Certamen poético de la Ciudad», portando en una mano una pluma pajiza y en la otra una lanza en la que estaba fijado el cartel de la justa (pág. 116).

Al son de atabales de a caballo, el joven anunció ante el público la convocatoria que los conselleres y el consejo de la ciudad mandaron publicar en honor del santo, con detalle de los metros, materias y premios. El cartel en cuestión mencionaba las lenguas en las que los poetas podían concurrir a la justa:

Allí de Palma y de Laurel corona

darán de gracia, las hermanas bellas

pues la Ciudad Illustre Barcelona

ofresce premios para dar con ellas,

la patria lengua, Limosina abona

en que derrama Ausias sus querellas,

la general Latina y abundosa,

y la elegante Castellana hermosa (pág. 117) [1] .

La descripción de la «Iusta literaria en llahor del glorios San Ramon de Peñafort», daba así cuenta de los distintos certámenes en catalán, latín y castellano, así como de los jeroglíficos con los que se podía concursar, indicando también las joyas de oro, anillos, cruces, «escuradents» y rosarios de coral con los que se premiaría a los poetas (págs. 138-139). Los temas del certamen estaban lógicamente vinculados a la vida y milagros del santo catalán, ya fuera cruzando el mar desde Mallorca a Barcelona sobre su capa, o relacionados con su sepulcro en la iglesia barcelonesa de la Orden de Predicadores.

A su vez, el jeroglífico pintado al óleo, que se colocó en la iglesia de santa Caterina ante la capilla del santo, ofrecía una simbiosis de elementos emblemáticos y símbolos egipcios, emanados de tan extendido género. En este caso, presentaba un globo del mundo hacia el que subía un perro y que tenía en lo más alto a Ibis y una grulla volando (pág. 141). Su significado, como luego veremos, estaba íntimamente ligado a la leyenda del sueño de la madre de santo Domingo de Guzmán, al que Claudio Coello pintaría en 1685 con la cruz patriarcal, el Evangelio, las azucenas, una estrella a modo de planeta en la cabeza, rosario al cinto y un globo del mundo, además de un perro con una antorcha encendida.

Armas y letras se alternaron varias veces en esos festejos, pues se anunció, a su vez, la convocatoria de un torneo para el 3 de junio «en la plaça o campo donde semejantes actos se hazen» (pág. 142), con un cartel que se colocó en las puertas de muchas casas. En él, se decía que dos caballeros encubiertos, llegados de tierras lejanas, llamados Rodelfo y Arquelidoro, habían llegado a Barcelona para retar a los caballeros del reino y de la ciudad a un torneo de a pie.

El cartel de desafío, con un romance en castellano fijado a un trozo de lanza con su tarjeta, se colocó también a las puertas de la iglesia de los dominicos. Los convocantes, sabedores del valor «De la Catalana sangre, / Que para vencer mil mundos / Basta un Catalán nombrarse» (pág. 143), desafiaban en él a los nobles de todas las edades para que acudieran a un torneo con picas y armas, siguiendo las leyes acostumbradas de la Diputación.

Pero antes de que se celebrara el torneo en cuestión, Rebullosa dio cuenta del despliegue ciudadano que representó la procesión de la ciudad, con altares callejeros, colgaduras, luces, perfumes y colocación de diferentes banderas y escudos dispuestos en la catedral [2] . El simbolismo de esas vexillae plasmaba en sus paños la historia de Barcelona, incluyendo entre ellos el que la ciudad colocaba siempre que moría el rey de Aragón.

Aparte de los paños de Felipe III y de su madre, con las armas de España y del reino de Aragón, las imperiales de Austria y las del papa Gregorio III, la Relación de 1601 aludía al entregado en la mencionada visita que Carlos V, siendo duque de Borgoña, había hecho el 5 de marzo de 1519 a Barcelona, En ella, tras saber de la muerte de su abuelo el emperador Maximiliano, celebró capítulo de la Orden del Toisón de Oro y recibió el homenaje de la ciudad, considerando Rebullosa que no se había visto en España otra fiesta igual. Al evento, en el que el monarca concedió esa alta distinción a quince príncipes, acudieron el rey de Dinamarca y el de Polonia, además de don Diego Hurtado de Mendoza y los duques de Alba, Escalona y Béjar, entre otros [3] .

Ya en el presente de los festejos, Rebullosa detalló la procesión organizada por la ciudad en honor de san Raimundo con numerosos elementos festivos que se repitieron en varias ocasiones, como los doce jinetes cotoneros ya mencionados, un gigante y una mujer con zancos, junto a dos dragonazos disparando cohetes y acompañados por demonios. Aunque lo más curioso era el gran gigante «armado con grandes planchas y corazas, y con su selada todo dorado, y baylando con los cascabeles» al son de la flauta y el tamboril (pág. 140), que mostraba a la vista la susodicha inversión de los símbolos caballerescos, ofreciendo una imagen especular y prequijotesca en su ridícula y festiva vestimenta.

La participación de los obispos de Cataluña en las diferentes celebraciones religiosas por san Raimundo fue muy activa y solemne, corriendo a cargo del arzobispo de Barcelona el anuncio de diversos actos. Entre ellos, la convocatoria del Certamen de la Universidad, al que nos referiremos, y la disposición de luces en el palacio del Tribunal de la Inquisición [4] . A este respecto, cabe considerar la particular situación que el Santo Oficio tuvo en la

Corona de Aragón, que la vio como un brazo del poder real que chocaba con sus leyes naturales [5] . Ello conllevó no pocos problemas en su representación institucional en ceremonias y actos públicos. Pero, en este caso, como vemos, el hecho de que el santo canonizado la representase debió diluir cualquier dificultad.

Los pobres del Hospital de la Misericordia, los niños vestidos de peregrinos y los cofrades ciegos de la Cofradía del Espíritu Santo aparecieron en procesión junto a la mulaza o mulassa, llevada por cuatro hombres que tiraban cohetes y que sostenía encima un muchacho representando a san Ramón paseando la mar sobre su capa [6] .

Por otro lado, el hecho de que la cofradía de curtidores ofreciera a su vez el paso de un león dorado y hueco, llevado por dos hombres con doce salvajes con porras, no deja de recordarnos la llegada de Clavileño en el capítulo XLI de la segunda parte del Quijote, portado por cuatro salvajes.

Toda la ciudad, repartida en sus distintos estamentos, formó arte y parte de las ceremonias, desfiles y procesiones. En ellas, no faltaron los pelaires, carpinteros, curtidores, hortelanos, taberneros, pescadores, esparteros, colchoneros y cuchilleros, entre otros muchos oficios que formaban parte de las distintas cofradías. La de san Julián fue aparentemente la más rica y galana de la ciudad y, al paso de la procesión, sus cofrades «hecharon muchos y varios motes Latinos, Castellanos y Catalanes impresos» sobre la invención alegórica de una peña [7] . Esta tendría una importancia capital, unida simbólicamente a la del mundo, por alusión al nombre y al apellido del santo canonizado [8] .

A su vez, la Cofradía de Escudilleros sacó a procesión un castillo sobre cuatro ruedas que parecía moverse solo y que tenía encima a la Virgen apareciéndose a san Ramón y a san Pedro Nolasco para que fundasen la religión de la Merced de Redención de Cautivos. También menciona Rebullosa una alegoría de Barcelona, representada por una ninfa vestida de carmesí, con ojales y piezas de oro y plata, acompañada de la Fama y del Tiempo. Delante iba san Hipólito, caballero y mártir, mientras se echaban al aire motes en verso (págs. 158-159).

Sobra decir, en este caso, que don Quijote estaba al cabo de esa costumbre de los motes, unidos a las libreas de colores, tal y como él mismo dice respecto a las fiestas caballerescas en el capítulo XXII de la segunda parte. Precisamente el famoso primo del licenciado había escrito un libro sobre ello, mostrando cómo los motes aludían al simbolismo de las insignias, escudos y armas caballerescas (DQ II, XXIV).

No deja de ser curioso que los distintos santos que desfilaron por cada cofradía en 1601 llevaran un letrero con su nombre (pág. 161), al igual que les ocurriría más tarde en Barcelona a don Quijote y Sancho, dando señas de sí mismos. En este caso, Rebullosa lo hacía describiendo un complejo y abrumador desfile simbólico de todos los estamentos, en el que, como es lógico, estuvieron presentes, de forma ordenada, los canónigos y dignidades de la catedral, la nobleza, los obispos de Cataluña y los cancilleres de toda una ciudad convertida en teatro.

Barcelona se volvió a lo divino, llenando de día y de noche sus calles y plazas de colgaduras, tablados y tabernáculos efímeros en los que figuraban distintos santos, como los dominicos san Jacinto y san Vicente Ferrer o santa Caterina de Siena (págs. 177 y ss.). Incluso hubo un jardín convertido en laberinto, con un surtidor por el que navegaba san Raimundo, dispuesto en el Monasterio de Junqueras, que llenó sus paredes con cruces de Santiago, haciendo honor al patrón de su orden.

En esas fiestas barcelonesas, no faltó al reclamo la historia de la Reconquista, con la referencia al rey Rodrigo, y un Cristo con Santiago de relieve ante la iglesia de su nombre (pág. 204) [9] . Esos símbolos épicos y eclesiásticos se unieron al Signum crucis, propio de los dominicos (pág. 201), dando fe de una «Barcelona la rica», elogiada en un romance del leridano Iusepe Fontellas, con un mote en el que aparecían las armas de la ciudad. Rebullosa no se olvidó del desfile de las órdenes religiosas, que competían con sus altares, sermones, alegorías e invenciones (págs. 234 y ss.), ni del alarde de los hijos de la ciudad o de la fiesta de los caballos (257 y ss.).

La presencia del virrey dio paso a ejercicios caballerescos, como el del capitán Juan de Encuentra, seguido de otros militares que pasearon las armas de la ciudad el 31 de mayo y ofrecieron la

bandera en la capilla de san Raimundo (pág. 246) [10] . A su vez, los soldados de las Atarazanas desfilaron en hilera con sus cajas, pífanos y arcabuces, mostrando, junto a las idas y venidas de los caballeros desde la plaza del Born a la iglesia de los Predicadores, la presencia constante de la milicia en los festejos de mayo y junio.

Como vemos, Barcelona, que, a juicio de Rebullosa, congregó cien mil hombres para esas fiestas, fundió todo un conjunto de tradiciones históricas y caballerescas. Entre ellas, «la defensa y conquista del PASSO VENTUROSO», que además de recordar el antiguo Paso Honroso de Suero de Quiñones, tuvo presente, como luego veremos, en su título y en su celebración, la memoria del vallisoletano Paso de la Fuerte Ventura, fundiendo una vez más lo religioso con lo guerrero. En el venturoso paso barcelonés, los caballeros dieron en la iglesia «una graciosa arremetida hasta el Altar del Santo, humillando con muy gentil ayre cuerpos, lanças y cavallos» (pág. 257), pasando luego a la plaza del Borno, «donde se haría la fiesta» propiamente caballeresca.

Esa fusión entre la caballería humana y la divina merecería consideración más detenida, pero es evidente que su coexistencia se manifestó sobre todo en este tipo de celebraciones ciudadanas en las que las aspiraciones de caballeros y clérigos se fundían en una misma dirección. Las paradojas que de ello se derivaron temporalmente no dejan de sorprendernos, aunque contaran con numerosos antecedentes, como fue el caso de la Cavallería Celestial del pie de la Rosa fragante (Valencia, Iohan de Arcos, 1514) de Jerónimo de Sempere, cuyo contenido fue condenado en 1559 por la Inquisición [11] .

Respecto al Paso Venturoso barcelonés, que Rebullosa recogió en el discurso XXIII de su Relación, sin entrar en los detalles que conformaron la tela, la contratela, los tablados y los corredores donde se situaba el público en la plaza del Born, lo cierto es que todo se alzaba como prueba fidedigna de que, a lo que acontecía en ella, «no le podía hazer ventaja la Corte del mayor príncipe del Mundo» (pág. 257). En este caso, fue el duque de Feria quien, como virrey y capitán general de su majestad, presidió el acto junto a los consejos reales, los conselleres y el consistorio de los diputados «con toda la demás gente de cuenta» (págs. 257-258) [12] .

El afán del relator por mostrar la amplitud geográfica del evento se plasmó en las referencias a cómo se había extendido por todo el mundo la noticia de la canonización y en cómo algunos príncipes iban a Barcelona a visitar las reliquias del santo (pág. 258). En la mencionada plaza, convertida en teatro festivo, la gente se asomaba desde las ventanas y tejados para ver la tienda de campo donde estaban los caballeros defensores del Paso Venturoso. También se dispuso otra tienda en la que había un castillo grande y vistoso, que tenía encima una peña sobre la cual había un ave fénix, grande como un caballo y que parecía estar viva, batiendo las alas.

Rebullosa, al tratar «De la defensa del Passo Venturoso y de los Cavalleros que llegaron a probar esta aventura», cuenta que, a las tres de la tarde, aparecieron en la plaza del Borno tres mantenedores, que iban a defender la reliquia de san Ramón. Armados con armas de torneo, las calzas y toneletes de tela de oro, plata y morado, y luciendo cimeras de plumas, saludaron al virrey, damas, diputados, conselleres y jueces, dando comienzo al encuentro con música de atabales, trompetas y menestriles.

La fiesta caballeresca tuvo, en su simbolismo, vislumbres lujosos e internacionales, pues los cuatro maestros de campo aparecieron vestidos de raso azul, encañizados de pasamanos de plata y encarnado con chapería de oro, cubiertos con sombreros de plumas y montados sobre caballos con mochilas de colores, cascabeles y bandas (págs. 261-262) [13] . A su vez, los bridones vestían sayos albaneses encarnados y verdes con muchos pliegues, luciendo grandes gorras, collares y cadenas, y montando caballos con guarniciones francesas. Otros, a cambio, iban vestidos de emperadores romanos, el traje de raso leonado con escamas de oro y, en cada una de ellas, «un espejuelo del tamaño de un real de ocho, faldones de espejuelos y alrededor espejos enrizados de plumas» (pág. 263), lo que indicaba que iban vestidos a la antigua o a la usanza clásica.

Todo ello se uniría, en el recuerdo de los futuros lectores del Quijote, al Caballero de los Espejos cervantino, luego transformado en Caballero de la Blanca Luna, Sansón Carrasco, a quien los festejos barceloneses de 1601 parecen profetizar en varias ocasiones [14] . Sin olvidar el recuerdo del caballero armado de resplandecientes

armas que pasa la tela en alegres justas delante de las damas, al que don Quijote hizo referencia en casa de don Diego Miranda; una muestra más de cómo Cervantes estuvo al cabo de las llamadas «justas de lucimiento», como las celebradas por san Raimundo [15] .

Otro aspecto digno de señalar, en relación con tan especulares apariencias, es el desfile de caballeros vestidos de colores simbólicos y a la portuguesa en esas fiestas barcelonesas de 1601, que llevaban «los capuços sembrados de peines y espejos». Más tarde, el socarrón clérigo de menores que tomaría el nombre de Caballero de los Espejos en la obra cervantina mostraría, como decimos, una curiosa concomitancia con la vestimenta de esos caballeros catalanes [16] . Estos combatieron de lanza y espada hasta la noche, cuando todo acabó con una folla entre estruendos y atambores (pág. 295). Que el nuevo reto terminara finalmente con la visita al santo y el rezo de los aventureros en su capilla confirma, por otro lado, la evolución progresiva de las justas caballerescas en fiesta y teatro a lo divino, para regocijo y culto de toda una ciudad.

La presencia de la Orden de Santiago se plasmó una vez más en el hábito de don Rafael de Agullana que, junto a otros caballeros de la Orden de San Juan, iban vestidos «al avío de Tracia con marletas de tafetán, tocados al uso de esas tierras con abollados de plata y verde, plumas, lanzas y adarga» (pág. 263). El simbolismo geográfico de los colores se hizo presente también en la vestimenta de la cuadrilla, que iba en traje de Persia azul, verde, amarillo y rojo, con mangas, faldones y tocados al uso de su nación, portando cimitarras en los tahelíes y llevando lanzas y adargas.

Todos los caballeros iban montados sobre caballos ricamente disfrazados con adornos propios de la nación que representaban. Claro que lo más novedoso tal vez fue la aparición de tres jinetes que, disfrazados de blanco y negro con escarcha de plata, gorras de terciopelo y plumas blancas y negras (colores propios de la Orden de Predicadores), representaron la «quadrilla al uso de los Iapones Indianos».

A su vez, Portugal estuvo presente, una vez más, en la vestimenta de Rafael Cervera, supuesto embajador de esa nación, con doce lacayos que traían «el espejo, el peyne y escobilla», acompañados de los que limpiaban los restos que evacuaban sus caballos, mientras

otros cantaban al son de las guitarras en lengua portuguesa:

Fora el Rey de Portugal

nam ay mayor Santo nos ceos

que Raymundo voto à Deos.

Nam se espante Barceloa

desta nova devoaçan

que ó Santo é Catalan.

Por Raymundo Barceloa

segun á Fama pregoa,

sera cedo outra Lisboa (pág. 264).

A ellos se añadió el supuesto embajador de Moscovia, vestido con pieles de martas sembradas de ojales y puntas de oro, que iba acompañado de ocho moscovitas a pie, con trajes morados y aforros de pieles. Le siguió el embajador de Persia, con aljaba y capellar de color encarnado, blanco y verde, y turbante de plumas, junto a doce pajes a la persiana con cimitarras y arcos.

A la presencia de cuatro reyes de armas en campo colorado con un elefante de plata y un ave fénix de oro, se unió la de cuatro maceros al uso de los que acompañaban a los reyes de España, seguidos por dos condestables vestidos de vaquero y dos reyes al talle de Méjico, siendo representados muchos de ellos por miembros del Consejo de Estado. El de Méjico iba con faldas de tela de plata y con gargantillas y collares de oro y piedras preciosas, llevando ajorcas en las orejas. A su vez, el del Japón lucía faldas y mangas de tela de plata y oro. Ambos iban con sus reinas, siendo representada la mejicana por un muchacho «de muy buen parecer» con peluca, mientras que la japonesa lo fue por don Pedro Aymeric y Cruelles. A

su vez, las camareras viejas que las servían fueron recreadas por hombres con máscaras (pág. 271).

Esa vestimenta travestida no fue ajena, como se sabe, al Quijote, donde se da el sorprendente disfraz del cura en el capítulo XXVII de la primera parte. Este se puso una saya con faja de terciopelo negro y corpiños de terciopelo verde con ribetes de raso blanco, coronando su cabeza con un ribete de lienzo colchado de dormir y una liga de tafetán en el pelo. El hecho de que llevase además un antifaz con el que se cubrió las barbas y el rostro (DQ, pág. 327), lo que hizo que le entrasen remordimientos cambiando su disfraz de mujer por el que llevaba el barbero, no deja de apuntar cuanto ello significaba para un clérigo en la época de Cervantes.

El asunto no era sin embargo tan extraño si recordamos la sorpresa que supuso, según el duque de Estrada en sus Comentarios del desengañado de sí mismo, la aparición del clérigo Bartolomé Leonardo de Argensola, «hombre graciosísimo, viejo y sin dientes», vestido de Proserpina en una comedia sobre Orfeo y Eurídice, representada en la Academia de los Ociosos de Nápoles [17] .

Pero centrándonos en las vestimentas a la moda de distintos países relacionadas por Rebullosa, cabe señalar que estas no eran sino la plasmación de una costumbre que se extendió por toda Europa y alcanzó tanto a las novelas de caballerías, caso del Clarisel de las Flores, como a las fiestas cortesanas. Dicha moda, que consistía en disfrazarse con los «habiti» de diversos lugares, conformó lujosas colecciones iconográficas de trajes, que se publicaron sobre todo en las prensas de París y Venecia entre 1520 y 1610, y cuyos dibujos iban a veces acompañados de descripciones [18] . Sus autores, desde el alemán Cristoph Weiditz a Enea Vico, Jean Jacques Boissard o Pietro Bertelli, entre otros, trazaron en ellas las vestimentas más variadas, que serían luego copiadas por la aristocracia en sus encuentros festivos. Así lo muestra la obra de Cesare Vecellio, Discorso sobra gli habiti antichi et moderni, origine, mutatione et varietà di quelli (1590 y 1598, entre otras), donde dio cuenta en particular de la indumentaria propia de Venecia, Francia y España [19] .

La obra de Vecellio reflejaba además figuras en movimiento y actitudes diversas, dando señas de los habitantes de las cuatro

partes del mundo. En ella, la base la constituían los antiguos romanos, ofreciendo la vestimenta de hombres y mujeres con apariencias exóticas, como la de los turcos otomanos en la edición de 1598 [20] .

Pero lo más interesante es sin duda comprobar cómo esa moda se reflejó también en las procesiones callejeras, que trasladaron los fastos cortesanos a la vista de todos. El asunto merecería consideración detenida, incluso a la hora de analizar muchas pinturas del Siglo de Oro en las que aparecen personajes de la Biblia o que reflejan la vestimenta de lugares exóticos y lejanos en el espacio o en el tiempo. Pensemos, por ejemplo, en cuadros como la serie de Zurbarán sobre «Las doce tribus de Israel» con Jacob y sus hijos (Sevilla, circa 1640), cuyos vestidos bien pudieron inspirase en los personajes bíblicos que desfilaban en las procesiones de numerosos lugares de España, incluida Sevilla, tanto durante el Corpus Christi como en Semana Santa [21] .

En relación con el Quijote, cabe señalar también la aparición de dieciséis caballeros andantes en dos cuadrillas, acompañando a ocho damas de las reinas (pág. 271) durante las fiestas por san Raimundo. Estos iban armados a la ligera, con cimeras en las celadas, lanzas y escudos en las manos, toneletes largos y los caballos encubertados hasta las rodillas y garras, llevando testeras con plumas y lujosas sillas de montar. Todo ello ofrecería sin duda a los lectores futuros de la obra cervantina un tremendo contraste con las trazas de don Quijote y Sancho en su entrada a Barcelona, y sin reina ni dama que los acompañara.

Pero, respecto a la armadura y trazas del hidalgo manchego, cabe destacar, en esas mismas fiestas, la aparición de dos caballeros «con porte extravagante» vestidos «a la antigua», cabalgando en grandes frisones y armados con «armas de cuero cozido muy bien pintadas y doradas» (pág. 274), que chocarían sin duda con el aspecto y trazas de los caballeros modernos [22] . Sus ocho lacayos, vestidos y armados «con la propria extravagancia, qual vestido de malla de pies a cabeça, qual con ballesta de garrucha, y todas diferentes y con armas antiguas», bien pueden servir de pauta a la hora de valorar de nuevo los visajes de don Quijote cuando se arma como caballero en la primera parte. Y no digamos cuando más adelante, en su visita

a Barcelona, llamaba la atención de sus habitantes, que tenían una clara conciencia de la vestimenta caballeresca a la antigua. Rebullosa describió con evidente humor y perspectiva ridícula las trazas de los caballeros catalanes, pues dice:

Trahían vestidas sus cotas de malla con mangas, y sobre la cota un peto y un espaldar, y en la cabeça el morrión, calçadas sus grevas, y todas estas armas de una hechura tan antigua que sin duda devieron ser de las primeras que se labraron en el mundo (pág. 274).

Respecto a las lanzas, el dominico señala que eran más largas de las ordinarias y tan gruesas como el muslo de un hombre. Todo ello nos confirma la doblez del significado «a la antigua», que podía ser tan literal como simbólico y extenderse incluso a lo gracioso o risible, según se desprende de los comentarios que el fraile dominico hace en su Relación sobre quienes salieron con tales trazas.

Es posible, en este sentido, que la Relación de Rebullosa inspirara a Cervantes, entre otras fuentes relacionadas con las armaduras festivas, a la hora de configurar los materiales con los que don Quijote se vistió y más tarde se armó a sí mismo como caballero andante, siendo en la realidad un «hidalgo de los de lanza en astillero, adarga antigua, rocín flaco y galgo corredor» (DQ I, I). Pues tan sucinta descripción chocaba de lleno con el lujoso historial armamentístico, ya aludido, de los emperadores y reyes del siglo XVI y de quienes los precedieron o imitaron luego en la escala nobiliaria y caballeresca.

Recordemos que lo primero que hizo don Quijote antes de salir a la ventura fue limpiar las armas de sus bisabuelos, aunque, al aderezarlas, comprobase que «no tenían celada de encaje, sino morrión simple, mas a esto suplió su industria, porque de cartones hizo un modo de media celada que, encajada con el morrión, hacían una apariencia de celada entera» (DQ I, I, pág. 44) [23] . Ese comienzo es capital para entender el principio de la historia de una simulación sobre usos, maneras y armaduras a la antigua, que continúa con la espada rota a fuerza de golpes y rehecha más tarde

con barras de hierro. Gracias a ello, al bautizo de Rocinante y de sí mismo, así como a la invención de la amada, don Quijote pudo emprender su aventura en pos de la fama, imitando lo que había leído en los libros de caballerías, que incluían además al gigante Caraculiambro, señor de la ínsula de Malindrania, principio de otros muchos de su estirpe que aparecerán en la obra [24] .

Ese inicio es capital, pues hasta el ventero calificará a don Quijote de «figura contrahecha» (DQ I, I, pág. 54), pautando una obra en la que el héroe manchego representará a lo largo de ella una ficción llevada hasta sus últimas consecuencias; sobre todo a partir del capítulo III, cuando recibe la orden de caballería de forma simulada. La misma aventura del yelmo de Mambrino ofrecerá también, en don Quijote, visajes de una figura contrahecha, pareja a las que desfilaban en los carnavales o en las procesiones festivas de su tiempo, con armas de cartón piedra, como fue el caso de las que desfilaron en 1601 por Barcelona (DQ I, XXI, pág. 245).

El hecho de que los caballeros barceloneses y sus cuadrillas llevasen el pendón de san Raimundo junto a los de santo Domingo y san Jorge, da cuenta de la unión de las cofradías y las órdenes religiosas en el desarrollo de este festejo. No faltaron en él los caballeros en traje de caza, con venablos, hurones y búhos en las manos, llevando de traílla galgos, sabuesos y podencos, además de muchas aves, conejos y liebres encerradas en redes con los que simularon una caza en la plaza del Born (pág. 277). Se cumplía así la tradición cetrera que iba unida a la de los torneos desde antiguo. Esta era práctica habitual entre la nobleza, como muestran las costumbres del Caballero del Verde Gabán y de los duques aragoneses en el Quijote.

Los caballeros catalanes corrieron el estafermo durante una hora con donosos encuentros que regocijaron a la plaza (pág. 278) y dieron paso al torneo entre tres de ellos, que defendieron el Paso Venturoso. Una vez librado este, un caballero arremetió a cuchilladas contra el castillo, haciendo que el ave fénix que lo coronaba batiera sus alas [25] . En este caso, la leyenda alusiva a que esta arde y renace de sus cenizas, sirvió como símbolo de quienes «se abrasan en amor divino y el día que mueren renascen de sus mesmas obras» (pág. 279) [26] .

La figura del ave fénix gozaba de una amplísima tradición, basada en los bestiarios, que traspasó numerosos géneros literarios e iconográficos hasta convertirse en el atributo de Lope de Vega, fénix de los ingenios por antonomasia [27] . El nombre invadió las novelas de caballerías, que se llenaron de Caballeros del Fénix, al igual que lo hacían con ese sobrenombre en la vida real [28] . Recordemos el desafío zaragozano de 1581 de «El Caballero del Fénix, el Caballero del Cisne y el Caballero de la Venganza, guardas perpetuas del verdadero Amor» [29] . Sin olvidar otros precedentes, como el de la fiesta caballeresca de Valladolid en 1527 [30] .

La Relación de Rebullosa mostraba así no solo la conciencia que su autor tenía de la transformación de los torneos en teatro, sino de su vuelta a lo divino. El ave fénix ardió, en esa ocasión, durante un buen cuarto de hora y luego se abrió en dos la peña que la sostenía, apareciendo sorpresivamente en ella la figura de san Ramón, con una llave de plata y las insignias de penitencia y oración [31] . Tras lo cual, este «levantó la mano y echo la bendición», dándose fin a la fiesta.

■

[1] «Certamen literal mandado publicar por los Señores Conselleres y Consejo de la ciudad de Barcelona en honrra de la Canonizacion y fiesta del glorioso Santo Raymundo de Peñafort». El cartel limitaba el número de versos y metros (octavas, canciones, redondillas, «estramps o cantos» y versos heroicos latinos, sáficos o adónicos) en cada una de las tres lenguas, y daba opción a presentar jeroglíficos. También se describían los premios y demás formalidades de la justa. Respecto a los «estramps» o versos libres, cabe recordar su uso por parte del poeta Jordi de Sant Jordi y por Ausiàs March.

[2] Entre ellas, el paño de la reina de Austria, esposa de Felipe I de Aragón y madre de Felipe II de Aragón, a la sazón III de España, además de los escudos de las armas reales de España y las de los reyes de Aragón y condes de Barcelona. Estas se unían a las de los Reyes Católicos y del emperador Carlos, junto a las del obispo de Barcelona y del papa Gregorio XIII. No faltaron en la catedral las

armas de Sicilia, Jerusalén, Navarra y Granada junto a dos escudos de Francia. Rebullosa vinculó todo ello al recuerdo de la visita que en 1519 había hecho Carlos V a Barcelona (págs. 148 y ss.). Y véase Pedro Cátedra, «Fiestas caballerescas: ideología y literatura en tiempos de Carlos V», Carlos V. Europeismo y universalidad. La figura de Carlos V, cit., págs. 81-104.

[3] Rebullosa ofrece una equilibrada presencia de los ocho escudos de armas de los Reyes Católicos y los ocho de la ciudad, al igual que ocurre en otros casos, dando cuenta de la presencia, en 1516, de príncipes y reyes extranjeros, así como de numerosos nobles españoles.

[4] Núria Sales, en Pierre Vilar, dir., Història de Catalunya. Els segles de la deca dencia (segles xv - xviii Barcelona, Ed. 62, 1991, cap. V, págs. 21 y ss. y pág. 297, habla de una Barcelona rica y plena en 1600, haciendo referencia a un auto de fe descrito por Pujades en 1602, con referencia a la organización de la Inquisición.

[5] Alfredo Chamorro Esteban, «La representación del poder en la Corona de Aragón: el encaje de la Inquisición en los ceremoniales cívicos (siglos XVI y XVII)», Poder, sociedad, religión y tolerancia en el mundo hispano: de Fernando el Católico al siglo xviii ed. de Eliseo Serrano y Jesús Gascón, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 2018, págs. 441-456, señala su presencia en los recibimientos de Zaragoza y Barcelona en el siglo XVI , sobre todo a partir de la década de los sesenta, aunque estos no estuvieran exentos de disputas con los conselleres.

[6] La mulaza o mulassa, parecida, en parte, a la tarasca madrileña, y que está presente en muchas otras procesiones anteriores y posteriores del Corpus de Berga, Barcelona y otras ciudades, se describe como un armazón hueco llevado por tres o cuatro

hombres, con la cabeza giratoria y vestida «conforme el abuso de las damas», con alzacuello, almirante y copete, tirando cohetes por la boca. Era la divisa particular de la barcelonesa Cofradía de los Pelaires. En esa ocasión, llevaba sobre sus espaldas un artificio en el que aparecía representado el viaje marino de san Ramón desde Mallorca a Barcelona con figuras de bulto. Un muchacho vestido con el hábito de los predicadores representaba al santo homenajeado. José Jaime García Bernal, El fasto público en la España de los Austrias , cit., pág. 359, señala que la mulaza era una mula ataviada a la moda del momento; costumbre que se ve también en la tarasca madrileña, según Francis G. Very, opus cit., pág. 70: «Si vas a los Madriles / día del Señor / tráete de la tarasca / la moda mejor».

[7] Sobre los motes de las cofradías, véanse, en la Relación de Rebullosa, págs. 153-155 y 158 y ss. La Cofradía de los Escudilleros, con el caballero y mártir san Hipólito, echó también motes para explicar la invención alegórica que presentaron, al igual que lo hicieron otras cofradías, pues también desfilaron con sus símbolos las de los herreros y cerrajeros, entre otras muchas. Durante las procesiones por el santo dominico, se echaban motes impresos en latín, castellano y catalán (págs. 151-153). También salió la Cofradía de los Herreros, que echaba motes relacionados con san Ramón y las virtudes cardinales (págs. 161-162).

[8] Rebullosa describe la montaña artificiosa que, rodeada de árboles y flores, desfiló por las calles de Barcelona con san Ramón y san Julián en lo alto. Llevaba enjaulados conejos, liebres, tortugas, codornices y otras aves volando, que recuerdan la suelta de aves y otros animales en la visita de Felipe III a Barcelona en 1599, ya aludida. La peña se hizo símbolo omnipresente en las invenciones alegóricas barcelonesas, incluidas las casas de los nobles (pág. 193).

[9] Sila Oreja Andrés, Ceremonia, fiesta y poder durante los reinados de Juan II…, cit., págs. 67-75, estudia la homogeneización religiosa

con la que los Habsburgo pretendieron la aglutinación de sus territorios, refiriéndose también a la canonización de san Raimundo.

[10] Rebullosa termina la descripción recordando a Petrarca y a Tasso (págs. 248-249). El primero de ellos, aparece propuesto en varios certámenes poéticos del Barroco. Véase Aurora Egido, «Los modelos en las justas poéticas aragonesas del siglo XVII », Revista de Filología Española, 60-1, 4, 1980, págs. 159-171.

[11] Rafael Beltrán, «"Humos escuros y espesas nieblas" en los primeros ataques a los libros de caballerías: Tirante el Blanco (1511) frente a las críticas de Juan de Molina y Jerónimo Sempere», Historias fingidas, 7, 2019, págs. 61-127, ha analizado las críticas humanísticas a los libros de caballerías y, en concreto, al Tirante el Blanco , aunque también los valoraran. Cervantes consideró el Tirante como «El mejor libro del mundo» (DQ I, VI, pág. 90).

[12] A. Durán i Sanpere, opus cit ., pág. 741, habla del torneo de san Ramón, en el que se incorporó el hecho del Paso Honroso del leonés Suero de Quiñones, celebrado en 1434. Nos inclinamos sin embargo a apuntar también la impronta del Paso de la Fuerte Ventura, como luego veremos.

[13] Ricardo del Arco, opus cit., pág. 356, se refirió al «ruido de cascabeles, trapa, trapa, aparta, aparta de los justadores» de DQ II, LXI; algo de lo que también dio cuenta, por cierto, en el Persiles y en el Viaje del Parnaso.

[14] Juan Eduardo Cirlot, Diccionario de símbolos , Barcelona, Labor, 1992, que ve en el espejo un símbolo ambivalente, lo relaciona con la luna. Ignacio Arellano, «Visiones y símbolos emblemáticos en la

poesía de Cervantes», Anales Cervantinos , XXXIV, 1998, págs. 168-200, vincula el espejo con el mito de Isis y recuerda la empresa 33 de Saavedra Fajardo, donde un león se mira en un espejo roto, como imagen de la quiebra de la constancia y la fortaleza.

[15] Ricardo del Arco, opus cit., págs. 357-359, hizo referencia a ello, aludiendo al diálogo entre las figuras alegóricas de Tela y Madrid en un soneto que ridiculizó la nueva tela de encuentro que se erigió en el Prado madrileño y que servía para el galanteo y no para quebrar lanzas. También aludió a la enorme documentación aportada por Cervantes respecto a tela, esgrima, toros, etc., en todas sus obras.

[16] Sobre el episodio del Caballero de los Espejos (DQ II, XII), cuya identidad se descubre en DQ II, XVI, véanse los comentarios de Eduardo Urbina en Don Quijote de la Mancha, Volumen Complementario, pág. 176, donde remite a los estudios de Marasso, Ullman y Braiden, estimando en él la mezcla de burla e ironía. Carlos Romero, «La invención de Sansón Carrasco», Actas del Segundo Coloquio de la Asociación de Cervantistas , Barcelona, Anthropos, 1990, págs. 27-69, cree que el personaje lo creó Cervantes al albur de la aparición del Quijote apócrifo. Para el simbolismo especular, véase Mercedes Alcalá, «El mundo de los objetos en Don Quijote: espejos, libros y espacios de la poética cervantina», Edad de Oro cantabrigense, Actas del VII Congreso Internacional de la AISO, ed. de Anthony Close y Sandra María Fernández Vales, Cambridge, Cambridge University Press, 2005, págs. 91-96.

[17] Bartolomé Leonardo de Argensola estuvo en Nápoles desde 1610 hasta 1614. Sobre la anécdota contada por el duque de Estrada, véase Trevor J. Dadson, «Breve nota bibliográfica sobre Bartolomé Leonardo de Argensola y las Rimas de 1634», Cuadernos de Investigación Filológica, XII-XIII, 2986-2987, págs. 152-160 y 157-160. Cervantes sin embargo no pudo viajar con el conde de

Lemos a esa ciudad.

[18] María del Carmen Marín, «Los libros de caballerías en el espacio y el espacio en los libros de caballerías», Espacios en la Edad Media y el Renacimien to , ed. de María Morrás, Salamanca, SEMYR, 2018, págs. 12 y 2 y ss., demuestra el cosmopolitismo y la universalidad de los libros de caballerías por todos los continentes y señala, junto a la conciencia lingüística y la diversidad idiomática, la variedad de los trajes como forma de caracterización social, con el uso de vestidos de húngaros, albaneses, turcos y de otras muchas naciones en las mascaradas y torneos.

[19] Véanse los estudios de Odile Blanc, «Image du mond et portraits d'habits: les recueils de costumes a la Renaissance», Bulletin de Bibliophile , 2, 1995, págs. 221-261; Daniel Defert, «Les collection iconographiques du XVI E Siècle», Voyager à la Renaissance. Actes du Colloque de Tours 30 juin-13 juillet 1983 , ed. por Jean Céard y Jean-Claude Margolin, París Centre d'Études Supérieurs de la Renaissance, 1987, págs. 531-543; y Alejandra Vega, «Trajes del teatro del mundo: vestimenta, sujetos y diferencia americana en la primera modernidad», Nuevo mundo Mundos Nuevos, Debates, 2014: http: //nuevomundo. Revues. Org.

[20] Véase Jeannine Guérin-Dalle Messe , L'occhio di Cesare Vecello, Abiti e costumi esotici nel Cinquecento, Alessandria, Ed. Dell'Orso, 1998; y un breve estado de la cuestión, con bibliografía sobre el tema en la BNE, de Rebeca García Haro, «Los libros de trajes en el siglo XVI : perspectivas críticas para su investigación»; disponible en : < https://doi.org/10.24310/BAETICA.2020.v1i40.7389 >.

[21] Francisco Luque, Romero Albornoz y José Cobos Ruiz de Adera, «Las figuras bíblicas en la conformación de la Semana Santa en Andalucía», Cuadernos de los Amigos de los Museos de Osuna , 17,

2015, págs. 157-164, aportan datos de Andalucía, Toledo (1494) y Osuna. Y véase el catálogo sobre el cuadro de Zurbarán de Benito Navarrete Prieto, Las doce tribus de Israel , Madrid, Museo del Prado, 1995.

[22] En pág. 149, Rebullosa describe el paseo de gigantes con zancos y un caballero armado a la antigua con paramentos reales llevando las armas de los reyes de Aragón y condes de Barcelona cuando entraban en batalla. No obstante, conviene advertir que ya en el Palmerín los caballeros visten con armaduras anticuadas, como indica María del Carmen Marín Pina, «Seda y acero, la indumentaria en el Palmerín de Inglaterra como signo cortesano», Tirant 16, 2013, págs. 295-297.

[23] Carmen Bernís, El traje y los tipos sociales en el «Quijote», Madrid, Visor, 2001, cap. V, señaló sin embargo que el traje y las armas que vistió don Quijote no eran tan antiguos como algunos suponen, pues correspondían a los de principios o mediados del siglo XVI . Avellaneda sin embargo disfrazaría a don Quijote con un riquísimo arnés, como ya vio Martín de Riquer. Se trataba de armas «para la vista, propias de torneo y justas de lucimiento». Véase Javier Guijarro Ceballos, El Quijote cervantino y los libros de caballerías; calas en la poética caballeresca , Alcalá de Henares, CEC, 2007, págs. 211 y ss.

[24] Bénédicte Torres, «Lo disforme y lo monstruoso en el Quijote», Releyendo el «Quijote» cuatrocientos años después, ed. de Autgustin Redondo, Alcalá de Henares, CEC-Presses Sorbonne, 2006, págs. 176-194, señaló la importancia de los gigantes desde el inicio de la obra, aunque la realidad le mostraría que se enfrentaba con mercaderes, molinos, ovejas y odres.

[25] Ese tipo de ataque lo dio también el tío del barbero maese

Nicolás, que, de tanto leer libros de caballerías, ponía la mano a la espada y andaba a cuchilladas con las paredes, atribuyéndose haber matado cuatro gigantes como cuatro torres (DQ I, pág. 80).

[26] Penélope Marcela Fernández Izaguirre, «El fénix, el basilisco y el dragón: trascendencia de la animalia fabulosa y su simbolismo en los libros de emblemas», Janus 11, 2022, págs. 44-80, analiza la tradición clásica del ave fénix desde Heródoto, Plinio y Ovidio a los Bestiarios, el Fisiólogo griego y Picinelli, incidiendo en su cristianización como símbolo de la resurrección de Cristo (págs. 53-68).

[27] Aurora Egido, «La fénix y el Fénix. En el nombre de Lope», «Otro Lope no ha de haber». Atti del convegno internazionale su Lope de Vega, ed. de Maria Grazia Profeti, Florencia, Alinea, 2000, págs. 11-49.

[28] María del Carmen Marín, «Divisas con letra para una justa en el Clarisel de las flores de Jerónimo de Urrea», Janus, 8, 2019, págs. 75-111, analiza el simbolismo de la imagen y la letra en una veintena de divisas, que seguían la tradición de Paulo Giovio y otros autores en España.

[29] El documento lo dimos a conocer en nuestra tesis doctoral citada, La poesía aragonesa del siglo xvii y el culteranismo, vol. II.

[30] Elisa Ruiz y Pedro Valverde, «Relación de las fiestas caballerescas de Valladolid de 1527; un documento inédito», Emblemata 9, 2003, págs. 127-194.

[31] La presencia del ave fénix, incluso nominalmente, en los libros de caballerías sería cuestión a considerar. El propio don Quijote no se olvidó de mencionar al Caballero del Fénix (DQ I, XIX). Recordemos, por otro lado, la mencionada utilización jocosa de Avellaneda sobre el ave fénix. El tópico se extendió a través de la emblemática y otros géneros. Véase Carlos López-Fanjul de Argüelles, «Las figuras heráldicas en los libros de caballerías», Janus , 8, 2019, págs. 200-224 y bibliografía adjunta.

CAPÍTULO 9

Desafíos caballerescos y poéticos. La aparición de Periandro

Días después, el 6 de junio de 1601, se celebró en Barcelona «El Torneo del Desafío de los Cavalleros forasteros» (pág. 292), ya anunciado. Estos, con los mencionados sobrenombres de Rodelfo y Arquelidoro, emplazaron a todos los caballeros catalanes con un cartel colocado en la puerta de la iglesia de los Predicadores a un torneo. En su celebración a las tres de la tarde, se descubrió en la plaza del Born que dichos forasteros no eran otros que don Miguel de Sanmanat y don Luis de Sayol.

Ambos aparecieron vestidos a lo tudesco, acompañados de ocho cajas y cuatro pífanos, junto a dieciséis padrinos y dos mantenedores ricamente aderezados. Al torneo llegaron también los aventureros con sus galas simbólicas y sus armas, vistiendo algunos a lo portugués, «los capuços sembrados de peynes y espejos». Tras combatir todos a diestro y siniestro, recibieron sus premios y se fueron luego a la iglesia de los dominicos para entregárselos al santo.

En relación con el Caballero de los Espejos cervantino, cabe detenerse también en el espejo que llevaba don Miguel de Sanmanat en su empresa, con una letra que decía: «Si me miro en ti me engaño, / mas si me miro en Raymundo, / veo mi ser y el del mundo». Por su parte, don Luis portaba un Atlante, símbolo del santo canonizado, sosteniendo un mundo sobre sus hombros, alusión también a uno de los símbolos vinculados a santo Domingo de Guzmán y a los dominicos.

Que un mote escrito en su honor dijera: «Más hazañas que Sansón / hizo aqueste brazo fuerte / en vida y después de muerte», no deja de recordarnos una vez más al futuro Sansón Carrasco cervantino. Un personaje que, según Javier Marías, era tan quijotesco como el hidalgo manchego, a quien quiso traer a casa vestido con apariencia

caballeresca y acompañado de un supuesto escudero, Tomé Celial, que era vecino de Sancho [1] . Sansón se convertiría, como se sabe, en Caballero del Bosque, en Caballero de los Espejos y finalmente en Caballero de la Blanca Luna.

El Caballero de los Espejos cervantino no deja de representar otro extremo de la locura caballeresca entreverada con el juicio, ya que Sansón Carrasco pretendió curar la ficción caballeresca de don Quijote creándose la suya propia. Ese proceso mimético bien puede ubicarse en los parámetros hipocráticos del similia similibus curantur, que tuvo tanto predicamento en las teorías amorosas de la época de Cervantes y en su plasmación emblemática [2] .

Pero siguiendo con las celebraciones barcelonesas por san Raimundo, Rebullosa dice en el discurso XXVI de su Relación, que, en los primeros días de junio, hubo dos tropas formadas por aragoneses de los montes, misa de inquisidores familiares del Santo Oficio y desfiles de juristas y abogados, con fiesta de mercaderes en la lonja. A esas y otras celebraciones, no faltó la universidad, con el rezo de salmos en las horas completas por parte de los catedráticos de Leyes y de otras facultades, que acudieron junto a los estudiantes; uno de los cuales dio un sermón en latín que duró hora y media (págs. 324-335).

La Compañía de Jesús, que también formó parte de las celebraciones, contribuyó el 14 de junio con «un Colloquio ó Comedia» que se representó en el coro bajo de la iglesia de los dominicos, donde se había dispuesto un tablado. A su vez, los desafíos siguieron su curso en el convocado por los caballeros de la ciudad de Tarragona, que, a través de un romance en castellano colocado en la puerta del templo, emplazaron a los nobles catalanes a que acudieran a él con sus mejores galas.

El 16 de junio, cuenta Rebullosa que la procesión de san Justo ofreció, entre otras cosas, una danza de caballitos, con desfile de jinetes, demonios y atabales de a caballo. Pero además dio cuenta de cómo «un espantoso Gigante de mas de veinte pies de alto, hueco por dentro, y armado de planchas doradas con un terrible alfange ceñido, lança y adarga, en las manos, abría y cerrava la boca y los ojos ponía asombros a quantos le miravan» (pág. 339). Todo ello mostraba una vez más la carnavalización de la fiesta, pero sobre

todo la nueva presencia de un gigante, que disfrazaba con telas, maderas y cartones los elementos caballerescos, rebajando a lo festivo sus armaduras con el brillo de sus planchas.

A ello se añadió la presencia de 53 niños de blanco y 142 doncellas, encarnando dos de ellas a santa Eulalia y santa Caterina. No deja de sorprender la insistencia de Rebullosa dando todo lujo de detalles sobre la composición de las procesiones, pues encarece cómo todas las clases sociales intervinieron en ellas sacando sus mejores galas [3] . Así ocurrió en el caso de las niñas y jóvenes pertenecientes a distintas cofradías, que desfilaron hasta la iglesia de los dominicos con las hijas de los pescadores «en cabellos, banderillas de oro y ramos verdes en las manos, acompañadas de muchos músicos» (pág. 473), junto a las hijas de los cereros y otros gremios.

Y no deja de ser curioso que la Relación aludiera a la pureza de las letras entonadas por los niños, que ya no cantaban las canciones profanas y lascivas que habían aprendido «del mal exemplo de los mayores», sino que se alzaban de día y de noche solo para alabar al santo dominico (pág. 473). Algunos de ellos aparecieron vestidos de ángeles, pero menudearon los disfrazados como caballeros en lucha, ya fuera divididos en dos escuadrones de turcos y cristianos, haciendo alardes de capitanes, alféreces y sargentos, o haciendo salvas con armas de torneo y jugando alcancías en el patio de la iglesia de la Orden de Predicadores (pág. 475). Gracias a ello, la infantilización caballeresca se llevó a cabo a todos los niveles.

Los componentes de la tradicional procesión barcelonesa del Corpus, que se repetía por san Juan, incluida la mencionada danza del águila, se integraron a la efeméride por el santo dominico [4] . Cabe recordar al respecto que la festividad del Corpus Christi se instituyó por Urbano IV en 1264 y se confirmó en 1311 en el Concilio de Viena por Clemente V. Las celebraciones en las diócesis de la Corona de Aragón, vinculadas a la archidiócesis de Tarragona, comenzaron en el siglo XIV y se extendieron por Barcelona, Tarragona, Lérida, Gerona, Zaragoza o Valencia [5] . La devoción al sacramento de la Eucaristía tuvo tempranas raíces en Toledo y Sevilla, y, aunque la participación en las procesiones de elementos folclóricos como la serpiente, los gigantes, la tarasca o las danzas fuera censurada por la Iglesia, lo cierto es que estos se mantuvieron

a lo largo de los siglos, hasta su condena en el Siglo de las Luces [6] .

Cervantes estaría al cabo de tales celebraciones en las ciudades por las que pasó o vivió, como Alcalá, Madrid y Sevilla; sin olvidar Barcelona, en cuyas fiestas por san Juan lucían sus calles con arquitecturas efímeras, carros y desfiles procesionales semejantes a los del Corpus. La tradición barcelonesa muestra, respecto a la canonización de san Raimundo en 1601, la continuidad a lo largo del tiempo de la procesión de 1424, que sacó a la calle a los representantes de las órdenes religiosas, los cabezudos, las águilas, el desfile de niños y las figuras alegóricas de los evangelistas y de los santos [7] .

La tarasca o gomia, presente en La pícara Justina, tenía sus connotaciones negativas, como mostró Cervantes, aludiendo a ella por referencia a Túnez en el Quijote o a Argel y los corsarios en el Persiles [8] . Lo divino con lo humano y hasta con lo festivo y carnavalesco se unió tradicionalmente a la celebración del Corpus en casi todas las ciudades [9] . James Iffland vinculó ya a dicha festividad el capítulo XI de la segunda parte del Quijote sobre las Cortes de la Muerte, relacionándolo con el posterior auto sacramental homónimo de Calderón Las cortes de la muerte, donde este mencionó los moharrachos, gigantes, tarascas y danzas de espadas y palos que hacían su aparición en las procesiones del Corpus y en muchas otras [10] .

Ese episodio, con la presencia de la Muerte, el Ángel alado, el Emperador, la Reina, el Soldado, el Demonio y la figura de Cupido no dejaba de ser una muestra de las alegorías con las que se entretenía al público durante el Corpus en la época de Cervantes. Junto a la Compañía de Angulo el Malo iba además un caballero armado de punta en blanco, pero, en lugar de morrión y celada, llevaba un sombrero lleno de plumas de diversos colores, lo que trastocaba obviamente a lo festivo la figura caballeresca. Don Quijote, sin embargo, al comprobar que se trataba de unos cómicos y no del principio de una aventura, aduciría que, desde joven, fue aficionado a la carátula y se le iban los ojos detrás de la farándula. Ello sería una prueba más de su regusto por la ficción escénica que él practicaba a diario en el ámbito caballeresco. La aparición del moharracho vestido de bojiganga y cuanto sigue en ese episodio

dejaría sin duda en el magín de don Quijote la impresión de que se trataba de «fantasmas» contra los que no valía la pena luchar.

Claro que, en relación con las futuras alegorías y sobre todo con el futuro auto El gran teatro del Mundo de Calderón de la Barca, es crucial la aseveración de don Quijote sobre la comedia, cuando al final de ella todos se desnudan de los vestidos con los que han representado y se vuelven iguales. La idea, que gozaba de una larga tradición, no deja sin embargo de mostrarse, en este caso, como un claro precedente calderoniano, que además Cervantes desarrollará, como indicamos más adelante, en toda la obra:

Pues lo mesmo —dijo don Quijote— acontece en la comedia y trato deste mundo, donde unos hacen los emperadores, otros los pontífices, y finalmente se pueden introducir en una comedia; pero en llegando al fin, que es cuando se acaba la vida, a todos les quita la muerte, las ropas que los diferenciaban y quedan iguales en la sepultura (pág. 784) [11] .

Por otro lado, las danzas de espadas, presentes en Brujas (1389), Valencia (1459) o Sevilla (1498) y que se desplegaron por toda España, muchas veces vinculadas a los autos sacramentales del Corpus, son también un elemento a considerar en relación con el Quijote y la tradición lúdica de lo caballeresco. Rodrigo Caro, Lope de Vega, Mateo Alemán o el propio Cervantes en La tía fingida darían cuenta de ellas. Sin olvidar la antigua danza de los seises en Sevilla y Toledo, recuperada más tarde por el cardenal Cisneros, convirtiendo la lucha de espadas en un paloteado que se repitió en Valencia y otras muchas ciudades durante siglos [12] . En ellas, cabía todo tipo de alegorizaciones bélicas, incluidas las relativas a la conquista de las Indias o a la guerra contra el mameluco, trasladándose a lo festivo y burlesco en numerosas ocasiones [13] .

En la Relación de Rebullosa, el anunciado certamen poético de la ciudad de Barcelona por san Raimundo tuvo lugar en la iglesia de los dominicos el 16 de junio, en presencia del obispo, los conselleres y los jueces de la justa (págs. 338 y ss.), que procedieron a dar las

sentencias tras el sermón en latín de un jesuita y las preceptivas oraciones a san Ramón. En este caso, unos niños representaron un diálogo latino, disputando sobre las oraciones predicadas anteriormente por tres religiosos (págs. 340-341).

El relator recogió un soneto en catalán de un poeta presente en el certamen llamado Ausiàs March, por haber heredado su autor «el nombre y sangre illustre del que lo fue tanto entre todos los Poetas de que España mas se precia» (pág. 347). También encareció sobre todo los que, en esa misma lengua, habían presentado Gerónimo Pujadas y Fructuoso Bisbe y Vidal. Pero luego matizó lo siguiente: «y aunque muchos otros escribieron al premio del certamen, dexo pues sus versos, pues, como luego veremos, al Iuez le parescio condenarlos; por ser las leyes de la Poesia Catalana antiquissimas y muy rigurosas, y del todo contrarias á la anchura y libertad que hoy muchos platican» (págs. 342-344).

Efectivamente, páginas más adelante, Rebullosa abría, en la sentencia de los versos escritos para el certamen en catalán, un interrogante sobre el uso de esa lengua y del castellano en el certamen por san Raimundo:

Axi com fonc, sobrada l'alegria

que a tots causá, la Canonizacio:

fora tambe, grandissima rahò,

corresponguès, la fertil Poesia.

Los Catalans, perque dexam la llengua?

Catalá fonc, lo Benaventurat:

qui no coneix, poc auer agradat

no tinc á molt, que cayga en semblant mengua.

Los Provençals, y Lymosins Poetas

an inventat, la molt delicad'art

per agusar, l'human ingeni tart

y poder fer, ses trobas mes perfetas.

Ausias Marc, en ella fonc Poeta

tan excellent, ques tingut per mes fet

de quants bells rims, y bells cants agen fet

y axi en son temps, sa troba fou elèta.

La Gáya fonc, sciencia nomenada,

pels Catalans, antics de gran renom,

y es gran dolor, no entendre per que y com

casi per tots, greument es menyspreada.

En Castellà, tothom se don'á scriure

tenint per cert, quels sera mes profit,

y donarán, axi mayor delit:

empero molts, an donat mes que riure (pág. 348).

A juicio de Rebullosa, era más fácil seguir las leyes castellanas que la complejidad de las catalanas, pues aquellas eran menos estrictas y más libres, refiriéndose también a que muchos escribían en castellano «a tort y a dret», sin advertir si la acentuación era larga o breve como en latín y sin tener en cuenta las leyes de la sinalefa. Primaba, en definitiva, la libertad compositiva del castellano a la hora de cantar la chacona y la zarabanda «curant molt poc, del'art la gravedat» (pág. 349). Y, respecto al latín, la sentencia fue más generosa, premiando los poemas escritos en esa lengua por religiosos y miembros de la Compañía de Jesús.

La sentencia sobre las composiciones en castellano estuvo acompañada de la publicación de cuatro poemas (págs. 366 y ss.), incluyéndose una canción cultísima de «Salicio» en honor de san Raimundo, «honor de España», que es una prueba más del triunfo del Garcilaso de las églogas en esa y otras justas. No en vano sus obras y las de Boscán habían salido en 1543 de la imprenta barcelonesa de Carles Amorós.

Ese recuerdo garcilasista también estaría presente en el episodio del Quijote cerca de Barcelona. No olvidemos que, tanto a la ida como a la vuelta de esa ciudad, Cervantes resucitó, como dijimos, el mundo pastoril en la Arcadia fingida del capítulo LVIII de la segunda parte, y después en la «resolución» de don Quijote a hacerse pastor en el capítulo LXVII, aunque lo que se le viniera encima fuera la aventura de la piara de cerdos. Y pastoril sería también el último e imposible sueño de don Quijote y Sancho al final de la obra.

Interés particular cobraron los jeroglíficos en el certamen catalán de 1601, como el presentado por Jusepe Centellas, de Lérida (págs. 394-395), con una peña alada andando sobre las olas del mar y en lo alto un árbol con siete raíces del que salía un espejo, encima del cual estaba la Fama llena de ojos en la ropa y tocando su trompeta. La emblemática, fundada por Alciato y presente desde muy temprano en el reino de Aragón, se unía a otras muchas fuentes posteriores en ese certamen. Entre ellas, Las emblemas moralizadas (Madrid, Herederos de Juan Iñiguez de Lequerica, 1599) de Hernando de Soto, amigo de Lope, que había recogido la imagen alada de un ángel cuyo vestido estaba lleno de ojos, además del emblema de Argos, cubierto por un traje con un ciento de ellos. El verso y la prosa al pie del poeta leridano glosaban su significado, al igual que ocurrió más tarde con el jeroglífico de Pedro de Bellver por san Raimundo, en el que una peña con corona y cetro sostenía el águila real, símbolo del canonizado, al igual que lo había sido el ave fénix.

Nuevamente, el género se alimentaba de imágenes caballerescas a lo divino con la aparición de un jeroglífico de Francisco Ferrerón, en el que un fraile de santo Domingo aparecía «con un lançon en la mano derecha, y un escudo embraçado en la izquierda», que lo

transformaba en guerrero, siguiendo el aludido esquema caballeresco de la militia Christi, que fue fundamental entre los dominicos. Encima del fuerte, aparecía una mujer armada con el escudo de Barcelona junto al de la Orden de Predicadores (págs. 396-397) como símbolo de la unión entre ambas instituciones. A su vez, el jeroglífico del licenciado Navarrete glosaba en catalán el milagro del santo navegando sobre su capa con referencias al simbolismo de Horapolo (págs. 397-400).

En este caso, un jeroglífico a lo divino mostraba a la Religión redimiendo cautivos junto con san Ramón y el entonces beato Pedro Nolasco, vestidos respectivamente de maestro y de capitán. Se daba así cuenta, una vez más, de la fusión militar y religiosa inherente a quienes daban libertad a los cristianos; asunto que no dejaría de tener futuras connotaciones cervantinas [14] . Todo ello iba unido a una bandera con un hipopótamo, símbolo de la crueldad de los enemigos de la Iglesia, pues no en vano Covarrubias lo propuso años después como imagen de la impiedad [15] .

Otro de los jeroglíficos ofrecía un castillo alegórico con cuatro torres, en una de las cuales aparecía nuevamente un espejo. Los símbolos de la columna, el brazo y la espada —tan presentes en la heráldica— se unían, en este caso, a los de la lechuza, mientras que otros jeroglíficos ofrecían alegorías del libro cerrado, la serpiente, el ojo y un elefante pasando el mar a nado como símbolo de la prudencia encarnada por san Ramón en su milagroso viaje de Mallorca a Barcelona, ya aludido. De este modo, los poemas y jeroglíficos del certamen trasladaban, en sus versos y dibujos, los símbolos desplegados en las procesiones, los templos, los altares y las alegorías de arte efímero, reflejando las imágenes bélicas en sus letras y dibujos.

La alternancia entre literatura y juegos de armas se vio también en la «Fiesta de la Universidad y la Justa partida de los caballeros», conviviendo paralelamente en el tiempo. Respecto a la primera, el claustro universitario acudió en pleno el 17 de junio a la iglesia de los dominicos, donde el doctor Rafael Mox había dispuesto cuatro jeroglíficos en la puerta. La noche anterior ya se había celebrado el evento con luminarias, cohetes, juegos y estruendo de cajas y pífanos en las escuelas.

La procesión y entrada de la universidad en la iglesia se hizo según el protocolo habitual, empezando por los atabales de a caballo con trompetas, seguidos por estudiantes, menestriles, bedeles, catedráticos y doctores con los colores de cada facultad. Siguiendo una tradición secular, la Gramática encabezó el desfile de los maestros de las artes liberales, con el obispo y el rector al frente (pág. 407) [16] . Todos ellos pasearon por la ciudad y, al llegar a la capilla mayor de los dominicos, entregaron los premios a los concursantes de la justa universitaria, cuyos versos se leyeron en el púlpito.

En la justa literaria de la universidad, hubo poemas en latín, catalán y castellano, algunos escritos por mujeres, prueba de su presencia en ella, así como en el resto de los saraos, torneos y festejos por san Raimundo. Además, se incluyeron, en este caso, varias alabanzas a la glosa presentada por doña Caterina de Cardona (págs. 424-425), a la que Rebullosa consideró mujer sabia y discreta (pág. 439). A ello cabe añadir la sentencia sobre la canción presentada al certamen por una religiosa sin nombre, junto a otras redondillas y canciones.

Téngase en cuenta que ya Andrea Navaggiero había anotado, en su mencionado viaje por Barcelona, que las señoras de la Orden de Santiago llevaban espada por venera como caballeros y se podían casar, lo que no dejaba de encarnar, en clave religiosa, el mito de las amazonas unido al de la doncella guerrera [17] . Así se originó el sintagma y el paradigma de la virgo bellatrix , que fue un asunto tratado con profusión en las novelas de caballerías desde el Platir (Valladolid, Nicolás Tyerri, 1533), así como en los romances y obras teatrales del Siglo de Oro [18] .

La justa universitaria barcelonesa se recreó a través de las sentencias, que dieron fe de los distintos premios. De interés particular es la relativa al certamen de los jeroglíficos, pues daba cuenta del significado del nombre de san Raymundo como rey del mundo, apuntando el cambio de ray a rey, así como el simbolismo dual de la doble vía, implícito en la Y pitagórica. Esta aludía al clásico vuelo de las grullas (págs. 418 y ss.), del que diera constancia fray Luis de León entre otros autores como el propio Cervantes, que la tomó a su modo en la bifurcación de los caminos

y encrucijadas por los que transitó don Quijote [19] .

Una vez más el lenguaje de la justa poética se apropió del caballeresco al calificarse el certamen poético de «torneo» (pág. 432). La imagen de las plumas convertidas en espadas se unía a la conversión de los poetas en soldados y capitanes, que lidiaban con dardos, estoques, lanzas y paveses hechos de palabras (pág. 437). Rebullosa aludió irónicamente a las armas y al arnés del poeta Juan Dessi, que parecía ir en caballo alazán a la hora de versificar, arremetiendo también contra fray Bautista de León, que luchó con una adarga rota «y con falta de lición» (pág. 430).

El relator se extendió así en el traslado del vocabulario y las imágenes caballerescas a las sentencias de los distintos certámenes de la contienda poética barcelonesa, como fue en la dedicada al certamen segundo:

Acabose el torneo

quando otros cavalleros se animaron

para el segundo empleo

los clarines sonaron

y un hermoso estafermo començaron [20] .

Jaime Rebullosa constató además la intervención de algunas damas cantando con éxito sus versos al son de distintos instrumentos. Los comentarios no dejaron de ser en ocasiones jocosos, como los dedicados a una tal «Juana Boscàna», que cantó flaca y desmayada con un arpa mal templada, no se sabía muy bien si en prosa o en verso (págs. 438-440). Acusación, esta, que, por cierto, persiguió al Juan Boscán poeta y amigo de Garcilaso durante mucho tiempo, mientras que fuera alabado sin embargo por la medida prosa de su traducción de El Cortesano de Baltasar de Castiglione [21] .

Mientras se celebraba el certamen literario en la iglesia de la Orden

de Predicadores, tuvo lugar la justa partida de a cinco en la plaza del Born «para que las armas y las letras, olvidadas de sus antiguas pretensiones acudiessen juntas y de paz, á un mismo tiempo y hora, para solemnizar el glorioso triumpho de nuestro Canonizado» (pág. 443). El debate entre armas y letras, que aparecería años después en el Quijote, quedaba así resuelto con dos justas simultáneas pero distintas, celebradas en honor de san Raimundo.

Al parecer, hubo abundante público en las dos y ambas conformaron un círculo en torno a la iglesia de los dominicos, pues los poetas asistieron allí al certamen de la universidad y, a su vez, los caballeros de la justa partida salieron a batallar desde la misma iglesia, donde dieron una arremetida ante el altar de san Raimundo. Los justadores y sus caballos desfilaron en el Born con los colores blanco y negro del estandarte dominico, volviendo todos ellos al término del torneo a la iglesia, donde depositaron los premios de cadenas, perlas, rubíes y un centauro de oro que habían recibido tras la refriega.

Desde la perspectiva de la lectura que pudo hacer de la Relación de Rebullosa Miguel de Cervantes, cobra particular interés el cartel de desafío fijado con una lanza, que se colocó una vez más en la puerta de la iglesia de los dominicos, emplazando a una sortija de tres lanzas y un faquín de cuatro en honor del santo, con premios de hasta cien escudos [22] . Pues en él aparecía anunciado nominalmente nada menos que un predecesor del personaje del futuro Persiles cervantino:

Don Periandro Clariquel

por ganar nuevo renombre,

que tanto es mayor la honra

quanto es su causa mas noble;

En servicio de Raymundo

a quien ya la Yglesia pone

en el catálogo justo

de los santos Confessores […]

En el Borno, do ya en armas,

ya de dia, ya de noche

los cavalleros levantan

de su nombre los blasones;

un faquín y una sortija

mantendrá: las condiciones

las mismas que se acostumbran

en esta Ciudad, escoge (pág. 448).

La aventura caballeresca de Barcelona estaba abierta a todos, pues se conminaba a los «valerosos Españoles / honor de la patria vuestra / fama de agenas naciones», para que acudieran a la fiesta caballeresca; sin olvidar a los catalanes nobles y discretos, «iguales a los mejores» [23] .

Aunque la sortija a la que alude Rebullosa tenga mayor relevancia en relación con el Quijote, pues fue la aspiración de su héroe cuando pensó ir a Zaragoza, lo cierto es que el faquín fue una distracción caballeresca frecuente en su tiempo, como muestra el juego que tuvo lugar en las fiestas vallisoletanas de 1604, descritas en la «Relación de la fiesta que delante de su Magestad y de la Reyna Nuestra Señora hizo y mantuvo el Príncipe del Piamonte en Valladolid». En ella, se describe la disposición de los reyes, que veían el espectáculo desde las ventanas de palacio, teniendo debajo a los embajadores y jueces de la fiesta sentados sobre un tablado. En el centro de la plaza, se colocó un caballo de madera donde había de colocarse el faquín, que era una figura representando a un hombre armado con su escudo al que debían alancear los caballeros [24] .

En esa fiesta de Valladolid, a la que asistieron don Juan de Tassis, el duque de Alba y los condes de Lemos entre otros, el príncipe del Piamonte, acompañado del conde de Puñonrostro y de Diego Pimentel, el faquín iba metido en un castillo sobre un elefante al que rodeaban pajes a caballo vestidos a la antigua y con mascarones en los hombros. Al son de la música y con la presencia de una hidra vomitando fuego sobre la que iba un Hércules con su clava, los contendientes vieron pintado el cartel de desafío portado por un enano, que representaba al Furor encadenado y a dos arpías. Respecto a la vestimenta, no deja de ser curioso que los pajes fueran también vestidos a la antigua usanza con petos y morriones, llevando también un enano como escudero [25] .

Que todo ello tuviera su envés ridículo con la cuadrilla de cien dueñas a caballo, que tocaban atabales y llevaban rosarios, ferreruelos, espadas y sombreros como si fueran caballeros, y que un rufián del rey llamado Rabelo las acompañase vestido de doctor, no deja de componer un irrisorio cuadro caballeresco que, entre burlas y veras, mostró no pocas semejanzas con el representado tres años antes en las fiestas barcelonesas por san Raimundo [26] . El festejo vallisoletano tenía además una clara vinculación con los mencionados vejámenes de grado, pues Rabelo iba vestido de médico, con traje y borla de doctor, y las damas que desfilaron montadas en mulas iban seguidas de doctores, médicos y legistas llevando versos alusivos a su profesión.

Como ya señalamos en otro lugar, el torneo vallisoletano celebrado ante el rey Felipe IV en 1604 generó dos años más tarde la «Carta de D. Diego de Astudillo Carrillo, en que se le da cuenta de la fiesta de San Juan de Alfarache el día de Sant Laureano» [27] . En ella, el mantenedor salió con armas de «blanquísimo y bruñido papelon, sembradas por ellas diversas flores», al igual que las que lucieron don Rodandolfo y don Metulino Arrianzo de Dacia, mientras que don Rilandulfo de Ilenia lució por penacho de su celada una vistosa escoba, y sus calzas estaban compuestas de papel blanco entretejido con oropel cortado a listas y pegado con engrudo.

Lo cierto es que esas fiestas de 1604, y otras anteriores que se celebraron en la corte madrileña y en Valladolid, serían un modelo, aunque también se celebraran con parecidas apariencias en el resto

de las que tuvieron lugar en otras ciudades. Los ejemplos proporcionados por el cronista Luis Cabrera de Córdoba son bien ilustrativos al respecto, pues describió las fiestas valencianas de 1599 con motivo de las ya mencionadas bodas reales, en las que hubo arcos triunfales, juegos de cañas, alcancías, justas, torneos de a pie y saraos de damas, ofreciendo la vinculación de ese tipo de festejos con la presencia de los monarcas.

A su vez, la máscara de caballeros y de damas ricamente enjoyadas que tuvo lugar el 4 de enero de 1601 en Madrid, presentó una sorprendente aparición de dichas damas en un carro triunfal, «las cuales hicieron su danza del torneo muy bien concertada, en la cual tornearon unas con otras, dándose sus golpes de espada como se usa en los torneos, y la que las guiaba era la señora Sidonia, privada de la reina» [28] .

En este caso, el remedo bailable de los juegos de cañas por parte de ellas ofrecería sin duda un ejemplo a seguir en el baile de las damas catalanas que convirtieron a don Quijote en inusitado bailador. Y otro tanto puede decirse de las máscaras de a caballo, con cartel anunciando una sortija y un estafermo en palacio, seguidas de sarao nocturno, que ofrecieron un modelo semejante a la altura de 1609, que se repetiría posteriormente con distintas variantes, tanto en la corte como en los lugares por los que transitaban los monarcas [29] .

La prolongación de tales festejos en los inicios de la segunda mitad del siglo XVII en Madrid se plasmó en el Diario del viaje de España que Antonio de Brunel realizó en 1655 [30] . Su perspectiva sobre las fiestas de toros por san Juan, donde los caballeros y toreadores entraban en liza en la plaza mayor madrileña en presencia de los reyes y de la infanta, dio fe de la parte seria, pero sin olvidarse de la más festiva. Esta se plasmó en la aparición del bufón de don Luis de Haro y de un campesino montado en un burro al que el toro hirió cruelmente y al que el rey gratificó luego regalándole el animal. Sobre tal episodio, Brunel hará constar que se trataba de una diversión española que calificó de «sanguinaria» y de una «crueldad invetereda, que ha venido de África y que no se ha marchado con los sarracenos» [31] .

Pero centrándonos en la celebración de la sortija y del faquín de Barcelona en 1601, Rebullosa cuenta que esta fue precedida de

nuevas procesiones, como la de niños con vestimenta de obispos y diáconos [32] . Estos parecían trasladar en cierto modo las fiestas medievales europeas del obispillo o del bisbetó recreado por san Nicolás en el Monasterio de Montserrat [33] . Tales inversiones no serían ajenas a Cervantes, si tenemos en cuenta su vinculación a la Universidad de Alcalá de Henares, como tampoco lo fueron a Mateo Alemán, que estudió allí y las plasmó en las dos partes del Guzmán de Alfarache (1599 y 1604). En ese sentido, los visajes del estudiante con mitra de cartón e insignias episcopales llevado en andas y motejado desde siglos no dejan de ser un antecedente curioso del mundo al revés en el que la crítica ha situado actualmente la vestimenta y porte de don Quijote, aunque este los contrahiciera en el ámbito de lo caballeresco [34] .

«Del juego del Faquín y sortija de los Cavalleros» (págs. 451 y ss.) en las fiestas barcelonesas de 1601, anunciado previamente, dio cuenta Rebullosa, detallando la disposición del virrey, conselleres y diputados en la plaza del Born, llena de público. Los caballeros, tras su mencionado paso por la iglesia para rezar a san Raimundo, entraron en la plaza ricamente vestidos. El mantenedor apareció en ella portando la pintura de un dios Cupido negro sobre un tabernáculo y una letra alusiva al santo, mientras doce negros, vestidos al uso de Portugal con caperuzas rojas, bailaban y cantaban al son de la guitarra «una graciosa canción al propósito, en su lenguaje de negros» (pág. 452) [35] .

En la plaza del Born, el mantenedor don Periandro Clariquel se quitó la máscara y, ante el asombro de todos, se descubrió que este caballero no era otro que don Pedro Clasqueri y Vila, que jugó con su nombre y su apellido en el sobrenombre (pág. 453). El de Periandro, además de a Pedro, remitía etimológicamente a peri-andrós («en torno a hombre») y no era desde luego un nombre habitual. Contaba, sin embargo, con un precedente curioso en el personaje de la princesa Periandra del Clareo y Florisea de Núñez de Reinoso; obra que tal vez pudo haber leído don Pedro Clasqueri y Vila al bautizarse como Periandro Clariquel, lo que le permitió un doble juego [36] . En cualquier caso, y al margen de las connotaciones caballerescas, el mantenedor Periandro catalán puede añadirse a la escasa lista de los antecedentes del protagonista encubierto de Los trabajos de Persiles y Sigismunda cervantinos con todo derecho.

Pero, como veremos, el Periandro del futuro Persiles cervantino sería, sin embargo, un personaje muy distinto al representado por el encubierto don Pedro Clasqueri, al encarnar la figura de un peregrino que cruzó mares y tierras desde el septentrión hasta llegar a Roma, tierra de salvación, como prototipo del verdadero viandante cristiano por el camino de la vida.

Respecto al apellido Clariquel, que en parte jugaba con el de don Pedro Clasqueri, cabe la posibilidad de que este pudiera haber leído el Clarisel de las Flores del ya mencionado Jerónimo Jiménez de Urrea, traductor del Orlando furioso. Aunque esa novela permanecería inédita hasta la edición de la Primera parte del libro del invencible caballero Don Clarisel de las Flores y de Austrasia (Sevilla, Sociedad de Bibliófilos, 1879), había circulado anteriormente de forma manuscrita [37] . Y no es asunto menor que, en esa obra, apareciera el personaje Gelismundo que alguna resonancia concomitante ofrecía también con Raimundo.

Claro que, en cuestión de nombres caballerescos, también habría que considerar el Claribalte (1519) de Gonzalo Fernández de Oviedo, seguidor de la imagen petrarquista, afín a Diego Gracián de Aldrete y otros, que consideraron los libros de caballerías como obras que hinchaban las cartas de sueños y mentiras [38] . El título completo de esa obra, de haber sido leída por don Pedro Clasqueri y Vila, vendría pintiparado en el contexto festivo de la fiesta por la canonización de san Raimundo: Libro del muy esforçado e invencible Cavallero de la Fortuna propiamente llamado don Claribalte, que según su verdadera interpretación quiere decir don Félix o bienaventurado (Valencia, Juan Viñao, 1519) [39] . Recordemos además que el caballero Claribalte, a su vuelta a Albania de los torneos en Inglaterra, desenclavó la Espada Venturosa y se convirtió en Caballero de la Fortuna, lo que no deja de tener alguna semejanza con el Paso Venturoso celebrado en Barcelona descrito por Rebullosa.

Si como dicen las paremias «El nombre hace al hombre», la onomástica fue fundamental en la configuración de los personajes caballerescos, así como en sus amores y hechos de armas. La invención etimológica, presente en los textos artúricos y en las historias breves de aventuras caballerescas, invitaba a juegos

verbales que sin duda conoció Cervantes al hacer que don Quijote se bautizara a sí mismo, al igual que lo hicieron los autores de las novelas picarescas, caricaturizando la costumbre [40] .

En relación con las fiestas barcelonesas por san Raimundo y su exaltación caballeresca, conviene recordar igualmente la obra de João de Barros, Primera parte da cronica do Emperador Clarimundo de Grecia (Coímbra, Barreira, 1522), supuesta traducción del húngaro en la que se pretendía demostrar que de él descendían los reyes de Portugal. Reeditada en Lisboa por Antonio Álvarez en 1601, su título mostraba, ese mismo año, una evidente concomitancia con el nombre supuesto del caballero catalán encubierto, don Pedro Clasqueri, así como con el del propio santo canonizado. Las celebraciones barcelonesas en su honor tuvieron —no lo olvidemos— una presencia constante de portugueses en las procesiones.

Siguiendo esa línea, quizás convenga mencionar también el anónimo Reymundo de Grecia (Salamanca, Alfonso de Porras y Lorenzo Lionddelei, 1524), que ofrecía un curioso antecedente del nuevo santo catalán y de los fastos caballerescos en su honor [41] . Esa obra dibujaba en la portada dos caballeros en liza blandiendo sus espadas y la caída del caballo de uno de ellos, pero llevaba además un grabado xilográfico en negro que presentaba al fondo dos castillos y una banderola en rojo con la leyenda «Rey mundo», afín, como vemos, a la perspectiva de san Ray-mundo, rey del mundo, tal y como aparecería en las fiestas barcelonesas de 1601 [42] .

Los disfraces de otros dos de los aventureros descritos por Rebullosa, fueron a la francesa y «a lo Moscovita», con muchas plumas y volantes hasta el suelo. El juego de la sortija y de los dos faquines dio lugar a una fiesta final con premios pagados por la diputación, que luego depositaron, una vez más. los aventureros cuando fueron a rezar al santo homenajeado en la iglesia de los Predicadores.

Las fiestas por la canonización se prolongaron con desfiles de las cofradías de corredores de cuello, «platicantes» de notarios, aprendices de cordoneros y curtidores, llegando hasta el 20 de agosto con la misa y sermón a cargo de los libreros de Barcelona [43] .

El trabajo de las imprentas durante los festejos debió de ser arduo, pues se constata que los poetas acudían «con muchas y varias obras impressas y de mano a las puertas de la iglesia» (págs. 122-123). Parece incluso que hubo tantas procesiones en honor del santo que el obispo tuvo que prohibir que se hicieran más.

El libro se coronó con referencias a la devoción y rezos de los niños, que, formando escuadrones a imitación de los que habían hecho los caballeros, desfilaron al son de pífanos y cajas por las calles como capitanes, alféreces y sargentos, con salvas de arcabuces al entrar en la iglesia el 15 de junio. Ese día aparecieron vestidos de turcos y cristianos y, después de rezar a san Raimundo, se fueron a jugar alcancías al patio de la iglesia con armas de torneo, mostrando de nuevo actitudes caballerescas que nos recuerdan, una vez más, la lectura que hizo Torrente Ballester del Quijote como juego [44] .

Rebullosa dejó para el final de su relación la fiesta de las damas, celebrada el día de la Visitación de Nuestra Señora. En esa ocasión, la «muñedora» de la fiesta fue doña Violante de Cardona, esposa del gobernador don Enrique de Cardona, que presidió la ceremonia. Ella ordenó enramar la iglesia, acompañada de numerosas damas, que sacaron a plaza lo mejor de sus galas. A esa fiesta de las mujeres, acudió el obispo, que celebró una misa con un sermón en castellano lleno de citas latinas, que se recogieron por extenso en la Relación de Rebullosa (págs. 457 y ss.). En este caso, las alusiones a las virtudes de santa Isabel y a las de la Virgen, que debían encarnar las mujeres, fueron acompañadas de reflexiones dignas de mejor causa, pues el obispo dijo que estas todavía arrastraban «su imperfeccion natural comparadas con los varones» (pág. 467).

El sermón enlazó la figura de san Ramón de Peñafort con los atributos del todavía no canonizado Ramón Nonat, así como con las de san Juan Bautista y Nuestra Señora de la Merced, destacando finalmente la devoción que tenían las mujeres al primero [45] . Recordemos que el mercedario san Ramón Nonato (Portell 1204-Cardona 1240) debía su apellido al haber nacido de su madre, ya fallecida, por cesárea. Este se dedicó a la redención de cautivos en Valencia y en Argel, donde fue martirizado, y acabó siendo patrono de las embarazadas y de los partos [46] . Su protección a la audiencia femenina que escuchaba el sermón queda clara en estas palabras del

obispo:

Bien merecido tuvo San Ramon el estado y condicion de las mujeres, la devocion con que agora le sirven por muchas y grandes mercedes que a ellas vivo y muerto les hizo, en trabajos y desconsuelos de esterilidad y malos partos (pág. 468).

El obispo se refirió también en su sermón a los milagros de san Ramón, como el que hizo a la hija de un ciudadano pobre de Barcelona, que, «estando imposibilitada de casar por ser fea, y mucho mas acrecentada esta dificultad por pobre, encomendada por sus padres al santo, quedo tan hermosa, que se pudo escusar el milagro de hazella rica» (ibíd.). El caso, sin llevarlo a los extremos, no deja de asemejarse al que, sin mediación divina, se llevó a cabo en el Persiles, cuando Auristela, por causas amorosas, recuperó su natural hermosura tras haberse vuelto momentáneamente fea [47] .

De la presencia de las damas en los actos ciudadanos por san Raimundo dio también cuenta posteriormente un pliego suelto, sin pie de imprenta, en el que los «Concellers» de la ciudad de Barcelona se referían a que la marquesa de Almazán, mujer del virrey de Cataluña, no podía acompañarse con guarda de alabarderos ni poner sitial ni silla en la iglesia, en el lugar ocupado por ellos, como lo había hecho en la Seo de Barcelona con motivo de las honras por doña Margarita de Austria [48] .

Por otra parte, conviene añadir que, en el día de san Juan Bautista, íntimamente relacionado con la futura llegada de don Quijote a Barcelona, las fiestas por san Raimundo ofrecieron el alarde de los albañiles vestidos de turcos, acompañados por numerosos niños y niñas en procesión (pág. 450) [49] . Ese disfraz mostraba la cara festiva de cuanto la lucha contra los turcos representó en su cara más oscura, así como la visión negativa que de ellos manifestó años más tarde Cervantes en el Quijote, donde la risa y las burlas se mezclaron con historias amargas [50] .

Lo cierto es que los turcos formaron parte de una larga historia que

Francisco de Moncada, conde de Osona, desarrolló en su Expedición de los catalanes y aragoneses contra turcos y griegos (Madrid, Antonio de Sancha, 1623), donde rastreó la historia de un enfrentamiento del siglo XIV que perduró en el tiempo, basándose en la Crónica de Ramón Muntaner y en fuentes bizantinas [51] . La obra mostraba las traiciones, crueldades y sediciones de los turcos, exaltando el valor y la disciplina militar de catalanes y aragoneses, que murieron en número de diez mil, frente al de tres mil turcos, suponiendo que todos tenían por invencibles las armas de Aragón.

Pocos años después de las justas por san Raimundo, Bartolomé Joly, entró por Perpiñán para iniciar su viaje por España entre 1604 y 1605. De su paso por Barcelona, contó con todo detalle sus casas, calles e iglesias, así como los privilegios de la ciudad y su forma de gobierno, deteniéndose en el convento de la Orden de Predicadores, donde estaba enterrado san Raimundo de Peñafort, «en cuya canonización hicieron maravillas en vanas locuras y alegrías» [52] . Joly parece, en ese sentido, haber leído el libro de Rebullosa o haber conocido, al menos de oídas, su contenido, destacando, del monasterio de los dominicos, que «En la Librería se ven allí libros en toda clase de lenguas, ay de todas las ciencias, en romance principalmente (es vulgarmente español), aunque son caros (como nada hay barato en España) son más baratos que en otras partes» [53] .

La visita de Bartolomé Joly aporta interesantes noticias sobre la relación del monarca con Barcelona, señalando que «es propia en fantasías y en carrozas después de París y a la par de las mejores ciudades de Francia» [54] . Incluye además referencias al triunfo en ella de comedias a lo divino y a lo humano, particularmente las de Lope de Vega. Según él, los barceloneses eran bravos pero inhospitalarios con los extranjeros, aludiendo también a los bandoleros y a que «En Cataluña todos llevan pedreñales y arcabuces aún más que espadas» incluyendo a los ganaderos [55] . Joly se refirió también a las damas de la Orden de Santiago, que, como dijimos, llevaban espada por venera como los caballeros y se podían casar.

El viajante francés no se olvidó de aludir posteriormente a los juegos de cañas en Madrid ni de decir que «Las alcancías son

también las vinajeras; arrojan en sus ataques y reciben en las retiradas sobre pequeños escudos de madera, botellitas llenas de agua de rosas que llaman de azahar, que se quiebran y esparcen su olor; arrojándolas también a las damas que están en las ventanas y balcones» [56] .

Su análisis de los distintos reinos de España, de las órdenes de caballería que describe con todo detalle y del carácter de los españoles, curiosamente unido a la teoría de los humores recogida en el Examen de ingenios por Huarte de San Juan, no deja de ser una útil herramienta para leer el Quijote. Pues, al hablar de los caballeros, dijo que «Los hidalgos de guerra y otros pobres escuderos simulan inmediatamente el nombre de caballeros, que imitan, o de veras o de burlas, en sus grandezas, ejercicios, maneras de hablar», lo que no deja de ser interesante respecto a la obra cervantina y el entorno caballeresco y festivo en el que esta surgió [57] .

[1] Javier Marías, Cervantes clave española , Madrid, Alianza, 1990, pág. 187.

[2] Sagrario López Poza, «Amoris vulnus idem sanat, qui facit . Notas sobre la fortuna de un topos clásico», Docta y sabia Atenea. Studia in honorem Lía Schwartz , ed. de S. López Poza et alii , A Coruña, Universidade de A Coruña, 2019, págs. 407-437.

[3] El número de niños y niñas se va agrandando conforme la relación avanza, como la alusión a los 405 niños que aparecen en la iglesia con motivo de la sentencia del certamen poético, pág. 340. Ricardo del Arco, opus cit., págs. 411 y ss., recogió a su vez las referencias a los niños en DQ I, XLVIII; y II, LXXII y XIII.

[4] Sobre la imagen del águila, vinculada a las representaciones festivas de la Corona de Aragón, véase Vicente Sánchez Moltó, art. cit., pág. 155. Para su presencia en las procesiones del Corpus en Barcelona, Francis G. Very, opus cit., pág. 31, que recoge una de 1589, al abrigo de la Cofradía de San Esteban, semejante a la de 1601 por san Raimundo. Pesaba 125 libras y andaba con las alas extendidas y una paloma en el pico, bailando al compás de la música en la calle y en la catedral, e iba acompañada de niños vestidos de ángel. El águila apareció también en otras fiestas del Corpus de Valencia y Mallorca. Rebullosa describe a su vez con detalle la hermosa figura del águila en pág. 39, indicando que pesaba cinco arrobas y llevaba una paloma en el pico y una corona real en la cabeza, y que estaba hecha «un ascua de oro». Sus bailes aparecen en muchas ocasiones (págs. 55-56).

[5] En la diócesis de Zaragoza, la procesión del Corpus data de 1423. Véase María Isabel Falcón Pérez, «La procesión del Corpus en Zaragoza en el siglo XV Estado actual de los estudios sobre Aragón. Actas de las quintas jornadas , Zaragoza, Universidad de Zaragoza, 1984, págs. 633-638; y la tesis doctoral de Luis Jorge Constante Luna, El Corpus Christi en Zaragoza (siglos xiv - xvi). Arte en torno a la paraliturgia procesional , Zaragoza, Universidad de Zaragoza, 2015. Para la evolución de los gigantes y demás elementos procesionales en las fiestas del Corpus, véase Fernando Martínez Gil y Alfredo Rodríguez Gonzalez, «Del Barroco a la Ilustración en una fiesta del Antiguo Régimen», Cuadernos de Historia Moderna. Anejos, 2002, 1, 15, págs. 151-175, quienes recuerdan su temprana presencia en la Corona de Aragón y en Toledo, así como las críticas del padre Mariana sobre los bailes que se hacían durante las procesiones.

[6] Francis G. Very, opus cit., 1962, págs. 4-9.

[7] Very, ibíd. , págs. 23-26, da numerosos datos sobre danzantes, diablillos y demás componentes procesionales, como los gigantes y

la tarasca, en Granada, Madrid, Barcelona, Valencia y Zaragoza a lo largo del siglo XVII , señalando también la temprana presencia de rocas con escenas del Antiguo y del Nuevo Testamento. Sobre los carros alegóricos con personajes bíblicos, santos y mártires en Barcelona, que se construían en la Casa de las Rocas, véase pág. 37. No faltó, entre ellos, la imagen de san Jorge en el siglo XV .

[8] Francis G. Very, ibíd. , págs. 62-63.

[9] Véase el clásico estudio de Julio Caro Baroja, El estío festivo (fiestas populares de verano), Madrid, Taurus, 1984.

[10] James Iffland, De fiestas y aguafiestas: risa, locura e ideología en Cervantes y Avellaneda, Madrid-Pamplona-Fráncfort, Iberoamericana-Universidad de Navarra, 1999; y, del mismo, «Don Quijote ante Las Cortes de la Muerte ; reflexiones sobre la intertextualidad festiva», eHumanista/Cervantes 1 (2012), págs. 605-616.

[11] Sobre la idea, Aurora Egido, «Vives, Erasmo, Boaistuau y Calderón. Las máscaras del hombre en el teatro del mundo», Diferentes y escogidas, Homenaje al profesor Luis Iglesias Feijoo, ed. de Santiago Fernández Mosquera, Pamplona-Universidad de Navarra, Madrid-Iberoamericana, 2014, págs. 133-150.

[12] Francis G. Very, opus cit., págs. 90-96 y 100-105

[13] María Antonia Virgili Blanquet, «Danza y teatro en la celebración de la fiesta del Corpus Christi», BIBLID 1995, 26, págs. 15-26, así lo destaca en Sevilla y Madrid, junto a las danzas de Brunete o

Palencia, Carlos II puso coto a muchas de esas manifestaciones, que prohibiría más tarde Carlos III dentro de las iglesias en 1780. Sobre ello, Fernando Martínez Gil, «Del Barroco a la Ilustración en una fiesta del Antiguo Régimen: el Corpus Christi», Cuadernos de Historia Moderna, Anejos 2002, 1, págs. 151-171, donde muestra el paso de lo religioso a lo profano. En el caso de los gigantes, ello supuso un cambio significativo, según María Jesús Sanz, «La procesión del Corpus en Sevilla. Influencias sociales y políticas en la evolución del cortejo», Ars Longa 16, 2007, págs. 55-72.

[14] San Pedro Nolasco sería canonizado en 1628 por Urbano VIII y su obra estuvo muy vinculada al reino de Aragón. De origen occitano, fue el fundador de la Orden de la Merced, dedicada, como se sabe, a la redención de cautivos y bien conocida por Cervantes. Murió en Barcelona en 1258.

[15] Véase Juan de Horozco y Covarrubias de Leyva, Trescientos emblemas morales, ed. de María del Mar Agudo, Alfredo Encuentra y Juan Francisco Llorente, Zaragoza, PUZ, 2017. El análisis de los emblemas en la obra de Rebullosa merecería consideración detenida, empezando por los que aparecen colocados a la puerta de la iglesia de santa Caterina, con su pictura y suscriptio , además de los presentados al certamen y que volvían a lo divino la tradición jeroglífica de Horapolo. La mayoría de ellos están vinculados a los símbolos de la Orden de Predicadores y a la tradición emblemática al uso. Para la presencia de esta en las justas poéticas y caballerescas, Aurora Egido, La poesía aragonesa del siglo xvii y el culteranismo, vol. II; y en particular, Sagrario López Poza, «Emblemática aplicada y artificios de la cultura visual en los juegos caballerescos del Siglo de Oro», Cultura oral, visual y escrita en la España de los Siglos de Oro , Madrid, Visor, 2010.

[16] Sobre los desfiles de las artes liberales con la Gramática al frente portando una llave, Aurora Egido, «Galdós y Rosalía de Castro: el sustrato alegórico en “La conjuración de las palabras”, entre el

Caballero de las botas azules y El caballero encantado» , BILRAE 18, 2021, págs. 30-74.

[17] García Mercadal, opus cit., II, pág. 15,

[18] María del Carmen Marín, «Aproximación al tema de la virgo bellatrix en los libros de caballerías españoles», Criticón 45, 1989, págs. 81-94.

[19] Aurora Egido, «El bivio humano y la discreta elección de don Quijote en sus primeras salidas », Bulletin of the Cervantes Society of America, 27, 1, 2007, págs. 31-70.

[20] Pág. 434. Sobre el juego del estafermo, proveniente de Italia, así como de la sortija y su significado, en relación con Francia y otros países europeos, véase Lucien Clare, La quintaine, la course de bague et le jeu des têtes, París, CNRS, 1983, que recoge además el sentido figurado de esos términos. El libro se acompaña de abundantes ilustraciones y textos sobre el tema desde la Edad Media.

[21] Los dardos también alcanzaron al poeta del mismo apellido Jerónimo Boscán, comparándolo con su predecesor: «El uno fue Boscán que si mirase / quan lexos de Boscán viene yo os juro / que ya mas de tal nombre se gloriara» (pág. 427).

[22] Narciso Alonso Cortés, La corte de Felipe II en Valladolid , Valladolid, Imprenta Castellana, 1908, pág. 35. Otras alusiones al faquín, en Raffaele Puddu, «Toros y cañas. Los juegos ecuestres en la España del Siglo de Oro», Revista de estudios taurinos 24, 2008,

págs.13-44

[23] Relación , págs. 446, pero 449. La demanda se anunció en estos términos: «Ea galanes discretos, / iguales a los mejores / y para dezillo todo / ea Catalanes nobles; / mostrad que sabéis cumplir / con vuestras obligaciones / porque el ser noble consiste / en obras y no en el nombre» (pág. 446).

[24] Narciso Alonso Cortés, opus cit., pág. 35. El faquín aparece como equivalente al estafermo en Luis Cabrera de Córdoba, Relación de las cosas sucedidas en la Corte de España desde 1599 hasta 1614 , Madrid, Martín Alegría, 1857.

[25] Madame D'Aulnoy, en su viaje por España (1679-1681), menciona a Luisillo, un bello enanito de Flandes que montaba un caballito enano para desplazarse y deseaba torear por amor a doña Elvira, una niña de siete u ocho años, añadiendo: «La reina le ha encargado de ser su galán». Véase J. García Mercadal, opus cit., vol. II, pág. 1103.

[26] Véase la descripción de Luis Cabrera de Córdoba, criado y cronista del rey don Felipe II, opus cit., pág. 614. El desfile de dueñas tendría su eco en la Cueva de Montesinos.

[27] Aurora Egido, «Don Quijote en el patio de escuelas», Por el gusto de leer a Cervantes , págs. 247-248.

[28] Luis Cabrera de Córdoba, opus cit ., pág. 90. Junto a ellas, la duquesa de Lerma y sus damas iban vestidas de cazadoras o «como para juego de cañas». Los festejos en Valladolid de 1606 (pág. 208)

y los de 1608 y 1609 (págs. 330, 385 y 388) en la corte madrileña ofrecen juegos de torneos y cañas, además de toros y máscaras de a caballo en el palacio madrileño o en la huerta del duque de Lerma, sin que faltaran el estafermo y el sarao nocturno.

[29] Conviene sin embargo decir que no todo era fiesta en sentido lato, pues también había torneos unidos a las honras fúnebres, como el que se hizo en Lerma por la reina, fallecida en 1617, y al que asistió Felipe III en el Monasterio de San Blas, según Luis Cabrera de Córdoba, ibíd. , pág. 597.

[30] J. García Mercadal, opus cit ., II, págs. 401 y ss. Hubo otras ediciones en Colonia, Bruselas y La Haya en 1666.

[31] Ibíd. , II, pág. 440. Sobre ese paso, del heroísmo a la burla, véase María del Carmen Marín, «De Rodamonte a las rodamontanas: la conversión de un héroe carolingio en género bufo », Amadís de Gaula, quinientos años después: Estudios en honor de Juan Manuel Cacho Blecua , ed. de José Manuel Lucía Megías, María del Carmen Marín y Ana Carmen Bueno, Alcalá de Henares, Universidad de Alcalá de Henares, 2008, págs. 471-502.

[32] La coincidencia de esos festejos barceloneses con las fiestas de san Juan no deja de tener interés respecto a la visita a Barcelona de Cervantes en 1610, si no es que la hizo ya en años anteriores, como decimos.

[33] Sobre ello, véase la tesis doctoral de I. Alaustre Campo, Alcalá de Henares y sus fiestas públicas (1503-1605), Alcalá de Henares, Universidad de Alcalá, 1990; Francesc Massip, «Rei d'innocents, bisbe de burles: rialla i transgressió en temps de Nadal», Estudios sobre el teatro medieval, ed. de J. Ll. Sirera, Valencia, Publicaciones

de la Universidad de Valencia, 2008, págs. 131-146; y en particular, la tesis doctoral de A. Marchamalo Sánchez , La Iglesia Magistral de Alcalá de Henares en la universidad cisneriana, 1499- 1831 (génesis, desarrollo y fortuna), Madrid, Universidad Complutense, 2016, págs. 117, 149, 281. José María Díez Borque, «Celebraciones y fiestas populares…», en Ramón Menéndez Pidal , Historia de España, La cultura del Renacimiento. 1480-1580, coord. por Víctor García de la Concha, Madrid, Espasa-Calpe,1999, tomo XXI, págs. 65-66, recogió unas fiestas del obispillo en Gerona en 1541.

[34] I. Alaustre, opus cit., pág. 281, recuerda esa tradición de las universidades y catedrales europeas desde los siglos XII y XIII , que Cisneros recreó en 1511 en la Universidad de Alcalá. La procesión se hacía con desfile del rector, maestros y doctores, misa solemne en la Colegiata y paseo hasta el Colegio Mayor de san Ildefonso. Otras ciudades y templos, como Burgos, Palencia, Navarra, Ávila o Montserrat, con la «Festa del bisbetó», la siguieron celebrando. Ese rebajamiento llegó también a los gallos o vejámenes de grado en el actus gallicus . Véase Aurora Egido, La voz de las letras en el Siglo de Oro , Madrid, ABADA, 2003.

[35] La presencia de negros, con su particular vestimenta y lenguaje en el certamen catalán, merecería consideración aparte. Estos aparecieron también en los entremeses, en la poesía jocosa (caso de Góngora) y en las fiestas por el Corpus Christi de otros lugares de España. Véase Antonio Santos Morillo, «Primeras manifestaciones de la lengua de negro en la literatura ibérica: comienzo de un estereotipo» Philologia Hispalensis 17, 2003, págs. 233-255 y bibliografía adjunta. En 1609, hubo un desfile triunfal a la turquesca en Barcelona, y en 1611 otro de cinco reyes negros. Véase Durán i Sanpere, opus cit ., págs. 95 y ss.

[36] Antonio Cruz Casado, «Periandro/Persiles: Las raíces clásicas del personaje y la aportación de Cervantes », Cervantes, Bulletin of the Cervantes Society of America, 15, 1, 1995, págs. 60-69, señaló las

concomitancias del personaje de Periandro con el Teágenes de las Etiópicas de Heliodoro y con Leucipe y Clitofonte de Aquiles Tacio, imitado por Alonso Núñez de Reinoso en Los amores de Clareo y Florisea y los trabajos de la sin ventura Isea . Y véase Diana de Armas Wilson, Allegories of Love. Cervantes's «Persiles y Sigismunda», Princeton, Princeton University Press, 1991, págs. 78-105, sobre el travestismo de los personajes.

[37] A ello cabría añadir el posterior Clarisol de Bretaña (Lisboa, 1602), que se corresponde a la quinta y sexta parte de Palmerín de Inglaterra , obra de Baltasar Gonsalves Lobato, y el nombre del protagonista de la Tragedia de los jardines y campos sabeos (Lisboa, Gerardo de la Viña, 1627) de Feliciana Enríquez de Guzmán.

[38] Rafael Beltrán, art. cit., págs. 61-127.

[39] Alberto del Río, «El Claribalte (1519) de Gonzalo Fernández de Oviedo», Edad de Oro 21, 2002, págs. 225-249. Y véase infra sobre el Paso Venturoso y el Paso de la Fuerte Ventura. Conviene tener en cuenta además que el prefijo «Clar-» es habitual en la onomástica caballeresca (Clarián, Claribalte, Clarimundo, Clarisel, Clarisol, Claridoro), así como el término «mundo» (Taurismundo, Clarimundo, Reymundo…).

[40] María del Carmen Marín, «El personaje y la retórica del nombre propio en los libros de caballerías», Tropelías, 1 (1990), págs. 165-195, analiza la influencia de la onomástica en la configuración de los personajes y de las aventuras en los libros de caballerías, aludiendo a lo que ello significó respecto a don Quijote y Sancho Panza. La interpretatio per dictiones y el juego nominal fueron fundamentales en la literatura caballeresca.

[41] Almudena Izquierdo, «A vueltas con Reymundo de Grecia; el caballero exhumado de la Biblioteca Real de Dinamarca», Tirant, 18, 2015, págs. 297-316, dio cuenta del ejemplar de 1524, publicado en Salamanca, desestimando que fuera obra de Fernando Bernal, autor del Floriseo .

[42] La portada del Reymundo de Grecia, a la que nos referimos, reapareció con variantes en la misma imprenta de Salamanca, en 1626, donde se publicó el Reinaldos de Montalván, pero cambiando la banderola roja de «Rey mundo» por la de «Renaldos». Almudena Izquierdo, art. cit., señala la concomitancia del prólogo del Reymundo de Grecia con el Quijote , ya que ambos van dirigidos al lector.

[43] Sobre la Confraria de Llibreters de Barcelona, véase Montserrat Lamarca, opus cit., pág. 114.

[44] Gonzalo Torrente Ballester, El «Quijote» como juego y otros trabajos críticos , Barcelona, Destino, 1984.

[45] Téngase en cuenta que, en las procesiones por san Raimundo, no faltó la de la cofradía de san Juan Bautista (Rebullosa, discurso XI), en cuya festividad, cercana como sabemos a los episodios barceloneses del Quijote, se repetían los desfiles propios del Corpus. Respecto a la Virgen de la Merced, téngase en cuenta que se apareció en 1218 a Jaime I, san Pedro Nolasco y san Raimundo de Peñafort para que instituyesen una orden dedicada a la redención de cautivos.

[46] Perteneció a la Orden de la Merced, fue beatificado en 1626 y canonizado en 1657.

[47] Un milagro parecido se repetiría en 1655, cuando, en el claustro del convento de santo Domingo en Valencia, los cofrades de san Vicente mostraron «el milagro de aquella mujer que la aborrecía su marido, por ser fea, i el Santo compadeciéndose de su desconsuelo, la hizo hermosa». Para representarlo, se hizo un bulto de mujer con dos caras, fea y hermosa. Véase John Varey, opus cit., pág. 47.

[48] Biblioteca de Cataluña I, núm. 184.

[49] Aurora Egido, Por el gusto de leer a Cervantes , págs. 139-190.

[50] La visión negativa que sobre los turcos vierte Cervantes en el episodio barcelonés (cf. Aurora Egido, El diálogo de las lenguas y Miguel de Cervantes) aparece de forma distinta a la que tienen los disfrazados de turcos procesionando por las calles de Barcelona en 1601. Y véase Agustin Redondo, «El mundo turco a través de las relaciones de sucesos de finales del siglo XVI y de las primeras décadas del siglo XVII : la percepción de la alteridad y su puesta en obra narrativa», Encuentro de civilizacio nes (1500-1750): informar, narrar, celebrar. Actas del Tercer Coloquio Internacional de Relaciones de Sucesos (Cagliari 5-8-septiembre 2001), ed. de Tonina Paba y Gabriel Andrés, Alcalá de Henares, Universidad de Alcalá, 2003, págs. 235-253.

[51] Francisco de Moncada, opus cit., pág. 39.

[52] J. García Mercadal, opus cit., vol. II, págs. 45 y ss. La cita, en pág. 55.

[53] Bartolomé Joly, en J. García Mercadal, ibíd. , II, págs. 54, 70 y 84-85, se refirió también a los caballeros de la Orden de Montesa a su paso por Valencia. Cuando posteriormente visite Zaragoza, mencionará los episodios de Antonio Pérez y cómo fueron pisoteadas las antigüedades y privilegios de Aragón.

[54] J. García Mercadal, opus cit ., II, pág. 697.

[55] Ibíd. , II, pág. 698.

[56] Ibíd., pág. 99.

[57] Ibíd. , II, págs. 85-86, y 108 y ss. La cita, en pág. 124.

CAPÍTULO 10

Cervantes y los dominicos. Las justas por san Jacinto y san Raimundo

A nuestro juicio, es bastante posible que Cervantes pudiera haber tenido noticia en 1601 de la convocatoria de las fiestas de Barcelona por san Raimundo de Peñafort y de la posterior Relación publicada ese mismo año por Jaime Rebullosa, dado que las actividades de la Orden de Predicadores no le eran ajenas, como tampoco las obras publicadas por los dominicos. A fin de cuentas, su comedia El rufián dichoso se basó en la historia de fray Cristóbal de la Cruz, un jaque sevillano trasladado a Méjico, que alcanzó allí fama de santo, aunque no se lograra finalmente su canonización [1] .

Además, Cervantes participó en el certamen zaragozano por san Jacinto de 1595, que se celebró en el convento de la Orden de Predicadores, siendo premiado con unos cubiertos de plata que heredaría su hija. Fray Jerónimo Martel, autor de la Relación de las fiestas que Çaragoça hizo celebrando la canonización de San Jacinto (Zaragoza, Lorenzo de Robles, 1595), dio cuenta de la convocatoria, que se extendió a todos los conventos e iglesias de los dominicos por orden de fray Jerónimo Javierre, prior e impulsor de los colegios universitarios y de la Universidad de Zaragoza [2] .

Este envió un cartel con la convocatoria a distintas ciudades e instituciones, como la Universidad de Salamanca y la de Alcalá, que llegó sin duda a manos de Cervantes y le animó a acudir a la cita. Jerónimo Martel alabó en la sentencia su participación en el certamen segundo del santo canonizado, donde fue premiado por los jueces, que lo calificaron de ingenioso:

De la gran materna Delo

qual otro hijo de Latona,

para hermosear nuestro suelo

y en él recebir corona

de ingenioso y sutil vuelo,

Miguel Cervantes llegó,

tan diestro, que confirmó,

en el Certamen segundo

la opinión que le da el mundo

y el primer premio llevó [3] .

Conocemos todos los detalles de esa justa poética en la que participó Cervantes y, aunque es posible que no asistiera personalmente a ella por estar en Toledo, el dato implica una clara relación con la Orden de Predicadores, que también celebraría la canonización del santo polaco en Madrid y más tarde en Nueva España (1597) [4] . San Jacinto (1185-1257), que tanto había contribuido a la creación de su orden, fue canonizado en 1594, extendiéndose su nombre allende los mares por tierras americanas y filipinas, convirtiéndose además en patrón de Polonia.

La obra de Jerónimo Martel no solo es fundamental para los episodios barceloneses del Quijote relacionados con los festejos por san Raimundo de Peñafort en 1601, sino respecto al destino que Cervantes dio al hidalgo manchego al final de la primera parte. Téngase en cuenta que Martel describió con todo detalle las procesiones y actos religiosos celebrados por san Jacinto en la ciudad del Ebro, y además se detuvo en describir una sortija con mantenedor y cinco caballeros, suelta de un toro, desfile de doce hombres vestidos de turcos y exhibición de una galera semejante a la que hubo en Bruselas por la muerte de Carlos V.

En la procesión, a la que asistieron los jurados, los caballeros y numerosas órdenes religiosas de Zaragoza, desfilaron, tañendo flautas, los famosos locos del Hospital de Nuestra Señora de Gracia,

que sirvieron de hombres de placer en la corte y que, andando el tiempo, inspirarían a Goya, así como danzantes y cruces de todas las parroquias [5] .

La aparición procesional de los locos no es asunto menor, si tenemos en cuenta una comedia atribuida a Lope de Vega, escrita entre 1597 y 1608, El loco por fuerza, que transcurre en Zaragoza y muestra un litigio entre castellanos y aragoneses. A juicio de Hélène Tropé, es posible que, detrás de la prisión de uno de los protagonistas en el Hospital de Nuestra Señora de Gracia, haya una alusión velada al encarcelamiento de Antonio Pérez por parte de Felipe II con motivo de su postura política en las referidas Alteraciones de 1591 [6] .

Pero dejando aparte la posibilidad de que dicha obra se refiriera a ese capítulo de la historia de Aragón y volviendo a Cervantes, es muy probable que este, lector de la relación de Martel sobre la justa poética en la que fue premiado, y conocedor de cuanto se relacionaba con la Cofradía de San Jorge, tuviese in mente esa celebración de la sortija en Zaragoza a la hora de trazar el destino futuro de don Quijote al final de la primera parte. Sobre todo, por la prohibición real a los aristócratas de que interviniesen en los torneos, lo que haría más ridícula la presencia futura en esa ciudad del hidalgo manchego [7] .

Como ya señalamos en otra ocasión, Cervantes se refirió precisamente en el capítulo XVIII de la segunda parte del Quijote, a la injusta asignación de los premios en las justas literarias, pues el primer premio «se le lleva el favor, el segundo se le lleva la mera justicia, y el tercero viene a ser segundo, y el primero, a esta cuenta, será el tercero, al modo de las licencias que se dan en las universidades» [8] . Dado que el primero se lo llevó fray Luis de Aliaga, el evento en cuestión no deja de reflejar la conexión de este personaje con la atribución del Quijote apócrifo a su pluma o al menos a su intervención indirecta en la obra. Lo cierto es que Cervantes decidió al final de la primera parte que don Quijote iría a Zaragoza a participar en una sortija, que, según vemos, aparecía descrita en el libro de Martel sobre el certamen de san Jacinto de 1595.

En el Itinerario del reino de Aragón (1610-1611), Juan Bautista

Labaña daría cuenta de la relevancia del monasterio de la Orden de Predicadores de Zaragoza, orillas del Ebro, donde estaba enterrado el cardenal Javierre, se leían Artes y Teología y se albergaba una rica biblioteca. Los diputados del reino de Aragón habían encargado a este cosmógrafo portugués que hiciera una relación y formara un mapa, que finalmente acabó en 1615 y se estampó un año después [9] .

Zaragoza contaba con numerosas referencias festivas que Cervantes tuvo a mano, entre ellas, el Guzmán de Alfarache de Mateo Alemán, pero sobre todo El peregrino en su patria de Lope de Vega; una obra a la que ya hemos hecho referencia y que salió de las prensas madrileñas en 1604, donde su protagonista Celio se paseó por las calles de la ciudad aragonesa y vio grandes fiestas y representaciones [10] .

Lope no solo hizo aparecer en el Coso zaragozano, como ya hemos dicho, retratos de la casa de Austria junto a los de capitanes y emperadores griegos y romanos, sino que aludió al templo del Pilar, donde dio cuenta de la representación de los autos sacramentales que añadió a la obra. Estos entorpecían notablemente el decurso narrativo de El peregrino en su patria y es factible que Cervantes, que trataría años más tarde de superar la obra de Lope con Los trabajos de Persiles y Sigismunda, pensase hacer otro tanto con esa novela bizantina lopesca cuando prometió que don Quijote iría a justar a Zaragoza.

Cuestión aparte es el posible origen aragonés de Avellaneda, aunque Cervantes lo vinculase a Tordesillas (DQ II, LXXIIII, pág. 1336) al final de su obra. Pero, en relación con Zaragoza, lo que nos interesa destacar es el reparto que se hizo de una brevísima y aparente segunda edición del Quijote por parte de unos estudiantes de la universidad zaragozana que celebraron una mascarada quijotesca en 1614 por santa Teresa [11] .

El asunto entronca con la relación que el Quijote y otras obras de Cervantes muestran con las imágenes escolares, la universidad y cuanto se refiere a sus gallos, procesiones y demás actos festivos académicos ya mencionados. Zaragoza ofrece al respecto un amplio historial de fiestas caballerescas y justas poéticas que bien pudo llegar a conocimiento de Cervantes, como ocurrió con la aludida

sortija por san Jacinto. Sobre todo, cuando se trataba de entradas o efemérides vinculadas a la realeza, caso de la susodicha llegada de Felipe III y su esposa Margarita en 1599, en la que se realizaron torneos de a caballo, como había ocurrido en otros recibimientos anteriores [12] .

Pero antes de adentrarnos en la mascarada estudiantil de 1614 en Zaragoza, conviene recordar que ya en 1610 el Colegio de la Compañía de Jesús en Salamanca había celebrado una fiesta por la beatificación de san Ignacio de Loyola (Salamanca, Viuda de Artus Taberniel, 1610), donde se representó el triunfo de don Quijote de la Mancha, «con tan buena invención que dio mucho que reír a todos» [13] . En ella, apareció un estudiante vestido de forma que bien podemos calificar de archimboldesca, pues se cubría «con muchas figuras de naipes en harpón, por espuelas dos cuernos grandísimos, por rosetas de las ligas dos cabezuelas de cabrito y un sombrero con un trencellón de gallina y por rosa una cebolla». Traía además en la mano un estandarte hecho con una manta vieja listada con tripas hinchadas y un rótulo en el que se leía: «El triunfo de don Quixote».

Este apareció sobre un «rocín como un dromedario, y unas armas negras y por faldones dos esteras; una lanza de un palo tiznado con un cuerno de cabrón por hierro». Le seguía su escudero Sancho, vestido de labrador sobre un borrico y sus alforjas al hombro con dos grandes cuernos llenos de plumas y rótulos que anunciaban el bálsamo de Fierabrás y el yelmo de Mambrino. En cuanto a Dulcinea, iba acompañada de tres doncellas y una dueña «guardadamas» con tocas, que no deja de recordarnos su aparición sorpresiva en la posterior Cueva de Montesinos cervantina. Su traje risible se componía de saya de estera con cornezuelos y conchas por botones, al igual que el de sus damas.

Pero lo que nos interesa destacar, por su pervivencia en futuras fiestas, es la presencia de escuderos «a la antigua», que, según la relación de 1610, «hacían reír a la gente, y en particular a los que habían leído el libro». Cuatro de ellos llevaban pintada una hazaña y uno iba montado al revés tocando un órgano de papel y otro de salvaje con «otras mil figuras».

La mascarada quijotesca de los estudiantes zaragozanos por la beatificación de santa Teresa en 1614 fue recogida en la relación

que un año después publicó Luis Díez de Aux [14] . Ignoramos si esta pudo llegar a manos de Cervantes, pero lo cierto es que, en esa ocasión, hubo, como era costumbre, carros triunfales, justas de a caballo y certamen poético. Centrándonos en la mascarada, lo cierto es que en ella participaron dos estudiantes disfrazados de don Quijote y Sancho durante el desfile callejero de los carros alegóricos, repartiendo «La verdadera segunda parte del Ingenioso don Quijote de la Mancha» [15] .

Un año antes de que apareciera la segunda parte del Quijote cervantino, y coincidiendo con la salida del apócrifo de Avellaneda, esos estudiantes lanzaban al aire una versión carnavalesca escrita en versos de cabo roto; un metro que Cervantes había utilizado curiosamente al principio de la primera parte en las décimas de Urganda la Desconocida [16] . El éxito de esa representación estudiantil zaragozana debió ser evidente, a juzgar por el premio que se dio a sus intérpretes, tal y como prometía el cartel del certamen. La vinculación del Quijote con el carnaval y el folclore se adelantó así, una vez más, a los presupuestos con los que siglos después la obra sería analizada por la crítica con todo detalle [17] .

En esas fiestas por santa Teresa, esa perspectiva se volvió a lo divino en el desfile de unos caballeros que mostraban empresas carmelitanas, sin que faltaran en ellas justas de a caballo, carros triunfales, adorno de calles y templos, y otras muchas manifestaciones en las que participaron los diferentes estamentos de la ciudad aragonesa. Al paso, salieron también cuadrillas disfrazadas de máscaras «de graciosidad diferente». Unas a caballo y otras sobre bestezuelas humildes, «con preciados Jaezes aquellos, y estas con ridículas invenciones».

Pero lo más significativo fue sin duda la susodicha pareja estudiantil, que Díez de Aux describió así, mezclando los visajes de don Quijote y Sancho con los demonios que tentaron a santa Teresa:

Venía don Quixote de la Mancha, con un traxe gracioso, arrogante y pícaro; puntualmente de la manera que en su libro se pinta. Esta figura, y otra de Sancho Pança, su criado que le acompañava, causaron gran reguzijo, y entretenimiento; porque a más de que su

traje era en estremo gracioso, lo era también la invención que llevavan. Fingiendo ser caçadores de demonios que trayan allí enjaulados, y como triunfando dellos; aviéndolos caçado a honor de la Fiesta de la Santa Madre y con el favor suyo; y éstos se representavan en dos fieras máscaras atadas, cuyas cabeças estavan encerradas en sendas jaulas [18] .

Para mayor abundamiento, en lo relativo al carnaval y a la secular tradición folclórica del gordo y el flaco hasta nuestros días, Sancho Panza salió vestido por el arte de estira y encoge,

con un justillo de pieles de carneros recién muertos, el pelo hazia dentro. De suerte que todo el vestido parecía carne; y toda ella idrópica, porque estava toda inchada, como si en estremo le fuera; tanto, que adonde tocava con el cuento, o remate de una lança de encuentro que en la mano traýa, quedava allí una hondura, que después se yva igualando, como si dentro llevara algunos fuelles; acción que al bulgo causava extraordinaria risa, como también la causaron los papelillos que con algunos motes daba a las damas; y una información (abono de su justicia) que en razón del premio nos presentaron.

Con todo ello, Díez de Aux daba noticia de la visión ridícula, festiva y graciosa que suscitaba el singular escudero, publicando además los versos de «LA VERDADERA y segunda parte del ingenioso don Quixote de la Mancha», que se repartieron entre los viandantes.

No deja de ser curioso que dicha obrilla fuera compuesta aparentemente por el «Licenciado Aquesteles, natural de como se dize, béndese en donde y a dó, Año 1614», lo que parecía apelar a alguien tal vez zaragozano, autor de una obra con ficticio pie de imprenta sobre una inusitada segunda parte del Quijote, que podía guardar alguna alusión al Quijote publicado por Avellaneda.

Los versos mostraban además una evidente lectura de la Vida de santa Teresa, por alusión a los demonios que aparecían con profusión en ella, pues el inusitado caballero manchego, representado por un estudiante zaragozano, dijo a instancias de la Fama:

Tan hecho estoy a vencer

que con lo que emprendo salgo,

que de armas no me balgo.

Con mi esfuerço y robustez

a las Fiestas de Teresa,

traygo gente que le pesa.

Ya no hay diablos de valor

para tentar a los hombres,

que con tu nombre no asombres.

Penan ellos de tu gloria

y tus altas maravillas,

que ocupan todas sus sillas.

Por hazerte algún servicio

Teresa estos dos caçé

y al punto los enxaulé.

La caza de altanería se volvía una vez más a lo divino, sin olvidar lo jocoso, a través de la alusión a los demonios teresianos, que curiosamente también sacó en un poema Lope de Vega: «Vistióse

una vez Teresa / de tosco y pardo sayal. / No le va de amores mal, / pues al demonio le pesa».

Pero, en el diálogo con Sancho Panza y con los dos diablillos enjaulados, esa caza de altanería por el amor divino se convirtió en un acto festivo de sesgo ridículo, con «el insigne» don Quijote recitando unos versos de cabo roto en los que se mostraba cazador de diablillos teresianos:

Soy el fuerte don Quixo-

más que el bravo Paladí-,

llevado por su roci-

y traído por el tro-.

Para alcanzar algún pre-

de adonde estava durmien-,

he venido a lo que entien-

y he llegado sin boé-.

El ficticio hidalgo manchego encarnado por el estudiante recibió, en esa ocasión, unos preciosos guantes como premio, según relató Díez de Aux, que dio cuenta también de cómo desfilaron otras máscaras en traje antiguo de portugueses o vestidos de indios, venecianos, sayagüeses, turquescos y bohemios. Estos seguían así la costumbre de la aludida moda europea de los «habiti», que vimos estuvieron presentes en las fiestas barcelonesas por san Raimundo en 1601.

La relación se detuvo además en la descripción del paseo de caballeros ataviados con trajes llenos de jirones y retazos, montados sobre mulas y jumentos, que ponían en la picota de la risa los habituales desfiles caballerescos, lo que hizo que no les dejaran en paz los muchachos. Todo ello nos avisa del lugar que ocupó y

ocuparía el Quijote en sus primeras salidas de la imprenta, alcanzando una popularidad que se asentaba en el uso de las vestimentas festivas, obsoletas y ridículas de la caballería en las fiestas cortesanas, en los patios de escuelas, en las procesiones y en los conventos.

A ello se añadió el desfile de encamisados a lo gitano, a lo villano o a lo turquesco, con apariencias igualmente jocosas, componiendo una procesión risible. El asunto no deja de cobrar interés si consideramos que, en esas fiestas zaragozanas por santa Teresa, salieron unos licenciados en hábito de labradoras, con briales de púrpura y repantingados en jumentos pardos, junto a otros vestidos de viudas, al igual que los que se disfrazaron de dueñas en las fiestas de 1601 por san Raimundo de Peñafort en Barcelona. Sin que faltaran en ellas los que llevaban una vestimenta «peor que de estraça, abrigados con sendos fieltros blancos, harto viejos», haciendo gala de trazas periclitadas, como las que don Quijote vistió en origen y que le acompañaron hasta el final de sus días.

Esa procesión jocosa se enfrentaba a otra posterior que era su antítesis, pues en ella había un carro hecho de laurel y arrayán, con arquitectura y arcos en perspectiva, lleno de ramos y composturas diferentes. Dentro de una gran tarja, había un jeroglífico, suscrito por la letra Mors amoris, que declaraba las armas de amor de santa Teresa. El lujo de los adornos y las figuraciones mitológicas en honor de la beata carmelita, la convertían finalmente en «una valerosa Capitana, que siendo tan humilde venció batallas dificultosas», como si se tratase de una santa amazona. Así se daba cuenta de la divinización supuesta por «Toda esta caballería», que dio la vuelta por la ciudad hasta llegar al convento de san José de las carmelitas Descalzas zaragozanas, donde se rezaron las horas completas.

Conociera o no Cervantes el libro de Díez de Aux, lo cierto es que las fiestas teresianas de Zaragoza dieron fe de cuanto supuso la recepción de la primera parte del Quijote cervantino, mostrando la vuelta a lo risible y festivo, y presentando una segunda parte de raíz estudiantil en posible conexión con la del apócrifo. Pero lo más significativo tal vez sea la presencia en ellas de disfraces jocosos de caballeros ridículos vestidos a la antigua, como los que vimos en las

fiestas por san Raimundo de Peñafort en 1601 y que ofrecían también un evidente paralelo con el que adoptó Alonso Quijano al inventarse como don Quijote de la Mancha.

A propósito de esa justa teresiana y de la mascarada estudiantil quizás no esté de más recordar la posible vinculación de fray Luis de Aliaga en ella. Sobre todo, si tenemos en cuenta la historiografía sobre un personaje al que se le ha atribuido su intervención, directa o indirecta, en el Quijote apócrifo [19] . Su poder en la corte, su amistad con Lope y con Liñán de Riaza han estrechado un cerco en torno a dicha atribución, que, desde las tesis de Fernández Navarrete, merece cierta consideración. Téngase en cuenta además que, en el aludido certamen zaragozano por san Jacinto, este dominico se llevó el primer premio, como hemos dicho.

Aliaga, que ingresó en la Orden de Predicadores en 1582, fue un protegido de fray Jerónimo Javierre (1546-1608), al que sucedió en la cátedra de Teología de la Universidad de Zaragoza, donde enseñó hasta 1605, cuando pasó a dirigir el nuevo convento de los dominicos zaragozanos [20] . La relación con fray Jerónimo, que en 1601 llegó a general de los dominicos y fue confesor de Felipe II, le permitió a fray Luis de Aliaga ocupar como su sucesor ese y otros cargos en Zaragoza y en la corte.

Pero lo que nos interesa destacar es su posible vinculación con la mascarada estudiantil quijotesca de 1614 y tal vez con el apócrifo, dada la vinculación de los dominicos en las justas poéticas de su tiempo y la del propio Aliaga con la universidad. Téngase en cuenta, por otro lado, que, a Jerónimo Javierre, siendo generalísimo de la Orden de Predicadores en Roma, le dedicó en 1605 su autor la Vida y trabajos de Gerónimo de Pasamonte, considerado, a su vez, autor del Quijote de Avellaneda [21] . En ese contexto, la burla de las aliagas en el episodio barcelonés del Quijote cervantino, a las que nos hemos referido anteriormente, cobra, sin duda, particular relieve.

Los desfiles burlescos celebrados en Zaragoza y en Barcelona eran muy frecuentes en el Siglo de Oro. Cervantes utilizó ese modelo transformándolo profundamente, y nunca mejor dicho, en la Cueva de Montesinos, donde recreó las ensoñaciones caballerescas desde una nueva perspectiva onírica [22] . El desfile de burlas se plasmó allí

con Belerma y los muertos vivientes, a través de un proceso de desalegorización en el que lo maravilloso y extraordinario pasó a ubicarse en el terreno de la fabulación propia del sueño y del ensueño, abriendo con ello paso a la novela moderna.

Como hemos visto, la figura de santa Teresa hizo convivir en Zaragoza la más alta imaginería mística con el carnaval y la fiesta, al igual que ocurrió en otros muchos lugares de España y América en 1614. Todo ello nos avisa de la relación de la magna obra cervantina con los certámenes y justas celebrados en Zaragoza y en Barcelona, así como de la estrecha red que conforman en toda España los certámenes universitarios y las justas caballerescas durante los años en los que Cervantes escribió el Quijote [23] . En ambas ciudades, la caballería andante se mostró en su doble faz sublime y ridícula, al igual que ocurrió en otros lugares, pero también con una perspectiva religiosa que la divinizaba y que sin embargo estuvo ausente en la obra cervantina.

La proyección de las justas caballerescas en las justas poéticas se reflejaría en muchos certámenes del Barroco, incluido el que celebró en 1622 la Compañía de Jesús por la canonización de san Ignacio, san Francisco Javier y san Luis Gonzaga en Gerona. La relación, estudiada por Martín de Riquer, dio cuenta de las fiestas sufragadas por el caballero aragonés don Martín de Agullana, asentado en esa ciudad [24] . El evento se cerró con un torneo poético que imitaba a todas luces el lenguaje de los torneos caballerescos, incluyendo el desfile alegórico de las cuadrillas formadas por la Gramática, la Retórica, la Jurisprudencia y otras artes liberales, en claro paralelo con el que hizo en 1601 la Universidad de Barcelona por san Raimundo. No se podía ir más lejos a la hora de convertir las Humanidades en metáfora caballeresca en el contexto de un auténtico torneo literario.

En esas coordenadas, el libro de Jaime Rebullosa, al igual que otras obras y pliegos sueltos de principios del siglo XVII dedicados a relatar los certámenes poéticos, es una buena muestra de la pervivencia del mundo caballeresco en Barcelona, incluso cuando se criticaban las mentiras de los libros de caballerías, como fue el caso de la primera parte de la obra de Hieronym Pujades, Coronica Universal del Principat de Catalunya (Barcelona, Hieronym Magarit,

1609). Su autor defendió sin embargo tales libros pese a que contenían patrañas, porque consideraba que había en ellos muchas cosas buenas relacionadas con la orden de caballería [25] .

La devoción de los barceloneses por san Raimundo subsistió en el tiempo de formas muy variadas. Así ocurrió con la vuelta a lo divino y festivo del «Desafío de una pía forastera, a las damas barcelonesas del Gran Catalan San Raymundo, y colmo de las devotas, y regocijadas fiestas de la traslacion de su Sagrado cuerpo. Escrito por el Pastor Delanio a las Pastoras del caudaloso Llobregate y Serranas del celebrado Monjuyque» (Barcelona, Sebastián y Iayme Materad, 1626) [26] . El tiempo no había borrado esa fusión de santos y pastores en torno a una ciudad que los había unido numerosas veces a las hazañas caballerescas, como había hecho Miguel de Cervantes en el Quijote antes y después de que sus héroes la visitaran [27] .

Ramón o Raimundo de Peñafort había velado por Cataluña y esta se lo agradeció con grandes festejos, aunque no se olvidara de hacer otro tanto con motivo de la canonización de santa Teresa (1615) o San Isidro (1623), del que Barcelona recibió una reliquia enviada desde Madrid, elogiándolos en distintos pliegos sueltos [28] . También hubo un torneo en 1619 por la Inmaculada Concepción, a tenor de las celebraciones que se hicieron en toda España [29] . Pero siempre se llevó la palma san Raimundo, al que consideraban suyo, como catalán y como barcelonés, según indican dos romances de otro pliego de 1606 [30] .

A la zaga de los festejos barceloneses relatados por Rebullosa, Valencia celebró poco después otros semejantes, como muestra la obra de Vicente Gómez, Relación de las famosas fiestas que hizo la ciudad de Valencia a la Canonización del bienaventurado San Raimundo de Peñafort (Valencia, Juan Chrisostomo Gárriz, 1602). Su autor consideró que se las dedicaban «por santo» y «por nuestro», como había hecho antes Barcelona, exaltando a la par las glorias del árbol de la Orden de Predicadores en la provincia aragonesa [31] . La ciudad del Turia respondía así a la justa que había organizado anteriormente Barcelona por san Vicente Ferrer, mostrando la aportación del convento de los dominicos, donde hubo procesiones, actos religiosos y una justa con abundante producción

poética [32] .

La canonización de san Raimundo tuvo una doble proyección, pues las celebraciones y publicaciones generadas en España se prolongaron en 1603 al otro lado del Atlántico con las fiestas organizadas en la ciudad de Quito. El asunto trasciende la historia de los torneos y de las justas literarias para incardinarse en la Historia propiamente dicha, pues, en este caso, el motivo se utilizó como estrategia para que la Corona derogase los castigos impuestos a los quitenses por la Rebelión de las Alcabalas (1593). El propio rey Felipe III, como ya dijimos, había ordenado, por medio de una cédula, que la canonización de san Raimundo se celebrase en todos sus reinos, de modo que la monarquía, impulsora de su elevación santa en Roma, propició todo tipo de festejos en su honor tanto en España como en América.

Quito se hizo eco de todo ello trasladando el alarde religioso barcelonés y promoviendo misas, sermones y fiestas organizadas en el convento de los dominicos [33] . El asunto no era nuevo. Recordemos que a América no solo llegaron con prontitud las novelas de caballerías y el mismo Quijote, sino las comedias, los autos sacramentales, los festejos callejeros, los torneos caballerescos, los gallos universitarios y las relaciones de justas militares y poéticas, como ocurrió en el caso de las barcelonesas celebradas por san Raimundo. Ya en 1520 Hernán Cortés llevó las fiestas de armas al Nuevo Mundo organizando ante Moctezuma una gran celebración con torneo, escaramuzas, sortijas y otros ejercicios caballerescos [34] .

En el evento de Quito, propiciado por los dominicos en 1603, no faltaron misas, sermones, altares por las calles y una procesión del cabildo con cuatro carros alegóricos. Pero además hubo un combate figurado entre las galeras turcas y los soldados de Malta, así como un sarao con damas y galanes, villanos y matachines, y hasta un coloquio. No faltaron tampoco las luminarias nocturnas, la música, los bailes, una exhibición ecuestre y corridas de toros en la plaza mayor. A los juegos de cañas, los montañeses mestizos acudieron vestidos con libreas de tafetán exhibiendo las insignias de santo Domingo.

En ese sentido, cabe recordar cómo en 1607 hubo una Fiesta de la

Sortija, celebrada en Pausa, corregimiento de Parinacochas, donde el Caballero de la Triste Figura hizo su aparición en la plaza «como lo pintan en su libro, que dio grandísimo gusto verle» [35] . Este se unió en una encamisada al Caballero de la Ardiente Espada y al Caballero Venturoso, cuyo nombre recordaba sin duda el paso medieval de la Fuerte Ventura vallisoletano y el Paso Venturoso de Barcelona. También hizo presencia un caballero vestido de «inga» y un teniente disfrazado de dios Baco junto a cinco aventureros; uno de los cuales iba vestido de naipes junto a otros representando alegorías de los vicios. También apareció en la fiesta el Caballero de la Selva acompañado de salvajes. Pero, en esta ocasión, fue el Caballero de la Triste Figura el que fue premiado por los jueces.

La dependencia del relator peruano respecto a la obra cervantina se observa en las trazas obsoletas con las que se describe al Caballero de la Triste Figura, montado «sobre caballo flaco muy parecido a su Rocinante, con unas calcitas del año de uno, y una cota muy nudosa, morrión con mucha plumería de gallos, cuello del dozavo y la máscara muy al propósito de lo que representaba» (ibíd.) [36] . Como vemos, la hipérbole ahondaba una vez más en el uso de vestiduras a la antigua, que se repiten en otras relaciones de justas con desfiles jocosos de caballeros [37] .

En el festejo quiteño de 1603, la Orden de Predicadores se unió a los festejos barceloneses que tributaron a san Raimundo en 1601, mostrando una ligazón que bien pudo servir a Cervantes a la hora de tejer el entramado barcelonés de la segunda parte, si, como exponemos, pudo tener a mano la Relación de Jaime Rebullosa, noticias sobre la de Quito o alguno de los muchos pliegos de cordel que se imprimieron sobre la fiesta barcelonesa de la canonización.

Pero, según hemos visto, esas y otras invenciones caballerescas que trasladaron a la otra orilla los ecos de las fiestas barcelonesas relatadas por Jaime Rebullosa, se revistieron de aires nuevos. En el caso de Quito, la universalidad inherente a la hagiografía se unió, como en tantas ocasiones, a la manifestación caballeresca, reflejando la ciudad incluso las luchas contra los turcos en el Mediterráneo. A este respecto, cabe considerar cuanto supuso la unión de la que bien podría calificarse como internacional caballeresca con la universalidad propia de la Iglesia católica, que

trascendió, a través de las órdenes de caballería y de las religiosas, los afanes políticos de la monarquía austriaca extendidos a todos sus reinos.

El ideal político y religioso de Felipe II ya se había proyectado internacionalmente con la defensa de la fe en los dominios españoles, que continuarían sus sucesores. Se trataba de un programa que supuso el pacto entre las dos cabezas de la cristiandad, trabajando, por un lado, junto a la Santa Sede en la lucha contra el Imperio otomano en el Mediterráneo y, por otro, en las Indias descubiertas y en los territorios del Pacífico [38] . Para ello, fueron fundamentales las órdenes religiosas y, entre ellas, la de los dominicos, que formaron un grupo importantísimo en América, extendiéndose por las Antillas, Darién, Méjico, Chile, Perú y Filipinas [39] .

Méjico y Lima fueron sin duda los dos lugares más ricos en el traslado de todo tipo de festejos, tanto caballerescos como religiosos, sin que faltaran en ellos los vejámenes de grado vinculados a sus colegios y universidades. Unos y otros reflejaron cumplidamente cuanto tenía lugar en España, ya fuera con motivo de las carnestolendas, el Corpus Christi, los gallos universitarios o las justas y los torneos por las efemérides vinculadas a la monarquía, a la nobleza o a las beatificaciones y canonizaciones de los santos.

Como señaló Maurice Keen, el individualismo de la cultura caballeresca, que cristalizó en el caballero andante, tuvo su particular recreación en la idea de la errancia y del honor que encarnaron figuras como Pizarro, Cortés y Lope de Aguirre en América [40] . En todas ellas, aparecen, a nuestro juicio, algunos gramos de locura, que no estuvieron ausentes de otras muchas hazañas caballerescas. La existencia de una Orden de los Locos, fundada en 1331, indicaba algo respecto a la secular alianza entre caballería y locura [41] .

Sin entrar en un tema tan desbordante, vemos que el ceremonial de grados ofreció en la Universidad de Lima jugosos ejemplos, fruto de la temprana llegada de don Quijote de la Mancha al Perú [42] . Las fiestas de Pausa en 1607 fueron un buen modelo, al igual que los gallos universitarios de grado celebrados en 1625 y 1685, entre

otros que no pusieron freno a someter la caballería a lo divino y a lo humano, así como las aventuras de don Quijote desde una visión burlesca y ridícula, que también se trasladó a las fiestas por el nacimiento del príncipe Baltasar Carlos en 1632 [43] .

A ello cabría añadir cuanto Méjico ofreció al respecto y que merecería atención detenida, sobre todo en lo que respecta al siglo XVIII. Se trataba de un viaje de ida y vuelta en el que también entró Cataluña. Como el que se dio en 1621 con la carta ridícula de Diego Monfar, dando cuenta de las novedades que venían de Potosí, donde se anunciaba que «Pasada la avenida se ha hallado en la orilla de dicho río un cofre con la lectura de la Constitución de los impúberes, hecha por un letradillo de Lérida; una segunda parte de Don Quixote, compuesta por un Tordesillero… y 150 resmas de pronósticos del 1622, impresos en Sant Saloní, en casa de Patricio Mei» [44] .

En esa epístola jocosa, Diego Monfar aludía a los toros y cañas celebrados en el prado de Llobregat y a un baile de Granollers en el que el duque de Moscovia aparecía junto al Gran Caupolicano, señor de Berga. Las referencias a Moctezuma y a Piali Baxá en la batalla de Lepanto hacían más risible esa epístola en la que se abrazaban burlas jocosas de dos continentes. Todos se deleitaron finalmente cultivando el vejamen caballeresco y los visajes ridículos heredados de don Quijote y Sancho en entremeses, jácaras, mojigangas, fiestas y torneos [45] . Ya el «Sermón de Aljubarrota», glosado por Diego Astudillo de Mendoza en 1545, aventuraba lances quijotescos futuros so capa de Gran Capitán o de mujeres vestidas de caballeros andantes [46] .

El vejamen invadió todas las esferas de la literatura y de la vida poniendo en escena el lado risible e incluyendo cuanto se refería al mundo caballeresco. Este desplegaría su esplendor en la corte para pasar luego a las fiestas públicas y religiosas, donde triunfaba la vertiente más carnavalesca. Claro que, más allá de su visibilidad plástica y teatral, todo ello fomentaba el uso de la facecia, el chiste, la broma, la chanza, la chufleta o la guasa, promoviendo el triunfo de lo ridículo en el ámbito oral y escrito, que es, en definitiva, donde residiría con todo derecho el libro de Don Quijote de la Mancha [47] .

Finalmente, no debemos olvidar el imperativo de la Orden de Predicadores que, en el caso de Barcelona, subyace en toda la Relación de Rebullosa, feliz de que la iglesia de santa Caterina albergara día tras día encuentros y actos en los que participaron todos los estamentos de la ciudad. En ese aspecto, su obra tuvo un sello evidente marcado por la propaganda de su orden y de su propio convento, que, según el Breve del papa Clemente VIII con el que Rebullosa cierra su obra, el sepulcro de san Raimundo de Peñafort quedaría sellado para siempre dentro del espacio conventual de los dominicos barceloneses (págs. 476 y ss.).

■

[1] Miguel Zugasti, «La Historia Eclesiástica de Juan de Marieta, OP, fuente de El rufián dichoso , comedia de Santos de Cervantes», La Orden de Predicadores en Iberoamérica, ed. de José Barrad y Óscar Mayorga, Salamanca, Ed. San Esteban, 2010, págs. 163-170. Fray Cristóbal había fallecido en Méjico en 1569 y Cervantes, que denunciaría las falsedades de las hagiografías en el Quijote I, 48, llevó a las tablas su conversión de jaque sevillano en predicador santo y milagroso, habiendo consultado sobre todo la Historia de la fundación y Discurso de la Provincia de Santiago de México, de la orden de Predicadores (Madrid, Pedro Madrigal, 1596) de Agustín Dávila y Padilla. En el episodio barcelonés de la imprenta (DQ II, 62), Cervantes alabó, en DQ II, LXVII, la Luz del alma de Felipe de Meneses, que se publicó varias veces desde la primera edición, en Valladolid, Francisco Fernández de Córdoba, 1554.

[2] Para la tradición universitaria de las justas poéticas, con referencias a torneos, encamisadas y otras celebraciones, Aurora Egido, «Certámenes poéticos y arte efímero en la Universidad de Zaragoza», Aurora Egido et alii, Cinco estudios humanísticos por la Universidad de Zaragoza en su Centenario IV, Zaragoza, Caja de Ahorros de la Inmaculada, 1983, págs.9-78. La universidad zaragozana celebró una corona poética por el nombramiento del confesor de Felipe III Jerónimo Javierre al ser elevado a cardenal en 1608, según el cartel de la convocatoria (ms. 9572 de la BNE) que

publicamos adjunto a ese libro.

[3] Jerónimo Martel, opus cit., 1595, págs. 390-391. Y véase Antonio Pérez Lasheras, opus cit., pág. 105.

[4] Tratamos de esa justa en nuestra tesis doctoral cit., La poesía aragonesa del siglo xvii y el culteranismo , vol. II , y en la introducción a Juan Bautista Felices de Cáceres, Justa poética por la Santíssima Virgen del Pilar, cit., Javier Campos y Fernández de Sevilla, «La fiesta de canonización de San Jacinto en Zaragoza y la participación de Cervantes», Cuadernos de Estudios Manchegos , 2018, págs. 227-144, opinan que este pudo tener noticia del evento por Lupercio Leonardo de Argensola, aunque parece más plausible que le llegara a través del cartel distribuido por los conventos dominicos.

[5] Fernando Bouza , Locos, enanos y hombres de placer en la corte de los Austrias, Madrid, Temas de Hoy, 1991.

[6] Hélène Tropé, «El loco por fuerza, trasunto de los sucesos de Aragón (1591). Algunas hipótesis de lectura», Scielo, 16, 45, México, enero-abril, 2009, en línea, relaciona el tema con Los locos de Valencia de Lope de Vega y opina que la huella de las Alteraciones de 1591 y de todo lo relacionado con Antonio Pérez en la literatura de la época es mayor de la que se cree.

[7] José Antonio Mateos Royo, «La ciudad con el rey: municipio, monarquía y ritual cívico en Zaragoza bajo Felipe III (1598-1621)», Revista Pedralbes, 21, 2001, págs. 137-164, plantea la peculiar situación de la Cofradía de San Jorge en Zaragoza, ya que, entre 1568 y 1627, se vetó su acceso a los nobles aragoneses por disposición real; razón por la que sus torneos fueron decayendo. Es

asunto que convendría analizar en relación con el Quijote y los duques aragoneses, que vivían en el ostracismo, caso del duque de Villahermosa y el conde de Aranda, ya mencionados, por su participación en las Alteraciones de 1591.

[8] Capítulo XVIII, pág. 844. Y véase Aurora Egido, «Los modelos en las justas poéticas aragonesas en el siglo XVII , Revista de Filología Española LX, 1-4, págs. 159-171.

[9] J. García Mercadal, opus cit ., vol. II, págs. 158 y 161 y ss.

[10] Aurora Egido, en Felices de Cáceres, Justa poética por la Santíssima Virgen del Pilar , págs. X-XII.

[11] Véase Aurora Egido, «Certámenes poéticos y arte efímero en la Universidad de Zaragoza », Cinco estudios humanísticos », págs. 9-78, donde adjuntamos en facsímil diversos carteles de justas, localizados en la BNE, como el mencionado por Jerónimo Javierre.

[12] En 1599, se celebraron las exequias a la muerte de Felipe II con un certamen de la universidad. Su muerte se trasladó a los pliegos sueltos, como prueba el «Romance del Serenissimo Rey Don Phelippe y de su muerte» (Barcelona, Ioan Amello, 1599), que dice: «Llora toda la España / llora Aragón y Castilla / lloremos los Cathalanes/ que afición nos tenía». Véase en Romero de Lecea, opus cit ., núm. XL.

[13] Fiestas que hizo el insigne Collegio de la Compañía de Jesús de Salamanca a la Beatificación del glorioso Patriarca San Ignacio de Loyola (Salamanca, Viuda de Artus Tabeniel, 1610). Y C. Buezo, «El

Triunfo de don Quijote: una mascarada estudiantil burlesca de 1610 y otras invenciones», Anales Cervantinos, 1990, págs. 87-98.

[14] Luis Díez de Aux, Retrato de las fiestas que a la Beatificación de la Bienaventurada Virgen y Madre Santa Teresa de Jesús…, hizo assí Eclesiásticas como Militares y Poéticas. La Imperial Ciudad de Zaragoza, Zaragoza, Juan de la Naja, 1615. Y véase Aurora Egido, «Certámenes poéticos y arte efímero», Cinco Estudios humanísticos , págs. 39-42, donde señalamos otras mascaradas quijotescas por santa Teresa; nuestra introducción a Felices de Cáceres, opus cit, 2015, pág. LII; y María del Carmen Marín Pina, «El cavallero de Ávila y las fiestas zaragozanas por la beatificación y canonización de Santa Teresa en el siglo XVII », Thesaurus 54, 1, 1999, págs. 155-179.

[15] Publicamos la «Fiesta y passeo de los Estudiantes» en Cinco estudios humanísticos, apéndice II.

[16] El nombre de Urganda la Desconocida guarda, por cierto, alguna relación con el de «La Nigromante Desconocida», que aparece en un cartel de 2 de mayo de 1587, que localizamos en la BNE, ms. 9572, y publicamos en nuestra tesis doctoral de 1972, donde se convocaba a los zaragozanos para un desafío a las dos de la tarde según las reglas de la Cofradía de San Jorge.

[17] Aurora Egido, «Don Quijote en el patio de escuelas», Por el gusto de leer a Cervantes, págs. 203-250.

[18] Aurora Egido, Cinco estudios humanísticos , págs. 274-278.

[19] Aliaga, que sería nombrado inquisidor general en 1618, fue un prestigioso dominico aragonés, que fue amigo de Lope y contó con el apoyo de Felipe III, de quien fue confesor en 1608, así como del duque de Lerma y del duque de Uceda, aunque luego caería en desgracia. Sobre la tesis como posible autor del Quijote apócrifo, sustentada entre otros por el académico Martín Fernández Navarrete, véase Antonio Sánchez Portero, «Lope de Vega y Fray Luis Aliaga; personajes clave en la publicación del Quijote de Avellaneda y en la elección del seudónimo que encubre a Pedro Liñán de Riaza», Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes , en línea; y, del mismo, «Diversos nombres utilizados por Liñán de Riaza en sus poemas se encuentran en el Quijote de Avellaneda», Tonos. Revista electrónica de estudios filológicos , XIX, julio de 2010, donde apuesta por la autoría de Liñán, pero aporta numerosos datos sobre Aliaga, incluido un curioso romance del conde de Villamediana en el que este lo trata de Sancho Panza. Y véase Antonio Pérez Lasheras, opus cit., págs. 70 y ss. y cap. V.

[20] Sobre su vida política y familiar, véase Emilio Callado Estela, «Parentesco y lazos de poder. Las relaciones del arzobispo de Valencia fray Isidoro Aliaga con su hermano fray Luis Aliaga, confesor regio e Inquisidor General», Espacios de poder. Cortes, ciudades y villas (siglos xvi - xviii), ed. de J. Bravo Lozano, Madrid, Universidad Autónoma de Madrid, 2002, págs. 123-138

[21] Véase en particular Juan Antonio Frago, El «Quijote» apócrifo y Pasamonte, Madrid, Gredos, 2005.

[22] Sobre la Cueva de Montesinos, Aurora Egido, DQ , Volumen Complementario, págs. 188-189; Cervantes y las puertas del sueño ; y Por el gusto de leer a Cervantes, págs. 123-138.

[23] Aurora Egido, Cinco estudios humanísticos, págs. 213-232.

[24] Martín de Riquer, «Don Martín de Agullana y el torneo poético de Gerona de 1622», Homenaje a José Manuel Blecua por sus discípulos y colegas , Madrid, Gredos, 1983, págs. 553-564.

[25] He consultado la edición de Barcelona, Imprenta de José Torner, 1829-1832. Y véase Rafael Beltrán, art. cit., págs. 61-127.

[26] Téngase en cuenta que el romance a san Raimundo del pastor Delanio, dirigido a las pastoras de su aldea, también lo recogió Rebullosa en su Relación , pág. 255.

[27] Esa misma relación la mantuvo, en esas fechas, Batista Castillo en el Coloquio de regozijos entre Minga y Fabio pastores, en alabanzas de su Magestad, viniendo a verle a Barcelona (Barcelona, 1626. Cf. Simón Díaz, BLH, núm. 271; y BLH, IX. núms. 272, 273 y 275). Juan Bautista Avalle Arce, «El último episodio pastoril del Quijote de 1615», Cervantes, el «Quijote» y Barcelona , págs. 13-28, habla de la «pastorilización» de la sociedad española del siglo XVI y analiza la desmitificación de la Arcadia por parte de Cervantes, como ya vimos. Téngase en cuenta que, en las novelas de caballerías, el caballero pastor era un tópico, según María del Carmen Marín, DQ, Volumen Complementario, págs. 1042-1043.

[28] Véanse los pliegos sueltos recogidos por Simón Díaz, BLH, IX, núms. 18, 190 y 234: José Dalmau, Relación de las solemnidades, con que se han celebrado en la ciudad de Barcelona, las fiestas a la Beatificación de la Madre S. Teresa de Iesus… Van añadidas todas las fiestas de las otras Ciudades de Cataluña (Barcelona, Sebastián Materad, 1615); y Relació de les fetes que son fetes en Barcelona… en alabança del glorios San Isidre pagés, y a la sua Santa Reliquia embiada de la Illustre y Noble Villa de Madrid (Barcelona,

Sebastián Materad,1623).

[29] Aurora Egido, introducción a Felices de Cáceres , Justa poética por la Santissima Virgen del Pilar, cit.

[30] Simón Díaz, BLH, IX, núm. 167, recogió «Dos romances nuevos en alabança del glorioso y bienaventurado… S. Raymundo de Peñafort de la Orden de Predicadores y Cuerpo Santo de la ciudad de Barcelona» (Barcelona, Honofre Anglada, 1606).

[31] Los festejos valencianos tuvieron lugar fundamentalmente en la iglesia de santo Domingo del convento de la Orden de Predicadores, con intervenciones musicales como en otras justas. Véase Francesc Villanueva Serrano, «Con licencia de la divinización y privilegio del regocijo»: las siestas en las celebraciones religiosas extraordinarias de la Valencia seiscentista», Cuadernos de Investigación Musical , número extraordinario, 2018, págs. 89-114.

[32] Véase Pascual Mas i Usó, Justas, Academias y Convocatorias literarias en la Valencia Barroca (1591-1705)… , págs. 764 y ss. El autor, Vicente Gómez, era catedrático de Teología en la Universidad de Valencia y rector del convento de santo Domingo.

[33] Lizardo Herrera Montero, «La canonización de Raimundo de Peñafort en Quito. Un ritual entre la exhibición y el ocultamiento (1603)», Proceso. Revista Ecuatoriana de Historia, 32, II semestre, 2010, págs. 5-31.

[34] Rosana de Andrés, art. cit., págs. 85-86. Quizás no esté de más recordar la gran obra educativa y religiosa de la Orden de

Predicadores en América, que contó con dominicos señeros como Antonio de Montesinos, defensor de los indios al igual que san Luis Beltrán, partidario de la educación y guarda de los derechos de los indígenas; además del economista Tomás de Mercado, que vivió en México, y, en particular, el padre Bartolomé de Las Casas.

[35] Miguel de Cervantes , El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha , estudio de Luis Astrana Marín, Valencia, Alfredo Ortells, 2005, pág. L. Véase la «Relación de las fiestas que se celebraron en la corte de Pausa por la nueva de proveimiento de virrey en la persona del marqués de Montesclaros, cuyo grande aficionado es el corregidor de este partido que las hizo y fue el mantenedor de una sortija» (centrovirtualcervantes.es en línea). Téngase en cuenta que Cervantes menciona al Caballero de la Ardiente Espada, que «mató de un revés por medio dos fieros y descomedidos gigantes» (DQ I, pág. 42).

[36] El relator de las fiestas de Pausa cuenta también que acompañaban a don Quijote el cura, el barbero, la infanta Micomicona y Sancho Panza, graciosamente vestido. Añade curiosamente que el que representaba a don Quijote era «un caballero de Córdoba de lindo humor llamado Luis de Córdoba, y anda en este reino disfrazado con el nombre de Luis Gálvez».

[37] Aurelio Miró Quesada, «Cervantes y el Perú», en Cervantes, Tirso y el Perú, Lima, Vascarán, 1948, págs. 70-101; y, del mismo, «Don Quijote en la fiesta de Pausa», El primer virrey y poeta en América (Don Juan de Mendoza y Luna, marqués de Montes Claros) , Madrid, Gredos, 1962, págs. 72-76, analizó la fiesta de Pausa y el contexto histórico en el que surgió, refiriéndose a los Quijotes que llegaron a América ya en 1605. Fue Juan de Sarriá, el mozo, quien llevó, en 1606, por los Andes ejemplares de ese y otros libros que su padre le había enviado desde Sevilla.

[38] A ese respecto, cabe señalar la importancia de las aludidas órdenes de caballería, que, como la de Santiago, se extendieron no solo por España, sino por el Mediterráneo, América y Filipinas. Sobre ello, véanse los diversos estudios recogidos en Jacobus Patronus. Camino de Santiago, cit. supra, pág. 40.

[39] José Luis González Novalín, en Historia de la Iglesia , dirigida por Ricardo García Villaoslada, Madrid, BAC, 1980, vol. III, 2.º, págs. 17-23 y 429, 507, señala a fray Domingo de Betanzos, fray Tomás Ortiz, fray Luis de Granada y fray Diego de Hojeda, autor de la Cristiada (1611). Y véase Agustín Fliche y Víctor Martín, His toria de la Iglesia. De los orígenes a nuestros días, Valencia, Edicep, 1976, págs. 110-112, para la historia de la congregación de los dominicos, nacida de la italiana de los Abruzos, que formó la futura congregación de santa Catalina de Siena, cuya advocación daría nombre a la iglesia de la Orden de Predicadores en Barcelona.

[40] Maurice Keen, opus cit., pág. 327.

[41] Ibíd. , pág. 237.

[42] Aurora Egido, Por el gusto de leer a Cervantes , págs. 228 y ss.

[43] Ibíd.

[44] Ibíd. , pág. 236. Ms. 9342 de la BNE, ff. 238vº-242.

[45] Ibíd. , pág. 240, para a la burla caballeresca y épica en las

academias españolas del Siglo de Oro y el «Sermón de Aljubarrota».

[46] Ibíd. , págs. 247-248

[47] Aurora Egido, prólogo a Abraham Madroñal , «De grado y de gracias». Vejámenes universitarios del Siglo de Oro , Madrid, CSIC, 2005, págs. 15-18.

CAPÍTULO 11

Justas de armas y letras en el gran teatro caballeresco

El paso de la justa caballeresca a la justa poética dedicada a san Ramón de Peñafort se completaría en 1614 con las mencionadas fiestas celebradas en Barcelona por la beatificación de santa Teresa, que también recogieron los pliegos sueltos [1] . En ellas, la monja carmelita aparecería en una barca con un dragón, como si encarnara un inusitado san Jorge femenino, que además simbolizaba la gesta de san Raimundo viajando una vez más por el mar sobre su capa desde Mallorca a Barcelona [2] . El evento se celebró en la Rambla frente al convento del Carmen y su relación fue publicada en 1615 por José Dalmau [3] .

En 1605, cuatro años después de la celebración del Paso Venturoso por san Raimundo, las manifestaciones caballerescas de Barcelona prolongaron su sentido lúdico y festivo con un encuentro de jinetes a la morisca y un desafío en el que intervinieron los supuestos reyes de Persia y del mar Egeo, entre otros recogidos por Durán i Sanpere [4] . A partir de 1608, la justa caballeresca fue decayendo hasta convertirse, cada vez más, en un asunto exclusivamente festivo y de lucimiento [5] . El Born se transformó en un espacio teatral donde los vecinos alquilaban los balcones y ventanas, al igual que se hacía en los corrales de comedias del resto de España, Portugal y América para ver los espectáculos que se celebraban en la plaza.

Y otro tanto podemos decir del desfile triunfal a la turquesca celebrado en 1609 o del que se hizo con disfraces de etíopes acompañados de cinco reyes negros en 1611. Un año antes de la aparición de la segunda parte del Quijote, tras el caballero que portaba el cartel de desafío, apareció un carro triunfal con cuatro reyes de armas al pie de una montaña. Se seguía así una tradición barcelonesa, vigente desde mediados del siglo XVI, que fue proclive a que el sarao y el disfraz convivieran o sustituyeran a los antiguos símbolos del torneo caballeresco, que se convirtió finalmente en

una parodia [6] . Ello haría más plausibles las burlas que don Quijote y Sancho sufrieron en ese contexto barcelonés.

Las armas se convirtieron nuevamente en letras y además divinas en 1626. Así lo probó el mencionado poeta gongorino, nacido en Calatayud, Juan Bautista Felices de Cáceres con la Sentencia en la armada poética, propuesta y premiada por la insigne ciudad de Barcelona, en honra de su hijo y Padre San Ramon de Peñafort (Barcelona, Sebastián y Iayme Matevad, 1626) [7] .

Lo cierto es que, en el Siglo de Oro, san Jorge no se alejó de las efemérides barcelonesas, pero estas estuvieron atentas sobre todo a celebrar a otros santos más modernos y cercanos, aunque el señor de la Capadocia siguiera estando presente en la tradición popular de las manifestaciones públicas y en los pliegos de cordel que recreaban tiempos pasados. Así lo confirma un «Romance de don Roldán, trata cómo el Emperador; Carlomagno le desterró de Francia, porque volvió por la honra de su primo don Reynaldos, y una glosa nuevamente hecha por Melchor de Llanos», que comienza; «Día era de San Jorge, / día de gran festividad / ese día por mas honor / los doce se van a armar…» [8] .

Por otro lado, los episodios en las galeras, como aquellos a los que asistieron don Quijote y Sancho, subsistieron en el tiempo unidos a otros que la tradición barcelonesa conservó en fechas señaladas. Así lo muestra un pliego de 1632: «Verdadera relación de las famosas fiestas de máscaras y torneos que en presencia de su Magestad y de los Serenisimos Principes sus hermanos se han hecho en la insigne ciudad de Barcelona, honrando su Magestad y altezas con sus mismas personas dichas fiestas» [9] .

Las «galeras de España» y las de Nápoles dieron testimonio de ello con un acto en el que el rey dio posesión de general de mar al serenísimo don Carlos, estando presentes el infante don Fernando, el Conde-Duque y otros nobles, que, entre otros muchos actos celebrativos, presenciaron el desfile de dos mil arcabuceros y numerosos capitanes y alféreces jugando las banderas a su llegada al palacio real. En ese sentido, el episodio de don Quijote en las galeras aumenta su sentido paródico, si tenemos en cuenta un contexto en el que semejantes visitas con salvas iban destinadas tradicionalmente a los reyes.

Esas fiestas barcelonesas de 1632 dieron además pie a distintas celebraciones religiosas, como la visita del rey al sepulcro de santa Eulalia. También hubo disparos de artillería con salvas en las galeras y una encamisada nocturna en la plaza de san Francisco, donde rompieron lanzas los nobles de la ciudad, luciendo, como era habitual, vistosos hábitos de distintos países.

El pliego en cuestión, publicado en Barcelona y en Madrid, daba cuenta de cómo don Juan de Eril y don Bernardino de Miramón entraron en la plaza con sus cuadrillas ricamente vestidos de emperadores romanos. La relación especifica, siguiendo la aludida moda de los «habiti», que, en las demás cuadrillas, «Unos iban de Armenios, otros de Turcos, otros de Persas, otros de Amaçonas, otros de Tudescos, otros de Úngaros, otros de Franceses, otros de Portugueses, otros de Castellanos, etc.». No faltó al desfile un caballero disfrazado de ninfa saliendo de un carro, «que publicó un cartel en que estava escrita la justa con que la Catalana Nobleza combidó a su Magestad» [10] .

En esa ocasión, hubo, además de danzas y bailes en días sucesivos, dos estafermos a las diez de la noche en la plaza del Born, ricamente engalanada y «rodeada de andamios y tablados», con veinticinco banderas de guerra desplegadas por balcones, ventanas y paredes, contando además con la música de la diputación. Tras el almirante de Castilla y el conde de Eliche, el Conde-Duque se hizo presente vestido de terciopelo negro con brocados de negro y oro, mientras que el rey y el infante iban de blanco, con plumas también blancas en sus sombreros, seguidos por el conde de Peralada, vestido de emperador romano con su cuadrilla. A la plaza salió don Diego de Rocaberti con un estandarte alusivo a «nuestro Sol de España», mientras que otros nobles entraron disfrazados de amazonas, con traje verde y oro al igual que sus cuadrillas.

A su vez, don Enrique Senmanat portaba un estandarte con la empresa del gigante de cien brazos llamado Briareo, demostrando, junto a los demás caballeros, los vestigios novelescos que perduraban en la caballería barcelonesa. Esta asistió en la plaza del Born viendo cómo Felipe IV tomó su lanza y corrió el estafermo, al igual que lo hicieron el infante y los demás caballeros con sus cuadrillas. El rey corrió doce lanzas y se llevó el primer premio,

consistente en un Niño Jesús de diamantes que entregó a la condesa de Monteagudo [11] .

Todo ello nos lleva a recordar lo que el propio Cervantes había dicho por boca de don Quijote en el capítulo XVII de la segunda parte:

Bien parece un gallardo caballero a los ojos de su rey, en la mitad de una gran plaza, dar una lanzada con felice suceso a un bravo toro; bien parece un caballero armado de resplandecientes armas pasar la tela en alegres justas delante de las damas, y bien parecen todos aquellos caballeros que, en ejercicios militares o que lo parezcan entretienen y alegran y, si se puede decir, honran las cortes de sus príncipes (pág. 839).

La frase no tiene desperdicio respecto al tema que nos ocupa, pues da idea de la realidad a la que remitía, mostrando los particulares ejercicios que correspondían a todos los caballeros y que don Quijote glosó a continuación:

Sirva a las damas el cortesano; autorice la corte de su rey libreas; sustente los caballeros pobres con el espléndido plato de su mesa; concierte justas, mantenga torneos, y muéstrese grande, liberal y magnífico, y buen cristiano sobre todo, y desta manera cumplirá con sus precisas obligaciones (ibíd.).

Sin embargo, la distinción anterior entre los verdaderos ejercicios militares y los que lo parecían daba en la llaga de cuanto estos ofrecían como simulacro y que don Quijote ponía en tela de juicio exaltando la labor del caballero andante, que iba por los desiertos y las soledades buscando peligrosas aventuras.

Pero volviendo a las fiestas barcelonesas, celebradas por la majestad real en 1632, vemos que incluían una folla final, lo que implicaba

una danza con vueltas y mudanzas, luminarias, máscaras y bailes, que aparecieron de nuevo, como lo habían hecho años atrás en las fiestas por san Raimundo, encubriendo símbolos añejos de la caballería. Pues, tres días después de los faquines o estafermos, hubo máscaras de a caballo en mulas de alquiler, con la aparición, en una de ellas, de un supuesto caballero armado con «esportillas viejas, y celada de encaxe de capachas con lança de soliñar», que rebajaba ostensiblemente las armas y trazas caballerescas al nivel de las escobas que portaban los deshollinadores [12] .

La empresa que portaba ese caballero traía además un perro muerto atravesado con un cirio, acompañado de una letra que jugaba con el significado del refrán «A perro muerto, gran lanzada» y su variante: «A moro muerto, gran lanzada» [13] . El primero era un dicho empleado hasta hoy para criticar al que hace ostentación de valor cuando ya ha pasado el peligro, pero que alcanzaba, en esa ocasión, evidentes dobleces significativas respecto al segundo. Pues, como señaló María Soledad Carrasco Urgoiti, fueron muchos los ejemplos en el Siglo de Oro en los que se mostraba la insultante equivalencia [14] . Sin embargo, todo ello cobraba un nuevo sentido en la letra de ese pliego suelto de 1632, al ser sustituida la lanza por un cirio que aludía al dominico san Raimundo:

Ostenta mi tymbre llano

de las Naciones Martyrio,

que es Catalan un cirio

perro muerto en Castellano.

Es posible que ese juego entre perro y moro que implicaba la alusión se plasmara en el juego entre el catalán «ciri» y el castellano «cirio» (pronunciado «sirio» en catalán), referido a la indigna equivalencia entre «perro muerto» y «moro muerto» del refrán.

Pero, para entender cabalmente todo ello, es indispensable referirse

al sobrenombre que tuvieron los dominicos, entregados a la militia Christi desde sus orígenes, siendo considerados Domini canes, vale decir, perros del Señor. Recordemos que Gregorio IX encomendó a la Orden de Predicadores la persecución de los herejes con la bula Ille humani generis, de la que emanó el susodicho sobrenombre [15] .

El atributo canino tenía que ver con la leyenda a la que ya hemos aludido vinculada a santo Domingo de Guzmán, cuya madre Juana de Aza, estando embarazada, soñó que daba a luz un perro con una antorcha encendida en la boca y un globo a sus pies. Doña Juana peregrinó al monasterio benedictino de santo Domingo de Silos, que le descifró el significado del sueño y le profetizó que tendría un hijo que se dedicaría a la predicación. De ahí que, a lo largo de la historia, los dominicos se consideraran perros pastores de la Iglesia. Ello redondea evidentemente la mencionada cita e ilumina los símbolos del perro y el globo, que habían aparecido también en las fiestas barcelonesas por san Raimundo en 1601.

La fuerte carga despectiva que «perro» implicaba se vería también en el episodio de las galeras del capítulo LXIII de la segunda parte del Quijote. Recordemos que el general dice al arráez del bajel turco: «Dime, mal aconsejado perro, ¿quién te movió a matarme mis soldados?» (pág. 1257). Todo ello dentro de una historia como la de Ana Félix y Ricote, que termina felizmente poco antes de que don Quijote, después de ser derrotado y pasar seis días en cama, salga finalmente de Barcelona (DQ II, LXV).

La mascarada barcelonesa de 1632 acogió también, junto al susodicho caballero vestido con trazas burlescas de deshollinador, otros disfraces de vieja, de mona, de demonio, de disciplinante y de negro, con letras en castellano y en catalán que contrahacían a lo burlesco los visajes caballerescos e incluso los pastoriles [16] . Pero lo que nos interesa destacar particularmente de ese pliego es la referencia al disfraz carnavalesco de caballero obsoleto, que no estaba tan alejado, una vez más, del que había elegido años atrás don Quijote para sus aventuras y que gozaba de una tradición anterior en las procesiones de Barcelona y otros lugares, como hemos visto.

El pliego señalaba además que, en esa ocasión, el rey Felipe IV fue a visitar, en la iglesia de la Orden de Predicadores, el cuerpo del

«Santo Navegante Raymundo», como lo había hecho anteriormente su padre; muestra clara de la vinculación de la casa de Austria con el dominico canonizado en 1601. Lo que en él se relató formaba parte de una tradición en la que el Quijote supuso su lado más ridículo, sobre todo si situamos su entrada y presencia en el contexto de las fiestas por la entrada de reyes y nobles en Barcelona.

San Raimundo dejaría, por otro lado, una amplia huella en la historia de la hagiografía como patrón de los juristas, generando numerosas publicaciones en torno a su obra y a su nombre. Entre ellas, la comedia de 1706 El más dichoso en su patria. San Raimundo de Peñafort, atribuida al actor José Garcés [17] . Conservada en el manuscrito 17350 de la Biblioteca Nacional de España, muestra su paso por la censura inquisitorial, lo cual no deja de sorprendernos, si tenemos en cuenta que san Raimundo había sido, como dijimos, una figura señera del Santo Oficio; una institución que encareció, por cierto, varias veces fray Jaime Rebullosa al relatar las fiestas de Barcelona en 1601, donde recordó su creación por los Reyes Católicos (pág. 7).

El conjunto de publicaciones en torno al santo y sobre todo el eco que suscitaron los festejos barceloneses en su honor tanto en España como en América a partir de 1601, ofrece, según hemos visto, la posibilidad de que el acontecimiento llegara a ser conocido por Cervantes. Sobre todo, por su vinculación con la Orden de Predicadores, a la que nos hemos referido y los paralelos que ofrece la Relación de Jaime Rebullosa con el Quijote. La obra del fraile dominico permite vislumbrar los detalles de unas celebraciones llenas de elementos caballerescos, espectaculares y jocosos con anterioridad a la obra cervantina y que, como hemos visto, continuarían posteriormente. Todo ello haría más risible a los lectores cuanto sucedió al hidalgo manchego en los episodios barceloneses vistiendo y actuando con obsoletas trazas caballerescas.

Por otra parte, cabe recordar de nuevo el interés de Cervantes por obras relacionadas con Cataluña, caso de El Monserrate, ya aludido, de Cristóbal de Virués, que mencionó en el capítulo VI de la primera parte del Quijote. En ella, no solo se trataba de la aparición

de la Virgen de Montserrat a Garín, sino de vaticinios como el de la futura victoria sobre el turco en Lepanto [18] . El Persiles probaría más tarde el conocimiento que Cervantes tenía del monasterio catalán en el que se apareció una virgen venerada tanto en España como en América y a la que dedicó el poema que empieza «Virgen bendita y bella» en El trato de Argel.

La traslación a lo festivo y literario de la antigua justa caballeresca a los certámenes literarios se hizo a todos los niveles, como hemos visto, incluido el semántico, pasando apenas sin fisuras el vocabulario de una a otra [19] . En cierto modo, también había ocurrido otro tanto con el paso que se había dado entre el lenguaje de las novelas de caballerías y los tratados de las órdenes caballerescas. María del Carmen Marín, ya subrayó cómo don Quijote hizo suyo el vocabulario de esas novelas que también conocían los lectores de su tiempo: desde el ceremonial de investidura a la defensa de los menesterosos y cuanto concernía al amor, la guerra, los encantamientos y la consecución de la fama [20] . Pero no debemos olvidar tampoco cuanto supusieron las relaciones de justas y torneos en una obra embebida de todo cuanto acontecía en tiempos de su autor.

Vida y literatura terminaron por ser uno y lo mismo en fiestas y torneos. No en vano, las justas caballerescas habían tenido, ya desde su origen, un sentido tanto literario como lúdico, y así lo constató, como hemos visto, la definición que recogió de ellas en el siglo XVIII el Diccionario de Autoridades. Este definía lexicográficamente la larga historia de los torneos y las justas, que llegaron a convertirse en baile; asunto que no hay que perder de vista al analizar el episodio de un don Quijote danzarín en casa de don Antonio Moreno, así como el resto de las burlas que el hidalgo manchego sufrió en Barcelona.

Por otro lado, el hecho de que las entradas de reyes y nobles provocaran, como hemos visto, la celebración de torneos merece particular atención, por la magnitud de ejemplos que podrían acarrearse en su plasmación escénica. Estos suscitaron numerosas publicaciones, incluida la de romances que los describían [21] . Pero además habría que tener en cuenta la fusión que la poesía áurea hizo de las justas caballerescas y de la mitología clásica poniéndola

al servicio de la nobleza en las ocasiones más variadas.

Un ejemplo curioso, que coincidió en el tiempo con la publicación de la primera parte del Quijote, es el de Andrés Rey de Artieda en sus Discursos, epístolas y epigramas de Artemidoro (Zaragoza, Angelo Tavanno, 1605) [22] . De origen aragonés y doctor en Derecho, residió en Barcelona, Lérida, Tortosa y Valencia, donde perteneció a la Academia de los Nocturnos. Su vida es un buen ejemplo de servicio a las armas y a las letras, interviniendo en la batalla de Lepanto y en otras más como capitán de los tercios.

Encubierto bajo el seudónimo de Artemidoro, sus Discursos son una buena muestra de hasta dónde había llegado la poesía de su tiempo a la hora de rescatar a los clásicos como Virgilio y de seguir estrechamente a Ariosto hasta en la construcción de las octavas y en la gramática. Comparar su obra con la de Cervantes permite vislumbrar dos caminos en cierto modo paralelos y a la vez opuestos, pues Artieda se encastilló en la épica culta de raíz italiana, aplicándola a temas que exaltaban la nobleza a través de epitalamios y relaciones de efemérides nobiliarias.

Autor de dos obras de título significativo, que se perdieron, Amadís de Gaula y Los encantos de Merlín, sus Discursos de 1605 ofrecieron dos modos de entender las justas caballerescas que nos permiten vislumbrar los caminos por los que estas transitaban en la poesía de la época cuando apareció el Quijote. El primero de ellos se nos abre con las encendidas y cultas octavas de la «Iusta de Paris, a consideración de lo que en ellas prueba el Illustríssimo Conde de Buñol».

Ese y otros poemas heroicos del poeta valenciano ejemplifican el límite al que había llegado la poesía áurea a principios del siglo XVII a la hora de ensalzar el papel de la nobleza, revistiendo sus actos bajo el ropaje mitológico unido al caballeresco de justas y torneos. Se trataba en realidad de un camino sin retorno, que llevaría en buena parte a su rebajamiento [23] .

Los hiperbólicos discursos de Rey de Artieda rozaban en ocasiones la sátira y la burla, al situar los temas más diversos en un mismo horizonte heroico. Así lo mostró en la mencionada «Iusta», que comenzaba «Buelta a Paris la Infanta Melisenda», donde mezcló sin

fisuras a esta con don Gaiferos, el Cid, Bradamonte, Orlando, Astolfo, Dudón, Oliveros, el emperador Carlos y otros duques, marqueses y condes, junto a personajes como Donalda, Arminda, Belerma, Armelinda, o Aliarda.

El poema describía en cultísimas octavas la organización de la justa al modo tradicional, añadiendo además en prosa la moralidad del encuentro bélico a través de unas glosas explicativas sobre el simbolismo de letras, armas, divisas, empresas y motes plagados de reminiscencias clásicas.

Los elevados términos de la «Iusta» de Artieda invitaban sin duda a la inversión jocosa por sus referencias a Belerma, Durandarte y Montesinos, que aparece en el encuentro con vestimenta ridícula. Los personajes del romancero viejo en el poema del dramaturgo valenciano pelean de tal modo que lo sublime roza en ocasiones lo burlesco:

Hasta las nubes llegan las astillas

De la primera lança y la segunda,

Y en la tercera firmes en las sillas

Causan que el Cielo se estremezca y hunda:

Oliveros abriendo las rodillas

Sintió un confuso estruendo y barahúnda,

Y Montesinos alargo las riendas,

Viendo entre sueños cosas estupendas (f. 37).

Esa descripción iba seguida de la entrada en escena de un gigantón de aspecto feroz llamado Sansoneto, «que aunque es Christiano, fue primero Moro», luciendo en la cimera un demonio de azul y oro entre llamas con el mote: «Más desesperado». Este será el

hazmerreír de las damas que asisten a la justa, que lo convierten finalmente en serafín. El paso posterior a tales figuraciones caballerescas lo daría Góngora con el romance «Diez años vivió Belerma» y Cervantes con la Cueva de Montesinos, que guarda más de una semejanza con el poema de Rey de Artieda en sus espectrales desfiles.

En el otro extremo, el poeta valenciano ofreció también, en esa obra, una vuelta a lo divino de la justa caballeresca, punto límite de un género que se prodigó, como hemos visto, en contrahacer las novelas de caballerías. En este caso, «El Cavallero Determinado espiritual; a imitación del que hizo en Francia Oliver de la Marcha» ofreció una interpretación alegórica bajo especies religiosas. Pero Rey de Artieda aún iría más lejos con el «Torneo del jueves de la cena», donde es el mismo Dios, armado de carne y sangre eucarísticas, quien convida a un envite sacro en el que los apóstoles aparecen como aventureros.

La justa de Artieda se correspondía con la presencia en la poesía cancioneril de un tema al que también se acogieron tempranamente las novelas de caballerías. Estas insertaron abundante producción poética durante el reinado de Carlos V, ofreciendo un amplio abanico de invenciones, justadores y motes con los que a veces se envolvían las batallas amorosas. Las mismas que, como dijimos, san Juan de la Cruz cristalizó en un «dulce encuentro» de reminiscencias caballerescas, al igual que otros místicos como la propia santa Teresa en su Vida, buenos lectores de novelas de caballerías [24] .

Caso aparte fueron las comedias inspiradas en esos libros, que perpetuaron en la escena un género bien conocido por los espectadores. Su larga trayectoria queda fuera de estas páginas, pues su génesis coincide con la de la historia del teatro y abarca desde Gil Vicente hasta Calderón y sus seguidores [25] .

En ese sentido, cabe considerar la relación de los momos con la literatura caballeresca y con los torneos, presentes en los orígenes del teatro cortesano. El Quijote heredó, entre otras cosas, esa larga tradición asentada en la simulación con la que las cortes palaciegas distraían el tiempo. Estas tuvieron en los momos un rico exponente festivo y fictivo, que nutrió el teatro de Gil Vicente en sus autos

caballerescos Don Duardos y Amadís de Gaula. Fruto, junto a los juegos de suertes, los bailes cantados y las charadas, del gusto por el espectáculo, los momos, presentes en el Diccionario de Nebrija, fueron una mascarada aristocrática con la que se deleitó la corte portuguesa y más tarde la española en el siglo XV [26] . Estos estaban íntimamente ligados a la justa, ya fuera como fin o como preludio del torneo, según testimonio de la Crónica del Halconero de Pedro Carrillo de Huete, Los hechos del condestable Miguel Lucas de Iranzo, Arnalte y Lucenda de Diego de San Pedro o la poesía cancioneril.

Como dijo Eugenio Asensio, en ellos, «los enmascarados eran la flor de la corte, desde el rey hasta el paje, y desplegaban un lujo asiático en vestidos y joyas» [27] . Los momos palaciegos, que se alimentaban del mundo caballeresco, eran la exaltación de la aventura por la aventura y de los héroes que la llevaban a cabo, como Amadís y Oriana en la obra de Gil Vicente. Este trasladaría a sus comedias los hábitos y la materia artística de los momos, fundiendo, bajo la máscara, esa tradición escénica con los temas de la andante caballería, que se revistió de arquitecturas teatrales en los salones palaciegos [28] .

Lope de Vega se inspiraría también en la materia caballeresca, al igual que lo hicieron otros autores, en obras como El nacimiento de Ursón y Valentín, reyes de Francia, basada en la materia carolingia [29] . Las representaciones cortesanas de torneos y mascaradas ofrecen, en ese sentido, abundante información sobre su impronta en la formación de la comedia por parte de Lope y otros autores. Es el caso de la espectacularidad escénica que ofrecen El precio de la hermosura del mismo Lope o de El caballero del Sol de Luis Vélez de Guevara [30] .

Respecto a los discípulos de Calderón, vemos que también imitaban en ocasiones el modelo caballeresco, como hizo Juan Pérez de Montalbán con su Palmerín de Oliva, aunque también lo hicieran otros dramaturgos de forma fragmentaria [31] . Pero sería Calderón quien llevaría sin duda al tablado no solo las posibilidades del género caballeresco, sino cuanto implicaba el Quijote cervantino [32] .

Ese mundo, que se resistía a desaparecer, tuvo sin duda en las tablas uno de sus mejores modos de pervivir, sobre todo cuando se

mostraba a lo burlesco en los intermedios de las comedias palaciegas, como ocurrió con el «Entremés del niño caballero» de Antonio de Solís y Ribadeneira. La obra fue representada el 27 de febrero de 1658 en el Palacio del Buen Retiro junto a los Triunfos de amor y fortuna, con motivo del nacimiento de Felipe Próspero [33] .

Cosme Pérez, que triunfó como Juan Rana, recrearía en ese entremés, junto a Bernarda Ramírez y otros actores, el fondo temático de las novelas de caballerías, parodiando sus encantamientos, castillos y personajes, como los gigantes Teque y Reteque. Un Juan Rana-niño pondría del revés ante la corte el tema del infante abandonado, el vaticinio del mago y otros motivos caballerescos en el primer entreacto de una comedia de espectáculo. Esta, como tantas otras, se sostendría con la inserción de una pieza menor de éxito asegurado, a través del canto, la danza y la gestualidad de Juan Rana.

Cuestión aparte son las farsas, entremeses y comedias que tuvieron los torneos y justas como tema, caso de El amor en vizcaíno, los zelos en francés, y Torneos de Navarra de Luis Vélez de Guevara [34] . En algunos casos, como ocurrió con las justas caballerescas, el torneo se entendió a lo poético o se unió a otros festejos dedicados a la nobleza y a asuntos religiosos, que fueron recogidos en distintas publicaciones [35] .

A su vez, La famosa comedia de las Suertes trocadas y torneo venturoso… por el canónigo Tárrega. Loa y Comedia, recogida en Doce comedias famosas de quatro poetas naturales de la insigne y coronada ciudad de Valencia (Valencia, Aurelio Mey, 1609) es un buen ejemplo de la utilización del torneo como metáfora amorosa. En ella, Francisco Agustín Tárrega desplegó en la loa una larga enumeración de barcas, grita, algazara, clarines, pífanos y bailes, que es todo un catálogo de referentes sobre la costa de Valencia y las glorias épicas de la ciudad.

La comedia aludía a unas fiestas valencianas llenas de invenciones, con «danzas, cañas y torneos, / justas, saraos y pompas», en las que no faltaron los caballos enjaezados, los motes y las espadas [36] . En la jornada III, el personaje describe con todo detalle un torneo, haciendo referencia al toque de cajas, a las invenciones y a los

motes de los contrincantes. El Marqués y Faustino, por un lado, y el Duque y Sabino por otro, entran en liza, llevando por divisa un león y una comadreja el primero y la rueda de la Fortuna el segundo.

El canónigo valenciano, al aludir a que unos y otros «danse un ratico de golpes», minimizó ostensiblemente la parte cruenta, que tuvo sin embargo como solución las felices bodas de los protagonistas, acabando la comedia con un «Y darse ha el fin, que ya es vuestro deseo / a las prendas trocadas y al torneo».

La historia de este nuevo «torneo venturoso», de ámbito más dialéctico y amoroso que bélico, se llevó a la escena de Valencia a partir de largas enumeraciones, que recogían, a través de numerosos trimembres y cuatrimembres correlativos al uso gongorino, el vocabulario bélico de las antiguas justas. Tárrega desplegó todo ello en un amplio abanico que sintetizaba nominalmente una tradición caballeresca convertida en palabras:

Cifras, letreros dorados,

avisos, dichos, sentencias

sacados de agudas ciencias

por hombres doctos letrados [37] .

[1] Miquel Bajet, Relacio verdadera de las fetes a la ciutat de Barcelona a la Beata Teresa començades a sinch de Octubre 1614, Barcelona, Llorens Deu, 1614. Los numerosos festejos por la santa carmelita dieron lugar a que Diego de San José publicara sobre todas ellas un Compendio de las solenes fiestas que en toda España se hicieron en la Beatificación de N. M. S. Teresa de Jesús, Madrid, Viuda de Alonso Martín, 1615.

[2] El dragón, al que ya hemos hecho referencia, fue una figura

vinculada a los entremeses de san Jorge y tuvo como variante la mencionada vibria o víbora. Véase Vicente Sánchez Moltó, art. cit, 2008, págs. 148-150, quien también menciona las cucas y cucaferas vinculadas al santo de la Capadocia. Zaragoza recreó en clave caballeresca la canonización de santa Teresa, como muestra Juan Bautista Felices de Cáceres en El cavallero de Ávila por la Santa Madre Teresa de Iesus En Fiestas y torneos de la Imperia Ciudad de Zaragoza , Zaragoza, Diego Latorre 1623. Sobre esta y otras justas zaragozanas, Aurora Egido , La poesía aragonesa del siglo xvii y el culteranismo , vol, II.

[3] José Dalmau, Relación de la solemnidad con que se han celebrado en la ciudad de Barcelona, las fiestas a la Beatificación de la Madre S. Teresa de Iesús , Barcelona, Sebastián Materad, 1615. Y véase Agustí Durán i Sanpere, Els Cavallers de Sant Jordi, Barcelona, Ciutat de Barcelona, 1964, pág. 75.

[4] Rosana de Andrés Díaz, art. cit., 1991, pág. 95, señala cómo la justa terminó por ser un juego, un encuentro celebrado en el palenque o liza, rodeada de un cadalso, con sus jueces, reyes de armas, farautes y trompetas, y que estuvo lleno de invenciones y momos, con danzantes disfrazados para lucimiento de la aristocracia. Sobre sus antecedentes, véase el clásico estudio de Eugenio Asensio, «De los momos cortesanos a los autos caballerescos de Gil Vicente», Estudios portugueses , París, Fundaçao Caouste Gulbenkian, 1974, págs. 23-36.

[5] Durán i Senpere, opus cit , págs. 91 y ss.

[6] Ibíd. , págs. 115 y ss.

[7] Véase la introducción de Aurora Egido a Juan Bautista Felices de

Cáceres, opus cit., donde dimos varia información sobre la relación de justas barcelonesas de este poeta, con referencia a san Raimundo de Peñafort.

[8] Burgos, Felipe de Junta, s. f..

[9] El pliego (RAE RM VAR-653) tuvo una doble impresión: en Barcelona por Estevan Lliberos y, por su original, en Madrid, por la Viuda de Luys Sánchez, 1632.

[10] Aparte hubo una máscara en palacio hasta la medianoche, con luminarias y salvas de artillería. Cabe referirse también al paseo en barco, que el rey hizo para nombrar al infante Carlos general de la mar, entrando de nuevo en el puerto con estrépito de artillería.

[11] El pliego hizo constar que, en la plaza del Born, apareció una galera con remos de coral y flámulas de damasco, colocada sobre una carroza con lienzos que simulaban el mar, desde la que se dispararon bombas de artillería y cohetes, y a la que finalmente se pegó fuego, con gran contento de todos.

[12] El uso de máscaras en el Quijote merecería consideración detenida. Recordemos a los enmascarados huéspedes de la venta en el episodio de Dorotea (DQ I, XXXVI, págs. 464 y ss.), entre otros.

[13] Sobre la paremia a «A moro muerto, grand lançada»: H. Núñez 622; Espinosa «moro»; Correas A545; y Covarrubias, DRAE, en https://cvc.cervantes.es/lengua/biblioteca_fraseologica/r . Y véase Mauricio Fuenzalida, «Hacer perro muerto. Algo de luz sobre su origen», Scielo. Boletín de Filología 56, 2 Santiago, diciembre de

2021, con el sentido de escabullirse de un establecimiento sin pagar, o no pagar una deuda en Costa Rica y Andalucía. Recoge también, en «perro muerto», fraude o engaño en prejuicio de alguien, basándose en Correas; y «dar perro muerto», estafar, con numerosos ejemplos del Siglo de Oro. También Juana G. Campos y Ana Barella, Diccionario de Refranes , Madrid, RAE, Anejo XXX, 1975: «A moro muerto, gran lançada». «Ref. con que se hace burla de los que se jactan de su valor cuando ya no hay riesgo (Acad.). Y véase «dar perro (raro). Engañar», en Manuel Seco, Olimpia Andrés y Gabino Ramos, Diccionario fraseológico documentado , Madrid, J. de J., 2017. A su vez, S. O. Kane, Refranes y frases españolas de la Edad Media , Madrid, RAE, 1959, recoge «A moro muerto gran(d) lanzada» y «A moro muerto, dar lançada» con varios ejemplos, al igual que Francisco de Espinosa, Refranero (1527-1547), ed. de Eleanor S. O. Kane, Madrid, RAE, 1967, en moro muerto .

[14] Para la equivalencia moro , perro , véase María Soledad Carrasco Urgoiti, «La cuestión morisca reflejada en la narrativa del Siglo de Oro», Destierros aragoneses: ponencias y comunicaciones , Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 1988, págs. 229-254, nota 13, donde acarrea un ejemplo tomado de la epístola XIV de Guevara: «es que me dicen ahora todos los de estas morerías que no quieren ser cristianos si los han de llamar siempre perros moros». Un cuadro semejante a una vanitas de Juan Fernández Riaño de 1881 recogió el tema con el título de «A moro muerto, gran lanzada». Un pliego de 1596, publicado en Valencia por Francisco Pardo, referido a una espantosa tormenta de 29 de mayo de 1535, habla también del «perro» por alusión a los moros y con una fuerte carga insultante. Véase en Pliegos sueltos del siglo xvi de la biblioteca de Rodríguez Moñino , ed. cit., núm. IX.

[15] La Orden de Predicadores fue martillo de herejes, incluso con uno de sus hermanos, Giordano Bruno. A su vez, los dominicos Heinrich Kramer y Jacob Sprenger persiguieron a las brujas en su tantas veces impreso Malleus malleficarum (1498)

[16] Así ocurre con el juego erótico sobre las enaguas que llevaba uno vestido de dama. Otro iba a su vez disfrazado de pastor junto a su pastora y portaba una tarjeta en la que había pintado un pastor con un ganado de 400 leones. La letra jugaba con las gracias del pastor Capricalvino, que se reía de los cultos, en paralelo con la doble cara de la égloga y de la realidad pastoril, que Cervantes expuso por un lado en La Galatea y por otro en el Coloquio de los perros. En el pliego RM-2158 (23) de la Real Academia Española, titulado «Coplas de la Donzella y el Pastor y del Salvaje», obra de Eugenio Alberto, aparecen las tres figuras junto a un ermitaño. El pastor defiende a la dama del salvaje en ese pliego, que lleva una oración suya.

[17] Jerónimo Herrera Navarro, Catálogo de autores teatrales del siglo xviii , Madrid, Fundación Universitaria Española, 1993, núm. 199.

[18] Otras referencias a Cervantes y Barcelona, en Aurora Egido, Por el gusto de leer a Cervantes, págs. 139 y ss. Aparte de los estudios de Riquer, Riera y otros autores, recogidos en ese libro, véase José María Micó, Don Quijote en Barcelona , cit.; y Javier López Pérez, «Cataluña, Barcelona y el Quijote: apuntes para una delimitación "de lo catalá" en Cervantes», Universidad de la Habana 283, enero-junio, 2017, en línea.

[19] El mismo cartel de desafío del torneo pasó a serlo de la justa o certamen poético. Así lo ratifican Corominas-Pascual al hablar del «cartel de la justa». Téngase en cuenta que, a su juicio, el origen de justar (del latín juxtare, 'juntar', derivado de juxta, 'junto a'), proviene seguramente del catalán justar o del antiguo occitano jos tar . El portugués justar creen que puede ser también un galicismo, lo mismo que el italiano giostare . Y véase supra, págs. 18-19.

[20] «Motivos y tópicos caballerescos», DQ, págs. 1001 y ss. En DQ ,

Volumen complementario, págs. 52-53, María del Carmen Marín señala que don Quijote contrahizo el ceremonial de investidura, de modo que Alonso Quijano jamás sería un verdadero caballero. Sobre la ceremonia, véase Maurice Keen, opus cit , págs. 92 y ss. El espaldarazo debía darlo un noble o alguien que hubiese alcanzado fama por sus hechos. El lugar, las armas y hasta la fecha señalada para el acto de investidura eran fundamentales. Sobre la consecución de la fama que don Quijote alcanza en la segunda parte, Aurora Egido, Por el gusto de leer a Cervantes, págs. 529-558.

[21] Véanse, por ejemplo, las «Fiestas Reales de Justa y Torneo», con letra del siglo XVI , en Simón Díaz, BLH XIV, núm. 5796; y IV, núm. 155; y los Romances varios de diversos autores , Zaragoza, 1640, ibíd. , núm. 83: «En alabanza de un torneo que se hizo en Aragón. Romance».

[22] La obra muestra una clara vinculación con sus orígenes aragoneses y no solo por el lugar de publicación, pues iba dirigida a don Martín Abarca, Castro y de Bolea, e incluía poemas de Lupercio Leonardo de Argensola y otros de Petrarca, Serafino Aquilano o Alemani. Véase Inmaculada Osuna, «Las epístolas de Artemidoro (Andrés Rey de Artieda)», La epístola, ed. de B. López Bueno, Sevilla, Universidad de Sevilla, 2000, págs. 233-255.

[23] Los Discursos cuentan con una aprobación de octubre de 1604. A su vez, el himeneo al marqués de Cuéllar recuerda, en buena parte, el lenguaje culterano que triunfaría años después con el Polifemo y las Soledades de Góngora tanto en Aragón como en el resto de la poesía en castellano. Y otro tanto podemos decir del poema dedicado al casamiento del duque de Alburquerque, cuajado de mitología clásica, o la «Justa de Paris». Curiosamente Artieda ofrece también dos poemas desengañados sobre las armas, como el dedicado «A las pretensiones militares» y «A Cascajales retirado de la soldadesca», ibíd. , págs. 107-108 y 110.

[24] Alberto del Río, «La poesía de los libros de caballerías en la época del Emperador (1508-1556)», e-Spania , 13 de junio de 2012, en línea.

[25] Miguel Ángel Pérez Priego, «La materia caballeresca en los orígenes del teatro español », La comedia de caballerías , ed. de Felipe Pedraza, Elena E. Marcello, Rafael González Casal, Universidad de Castilla-La Mancha, 2006, págs. 17-30.

[26] Eugenio Asensio, «De los momos cortesanos a los autos caballerescos de Gil Vicente», cit., pág. 26.

[27] Ibíd. , pág. 3. En ese género como en otras representaciones teatrales palaciegas, cabe recordar la existencia de obras escritas para las damas, como ocurrió en 1474 con la pieza dispuesta para la reina Isabel la Católica y la princesa doña Juana, hija de Enrique IV. Véase la nota de Joaquín Forradellas Figueras, «Para los orígenes del teatro español», Bulletin Hispanique , 1970, 72-3-4, págs. 328-330.

[28] Véase Teresa Ferrer Valls, La práctica escénica cortesana: de la época del Emperador a la de Felipe III, Londres, Tamesis Books, 1991.

[29] Véase La comedia de caballerías. Actas de las XXVIII Jornadas de Teatro Clásico de Almagro (Almagro, 12, 13 y 14 de julio de 2005), Almagro, Publicaciones de la Universidad de Castilla-La Mancha, 2006, y, en particular, Fausta Antonucci, «La materia caballeresca en el primer Lope de Vega», págs. 59-77.

[30] Teresa Terrer Valls, opus cit. , con especial atención a los torneos y mascaradas (cap. 1), así como a la impronta del duque de Lerma en la incorporación de la escenografía italiana.

[31] Véase la introducción de Claudia Dematté a Juan Pérez de Montalbán, Palme rín de Oliva , Pisa, Mauro Baroni, 2006; y Nieves Baranda, «La lucha por la supervivencia. Las postrimerías del género caballeresco», Voz y Letra 7, 2, 1996, págs. 159-178.

[32] Alberto Sánchez, «Reminiscencias cervantinas en el teatro de Calderón», Anales Cervantinos 6, 1957, págs. 262-270; Antonio Regalado, «Cervantes y Calderón: El gran teatro del mundo», Anales Cervantinos , XXXV, 1999, págs. 407-417; José María Díez Borque, «Calderón y la novela de caballerías (breve nota)», Bulletin of Hispanic Studies , LXXVII, 2000, págs. 252-264; e Ignacio Arellano, Cervantes en Calderón», Anales Cervantinos XXXV, 1999, págs. 9-35.

[33] María del Rosario Aguilar Permodo, «El entremés del niño caballero y las reescrituras burlescas de los libros de caballerías», Hipogrifo. Revista de Literatura y cultura del siglo de Oro 1 (1), 2013, págs. 135-162

[34] Simón Diaz, BLH, IV, 190 (9). La obra de Vélez apareció en La Parte diez y siete de comedias nuevas y escogidas de los meiores ingenios de Europa , Madrid, Melchor Sánchez. A costa de Juan de San Vicente, 1663. Y véase el «Entremes de los torneos» en la Floresta de entremeses y rasgos del ocio a diferentes assummptos, de bayles, Mogi gangas. Escritos por las mejores plumas de nuestra España, Madrid, Viuda de Joseph Fernández, 1680, págs. 21-25 (Simón Díaz, BLH, IV 260 [3].

[35] Simón Díaz, BHL, VIII, 4300 y 5585.

[36] Poetas dramáticos valencianos , ed. de Eduardo Juliá Martínez, Madrid, Tipografía de la Revista de Archivos, 1929, vol. I, págs. 381-441.

[37] Ibíd. , págs. 383-384, donde el Marqués describe por extenso el torneo, que luego se une a la trama amorosa, con enumeración de cintas, sortijas, retratos y cartas de por medio.

CAPÍTULO 12

Del Paso Honroso al Paso Venturoso. Los ancestros de Alonso Quijano

Para cerrar el círculo de nuestras pesquisas, nos centraremos en un aspecto que encadena el pasado de los torneos con el presente de la vida y hazañas de don Quijote de la Mancha, mostrando hasta qué punto la vida caballeresca de principios del siglo XVII vivía en buena parte de las empresas y torneos más sonados que habían tenido lugar desde la Edad Media.

Como hemos apuntado, los grandes festejos barceloneses por la canonización de san Raimundo de Peñafort en 1601 se inspiraron, a nuestro juicio, no solo en el Paso Honroso sino en el anterior Paso de la Fuerte Ventura. El recuerdo del primero, en el que don Suero de Quiñones salió triunfante de su conocido desafío en tierras leonesas durante el verano de 1434, se convirtió siglos después en la representación lúdica y festiva del Paso Venturoso barcelonés. En este, la ciudad de Barcelona se congregó, como ya vimos, para ver el ataque a un castillo colocado encima de una peña que sostenía un ave fénix tan grande como un caballo, renuevo de aquel otro castillo de madera que se había erigido siglos atrás en el Paso de la Fuerte Ventura [1] .

El tiempo no había borrado de la memoria de los catalanes un acontecimiento narrado en la Crónica de Juan II como el del Paso Honroso en el que había intervenido Gutierre Quijada; un caballero del que don Quijote dijo descender y que había luchado en tierras borgoñonas e italianas, llegando hasta Jerusalén y regresando de vuelta a España [2] . No en vano el héroe cervantino recibió, en el primer capítulo, el sobrenombre de «Quijada» o «Quesada» (DQ, pág. 31).

Pero también conviene recordar el realce que supuso para don Gutierre su presencia en la mencionada obra de Fernando del Pulgar, Los claros varones de Castilla, donde Cervantes pudo leer

también la referencia al Paso Honroso del caballero fijodalgo Suero de Quiñones, así como el nombre de don Gutierre unido al de mosén Diego de Valera, cuyos hechos comparó con los de los héroes romanos [3] . La Crónica de Juan II, conocida por Cervantes, recordó a don Gutierre por su lance victorioso en la corte del duque de Borgoña, que le regaló por ello una ropa chapada de costosa orfebrería [4] .

Como hemos señalado, los pasos de armas eran auténticos espectáculos deportivos llenos de color y de exhibiciones de virilidad, constituyendo una manifestación más de la tendencia, tan acusada en el siglo XV, a novelar la vida [5] . En ellos, los caballeros reales deseaban vivir como los héroes de las novelas organizando todo tipo de torneos. La dependencia que tales manifestaciones caballerescas tenían de los monarcas o nobles que las llevaban a término con todo esplendor harían más ridículas las aspiraciones posteriores de un hidalgo manchego sin conexión aparente con la nobleza y cuya imagen era su reverso.

Jaime Rebullosa, al relatar las fiestas por san Ramón de Peñafort, recordó lo que había sido siglos atrás el lucidísimo encuentro en tierras leonesas del Paso Honroso, llevado a término por amor y por razones políticas. Celebrado entre el 10 de julio y el 9 de agosto de 1434, don Suero pudo liberarse a su término ante el altar de Santiago de la argolla que llevaba por su dama doña Leonor de Tobar, después de haber vencido a sus contendientes en el puente de Hospital de Órbigo [6] .

A aquel largo torneo leonés acudieron caballeros catalanes, portugueses, alemanes, italianos, bretones y valencianos falleciendo en él uno de ellos llamado Albert de Claramunt [7] . La plaza del Born rememoró el hecho siglos después con un Paso Venturoso en honor a san Raimundo, defendido por tres caballeros armados y adornados con cimeras de plumas, uno de los cuales se llamaba curiosamente Alexandre Claramunt [8] . Continuaba así una larga tradición en la que los caballeros imitaban a lo vivo episodios novelescos. Pero el paso barcelonés recordaba también, y no solo nominalmente, el Paso de la Fuerte Ventura, que tuvo lugar en Valladolid bajo el reinado del mismo Juan II, en 1428 [9] .

Como hemos visto, a esas reviviscencias del siglo XV, teatralizadas

en 1601 en la plaza del Born, el Paso Venturoso por san Raimundo añadió la aparición de dos caballeros vestidos a la mejicana, junto a otros disfrazados de albaneses, romanos, persas y japoneses. La riqueza de aparato que siguió al desfile internacional de esos caballeros ricamente armados nos avisa del contraste que pudo representar años después en los lectores la desarrapada figura de don Quijote y Sancho al llegar a Barcelona.

Vestidos de morado, amarillo y blanco, con lanza, escudo y las armas de su casa, y con la dama de los propios colores, los caballeros catalanes de 1601 conformaron junto a sus cuadrillas imágenes simbólicas, entre las que no faltaron los pendones de san Jorge. Ellos hubieran dejado en ridículo a los protagonistas del Quijote, de haber asistido a ese u otro torneo en la plaza barcelonesa del Born.

Pero conviene detenerse sobre todo en cómo describe Rebullosa la contienda ficticia entre dos caballeros con las aludidas figuraciones obsoletas, cabalgando sobre caballos frisones y llevando «armas de una hechura tan antigua que sin duda debieron ser de las primeras que se celebraron en el mundo» (pág. 274), lo que bien pudo servir de pauta a Cervantes, como sugerimos, al componer la armadura de don Quijote.

Y, aunque no hubiera tenido conocimiento directo de la obra de Rebullosa, pudo haber comprobado todo o una buena parte de ese tipo de fiestas barcelonesas en 1610, dada la similitud que estas ofrecían con las del Corpus Christi y las de san Juan, que además coincidieron en el tiempo con las celebradas por la canonización de san Raimundo. La aparición del caballero Periandro en las fiestas por el santo dominico, así como otros paralelismos que hemos trazado anteriormente, ofrecen sin duda un complejo tapiz ciudadano semejante al tejido en el Quijote.

Pese a que los vestidos caballerescos «a la antigua» tuvieran, según vimos, una amplia presencia desde fechas tempranas en el panorama caballeresco europeo, conviene tener en cuenta ese contexto en el que surgen los episodios barceloneses del Quijote a la hora de situarlos en un mapa de larga tradición. Pues sus antecedentes medievales permanecían vivos en su traslado lúdico y hasta jocoso, ya no solo en los espacios cortesanos, sino en las calles

y plazas de las ciudades convertidas en teatro festivo.

Tras la derrota en la playa de Barcelona, el camino de vuelta a la aldea cerraría el viaje caballeresco de don Quijote y Sancho no sin que antes surgiesen nuevos anhelos bajo especies pastoriles, que terminarían, sin embargo, en la cerdosa aventura o más tarde en la nada, pasando además de nuevo por el palacio de los duques aragoneses (DQ II, LXVIII-LXX).

Pero, en ese final de la vida y obra, el ama y la sobrina, el cura y el bachiller les seguirían el juego ya sin maldad ni sorna alguna. A su vez, la aparición del personaje de Avellaneda don Álvaro Tarfe, declarando judicialmente quiénes eran los verdaderos don Quijote y Sancho, mostraría a las claras qué obra merecía crédito de autenticidad ante unos lectores que acompañarían el regreso de los protagonistas a su lugar de origen [10] .

Pero antes de que llegara el último momento, los «mochachos» aparecerán de nuevo cuando don Quijote y Sancho vuelvan a su aldea. En este caso, serán dos los que rodeen a los recién llegados y convoquen a otros para ver el rucio de Sancho vestido con túnica de bocací. En este sentido, no deja de ser curioso que la recuperación del juicio por parte de don Quijote sea simultánea a la desaparición de las burlas. Es más, el propio don Quijote constatará en su lecho que la muerte le hace dejar «burlas aparte» (DQ II, LXXIIII, pág. 1331).

La comicidad será sustituida, en ese momento, por el patetismo, aunque la muerte se dibuje también con pespuntes de ironía en orden a testamentos y supervivientes. Don Quijote muere en el lecho como ningún caballero andante hubiera deseado, aunque Sancho constate que su amo había vuelto a su aldea como «vencedor de sí mismo», lo que, a su juicio, era «el mayor vencimiento que desearse puede» (DQ II, LXXIIII, pág. 1322). No en vano la idea era común a los tratados que el buen gobernador de la Ínsula Barataria había aprendido en los clásicos [11] . La sátira y la burla serán sustituidas, en ese final, por la agridulce suma de Heráclito y Demócrito bajo la imagen melancólica de un cuerdo Alonso Quijano el Bueno, que se despide antes de morir como enemigo de Amadís y su caterva caballeresca.

Cervantes no acabará esa segunda parte con el tono exclusivamente vejatorio que los académicos de Argamasilla emplearon contra don Quijote y Sancho en la primera, ya que los añadidos al último suspiro de Alonso Quijano el Bueno mostrarán un final muy diferente. Pues, aunque el epitafio de Sansón Carrasco rompa la melancolía de la muerte con una copla que trata al difunto de espantajo y coco, el diálogo del prudentísimo Cide Hamete con su pluma correría por otros derroteros.

Este, sin abandonar el terreno de lo jocoso al resucitar un romance de la toma de Granada, colocará además de forma perifrástica en su sitio al autor del apócrifo, dejando dignamente sepultado a don Quijote y dando por verdadero un libro que pondría «en aborrecimiento de los hombres las fingidas y disparatadas historias de los libros de caballerías» (DQ II, LXXIIII, pág. 1337). Lo que equivalía a que estas fueran decayendo tras la publicación del «verdadero» Quijote [12] .

Pero volviendo al último nombre de don Quijote, el aparentemente «auténtico» y anterior a su locura, comprobamos que este tenía detrás ciertas connotaciones caballerescas que cerraban el círculo de la primera parte. No en vano el hidalgo manchego, al inventarse como inusitado caballero de la Mancha, se inventó también orígenes caballerescos, haciéndose, como dijimos, descendiente de Gutierre de Quijada, «por línea recta de varón» (DQ I, XLIX, pág. 620). Se trataba de un insigne caballero que había luchado en el Paso Honroso y al que don Quijote mencionó junto a Pedro Barba, otro de sus participantes, que había combatido en Borgoña y en Basilea [13] .

Para situar el asunto de los nombres del hidalgo manchego, recordemos que su nombre verdadero y el sobrenombre o «renombre» lo certifica él mismo al final de sus días cuando hace testamento y confesión ante todos, afirmando taxativamente y por primera vez: «Yo ya no soy don Quijote de la Mancha, sino Alonso Quijano, a quien mis costumbres me dieron renombre de “bueno”» (DQ, pág. 1330), y lo repite más adelante cuando dice: «fui don Quijote de la Mancha y soy agora, como he dicho, Alonso Quijano el Bueno» (DQ, pág. 1333).

A su vez, el cura dará fe ante el escribano de que es ese el auténtico

nombre de quien está a punto de irse de este mundo (ibíd., pág. 1335). Cide Hamete sin embargo cuando, en diálogo con su pluma, exprese al final de la obra la intencionalidad de su libro, no hablará de Alonso Quijano el Bueno, sino que se referirá al título con el que dio nombre a una obra que marcaría la decadencia de los libros de caballería, hablando de su «verdadero Don Quijote» (ibíd., pág. 1337).

Si los nombres son consecuencia de las cosas, como dice el aforismo clásico, volver a la Crónica de Juan II y a la relación que se hizo en ella del Paso Honroso, tal vez ofrezca alguna luz sobre el nombre de Alonso Quijano, al que sus convecinos llamaban Quijana (DQ I, I, pág. 39) y consideraban «honrado» [14] . Y no me refiero únicamente al belicoso don Gutierre de Quijada, que, tras su participación en dicha lid, acabó años más tarde con la vida de don Suero. Pues Cervantes tuvo además cumplida noticia de la existencia de su biznieto Luis Quijada, caballero de Calatrava, mayordomo del emperador Carlos V, ayo de don Juan de Austria y que intervino en la batalla de Lepanto [15] . Pero cabe recordar también a otros dos miembros de la familia: Rodrigo de Quijada y Alonso Quijada, que participaron, como don Gutierre, en el encuentro leonés.

Esos tres Quijada estuvieron presentes en el Libro del Passo honroso defendido por el excelente cavallero Suero de Quiñones. Compilado de un libro antiguo de mano de Fray Juan de Pineda religioso de la Orden de San Francisco (Salamanca, Cornelio Bonardo, 1588). Basándose en el acta notarial del Passo honroso de Suero de Quiñones de Pedro Rodríguez de Lena (1434), Pineda daba noticia de ese hecho de armas en fechas relativamente cercanas al Quijote y, en la relación añadida al final del libro, ofrecía los nombres de esos tres Quijada entre los 68 conquistadores o aventureros que combatieron en él, frente a los 10 defensores o mantenedores que acompañaron a don Suero [16] .

Los Quijada dieron muestra de su belicosidad en ese paso de armas, pero salta a la vista la diferencia entre don Gutierre, que corrió cuatro lanzas y rompió tres; don Rodrigo, que corrió tres y rompió dos, y don Alonso Quijada, que, de doce que corrió, solo rompió tres, siendo desde luego el menos venturero y venturoso de los tres [17] . La posibilidad de que este generara, literaria y simbólicamente,

el personaje de Alonso Quijano el Bueno tal vez no esté fuera de razón, aunque el nombre de Alonso fuera bastante común en la vida y en la literatura de la época, incluidas las comedias y el propio Quijote .

No debemos olvidar al respecto que un tal Pedro Alonso era vecino de don Quijote (DQ I, V, pág. 79) y que uno de los encamisados con los que se topan don Quijote y Sancho, que era sacerdote, se llamaba Alonso López (DQ I, XVIII, pág. 222). Pero sobre todo que otro tal Alonso Fernández de Avellaneda se había atrevido a enmendar la plana a Cervantes, lo que también pudo influir en el adjetivo de «bueno» que Cervantes añadió al del «verdadero» Alonso que anduvo detrás del auténtico don Quijote de la Mancha [18] .

La licencia del libro de fray Juan de Pineda, suscrita por Rodríguez de Lena y en la que, por cierto, firmaba también el licenciado Tejada, constató que el Paso Honroso había sido «la cosa mas caballerosa y con mayor verdad escripta por escrivanos públicos que presentes avian estado y por darle a estimar la honra y nobleza caballerosa en el y por estimarle la valentia de los hijos Dalgo» [19] . Términos, estos, que bien pudieron atraer a Cervantes a la hora de pergeñar el linaje inventado de un hidalgo manchego de nombre Alonso Quijano, que se convirtió en don Quijote de la Mancha entre Quijadas y Tejadas.

El libro del passo honroso de fray Juan de Pineda iba dedicado a don Manrique de Lara, conde de Valencia, virrey y capitán general de Cataluña y, en la mencionada licencia de Felipe II, avalada por Miguel de Andrada, se hacía constar que salía a la luz «para que los cavalleros de nuestro tiempo hallasen una buena muestra de los de aquel, y quietasen de aventura tan peligrosa como la de los libros de cavallerías fingidas y escritas con gran rigor de verdad», lo que daba en la diana de los referidos propósitos militares del rey [20] . Así se formulaba toda una política que buscaba honrar a los héroes verdaderos frente a los ficticios y que tenía en cuenta las hazañas de los hijosdalgo. Todo un programa unido a la fracasada política de ese monarca sobre la caballería y que, a su modo, llevó a cabo Cervantes en el plano literario, constatándola en el Quijote .

Respecto a esa obra y la influencia de la doctrina de Justiniano en la Ínsula Barataria, conviene tener en cuenta el hecho de que, en la

dedicatoria del libro del Passo honroso Pineda nombrara a ese emperador bizantino del siglo v a propósito de que «la magestad del imperio debe ser hermoseada con las fuertes armas, y armada con las sanctas leyes para que ansi en paz como en guerra la gobernación de los estados debidamente proceda» [21] .

No deja de ser curioso, por otro lado, que, en la edición que se hizo en 1783 del Libro del Passo Honroso, se añadiera que, en el Monasterio de Montserrat, se custodiaban los preciosos manuscritos que dejó Luis de Salazar, con un códice «que no es otra cosa con muy poca diferencia que una copia del Compendio que ordenó fray Juan de Pineda» [22] . Pues todo ello demuestra, en buena parte, la recepción que del Paso Honroso se tuvo en Barcelona al igual que en otros muchos lugares de España.

La relación de cuanto aconteció en ese paso dio abundantes señas de la religiosidad de unos hechos vinculados al apóstol Santiago y al ceremonial de las misas en la iglesia de san Juan, a las que los contrincantes acudían cada día [23] . Pero, además, mostró el enfrentamiento de Gutierre de Quijada con don Álvaro de Bazán, portando una espada desnuda en la mano derecha y en la izquierda un estandarte verde con escuaques blancos y azules por sus armas, precedido de un trompeta que iba tocando.

Sus intervenciones, en ocasiones a contrapelo de las reglas dispuestas por don Suero, así como las de don Rodrigo de Quijada, que estuvo a punto de matar a Bazán, nos muestran una compañía de hidalgos que, como el resto de los caballeros, mantenían un grado de nobleza muy superior a la de «un pobre fidalgo» como fue Pedro de Torrezilla, que también acudió a la convocatoria leonesa (pág. 150). No por casualidad Lope de Estúñiga se sintió humillado al luchar en el Paso Honroso con el pobre Torrecilla, el único al que, andando el tiempo, se podría haber comparado don Quijote, cuyas heredades habían ido menguando.

Pineda apuntó en su libro que «los Catalanes se mostraron muy ganosos de batalla» en el Paso Honroso y dio además abundantes señales del enfrentamiento entre don Suero y dos caballeros llamados mosen Franci de Valle y mosen Riembao de Corvera (tal vez, Cervera), que venían «con priessa» de Cataluña y que habían querido entrar en liza cuando había muchos lisiados [24] . Ambos

obedecieron desarmándose con acedia, pero volvieron luego a la carga aliándose con los caballeros procedentes de la Corona de Aragón, cuando don Suero hirió de muerte al caballero aragonés Esberte Claramonte [25] .

El Libro sobre el Passo Honroso mostró el desarrollo de un hecho de armas hasta el final alcanzado por su convocante don Suero, deteniéndose en las luminarias y antorchas con las que se alumbraba el campo y liza donde tuvo lugar tan honrosa empresa, así como en los toques de trompetas, atabales y «jabebes moriscos» [26] . Don Suero de Quiñones entró en la liza vistiendo una camisa blanca y la rueda de santa Catalina sobre sus armas, mostrando con ello la religiosidad propia del paso. La relación dio cuenta además del cadalso construido para los jueces, así como de la solemnidad con la que el rey de armas y el faraute bajaron para quitarle finalmente la argolla al organizador del paso.

El hecho de que Lope de Estúñiga exigiera un garante de haber luchado por su dama, así como la alusión a las damas que pasaron camino de Santiago y la referencia a la madre de don Suero al final del paso, nos muestran el lugar que estas ocuparon en un evento que había tenido lugar por el amor a una de ellas. Sobre todo, porque actuaron como enfermeras de los heridos en los dos bandos, junto a los cirujanos y un físico.

Al término del paso, una vez desmontadas las tiendas y oída la misa, don Suero y los suyos se fueron a León, donde hubo una procesión camino de la catedral, en la que rezaron. Ese ritual se repetirá en muchos otros pasos, incluido, como hemos visto, el Paso Venturoso por las fiestas barcelonesas de san Raimundo, que se celebró bajo idéntica alianza religiosa y militar.

Con posterioridad a la batalla campal del Paso Honroso en Hospital de Órbigo, hubo otra verbal entre don Suero y los susodichos caballeros catalanes mosen Franci del Valle y mosen Rimbao de Corvera, pues aquel les mandó una carta a Barcelona por medio del «banda» Persevant, recordándoles que no habían querido respetar las reglas convenidas en los capítulos de dicho paso [27] . Apelando a la gracia de Dios, a la de la Virgen y a la de Santiago, don Suero, ya libre de su prisión y empresa, les retó a que le contestaran «por letra vuestra, que yo vos certifico que, si el precio es honor, que

vosotros seays en breve satisfechos».

Sin forzar los argumentos, es posible que el hecho de que Rodríguez de Lena dijera finalmente que no tenía constancia de que don Suero recibiera respuesta alguna de los caballeros catalanes a su reto tal vez pudo llevar a los organizadores de las justas por san Raimundo de Peñafort a desestimar el nombre alusivo de Paso Honroso y a elegir el de Paso Venturoso desde el recuerdo del Paso de la Fuerte Ventura. Este venía además pintiparado por sus invenciones y por el juego nominal con el apellido de Peñafort. Esos elementos, relacionados con la ventura propia de los santos y con la peña, habían aparecido curiosamente también en el mencionado torneo de Binche, celebrado en 1549 con motivo de la visita del emperador Carlos V.

En cualquier caso, la relación del Paso Honroso nos muestra un capítulo más de la historia interminable de los retos y torneos de nunca acabar. Pues, terminado este, curadas sus heridas y habiendo ido a Santiago y luego a Valladolid, don Suero recibió la carta de dos caballeros aragoneses Juan Fabla y Pero Fabla. Estos le retaban a él y a Lope de Estúñiga, en el nombre de Dios, de la Virgen y del «bienaventurado San Jorge», para combatir a pie, proponiendo al conde de Viana y almirante de Portugal como rey de armas.

Según recordó Francisco Rico, el vallisoletano Paso de la Fuerte Ventura, que tuvo lugar en 1428 con anterioridad al Paso Honroso, fue organizado por el infante don Enrique en honor de su hermana la infanta Leonor de Aragón yendo de viaje a Portugal para casarse con don Duarte [28] . Tanto este como su hermano Alfonso estuvieron detrás de los versos de Jorge Manrique, bien conocidos por Cervantes antes de que acabara con la vida de don Alonso Quijano el Bueno:

¿Qué se hizo el rey don Juan?

Los infantes de Aragón

¿qué se hizieron?

¿Qué fue de tanto galán,

qué fue de tanta invención como traxieron?

El recuerdo de justas y torneos, bordaduras y cimeras, que terminaron melancólicamente en «devaneos» y «verduras de las eras», estaría con bastante probabilidad en la mente de quienes organizaron el Paso Venturoso barcelonés de 1601, dada la enorme difusión que tuvieron las Coplas de Jorge Manrique a la muerte de su padre a lo largo del siglo XVI, así como las relaciones del evento vallisoletano [29] . No olvidemos que las coplas manriqueñas se difundieron también a través de pliegos sueltos, contribuyendo así a una difusión amplísima, oral y escrita [30] .

Pero lo que nos interesa apuntar es que la elección del nombre de Paso Venturoso con motivo de las fiestas por san Raimundo de Peñafort pudo basarse en el recuerdo de esas justas vallisoletanas descritas por Pedro Carrillo de Huete, Díez de Games y Alvar García de Santa María. En ellas, se lucieron en tres justas los infantes don Enrique de Aragón y don Juan, rey de Navarra, junto a Juan II de Castilla.

Dejando aparte las malquerencias que suscitó el evento, lo cierto es que este conformó festejos de todo tipo, incluidos los juegos de cañas. Para la ocasión, se construyó en la plaza una fortaleza de madera y lienzo con cuatro torres y, encima de una de ellas, un campanario con un grifo dorado y un estandarte, todo ello rodeado por una cerca de otras doce torres y un arco de puerta que decía: «Este es el arco del pasaje peligroso de la fuerte ventura» [31] . El palenque o tela llevaba además la pintura de una «Rueda de la Ventura» que formaba un conjunto de dos torres y un arco de puente, obra de un lombardo, por el que entraban los aventureros que intervinieron en el torneo.

Es posible además que los organizadores de las fiestas barcelonesas por san Raimundo se inspiraran en el Paso de la Fuerte Ventura a la hora de sacar en el Paso Venturoso las escenas de caza, pues a Valladolid acudió el infante don Juan con cinco caballeros, trece pajes, monteros y un león y un oso, junto a perros ladrando. En el

Paso barcelonés descrito por Rebullosa (pág. 298), se convertirían esas antiguas formas cetreras ligadas a la caballería en un nuevo asunto festivo con el desfile de cazadores de los reyes llevando hurones, monas, galgos, conejos y aves en red, con los que los caballeros simularon una vistosa caza, como ya vimos.

A ello cabría añadir las danzas y banquetes, la música y un entremés alegórico, compuesto por una diosa acompañada de doce doncellas cantando, que dialogaba con los caballeros en el paso vallisoletano. El hecho de que Juan II acudiera con veinticuatro caballeros «todos sus paramientos verdes arpados», así como el uso del color verde por parte de don Gutierre Quijada no deja de recordar de algún modo al Caballero del Verde Gabán cervantino y sobre todo el ambiente festivo barcelonés por san Raimundo siglos después [32] . El mismo Sansón Carrasco apareció ante don Quijote como Caballero de los Espejos con una celada llena de gran cantidad de plumas verdes, amarillas y blancas (DQ II, XIIII, pág. 808), siguiendo una extendida costumbre desde la Edad Media. Bastará recordar las plumas blancas que llevaban sobre su testa los caballeros que aparecen en el mencionado Triunfo del Emperador Maximiliano, rey de Hungría.

No deja de sorprender también, por lo que al Quijote se refiere, que, en el evento caballeresco de Valladolid, tras la dramatización dialogada del propio paso, la Crónica del Halconero de Juan II especifique lo siguiente: «E después salió el rrey de Navarra, con doce cavalleros todos como molinos de viento» [33] . Pues esa referencia añade una nueva fuente del conocido episodio cervantino, tantas veces comentado por la crítica.

En el Paso de la Fuerte Ventura, hubo además un componente religioso que tal vez atrajera también a los organizadores del Paso Venturoso. Me refiero a que el rey de Castilla, organizador de la fiesta del arnés real en la Plaza Mayor de Valladolid, donde, según la Crónica del Halconero, se instaló una tienda de campaña con dieciocho gradas y una tela de Chester con paños franceses, hizo la siguiente aparición a lo divino:

E luego salió el Señor rey a la tela, él e otros doce cavalleros, él

como Dios Padre, e los otros, todos con sus diademas, cada uno con un título del santo que era, e con su señal en la mano cada uno del martirio que avía pasado por Nuestro Señor Dios [34] .

Por otra parte, el hecho de que el rey de Navarra se presentara en el Paso de la Fuerte Ventura vallisoletano metido en una roca sobre la que había un hombre a caballo con un estandarte, mientras lo guardaban cincuenta caballeros armados, ofrece también algún paralelo con la invención de la roca del Paso Venturoso barcelonés. Aparte habría que tener en cuenta el castillo de madera que don Álvaro de Luna mandó levantar en la Plaza Mayor de Valladolid y al que llamó de la Fuerte Ventura, lo que ofrecería también semejanzas con el simbolismo de las futuras y efímeras invenciones del Paso Venturoso de 1601 [35] .

A los organizadores de las fiestas por san Raimundo de 1601, que muy posiblemente tuvieron también noticia, a través de la Crónica de Juan II, de lo que les ocurrió con don Suero en el Paso Honroso a los dos caballeros catalanes ya mencionados, debieron parecerles más afines al santo barcelonés las glorias alegóricas, simbólicas y guerreras del Paso de la Fuerte Ventura vallisoletano. Tengamos en cuenta además que, como indicó Catherine Blunk, el Paso Honroso no tuvo la teatralidad alcanzada por el de la Fuerte Ventura [36] . Y este pudo atraer más a quienes quisieron celebrar la canonización de san Raimundo de Peñafort por todo lo alto y dentro de las coordenadas propias de un siglo luego considerado como Barroco. Bautizarlo de Venturoso era además acorde con la faz religiosa del santo canonizado.

Por todo lo dicho, no parece disparatado plantear que Cervantes pudiera haber leído la Relación que en 1601 Jaime Rebullosa había hecho de las justas y fiestas barcelonesas por el nuevo santo dominico. Aunque también es muy posible que hubiera tenido noticias de ello durante su estancia en Barcelona en 1610, o incluso antes, ya fuera de viva voz o a través de los numerosos pliegos sueltos, carteles y obras que se publicaron sobre el evento, como hemos señalado.

En cualquier caso, los lectores de Don Quijote de la Mancha, que

vivieran o conocieran Barcelona en los años de su salida de la imprenta, entenderían perfectamente cuanto su autor había captado de una ciudad que reproducía de ese modo el papel festivo y espectacular de la antigua caballería, haciendo más jocosa la presencia en ella de un caballero andante como el hidalgo manchego, que poco o nada tenía que ver, en su nombre, trazas y aspiraciones caballerescas, con quienes organizaban y mantenían las justas barcelonesas en la plaza del Born.

Aparte, cabría recordar la obra de Juan Quijada de Reayo, autor de una Doctrina del arte de la cavalleria (Medina del Campo, Pedro de Castro, 1548), que bien pudo inspirar también a Cervantes. Esta, la primera obra en castellano sobre los aspectos prácticos de la caballería en el siglo XVI, ofrecía numerosos elementos caballerescos de un justador notable, que acudió a la edad vetusta de cincuenta y nueve años al referido torneo de Binche en honor del emperador Carlos y de su hijo el príncipe Felipe [37] .

Juan Menéndez Pidal, en su discurso de ingreso en la Real Academia Española (1915), partiendo de la Miscelánea de Luis de Zapata, ofreció datos de interés sobre el buen justador Juan Quijada de Reayo, que ilustran no solo la hermandad entre Quijada y Quijote, sino muchos otros elementos concernientes a la caballería andante en la época del emperador [38] . Cervantes conocía bien esa obra de Zapata, que fue justador desde niño y practicó además la caza de altanería sobre la que escribió un conocido tratado. Pero son las noticias aportadas sobre el torneo de Binche al que acudió Zapata las que suministran material de interés no solo para la obra cervantina, sino para el Paso Venturoso de 1601 en Barcelona.

Téngase en cuenta que, según Juan Menéndez Pidal, en esas justas de 1549, en las que, como se ha dicho, participó el emperador Carlos en la ciudad de Binche, apareció el Caballero del Escudo Verde, y que el príncipe Felipe se escudó en ellas, bajo el nombre amadisiano de Beltenebros. La presencia de una peña en ese evento no dejaría de ser un precedente, entre otros, de la aparecida en las fiestas por san Raimundo de Peñafort, cuyos organizadores pudieron tener noticia de ella a través de las diversas publicaciones que hubo al respecto [39] .

Me refiero en particular al hecho de que el cartel de desafío que

anunció el susodicho torneo fue presentado ante Carlos I por «un cavallero andante y aventurero, vestido todo de verde, y sus armas rotas y desguarnecidas en un caballo fatigado y maltratado», lo que no deja de guardar también alguna relación con la precariedad y obsolescencia de la armadura de don Quijote y de la cabalgadura de Rocinante [40] .

Juan Quijada acudió con otros tres caballeros acompañado de pajecillos negros, presenciando un torneo en el que, a imitación de la Ínsula Firme del Amadís, aparecía la Isla Venturosa, lo que no deja de recordar también, nominalmente, el Paso Venturoso barcelonés. Y otro tanto podemos decir de la aparición de doncellas ultrajadas y dueñas con antifaz cabalgando sobre palafrenes, que parecieron resucitar en las que acompañaron, durante las procesiones de Barcelona, a sus señoras en las fiestas de 1601, aunque algunas de ellas fueran en realidad varones disfrazados [41] .

▪

[1] Entre los numerosos simbolismos del castillo, conviene recordar el que Gonzalo de Arredondo, de la Orden de San Benito, dio en su Castillo inexpugnable defensorio de la fee, y conciniatorio admirable para vencer todos enemigos espirituales y corporales… y exortación para ir contra el turco y le vencer…, Burgos, Juan de Junta, 1528, donde ofrece un alegato en toda regla contra moros y turcos apelando a los buenos caballeros, defensores del reino y de la ley santa con sus armas, y guardianes de la orden de caballería. Se trata de un libro de propaganda católica en el que el lenguaje caballeresco se vuelve a lo divino, conminando al emperador a la lucha contra el infiel. Y véase Aurora Egido, «La configuración alegórica del Castillo interior …», De la mano de Artemia , cit.

[2] Martín de Riquer, Vida caballeresca en la España del siglo xv , págs. 34-35 y 42, dio abundantes detalles sobre el Paso Honroso enlazándolo con las actividades caballerescas ya aludidas de Gutierre de Quijada. Este acudió al Pas de la Belle Péllerin, cerca de Saint Omer, en 1449 y a las fiestas organizadas por Felipe de Borgoña con motivo de las bodas de Catalina de Francia. Aludió

también a su peregrinaje a Jerusalén y a que se puso del lado de Juan II y Enrique IV, manteniéndose fiel al condestable don Álvaro de Luna. A juicio de Ángela Madrid Medina, «Gutierre de Quijada el antepasado de don Quijote», cit., págs. 3-42, la motivación política del Paso Honroso por parte de los caballeros de la Corona de Aragón reflejó la mencionada rivalidad entre don Álvaro de Luna y los infantes de Aragón.

[3] Fernando del Pulgar, Los claros varones de Castilla, cit., págs. 74-75.

[4] Ibíd. , págs. 78-9, nota 36.

[5] Martín de Riquer, Lletres de Batalla , cit., I, pág. 76 y 81.

[6] Véase la biografía de Suero de Quiñones, por Betsabé Canedo del Potro, en el Diccionario Biográfico Español de la Real Academia de la Historia, tomo XLII. El Paso Honroso fue propiciado por don Álvaro de Luna, que deseó ensombrecer ante Juan II las justas que el infante don Enrique había celebrado en Valladolid por su hermana doña Leonor cuando iba a casarse con el infante don Duarte de Portugal.

[7] Martín de Riquer, Caballeros catalanes y valencianos en el Passo Honroso, Barcelona, CSIC, 1962, pág. 7. Y véase Lilia Ferrario de Orduna, «Realidad histórica y ficción novelesca. En torno al Passo honroso de Suero de Quiñones, a la literatura caballeresca y al Quijote», Rivista di Filologia e Letterature Ispaniche , 2, 1999, págs. 47-65.

[8] El Paso Honroso fue muy conocido y apareció en la Crónica de Juan II y en los Anales de Zurita. En él, como en otros, coincidieron el paso de armas y el voto caballeresco.

[9] Martín de Riquer, Lletres de batalla, cit., pág. 22.

[10] La autenticidad del Quijote cervantino se repite en el último episodio, ya que lo ratifica un escribano ante testigos (DQ II, LXXIIII, pág. 1335).

[11] La victoria de sí mismo aparece también en el capítulo XXXVI de la primera parte (DQ, pág. 472). En la nota 28, se remite a la idea cristiana de la tranquillitas animi y a la virtud del hombre esforzado, pero, teniendo en cuenta que es Sancho quien lo dice, habría que vincularla a la base filosófica que Cervantes desplegó en la Ínsula Barataria, donde aparece el vencimiento de uno mismo. Véase Aurora Egido, «De islas y buen gobierno…», págs. 2-43.

[12] Javier Cercas, en su comentario al prólogo de la segunda parte (DQ , Volumen Complementario, pág. 156) destacó en Cervantes «un orgullo justificado por su éxito universal, convencido como está del valor de su obra». No olvidemos que el prólogo termina por ser el verdadero epílogo.

[13] Antonio López Ruiz y Antonio Moreno Martín, «Sobre la alcurnia de don Quijote. Gutierre Quijada», Boletín del Instituto de Estudios Almerienses. Letras, 1987, núm. 7, págs. 117-126, situaron a don Gutierre en el contexto histórico de la rivalidad entre Juan II de Castilla y sus parientes los infantes de Aragón, así como en la enemistad por el valimiento del condestable don Álvaro de Luna y parte de la nobleza, describiendo el periplo de este y de don Pedro Barba por distintos lugares de Europa y Jerusalén. También señalan

que fue la mujer de don Luis Quijada, doña Magdalena Ulloa, quien encargó a dos jesuitas el rescate de cautivos diez meses antes del apresamiento de Cervantes, que vería defraudadas sus expectativas.

[14] Ángela Madrid Medina, art. cit., págs. 21-45, analizó el historial de los Quijada y su intervención en el Paso Honroso, así como en otros hechos históricos vinculados a Juan II, incluida la campaña contra Granada en la que recibió la ayuda de numerosos nobles y caballeros, Gutierre de Quijada entre ellos, remitiendo a la Crónica del rey don Juan, segundo de este nombre en Castilla y en León, Valencia, Benito Monfort, 1779.

[15] Ángela Madrid Medina, ibíd. , págs. 20-30.

[16] De la obra original de Pero Rodríguez de Lena, Libro del Passo honroso defendido por el excelente cavallero Suero de Quiñones , ed. de Martín de Riquer, Madrid, Espasa-Calpe, 1970, págs. 67-68, se sirvió el Libro del Passo honroso abbreviado por fray Juan de Pineda. En dicho catálogo, se nombra la procedencia de catalanes, italianos, portugueses, bretones, italianos y aragoneses, que acudieron a dicho paso, obviando la de los castellanos y leoneses, que pertenecían a la tierra del convocante. A. Labandeira Fernández, en su edición de P. Rodríguez de Lena, El Paso Honroso de Suero de Quiñones , Madrid, Universidad Complutense, 1977, señala cómo los Quiñones ganaron dinero y fama a raíz de la justa.

[17] Téngase en cuenta que, de las 300 lanzas prometidas por don Suero en su desafío, solo se rompieron 166. Pero Rodríguez de Lena, ed. cit., págs. 67-68 y caps. 26, 29 y 30, señala que «diez mantenedores corrieron 727 lanzas y rompieron 166, de manera que, si hubiera habido tiempo y conquistadores, faltaron ciento treinta y cuatro». Lena se basó en la obra de fray Juan de Pineda, ordenándola y mezclando, como él mismo dice al final de su libro,

el estilo de este con el suyo, Conviene también señalar que don Suero murió de una herida asestada por don Gutierre de Quijada el 11 de julio de 1458, y que este no le había perdonado el deshonor sufrido en Puente de Órbigo.

[18] No estará de más recordar, por otra parte, el apelativo de Guzmán el Bueno a don Alonso Pérez de Guzmán (1256-1309), un noble militar, famoso por sus hazañas contra los musulmanes en tiempos de Alfonso X y defensor de Tarifa en la época de Sancho IV. De ahí proviene la leyenda sobre su desafío a preferir dar muerte a su hijo con su propia daga antes que rendirse al chantaje enemigo.

[19] La licencia en nombre del rey Felipe II la firmaron los licenciados Juan Tomás, Núñez de Boorques, Lope de Guzmán, Mezquita y el licenciado Tejada. En la dedicatoria de la obra a don Manrique de Lara, conde de Valencia, virrey y capitán general de Cataluña, fray Juan de Pineda destaca su figura como gobernador, entonces, de «la valerosa nación catalana» (ibíd. , pág. 22), presentando su obra como el preludio militar más riguroso, siguiendo las «leyes devidas a tan alta caballería, de quantas aventuras verdaderas o fingidas yo aya visto y aun leydo en toda mi vida» (ibíd.) . Las leyes del Paso Honroso se rigieron por 22 normas o capítulos.

[20] Rodríguez de Lena, opus cit ., pág. 18. He consultado también el Ms/7012 de la BNE, copia de 1662.

[21] Aurora Egido, «De islas y buen gobierno…», págs. 2-43.

[22] He consultado el ejemplar de la RAE 5-A-4: un volumen facticio que contiene al final el Libro del Passo Honroso defendido por el excelente cavallero Suero de Quiñones, copilado de un libro antiguo de mano por Fr. Juan de Pineda religioso de San Francisco, Madrid,

Antonio de Sancha, 1783, 2.ª edición. En el prólogo, se apunta que el hecho apareció en la Crónica de Juan II, ya mencionada, y se alude a que eran costumbres que existieron en España y Europa, suponiendo que «Estas galanterías se conservaron del tiempo de la dominación de los árabes». Algo en lo que, como vimos, coincidieron los viajeros franceses por España un siglo antes.

[23] El día de Santiago se hicieron hechos de armas en su honor, interviniendo en ellos mosén Bernal de Requesens, «Catalan de Barcelona», que iba de romería a Santiago de Galicia y de allí a Jerusalén.

[24] Pero Rodríguez de Lena, opus cit., págs. 162-163, recogió en el catálogo de los caballeros que justaron en el Paso Honroso la asistencia de dos italianos, un portugués y un bretón.

[25] Ibíd., págs. 164-169. A Esberte Claramonte le hicieron finalmente honras cristianas, pero no fue enterrado en sagrado. Mosén Gonzalo de Liori, adjetivado de «aragonés» como el resto de los que procedían de la Corona de Aragón, llevó a cabo las honras religiosas hablando en nombre de Nuestro Señor, la Virgen y el señor san Jorge. Se dice además que «dixo las siguientes razones en su lenguaje», aludiendo al de su procedencia.

[26] Ibíd. , pág. 184.

[27] En los retos y desafíos, tanto en grupo como individuales, había carta de requerimiento que el requeridor mandaba al requerido. La llevaba un rey de armas o heraldo, según Diego de Valera, Tratado de las armas o de los rieptos e desafíos que entre los cavalleros e hijosdalgo se acostumbran hacer, compuesto entre 1458 y 1471. Véase Rosana de Andrés Díaz, art. cit., págs. 101-102.

[28] Francisco Rico, «Unas coplas de Jorge Manrique y las fiestas de Valladolid en 1428 », Texto y contextos. Estudios sobre la poesía española del siglo xv , Barcelona, Crítica, 1990. Y véase Teófilo Ruiz, «Fiestas, torneos y símbolos de realeza del siglo XV . Las fiestas de Valladolid de 1428», Realidad e imágenes del poder: España a fines de la Edad Media , coord. por Adeline Rucquoi, Valladolid, Ámbito, 1988, págs. 249-265.

[29] Hemos consultado también la edición facsímil de Pedro Carrillo de Huete, Crónica del Halconero de Juan II , Madrid, Espasa-Calpe, 1946, con estudio de Juan Mata Carriazo y preliminar de Rafael Beltrán, Granada, Universidad de Granada, 2006.

[30] Véase Antonio Rodríguez Moñino, Nuevo Diccionario Bibliográfico de Pliegos Sueltos poéticos del Siglo xvi , ed. cit, págs. 216-217, 129-132, 141-145, y 338-344, con numerosas ediciones de pliegos y la «Glosa» de Alonso de Cervantes sobre las «Coplas» de Jorge Manrique. Moñino, ibíd. , págs. 23 y 46 y ss., recoge series valencianas entre 1589 y 1600, aludiendo también a las caballerescas sobre los infantes de Lara, Gaiferos, el rey Rodrigo, Amadís, Reinaldos, Durandarte, la hermosa Jarifa, Carlos V contra Soleimán, el Cid, los turcos, romances moriscos, bandoleros de Cataluña, temas de dama y pastor, y hazañas entre moros y cristianos; asuntos y temas íntimamente ligados a los temas desarrollados en el Quijote .

[31] Pedro Carrillo de Huete, opus cit ., pág. 20, describe cómo el infante bailó al pie de la fortaleza y luego sacaron gallinas, cabritos y carneros y «vebieron allý». Las cenas se organizaban tras los encuentros caballerescos, corriendo estas a cargo de los reyes de Castilla y Navarra. En 1414, con motivo de la coronación de Fernando de Antequera como rey de Aragón en la Aljafería zaragozana, hubo una batalla alegórica de vicios y virtudes relatada

por Alvar García de Santa María en la que aparecieron las imágenes del grifo y el águila. Véase Jimena Gamba Corradine cit., págs. 33-34. Don Quijote recuerda al Caballero del Ave Fénix y al del Grifo en DQ I, pág. 224.

[32] Randolph Pope, DQ . Volumen complementario, pág. 177, al comentar los capítulos II, XVI-XVII, relaciona el color verde de don Diego Miranda con lo bufonesco y erótico. Alfredo Baras, «Don Diego de Miranda y su hijo don Lorenzo, discretos caballeros de la Mancha», Cervantes en el espejo del tiempo, coord. por María del Carmen Marín, Zaragoza, Prensas Universitarias de Zaragoza, 2010, págs. 61-88, lo vincula a las fiestas de primavera estudiadas por Julio Caro Baroja; en tanto que Ángela Morales, «Nuevas consideraciones sobre el personaje de don Diego Miranda: la identidad religiosa del Caballero del Verde Gabán», Comentarios a Cervantes. Actas selectas del VIII Congreso de la Asociación de Cervantistas. Oviedo, 11-15 de junio de 2012 , coord. por Emilio Martínez Mata y María Fernández Ferreiro, Oviedo, Fundación Masaveu, 2014, págs. 494-502, alude a los estudios sobre el tema de Joly, Redondo y otros, concluyendo que su vestimenta y la ambivalencia del personaje muestran su identidad morisca. Téngase en cuenta que llega sobre una yegua tordilla con alfanje morisco y espuelas pintadas de barniz verde (DQ II, XVI).

[33] Pedro Carrillo de Huete, opus cit , pág. 22.

[34] Ibíd. , pág. 23. A su vez, don Enrique iba con doce caballeros, seis de ellos con sobrevistas de llamas de fuego y los otros seis de hojas de moral. El relator se detuvo en la vestimenta caballeresca del rey de Navarra y de sus cincuenta caballeros guardando la roca y dando vueltas alrededor de ella. Todo terminó con una cena de los reyes, la reina y los infantes. También habló de la despedida de la infanta Leonor antes de marchar para Portugal.

[35] Sobre el Paso de la Fuerte Ventura, véase Ambra Topran Cutin, El enfrentamiento caballeresco de don Quijote: análisis histórico-comparativo, tesis doctoral, Venecia, Università Ca'Foscari, 2012-2013, págs. 71 y ss.

[36] Catherine Blunk, Between Sport and Theatre: How Spectacular was the Pas d'Armes? The Medieval Tournament as Spectacle. Tourneys, Justs and Pas d'Armes, 1100-1600, Cambridge, Cambridge University Press, 2020, págs. 120-138. La teatralidad del paso de armas, que también fue un deporte, conllevó en ocasiones diálogos y elementos decorativos que contribuyeron a su teatralización.

[37] Noel Fallows, Un texto inédito sobre la caballería del Renacimiento. Doctrina del arte de la caballería de Juan Quijada de Reayo, Liverpool, Liverpool University Press, 1996, analiza los antecedentes sobre el género y la aportación técnica de Juan Quijada de Reayo en la «estradiota». La edad vetustísima en la que justó tal vez pudo animar a Cervantes a la hora de configurar a don Quijote, aunque también los libros de caballerías ofrecían ejemplos de caballeros ancianos, según José Manuel Lucía Megías y Emilio José Sales Dasí, «La otra realidad social en los libros de caballerías. III. El caballero anciano», Actas del XI Congreso Internacional de la Asociación Hispánica de la Literatura Medieval (Universidad de León. 20-24 de septiembre de 2005) , ed. de Armando López Castro y Luz Divina Cuesta Torre, León, Universidad de León, 2007, vol. 2, págs. 783-796.

[38] Juan Menéndez Pidal, Discursos leídos en la Real Academia Española el día 24 de enero de 1915 , Madrid, Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos, 1915, págs. 29-30.

[39] Noel Falows, opus cit ., 3 y 4, aporta numerosos datos sobre la

armadura y sobre la justa respecto a la obra cervantina. Sébastien Nadot, opus cit ., págs. 170-172, analizó las fiestas de Binche, que fueron un eco de la teatralidad que habían tenido antes en Valladolid, como hemos visto. A su juicio, se pasó de la concepción del torneo como deporte cortesano y ciudadano en el siglo XIV , al torneo de espectáculo, que fue evolucionando a partir del XV . Y véase Alberto del Río, «Motivos folklóricos y espectáculo caballeresco: el príncipe Felipe en las fiestas de Binche en 1549», cit. , págs. 285-302, donde señala la influencia en ellas del Amadís de Gaula.

[40] El evento lo relató también Calvete de Estrella, Felicissimo viaje del… príncipe don Phelippe, hijo del Emperador don Carlos Quinto… , Amberes, Martín Nucio, 1552.

[41] En ese torneo de Binche, aparecieron tres caballeros que finalmente consiguieron derrotar al Caballero del León, según Juan Menéndez Pidal, opus cit., pág. 31. Ello nos recuerda el conocido episodio del Quijote , aunque el caballero manchego se sometiera a una prueba heroica distinta que se diferenciaba también de la de los libros de caballerías, donde aparecían aventuras con leones.

CAPÍTULO 13

El triunfo de la ficción. Don Quijote en el espejo cóncavo de la caballería

La literatura es capaz de crear mundos diferentes, pero que se parecen mucho al nuestro. El Quijote fue, en ese sentido, un espejo fiel de su tiempo, aunque Cervantes lo reflejara en ocasiones con la matemática del espejo cóncavo, como diría otro clásico. Claro que ese efecto mimético también puede revertirse, pues, en conexión con las procesiones barcelonesas de 1601, hay un texto curioso que nos permite vislumbrar hasta qué punto la lectura del Quijote fue un anteojo de mejor vista a la hora de interpretar la realidad.

Así le ocurrió al padre Noberto Caino en Barcelona, como cuenta en sus Lettere d'un Vago italiano ad un suo amico (1759-1767). Lo comprobamos en la relación de su viaje, llevado a cabo en 1755 desde Zaragoza, donde dio una visión negativa de la esterilidad y pobreza de Aragón y de la escasez de Lérida frente a la abundancia de Barcelona. Al detenerse con todo detalle en las figuras de la procesión del Corpus Christi, dijo que esta estaba llena de «locuras y cosas ridículas», que describió así:

Son figuras de hombres, de mujeres, de mulas, de águilas, de leones y de otras semejantes, llevadas por personas que están ocultas debajo. Marchan con gravedad y, de tiempo, bailan en medio de los gritos de la alegría del populacho.

Pero lo más curioso es la visión que se desprende de lo que simbolizaban, para ese lector italiano, los gigantes que Cervantes pudo ver desfilando por sus calles muchos años antes y que él identificó así:

El traje del uno representaba un guerrero, el otro una muchacha por la que estaba dispuesto a bailar. Lo que me hizo creer que eran Don Quijote de la Mancha y Dulcinea del Toboso [1] .

El Quijote supuso un ejercicio de sincretismo ingenioso, que puso en la picota de la risa y en tela de juicio el heroísmo a lo divino y a lo humano, mezclando el emanado de las novelas de caballerías con otros temas y asuntos provenientes de las novelas bizantinas, pastoriles y moriscas, así como de las órdenes caballerescas, la épica en prosa y verso, la mitología, la hagiografía y otras muchas fuentes. Entre estas, no faltaron las crónicas, los espejos de príncipes y nobles, las relaciones de justas, torneos, fiestas y certámenes poéticos, así como el teatro escolar y cortesano, los entremeses, el romancero y tantos otros géneros y temas recogidos en libros y pliegos sueltos o recitados de viva voz.

En su composición, Cervantes partió de una caballería novelada y versificada, pero vivida y fomentada por los reyes y por la nobleza a través de las órdenes caballerescas y de las cofradías, cuyos ideales se habían trasladado a su vez a los géneros más diversos. Sin olvidar la teatralización supuesta por los desafíos en justas, torneos, sortijas y faquines, o en las fiestas populares, que transformaron los héroes clásicos y bíblicos en gigantones armados a la antigua o en caballeros que desfilaban con armaduras obsoletas y risibles en las procesiones de muchos lugares. A ellas acudían también jóvenes y niños jugando a caballitos cotoneros o a seises, que relegaban a juego infantil y danza las luchas caballerescas, al igual que lo hacían las compañías procesionales de cristianos y moros en numerosas fiestas de España y América.

A su vez, los certámenes poéticos trasladaron el lenguaje de los desafíos, torneos, sortijas y justas caballerescas a los carteles, poemas, sentencias y premios, transformando las armas en letras. Gracias a ello, los poetas se convirtieron en caballeros de la palabra, que triunfaban o fracasaban en las contiendas literarias con sus poemas o con las pinturas y letras de jeroglíficos, empresas y emblemas.

Pero el lenguaje figurado de la caballería no solo se apoderó de las novelas, las crónicas, la poesía, el teatro, las relaciones de festejos y los certámenes poéticos, sino de un personaje singular como don Quijote, que quiso ver en la realidad cuanto había leído y soñado, lográndolo en ocasiones. Pues, estando ya cerca de Barcelona, cuando dijo a Sancho en el episodio de los ahorcados que se trataba de bandoleros, el narrador añadió: «y así era la verdad como él lo había imaginado» (DQ II, cap. LX, pág. 1221).

Cervantes se distanció sin embargo de lo visto, leído y vivido para escribir a lo libre, sintetizando los géneros más diversos para elegir solo aquello que concernía a las aventuras de su ingenioso y singular caballero. En cualquier caso, los materiales en los que pudo inspirarse son siempre una aproximación parcial de lo que trasladó a su obra. En ella, prescindió además de la ganga alegórica y simbólica que llenaba las relaciones y crónicas de su tiempo al igual que las novelas, dando paso a una nueva y escueta literalidad de cuño propio.

Gracias a ello, el Quijote se alzó como símbolo literario e histórico de su tiempo a través de un ejercicio máximo de imitación compuesta, que trastocó los parámetros de la narrativa al uso basados en la retórica, despojándola de cargas descriptivas y narrativas o burlándose de ellas. La locura caballeresca, que se había situado desde hacía tiempo en la borrosa frontera entre lo sublime y lo risible, tendría en él su espejo más preclaro.

La aportación de una nueva visión lúdica convertiría las hazañas de don Quijote en el juego literario de nunca acabar. Pues sus hazañas se convirtieron a su vez en paradigma de un mundo en clave de burlas, que perduraría durante siglos tanto en la corte como en la plaza pública, devolviendo al lugar del que surgieron muchos de sus chistes y facecias, nacidos en los patios de escuelas, en los saraos cortesanos y hasta en los conventos. No en vano el Quijote fue sin duda su eslabón señero al haber enriquecido esa tradición festiva, lúdica y risible, aportando algo tan vital para sus lectores como el «pasatiempo», del que se jactó su autor en el Viaje del Parnaso. Esa idea la expresaría también Cervantes al decir que don Quijote quería resucitar la ya perdida y casi muerta orden de la andante caballería en una edad «necesitada de alegres entretenimientos»

(DQ I, XXVIII, pág. 347) [2] .

El propio Sansón Carrasco aseguró en la segunda parte que la historia de don Quijote era considerada como «del más gustoso y menos perjudicial entretenimiento que hasta agora se haya visto» (DQ II, III, pág. 712), lo que venía apoyado por el supuesto éxito que la primera había tenido con más de doce mil libros impresos. Esa popularidad alcanzada por el libro venía además justificada por la lexicalización del término «quijotadas» (DQ, II, III, pág. 718), que el socarrón bachiller empleó en un contexto donde la fama de la primera parte se consolidaba paso a paso en la segunda.

En ese aspecto, don Diego Miranda representaría a su vez, con sus seis docenas de libros de historia y devoción, la búsqueda de un «honesto entretenimiento». Es decir, el suscitado por obras «que deleiten con el lenguaje y admiren y suspendan con la invención, puesto que déstos hay muy pocos en España» (DQ II, XVI, pág. 823), lo que no dejaba de suponer el fin máximo que aspiraba alcanzar Cervantes con el Quijote.

Pero ese afán de gustar y entretener a los lectores debía administrarse también como sustento y hasta medicina. Así lo confirmó, al frente de la segunda parte, la aprobación de Francisco Márquez Torres, siguiendo una larga tradición retórica en la que lo dulce debía encubrir lo útil y sabroso, entendiendo por ello el paliativo necesario contra la enfermedad lectora de los mentirosos y vanos libros de caballerías [3] . Esa mezcla, aplicada a los enfermos lectores de la caballería andante entre la admiración y el rechazo, sería parte sustancial de las paradojas del Quijote, que han confundido a los lectores e intérpretes de la obra a lo largo de los siglos, como lo hicieron los personajes que se topaban con el singular caballero y hasta entraban con él de lleno en el juego caballeresco.

En ese sentido, la mímesis aristotélica, nuez del discurso cervantino, se convirtió en raíz de cuantas ramas conforman el arbóreo tronco del Quijote. Y no me refiero únicamente a la imitación caballeresca, pastoril y de otros sesgos que practica su protagonista de principio a fin. Pues la obra ofrece, en ese sentido, todo un abanico de burlas, disfraces, máscaras, títeres, alegorías y representaciones, que la convirtieron finalmente en un nuevo arte de la imitación, esencia, a

su vez, de la literatura. Recordemos que, desde los primeros capítulos, todos cuantos rodean a don Quijote entran en el juego caballeresco y se confunden con él, como muestra por extenso el episodio de la venta y la posterior aventura de los mercaderes.

Don Quijote no solo expresó la dificultad de la imitación literaria en busca de la emulación al ponerla a la prueba de la realidad, sino la de su imposibilidad, como dice, a propósito del modelo inimitable de Ulises y Eneas, cuando trata de seguir los pasos de Beltenebros en Sierra Morena (DQ I, XXV). De ahí que se inclinara, en esa y otras ocasiones, por llevar a la práctica vital la imitación compuesta, más allá de la que conformaban lo que Sancho denominó sutilmente «escrituras andantes» (DQ I, XLVII, pág. 591); algo que, en buena medida, se hacía realidad, en sentido literal, tratándose de una obra en la que los libros no solo estaban en las librerías e imprentas, sino que se movían dentro de maletas y permanecían vivos en la mente de sus lectores.

En ese contexto, el Quijote se alzó como el supremo ejercicio del arte del fingimiento y del disfraz, ofreciendo continuas muestras de teatro dentro del teatro o, mejor dicho, de comedias fingidas dentro de la gran comedia de la vida llevada a cabo por su principal protagonista. Así ocurre, entre otros, en el episodio de Dorotea disfrazada de princesa Micomicona en una —digamos— comedia, donde cada uno representa su papel (incluidos el también disfrazado Cardenio y el mismo don Quijote, «quintaesencia de los caballeros andantes» (DQ, pág. 373), en la que el cura se convierte en el gran tracista.

Los ejemplos del arte imitatoria se multiplican a lo largo de toda la obra, ya sea en el episodio de la venta (DQ I, II) o en el de don Quijote enjaulado (I, XLVI), cuando don Fernando y sus camaradas, junto a los criados de don Luis, los cuadrilleros y el ventero, se disfrazan para enjaularlo fingiendo un encantamiento. El uso de antifaces en el capítulo XLVII mostrará a su vez el gusto y hasta el regusto de los personajes por la teatralización en una obra basada en la comedia de la vida, aunque no falten en ella las historias contadas, como la de Leandra en el capítulo LI.

Pero será sin duda el Caballero de los Espejos quien lleve el arte de la imitación y el fingimiento a sus últimas consecuencias a partir

del capítulo XII de la segunda parte, como auténtico émulo del Caballero de la Triste Figura. Asunto que concierne también a sus respectivos escuderos, tan fingidos como sus amos. Tomé Celial no dudará, por ello, en ponerse narices postizas y acompañar a su amo en la tarea de hacer retornar a don Quijote, aunque desistirá de semejante tarea en el capítulo XV, dejando expedito el camino de la escudería andante para el buen Sancho.

En el gran teatro cervantino, todos representan un papel, que, en ocasiones, se parece mucho al que desarrolla don Quijote. Sancho es el que aprende esa lección desde el principio, enriqueciéndola sutilmente conforme avanza la obra. Por no hablar del cura, el barbero y Sansón Carrasco, que urden tramas acordes con la propiamente caballeresca. Y otro tanto ocurre con la ficción pastoril, unida al tópico de la Edad Dorada y a episodios completos, como el del estudiante Grisóstomo, disfrazado de pastor, equiparable, en su transformación pastoril por Marcela, a la caballeresca de don Quijote por Dulcinea.

Aparte habría que considerar otros momentos vinculados al teatro, como la historia del titiritero (DQ II, XXV) y, en particular, las maravillas del Retablo de Maese Pedro, con sus figurillas de pasta y el mono adivino, donde además se planteará la confusión entre comedia y vida por parte de don Quijote. A su vez, la historia de Ginés de Pasamonte plasmaría la de un encubrimiento propiciado por la política de su tiempo, aunque sería en el palacio de los duques aragoneses donde el arte de la representación llegaría a sus últimas consecuencias, en una casa de placer entregada a la invención de inusitados entretenimientos, como el de Clavileño.

Allí disfrazarán a don Quijote con tahalí y mantón de escarlata y una montera de raso verde, sacándolo de sus casillas caballerescas. Todo lo que ocurre en ese palacio ducal es industria de sus amos y criados, que preparan la escena, el argumento y los disfraces, actuando además como personajes. Y otro tanto ocurre en el uso de cornetas e instrumentos de guerra en medio del bosque, acompañados de tambores, pífanos y lelilíes al uso de los moros. Ardid que se encaminaba a toda una escenificación nocturna en medio de la naturaleza, con la aparición de diversos carros, en uno de los cuales iba un viejo barbado y en otro el sabio Alquife, amigo

de Urganda.

En ese y otros momentos posteriores, como el del carro triunfal con penitentes de blanco, la doncella ricamente vestida y la aparición de Merlín como imagen de la Muerte, la teatralización se pone al servicio de las burlas contra don Quijote y Sancho, que deberá redimir a las espectrales figuras recibiendo azotes. Tanto la Dueña Dolorida como Trifaldín, el de la Barba Blanca, su escudero, suponen, a su vez, un alto grado de sofisticación no solo en el argumento de cuanto representan, sino en la vestimenta con la que se disfrazan y en el acompañamiento musical de pífanos y tambores.

La teatralización no solo tiene lugar de día y de noche dentro del palacio, sino en el bosque y en los jardines, donde aparece la condesa Lobuna acompañada de doce dueñas dispuestas en hileras y vestidas de prendas monjiles, siendo arrastradas sus colas por pajes de luto. Todo ello se pone al servicio del deleite de los duques, que alaban la representación por «la agudeza y disimulación» (DQ II, XXXVIII, pág. 1029) de la Trifaldi.

Las burlas irán creciendo, en ese y otros sentidos, hasta culminar en la aventura de Clavileño, portado por cuatro salvajes que iban vestidos de verde hiedra. Ello propiciará un vuelo nocturno a don Quijote y Sancho, entendido como «bien trazada aventura» (DQ II, XLI, pág. 1951). Al final de esta, el escudero seguirá la ficción vivida, haciendo como que vio el firmamento y estuvo con las cabrillas, aunque el hidalgo manchego se mostrará más discreto (ibíd., pág. 1055).

Cuestión aparte, y más sofisticada si cabe, es la de la ficción de la Ínsula Barataria, por la sutileza con la que Sancho transforma el guion de una comedia urdida por los duques y alimentada, en el plano legal de la gobernanza política, por don Quijote. El escudero romperá sin embargo los límites de la impostura actuando según las leyes emanadas de las Partidas y de los tratados judiciales clásicos y bizantinos, bien conocidos por Cervantes, pero sobre todo actuando con un sentido común que lo convertiría en modelo de gobernadores.

Mientras tanto, las burlas que recibe don Quijote en el palacio por

parte de Altisidora, doña Rodríguez y los duques, incluida la de los gatos con cencerros atados a sus colas, configurarán toda una serie de tretas basadas en el fingimiento. Allí pondrán además en tela de juicio las leyes del duelo en el capítulo LVI, cuando se prepara un cadahalso con jueces de campo y la gente va a ver la novedad de una suerte de batalla desconocida en aquellas tierras.

El episodio no dejaba de ser un desafío fingido con todas sus reglas y que incluía la aparición de Tosilos sobre un caballo frisón con lucientes armas, dando paso a un trance nunca visto para deleite de los duques, aposentados en una galería, así como de la infinita gente que asistió al aparente duelo. Cervantes mostró con ello cuanto suponían los desafíos de burlas, con caballeros que llevaban lanza, escudo y arnés tranzado, en un contexto que solo buscaba el entretenimiento y en el que ni siquiera se llegaba finalmente a las manos o a las armas y todo acababa felizmente. Las desconsideradas burlas de los duques tendrán de todos modos su recompensa, haciéndose perdonar con los doscientos escudos de oro, metidos en una bolsica, con los que el mayordomo suplirá los menesteres del camino de don Quijote y Sancho.

Tras lo pasado con los duques, no resulta extraño que, cuando don Quijote salga del castillo, haga un canto a la libertad al verse entregado de nuevo a su propio fingimiento (DQ II, LVIII, pág. 1195). Claro que el proceso no acabará ahí, si tenemos en cuenta que, a continuación, empieza el episodio de la Arcadia Fingida, aunque, en este caso, todo transcurrirá en un teatro de campaña, hecho por pastores y zagalas que darán vida a dos églogas de Garcilaso y una de Camoens. Al poco, el hidalgo manchego sentirá además el placer de verse reconocido como el auténtico don Quijote por don Juan y don Jerónimo, que, en el aposento vecino de la venta, leen otro capítulo de la segunda parte del libro apócrifo, otra ficción más, vivida por ellos.

Por otro lado, se comprueba que el lenguaje de la milicia caballeresca ha impregnado el de los bandoleros, que tienen también «escuderos» propios (DQ II, LX, pág. 1222) y apariencia guerrera, teniendo al frente al robusto Roque Guinart subido a un poderoso caballo y llevando acerada cota y cuatro predeñales. A partir de ahí, las viejas encrucijadas y dobles vías se convierten en

el camino derecho a Barcelona, con un trasiego de gentes que incluye a dos capitanes de infantería española, que van a embarcarse en ella con orden de pasar a Sicilia, y a doña Guiomar de Quiñones que, junto a su hija, desea ir a Nápoles.

En Barcelona, continuará el fingimiento a la vista de las galeras y en casa de don Antonio Moreno, su mujer y otras damas, que, por entretenimiento, seguirán la corriente de la ficción cortesana y caballeresca en sus acciones y dichos. Pero la realidad se impondrá finalmente no solo en el recibimiento y en cómo voltean a Sancho, sino en el viaje en la galera que alcanza el bajel donde surge la historia de Ana Félix.

El encuentro con el Caballero de la Blanca Luna, vestido de punta en blanco y signo de la desventura quijotesca, parece ser el final de la premonición supuesta por aquel otro caballero que, en el capítulo II de esta segunda parte, aparecía en la Carreta de la Muerte, también «armado de punta en blanco, excepto que no tenía morrión ni celada, sino un sombrero de plumas» (DQ II, XI, pág. 778). El episodio barcelonés no deja de ser de nuevo la historia de otro desafío simulado y entendido por el visorrey y sus acompañantes en clave de unas burlas que servirán para que la última batalla fingida termine finalmente con la ilusión caballeresca de don Quijote de la Mancha.

Las futuras ficciones pastoriles, como la de la vuelta a la Fingida Arcadia y la posibilidad de convertirse en los pastores Quijótiz y Pancino, que incluyen a Sansón Carrasco como pastor Carrascón, a maese Nicolás como Niculoso y al cura como Curiambro, suponen también otra vuelta a la ficción literaria de la bucólica, alimentada, esta vez, por el recuerdo de Boscán-Nemoroso.

Pero el punto final de las representaciones parateatrales lo tendrán de nuevo en el castillo ducal (DQ II, LXIX), donde el túmulo de Altisidora, erigido en el patio, convertirá de nuevo a Sancho en personaje sobre las tablas, disfrazado esta vez de ropa negra, pintada con llamas de fuego, y portando un capirote propio de los penitenciados por el Santo Oficio. En ese contexto de pasatiempo palaciego aparecerá además un mancebo, vestido «a lo romano» (ibíd., pág. 1296) y acompañado por un harpa, cantando las desdichas amorosas de Altisidora.

A la escena, acuden además el rey Minos y el infernal Radamanto, seguidos por una larga procesión de dueñas que pretenden azotar a Sancho, aunque todo termine felizmente con la resurrección de la ya cansada Altisidora. Terminada la representación, al igual que en la comedia, Sancho se quitará las vestimentas infernales y recuperará las suyas para volver al teatro de la vida. No deja de ser curioso, sin embargo, que este se llevara a su tierra la ropa y la mitra como testimonio de lo sucedido [4] .

Sin embargo, una vez vueltos a su lugar de origen y como muestra de dónde termina el papel representado, Sancho Panza hará un lío con las armas de don Quijote arrojándolas al suelo, así como la túnica de bocací con llamas que vistió en la noche infernal del palacio de los duques, «para que sirviese de repostero» (DQ II, LXXIII, pág. 1324). Ello equivalía a convertirla en paño de carga de animales, pero también en un chusco e inusitado paño heráldico. Así terminaba la teatralización del ficticio escudero, siendo el rucio el que vestiría ahora la rojiza túnica y la corona que su amo lució ante Altisidora. Escena que, sin duda, cabe conectar con la vieja idea, ya expuesta, que Calderón sublimaría años más tarde en El gran teatro del Mundo, donde, tras la representación de la comedia, todos los personajes tienen que despojarse de sus trajes.

Lejos de la geografía mítica de los caballeros andantes por Grecia, Tracia, Niquea, Hircania, Armenia, Bretaña o Gaula, don Quijote apenas recorrió los caminos de La Mancha, Aragón y Cataluña, demostrando hasta qué punto se podía alcanzar la universalidad en un mapa tan limitado y por un héroe que provenía de un «lugar» sin nombre, que se especifica también como «aldea» al final de la primera parte, cuando el héroe regresa a ella [5] . Barcelona, la única ciudad que visitó, sería para siempre el símbolo de cómo alcanzar el triunfo en la derrota gracias a la literatura, que perpetuaría su nombre durante siglos.

En esa ciudad y cuanto de ella se decía, pudo inspirarse Cervantes a la hora de configurar el Caballero de los Espejos, que sería fundamental en la segunda parte, pues Sansón Carrasco aparecerá motivando la tercera salida del ingenioso hidalgo, devolviéndolo finalmente a su lugar de origen [6] . A él fue a quien don Quijote contó precisamente su viaje a Zaragoza, donde deseaba triunfar, en

unas justas por san Jorge, «sobre todos los caballeros aragoneses, que sería ganarlas sobre todos los del mundo» (DQ II, III, pág. 719).

El Caballero de los Espejos o del Bosque se mostró además en paralelo con don Quijote respecto a sus amores por Casildea de Vandalia. Su evolución hasta convertirse en Caballero de la Blanca Luna y derrotar al hidalgo manchego en el capítulo LXIV, llenaría la segunda parte con otro fingimiento, seguido de teatralización, no solo en el ámbito caballeresco sino en el pastoril, cuando Cervantes jugó con el supuesto pastor Sansonico o pastor Carrascón [7] .

De ahí que, a la vista de los innumerables espejos que engalanaron la vestimenta de los caballeros catalanes, así como de los que aparecieron en sus invenciones durante las fiestas por san Raimundo en 1601, donde lo caballeresco se fundió en ocasiones con lo pastoril, no parezca descartable que Cervantes hubiera podido inspirarse en la relación que de ellas hizo Rebullosa a la hora de inventar el singular Caballero de los Espejos.

Esa apariencia que tomó Sansón Carrasco, siguiendo el modelo especular de las novelas de caballerías, tuvo numerosos precedentes en las fiestas barcelonesas de 1601. Sobre todo, si consideramos cuál fue la vestimenta que le adjudicó Cervantes y que causó la admiración de don Quijote:

Sobre las armas traía una sobrevista o casaca de tela al parecer de oro finísimo, sembradas por ella muchas lunas pequeñas de resplandecientes espejos, que le hacían en grandísima manera galán y vistoso (DQ II, XIV, pág. 808).

Esos espejuelos en forma de luna fundían en una sola mirada al Caballero de los Espejos y al de la Blanca Luna, en claro paralelo con los caballeros que desfilaron, como hemos visto, llenos de espejos por las calles de Barcelona en 1601, así como en otras fiestas anteriores y posteriores. Claro que el bachiller Carrasco mostró también «al parecer» una calidad tan figurada como la de los gigantones que, imitando al bíblico Sansón, iban disfrazados en

ellas como caballeros de cartón piedra, llevando armas obsoletas y brillantes en ese y otros lugares de España.

Cuestión aparte es la de su aparición triunfante como Caballero de la Blanca Luna, relacionado con la mitografía de Diana y tal vez remitente de la aragonesa casa de los Luna [8] . Esta, vinculada a la Orden del Temple desde Banzo Azón, que tomó la villa de Luna en 1092, era originaria del reino de Pamplona y se estableció en el de Aragón. Los Luna lucharon con Pedro I, Ramiro I, Alfonso I de Aragón y sus sucesores, habiendo gozado de un evidente prestigio en la época del emperador y de su hijo Felipe II. Si Cervantes pasó por Zaragoza en sus viajes hacia Barcelona, pudo contemplar la imponente portada, a la que ya hemos aludido, del palacio de los condes de Morata o de Luna, situada en el Coso zaragozano, adonde, en principio, quiso enviar a don Quijote para unas justas.

El palacio fue construido en 1552 por Pedro Martínez de Luna y Urrea en fechas próximas a otros edificios que exaltaban las glorias del emperador Carlos V, incluido el patio de la Casa Zaporta (1550), primera huella arquitectónica de los emblemas de Alciato en España y vinculado a los Argensola, como la fachada del Ayuntamiento de Tarazona con sus figuras hercúleas (1552) y la Lonja de Zaragoza (1557) [9] .

Pedro Martínez de Luna fue lugarteniente de Carlos V y capitán general de Cataluña, además de virrey de Aragón, cargo que sustentó su hijo Miguel Martínez de Luna, a quien Felipe II nombraría su confidente en las Alteraciones de 1591. Cualquier paseante —de entonces y ahora— podría ver en ella no solo el triunfo de César, sino las referencias a Hércules, Teseo o Gerión, presentes en Los doce trabajos de Hércules de Enrique de Villena o en mitografías como la de Pérez de Moya [10] .

Pero sobre todo contemplaría la figura imponente de los dos maceros con su clava, que remitían a la identificación de las hazañas del emperador Carlos, como más tarde a las de su hijo Felipe, con los trabajos de Hércules y los símbolos de Helios junto a Aurora y la luna. Consideraciones, estas, que tal vez convendría tener en cuenta a la hora de colorear, en el sentido retórico, al famoso Caballero de la Blanca Luna cervantino. Sin olvidar que el condado de Luna fue creación de Felipe II en 1598 a favor de don

Francisco de Gurrea y Aragón, IV conde de Villahermosa, al que ya hicimos referencia a propósito de los duques aragoneses del Quijote.

Sin que ello suponga una prueba de la vinculación del Caballero de la Blanca Luna con la casa aragonesa de los Luna, no estará de más recordar dicha estirpe, por su impronta en la historia caballeresca y por la aparición de tal sobrenombre en los capítulos del Quijote relacionados con el reino de Aragón. Claro que, como demostró Cervantes, la literatura no es la historia, aunque se le parezca y hasta la supere si se la transforma ingeniosamente.

Hay además otro personaje de interés, como fue don Claudio Fernández de Quiñones, conde de Luna y embajador de Felipe II, que participó en numerosas justas y torneos, como las celebradas en 1537 en Valladolid, donde le acompañaron caballeros vestidos de turcos que escaramuzaron un buen rato; o en aquellas otras de 1544, por la curación de la sarna sufrida por el entonces príncipe Felipe. Claro que también asistió junto a él en las que tuvieron lugar en Praga y otros lugares de Europa entre 1548-1549, como las celebradas en Bruselas [11] . Un cronista anónimo lo alabó precisamente como «grande hombre de justas y torneos y de tirar barra y de todos los juegos y exercicios de fuerza». Su nutrida biblioteca dio además señas de su cultura en el arte militar, así como su armería, donde constan barbotes, volantes, sobrebarrigas y otras piezas propias de la caballería.

El texto del Quijote ofrece, en su prístina literalidad, un claro opósito entre el Caballero del Febo, vale decir el Caballero del Sol (al que vuelve a nombrar en I, XXI, pág. 250) y el Caballero de la Blanca Luna, que lo derrota finalmente. Del segundo sabemos que no es otro que Sansón Carrasco, pero el primero es el mismo don Quijote. Eso sí, se trata de un Febo español y godo, tal y como lo denomina, en los preliminares de la primera parte de 1605, el Caballero del Febo. Este fue el protagonista del mencionado Espejo de príncipes y caballeros de Diego Ortúñez de Calahorra, que le dedicó un soneto a don Quijote al principio de la primera parte (DQ I, I, pág. 33), lo que equivaldría simbólicamente a que la luna derrotara al sol de la andante caballería al final de la obra.

Pero dejando a un lado remitentes de tan amplio espectro como los del sol y la luna, sobrenombre también de un caballero que justó en

el torneo celebrado en Milán en 1548, cabe preguntarse si el mencionado proceso que la obra cervantina ofreció, al liberarse de la carga alegórica que sostuvo durante siglos la prosa y la poesía, no debe extenderse también a la cuestión de la caballería andante. Sobre todo, si tenemos en cuenta la vertida a lo divino e incluso aquella que sostuvo y mantuvo, en los torneos, las justas caballerescas y los certámenes poéticos, una alegorización y un simbolismo que se mantenían todavía vivos en su tiempo.

Así ocurrió en el torneo celebrado en Madrid (1590) donde la Prudencia apareció en un carro a lo Arcimboldo lleno de frutas y verduras, llevando encadenados a la Locura, la Confianza, la Inocencia, el Descuido, la Necedad y la Ignorancia [12] . Pues todo ello dejaría de tener sentido en el territorio literario creado por Cervantes en el Quijote , donde la alegoría daría paso a unos símbolos, que, aunque dependieran en muchos casos de la tradición y fueran reconocidos por sus lectores, adquirían un significado autónomo en su recreación ingeniosa. Gracias a ello, la obra tendría sentido con el correr de los siglos para cualquier lector que se aproximara a ella sin armaduras simbólicas.

Ello no impidió que el Quijote contuviera alusiones a las representaciones alegóricas, como la que tiene lugar en las bodas de Camacho en el capítulo XX de la segunda parte, donde hay una danza de artificio, hablada y con ninfas, en la que aparece el Castillo del Buen Recaudo, hecho de madera y tirado por cuatro salvajes, en cuyo episodio luchan el Interés y Cupido.

La relación del mundo caballeresco con los autos sacramentales merecería, en ese sentido, una atención particular respecto a un escritor como Cervantes, que se alejó, según decimos, de la alegoría para correr por el camino de la novela, donde los signos y los símbolos se independizarían con sentido propio. Calderón se situó posteriormente en el otro extremo con sus autos, al igual que haría Baltasar Gracián con El Criticón. Una obra, esta, que representó el mayor exponente alegórico en la narrativa de su tiempo, pero también un final de trayecto respecto a cuanto iba a suponer el Quijote como piedra fundacional de la novela moderna.

Según hemos tratado de probar, la historia de la recepción del Quijote ha confirmado muchas de las fuentes de las que partió su

autor, haciendo que su héroe volviera al territorio histórico y literario del que nació. Ello afectó sobre todo al espacio festivo cortesano, así como al de las cofradías que, en sus salidas procesionales, difundieron, con su vestimenta y trazas, las imágenes obsoletas de la caballería andante.

De ahí que no debamos olvidar el referente fundamental de la caballería andante, histórica o legendaria, y sobre todo el contexto festivo en el que se recibía a príncipes y reyes, o aquel otro en el que la nobleza se esparcía con alegres entretenimientos privados, que terminaron por extenderse a las celebraciones públicas con el impulso de las cofradías. Recordemos que el 10 de junio de 1605, la corte celebró en Valladolid el nacimiento del príncipe Felipe con un entremés en el que aparecían dos caballeros disfrazados de don Quijote y Sancho. Cervantes, que estaba entonces en esa ciudad, pudo ver como sus héroes volvían en realidad a uno de los territorios cómicos de los que procedían. No en vano esa ciudad se caracterizó por la celebración de fiestas paródicas que ridiculizaban el mundo caballeresco [13] .

Y otro tanto ocurrió con la aparición de don Quijote y Sancho en las fiestas zaragozanas por santa Teresa en 1614, donde, como hemos visto, dos estudiantes, disfrazados de ambos personajes los devolvieron a la jocosidad propia de los patios de escuelas, donde vivirían a lo largo del tiempo, tanto en España como allende los mares con sus visajes ridículos. Un ejemplo más, en cualquier caso, de la vinculación de don Quijote con las obras de apacible entretenimiento que estuvieron ligadas durante siglos al ámbito universitario.

El mundo caballeresco sostuvo y mantuvo una sorprendente uniformidad, que hoy calificaríamos de global en todos los aspectos, y, como no podía ser menos, en su cara más risible. Esta gozó de un gran predicamento y sirvió sin duda de caldo de cultivo no solo para el nacimiento del Quijote, sino para la popularidad que este alcanzó a lo largo del tiempo. Pues, como decía una ensalada recogida por Maxime Chevalier y que jugaba a la técnica del disparate, el territorio de las burlas es patrimonio de todos:

Si entre Aragón y Castilla

se hace un juego de cañas

y en él ai cosas estrañas,

¿qué hombre no se maravilla?

Si van pecheros y francos,

unos sordos y otros tuertos,

unos vivos y otros muertos,

unos cojos y otros mancos,

si van en zancos y trancos,

y llevan por ser mejores

caballos de espadadores

y adargas de mantequilla

¿qué hombre no se maravilla? [14] .

Ese extendido recreo verbal de los géneros mayores y menores en la burla caballeresca se correspondía además con el de las representaciones privadas y públicas, que contrahacían un mundo que se resistía a desaparecer. Su amplísima presencia obliga sin duda a visualizar los Siglos de Oro de la monarquía hispánica desde una perspectiva muy distinta a la revestida de paños negros que a veces se deduce de la historiografía al uso.

Don Quijote, que presumió ante Cardenio (DQ I, XXIV) de poseer más de trescientos libros de caballerías, que eran el regalo de su alma y el entretenimiento de su vida, jugó sin duda con ventaja respecto a los lectores de su tiempo y del nuestro. Pero fue indudablemente ese fondo colectivo, afín a ellas, el que daría pie al éxito universal de un libro que las contrahacía y que a la vez les

añadía significados nuevos [15] . Los lectores del género caballeresco serían parte fundamental de ese proceso, porque, como dijo don Quijote: «Hanse de casar las fábulas mentirosas con el entendimiento de los que las leyeren», aunque precisara luego que «tanto la mentira es mejor cuanto más parece verdadera» (DQ I, XLVII, pág. 600).

A ello cabe añadir el conocimiento que tenían los personajes del Quijote sobre el género caballeresco, ya fuera a partir de los libros leídos personalmente o por otros, así como de los romances que lo divulgaban de viva voz, estableciendo con todo ello un auténtico diálogo, parejo al que tendrían a su vez los lectores de la obra. De ahí que, en el escrutinio de la librería, se tratase a los más de cien cuerpos de libros grandes y a otros pequeños como si fuesen miembros de una perniciosa secta que había que destruir.

Claro que tampoco debemos olvidar las fiestas y mascaradas conventuales, los gallos universitarios, los entremeses y tantos otros materiales provenientes del territorio de las burlas —carnavalescas o no—, que lo conformaron como obra de esparcimiento. Pero ese ancho territorio hay que vincularlo a toda una proyección política, que se extendió por toda España y por América, en la que el cambio de la «Monarchia Universalis» patrocinada por Carlos V, derivó en una «Monarquía Católica», configurada por su hijo Felipe II y apoyada por muchas instituciones, que impusieron la impronta política y religiosa a cualquier manifestación, fuera o no festiva [16] .

La universalidad del Quijote fue consecuente con la que tuvieron las novelas de caballerías y otros muchos géneros literarios e históricos que resultaban familiares para el común de los lectores, pero también con la que alcanzaron históricamente los ideales caballerescos a través de las órdenes militares y de otras instituciones. Sin olvidar la proyección lúdica, y en ocasiones risible, de los pasos de armas y de las justas en campo abierto o en plazas dispuestas para el torneo, así como las fiestas cortesanas, cuyos modelos caballerescos se recrearon también a lo vivo en las celebraciones públicas al alcance de todos. Pero eso y mucho más cambiaría al trasluz de una nueva perspectiva como la de Cervantes, que transformó los materiales vistos, leídos y contemplados en materia nueva.

La reducción de la caballería andante a las aventuras de un loco don nadie, que paseó disfrazado con sus armas obsoletas por los caminos de una geografía limitada a los reinos de Castilla y Aragón, le permitió sin embargo a Cervantes convertir su obra en paradigma universal de un mundo que se resistió a sucumbir durante siglos, incluso como pasatiempo risible. Gracias a ello, el Quijote se alzó como la representación máxima de la ficción caballeresca, lo que equivalió finalmente a convertirse en el modelo por antonomasia de cualquier ficción y muy especialmente la literaria.

■

[1] J. García Mercadal, opus cit, vol. III (siglo XVIII), pág. 390. Muchos de los elementos procesionales de la Relación de Rebullosa aparecen en la carta de Norberto Caino, como los fuegos artificiales, el desfile de ciegos que pertenecían a la Cofradía del Espíritu Santo e iban vestidos con capas y dalmáticas, o los músicos tocando chaconas, jigas y zarabandas, que el italiano calificó «de un gusto árabe», riéndose además de la mezcla de instrumentos que tocaban. Más halagüeño se había mostrado Aubry de la Motraye (1674-1743) con Zaragoza y Barcelona al describirlas (ibíd. , págs. 33-34); o, posteriormente, el barón de Bourgoing (ibíd. , págs. 1061 y ss.), que calificó a esta última como la ciudad más activa de España, llena de extranjeros, centros literarios, fábricas de telas con 12 000 obreros y un museo de historia natural, concluyendo que «pocas ciudades europeas ofrecen tanto atractivo y recursos como Barcelona», aludiendo también a su resistencia en 1714.

[2] El gusto por la lectura directa o de oídas de novelas de caballerías se plasma en DQ I, XXXII, pág. 411, cuando el cura da comienzo a la lectura de «El Curioso impertinente». En ese episodio, la maletilla que saca el ventero llevaba Don Cirongilio de Tracia , Felixmarte de Hircania y la Historia del Gran Capitán… con la vida de Diego García de Paredes (pág. 406). El cura dirá que los dos primeros son «compostura y ficción de ingenios ociosos» (pág. 408). escritos para entretener, mientras que el ventero es consciente de que eran cosa de otros tiempos y que ya no andaban por el mundo caballeros

andantes.

[3] La aprobación presenta el libro como medicina que, mezclando lo dulce con lo sabroso, podrá curar la enfermedad de los libros de caballerías (DQ II, pág. 667). Sobre el tema, Aurora Egido, «Retórica y poética de los afectos en el soneto XV de Garcilaso», Docta y sabia Atenea. Studia in honorem Lía Schwartz, ed. de Sagrario López Poza, Nieves Pena Sueiro, Isabel Pérez Cuenca, Susan Byrne y Almudena Vidorreta, La Coruña, Universidade de A Coruña, 2019, págs. 265-282.

[4] A continuación, Cervantes recupera la historia en la que Cide Hamete cuenta el encuentro de Sansón Carrasco y los duques, lo que implica referirse al «edificio de la máquina referida» (DQ, pág. 1302), que, para el duque aragonés, tenía como fin disfrutar de nuevo con las burlas aplicadas a don Quijote y Sancho.

[5] El término «aldea», en DQ I, LII, pág. 644 y II, LXXI, pág. 1310. En DQ II, LXXIII, pág. 1322, Cervantes se refiere a «aldea», «lugar» y «pueblo».

[6] Eduardo Godoy Gallardo, «Presencia y sentido de Sansón Carrasco», Scielo. Revista Chilena de Literatura, 6, 2005, en línea, ha trazado la intervención del personaje como bachiller en la segunda parte, II-IV y VII, o enmascarado como Caballero de los Espejos en II, LXVI, estando también presente en la muerte de don Quijote, DQ , LXXIII y LXIV, ya como Sansón Carrasco, considerándolo un personaje clave y motor de la acción, al igual que Dulcinea.

[7] Sobre el socarrón bachiller por Salamanca, véase Juan Bautista Avalle Arce, «El bachiller Sansón Carrasco», Actas del II Coloquio

Internacional de la Asociación de Cervantistas , págs. 17-26; y Carlos Romero Muñoz, «La invención de Sansón Carrasco», ibíd. , págs. 27-70, quien cree que los episodios XII a XV de la segunda parte y otros guardan relación con el apócrifo de Avellaneda.

[8] Clark Colahan, «Don Quijote, antagonista de Diana y la Blanca Luna», Com postela Aurea. Actas del VIII Congreso de la AISO , ed. de Antonio Azaústre y Santiago Fernández Mosquera, Santiago de Compostela, Universidad de Santiago de Compostela, 3 vols., págs. 159-164, basándose en los estudios precedentes de Andrés Murillo y Quintana Tejera, que lo asociaron al mito solar, lo relaciona con ambas y con la Virgen María, según el Laberinto de Fortuna de Juan de Mena y la mitografía de Pérez de Moya.

[9] Carmen Gómez Urdáñez, «El lugarteniente del Emperador. La lectura iconográfica de la portada de la casa del Conde de Morata en Zaragoza», Miscelánea de estudios en homenaje a Guillermo Fatás Cabeza, coord. por María Victoria Escribano Paño, Antonio Duplá Ansuátegui, Laura Sancho Rocher y María Angustias Villacampa Rubio, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 2014, págs. 361-371.Téngase en cuenta que, entre los pertenecientes a la casa de Luna, estuvo Pedro Martínez de Luna, Benedicto XIII, más conocido como el papa Luna. Y véase Francisco Otal y Francisco de Moxó, «Los Martínez de Luna ricoshombres de sangre y de naturaleza en Aragón», Emblemata , 8, 2002, págs. 9-45. El escudo de los Luna recuerda el parentesco de esta rama con la casa de los condes de Urgel y tiene una luna en campo de plata creciente jaqueado y oro, y ranversado.

[10] Carmen Gómez, art. cit., ha analizado todos los símbolos, partiendo de los trabajos de Santiago Sebastián, que identificó a Hércules con el gigante situado a la derecha en la Casa del Conde de Morata. Véase Santiago Sebastián, Arte y Humanismo , Madrid, Cátedra, 1978, págs. 219-224. La media luna es también símbolo del Islam.

[11] Véase la tesis doctoral de Blas Casado Quintanilla, Claudio Fernández de Quiñones, Conde de Luna, embajador de Felipe II en el Imperio y en el Concilio de Trento (III etapa), Madrid, Universidad Complutense, 2015, págs. 2, 24 y 29 y ss. Pertenecía a una familia de abolengo en León y Asturias, que brilló en el arte militar. El primer señor de Luna fue precisamente don Suero Pérez de Quiñones.

[12] Tomo la referencia de Jimena Gamba Corradine, opus cit., pág. 48, que menciona una sortija de Valladolid, ese mismo año, en la que apareció la Esperanza con Orlando y Olimpia, y una ballena que explotó. También las fiestas de Sevilla por la Inmaculada en 1617 ofrecieron un torneo, organizado por los gorreros y sederos, que fue una auténtica parodia de los torneos ejecutados por los nobles.

[13] Luc Torres, «Las fiestas paródicas en la corte de Valladolid a través de las relaciones de sucesos», La fiesta , ed. de Sagrario López Poza y Nieves Pena, cit., SIEALE, 1999, págs. 339-350.

[14] Cf. Aurora Egido, Por el gusto de leer a Cervantes , pág. 248.

[15] Sobre el éxito de la obra cervantina desde el siglo XVII y su amplia repercusión crítica en el XX , véase José Montero Reguera, El «Quijote» durante cuatro siglos: lecturas y lectores , Valladolid, Universidad de Valladolid, 2005.

[16] Sobre dicha evolución, véase José Martínez Millán, art. cit. Y, del mismo, «Las transformaciones de la cultura áulica: la corte de la Monarquía Católica como corte del Barroco», Anuario

Calderoniano, 15, 2022, 12-16, págs. 247-252. Sobre ello y el concepto de «renovatio imperii», véase Xavier Gil Pujol, «Imperio, monarquía, universalidad. España y el mundo ibérico, desde mediados del siglo XV a inicios del siglo XVII », El valor de la historia, ed. de Carmen Sanz Ayán, Madrid, Real Academia de la Historia, 2023, págs. 69-104.

Ilustración de cubierta: Triunfo del Emperador Maximiliano I

(ms. Res/ 254 de la BNE, lámina 17)

Edición en formato digital: 2023

© Aurora Egido, 2023

© Ediciones Cátedra (Grupo Anaya, S. A.), 2023

Calle Valentín Beato, 21

28037 Madrid

www.catedra.com

ISBN ebook: 978-84-376-4595-7

Está prohibida la reproducción total o parcial de este libro electrónico, su transmisión, su descarga, su descompilación, su tratamiento informático, su almacenamiento o introducción en cualquier sistema de repositorio y recuperación, en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, conocido o por inventar, sin el permiso expreso escrito de los titulares del Copyright.